Lidia Gavara

Bienvenidos a WHITEFISH



Todos los personajes de esta historia son ficticios y cualquier parecido con personas reales es mera coincidencia. Este libro contiene escenas de sexo explícito.

Copyright © Lidia Gavara, 2026
Título: Bienvenidos a Whitefish

Todos los derechos reservados. No se permite la distribución, comercialización, reproducción ni el uso en obras derivadas sin permiso expreso de la autora.

© Ilustración de la cubierta: Nagore Odriozola
© Edición y maquetación: Diana Olivar

ISBN: 9798192166154

0.



La primera vez que alguien le preguntó a Beau Sinclair por sus cicatrices fue el día de su séptimo cumpleaños.

Mientras esperaba a que su hermano saliera del despacho de servicios sociales, un niño se acercó para mirarle de cerca. Beau sonrió, convencido de que era el dibujo que estaba coloreando lo que había llamado su atención, sin embargo, de su boca salió una variante de las palabras que se volverían una constante a lo largo de sus veinticinco años.

—¿Por qué tienes la cara así? —preguntó.

Beau no supo qué responder entonces. Nunca encontraría una respuesta adecuada ante tal pregunta.

Emmet solía decir que sus cicatrices eran como tener «un mapa de estrellas en la piel», y, aunque durante años le gustó pensar en ellas de ese modo, crecer le hizo comprender que aquella no era más que la forma edulcorada en la que su hermano intentaba convencerle de que estar permanentemente marcado no era tan malo.

Pero lo era. Para Beau, sus cicatrices eran más bien un mapa mal dibujado. Líneas irregulares que parecían trazadas con prisa y sin ningún tipo de afecto.

La segunda vez que alguien le preguntó a Beau Sinclair por sus cicatrices fue en una de tantas entrevistas de trabajo a las que acompañó a Emmet.

Desde que se convirtiera en su tutor legal, su hermano y él habían empezado a vivir en la parte de atrás de una vieja camioneta que unos amigos les habían prestado, y no se sentía seguro dejándolo esperando solo.

Tras entregar el currículum a la mujer, esta se percató de la presencia de Beau, descendiendo hasta quedar de cuclillas frente a él, observándolo directamente.

—Pobrecito, ¿y se va a quedar así para toda la vida? —preguntó.

Emmet no tardó en cogerlo de la mano y sacarlo de aquella tienda con prisa.

«Que le den a esa imbécil, no la necesitamos» le dijo de vuelta en la furgoneta. Pero claro que la necesitaban, cada centavo era importante para los que viven día a día.

La tercera vez que alguien le preguntó a Beau Sinclair por sus cicatrices fue la primera en la que la pregunta vino acompañada de cierta dulzura.

Recién llegados al pueblo de Whitefish, donde su hermano había encontrado trabajo como celador del cementerio local, se presentaron en casa de los Halpert para recibir las llaves del que iba a ser su futuro hogar. El matrimonio los hizo entrar, les presentó a sus hijas, les dieron de cenar y los invitaron a pasar una primera noche bajo un techo cálido, con cama mullida y mantas gruesas a juego.

Cuando la pregunta llegó, Emmet no sabía que Beau estaba despierto. El menor de los Sinclair fingía dormir envuelto en la penumbra del cuarto, pero desde su refugio en la cama pudo

escuchar cómo su hermano conversaba con Roberta Halpert desde el pasillo.

—¿Puedo preguntar qué le ha pasado? —dijo, con genuina preocupación.

—Nuestros padres murieron en un accidente de tráfico —respondió Emmet—. Él iba en la parte de atrás. Los cristales reventaron y… el resto ya lo ves. Antes de que lo preguntes, sí, son para siempre, todas las que se tenían que curar ya lo han hecho.

La cuarta vez que alguien le preguntó a Beau Sinclair por sus cicatrices fue en el colegio. Mientras se presentaba al resto de la clase, uno de sus compañeros levantó la mano y lanzó la pregunta que despertó carcajadas en tantos otros.

—¿Por qué tienes la cara así? —dijo.

Aunque su profesora calló la pregunta de inmediato y se negó a darle respuesta, los ojos del resto de niños ya estaban tan puestos en él que Beau no pudo evitar sentirse como un animal. Como una vaca, esa a la que uno se acerca cuando quiere comprarla, de la que observa cada palmo y descarta si tiene demasiados defectos.

Y él los tenía por toda la cara.

En la mejilla izquierda, en forma de marcas finas y alargadas. Una cruzando en diagonal desde el pómulo hacia el borde de la mandíbula. Otra más gruesa que bajaba desde cerca del ojo hasta la mitad de la mejilla. También en el puente de la nariz, en la barbilla y la línea de la mandíbula, más cortas y desordenadas.

Hubo muchas otras veces en las que a Beau le preguntaron por sus cicatrices, pero todas tan similares que empezaron a volverse murmullo de fondo. Gente curiosa, gente incapaz de imaginar que uno no quisiera hablar de ellas, que prefiriese vivir ignorando aquello que lo hacía diferente.

Sin embargo, la décima vez que alguien le preguntó a Beau Sinclair por sus cicatrices le resultó imposible que no le doliera.

Con dieciséis años, sentado en el borde de la cama de Liam Oliver, la pregunta llegó justo tras quitarse la camiseta, mostrando que las cicatrices también se habían adueñado de esa piel que puede ser cubierta con ropa.

—Oye, ¿podrías ponerte la camiseta otra vez? Me dan cierta grima —dijo.

Beau observó a Liam en silencio. No sabría definir con palabras qué eran en aquel momento. Llamarlo *novios* era poco realista y pesaba demasiado, más teniendo en cuenta que ni Mini sabía que solían liarse los fines de semana. Llamarlo *amigos con derechos* dañaba a un Beau que quería creer que aquello podía llegar a ser algo más algún día.

Bajó la mirada hasta la camiseta sobre su regazo, la cogió y se la puso de nuevo, esforzándose en dibujar una sonrisa tras hacerlo.

—Claro —dijo antes de volver a perderse en una serie de besos con él.

Aquella noche tuvo su primera vez, con alguien que ni siquiera era capaz de ver sus cicatrices sin sentir repulsión, con alguien que jamás cruzaría la línea de ser algo más que un divertimento pasajero.

De aquello, Beau sacó dos lecciones equivocadas:

Por un lado, que esconder sus cicatrices haría que los hombres desearan estar con él.

Por otro, que el sexo no era placer ni algo en lo que él importara, sino una forma de conseguir que otro decidiese quedarse a su lado aunque solo fuera un rato.

Los años pasaron, pero las preguntas sobre sus cicatrices nunca se marcharon de su vida. En el trabajo, de vacaciones, en fiestas, durante el sexo, en momentos delicados… siempre alguien veía aquellas dichosas cicatrices y se sentía incapaz de contener la lengua.

Siempre presentes.

Siempre importantes.

No existía un *él* sin cicatrices.

La última vez que alguien le preguntó a Beau Sinclair por sus cicatrices fue Reece Sargent.

SCANDAL MAGAZINE

SARGENT

ISSUE 224 *JUNIO*



LA RUPTURA DEL VERANO

IMÁGENES INÉDITAS DE SUS ÚLTIMOS MESES JUNTOS Y REACCIONES DEL ENTORNO MÁS CERCANO

DEVGAN

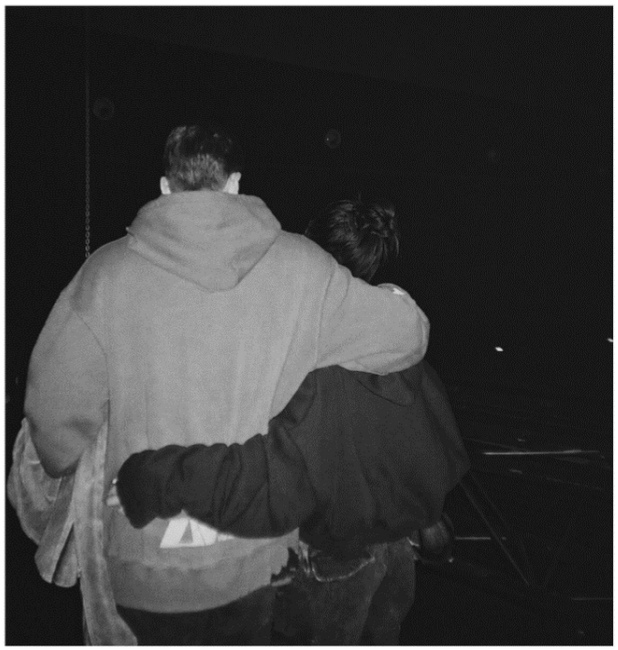
INFORMACIÓN EXCLUSIVA

DE LOVERS A ENEMIES

CON HELEN WHITMORE

PERFECTOS POR FUERA, ROTOS POR DENTRO

¿TERCERAS PERSONAS? ¿DESGASTE? ¿O SIMPLEMENTE SE ACABÓ LA MAGIA? LA RUPTURA DE UNA DE LAS «IT COUPLES» DIVIDE A SUS FANS ONLINE.



Justo cuando pensábamos que el amor verdadero existía, la realidad nos da en toda la cara. Reece Sargent y Penélope Devgan, han decidido separarse tras nueve años juntos y nos han dejado a todos con el té temblando en la taza.

Aunque la pareja siempre ha mostrado un perfil bajo, debajo de la alfombra parece que había más pelusilla de la que nos querían mostrar.

Esta es, sin lugar a dudas, la ruptura del verano. Y es que, cuando todo parece demasiado ideal… ¡sospecha!

Dicen las malas lenguas —que nunca fallan— que la decisión estaba más que tomada desde hace meses. Fuentes cercanas a la pareja aseguran que «no hay vuelta atrás». La decisión ha venido acompañada de conversaciones largas, miradas incómodas y quién sabe si algún que otro portazo en el pisazo que comparten —y que una humilde reportera se ofrece a heredar—.



Por el momento, la única que ha dado declaraciones ha sido ella. En sus redes sociales, Penélope nos ha dejado el siguiente mensaje: «Pido respeto y comprensión ante uno de los momentos más duros de mi vida. La noticia es cierta. Pero Reece y yo seguimos tan unidos como siempre».

Mientras tanto, Reece sigue en su línea: callado, centrado en el rugby y sin soltar prenda.

NEWS PAPER EDITION NEWS PAPER EDITION

RUGBY LINE UK

EST 2000 EDICIÓN MATINAL

REECE SARGENT PROTAGONIZA

UN ALTERCADO CON UN PERIODISTA

Tras el encuentro con los Bristol Bears, el capitán de los Cotteridge Cavaliers se ha visto envuelto en un incidente calificado por los presentes como «verdaderamente desagradable».



POR THOMAS CALDWELL

El encuentro entre los Cotteridge Cavaliers RFC y los Bristol Bears quedó eclipsado anoche por un incidente protagonizado por Reece Sargent a la salida del estadio.

Según testigos presenciales, Sargent reaccionó de forma violenta ante la insistencia de un periodista que trataba de obtener declaraciones sobre su reciente situación personal. El jugador habría empujado al reportero antes de ser apartado por miembros de seguridad.



Hace escasos minutos, los Cotteridge Cavaliers han emitido un breve comunicado en el que aseguran estar «recopilando toda la información necesaria antes de tomar una decisión».

La RFU, por su parte, tampoco ha descartado abrir una investigación si se confirma la agresión.

Reece Sargent abandonó el recinto sin dar declaraciones.



Edición matinal

The Scrum Post

Edición matinal

REECE SARGENT SOLICITA UNA BAJA VOLUNTARIA Y DEJA LA CAPITANÍA DE LOS COTTERIDGE CAVALIERS RFC

POR DAVID HAWTHORNE

Reece Sargent ha anunciado esta mañana su retirada temporal del rugby profesional tras solicitar una baja voluntaria de los Cavaliers RFC.

El jugador, hasta ahora capitán del equipo, lo ha comunicado en una rueda de prensa celebrada en las instalaciones del club. Visiblemente afectado, Sargent ha reconocido que su situación personal «le está sobrepasando» y que necesita un descanso para centrarse en recuperar su equilibrio tanto mental como emocional. «He llegado a un punto en el que no puedo rendir ni como jugador ni como líder. Lo responsable es hacerme a un lado un tiempo», afirmó ante los medios.





El club ha aceptado la decisión y ha mostrado su apoyo al jugador, destacando su profesionalidad y su aportación al equipo durante los últimos años.

Esta decisión llega pocos días después del polémico incidente con un periodista y en medio de una fuerte presión mediática derivada de su reciente divorcio. Por el momento, no se ha establecido una fecha para su regreso, y Sargent ha pedido respeto y comprensión mientras atraviesa este periodo de descanso.

1.



—¡Señora Sargent! ¡Soy Beau! —exclamó. Tras acomodar la bicicleta contra el lateral de la puerta, sacó del bolsillo del pantalón las llaves con el muñeco de la vaquita colgando.

Hacía mucho tiempo que había recibido aquel honor. Dada la cantidad de veces que iba a visitarla, fuese solo para hacerle compañía o para arreglar problemas en la casa, la señora Sargent le había regalado a Beau una copia de las llaves de su hogar para que pudiese entrar con total libertad.

«Sardina y yo te sentimos como uno más de esta casa, Beau» le había dicho, despertando un cosquilleo de lo más agradable en su estómago.

Aun así, el menor de los hermanos Sinclair siempre prefería anunciar su presencia, procurando no asustar a la mujer o ser confundido con alguien peligroso. Por eso mismo, al no recibir respuesta, golpeó de nuevo la puerta, balanceando su cuerpo en el mismo lugar.

—¡Holaaaaaaaa! —exclamó.

Pero, de nuevo, nada.

Suspiró. Era extraño que la señora Sargent no estuviera en casa, más teniendo en cuenta que habían quedado para que la acompañara a hacer unos recados. Beau se guardó de nuevo las llaves y, en lugar de entrar por la puerta principal, decidió dar un rodeo hasta la parte trasera para ver si la anciana estaba enfrascada en una de sus lecturas en el jardín de atrás. Eso o con los pies metidos en la piscina hinchable que le había montado días atrás.

El calor era de lo más asfixiante. El verano había llegado con unos meses de antelación a Whitefish, y amenazaba con ser mucho más violento que en años anteriores. Eso, a la piel pálida y cicatrizada de Beau, le hacía la misma gracia que encontrar una culebra en las botas.

Beau bordeó la casa de la señora Sargent, deteniéndose tan solo al ver a *Sardina* dormir plácidamente contra una de las ventanas del salón. Sonrió, golpeteando con los dedos el cristal, recibiendo por parte del gato naranja un bostezo que lo hizo reír.

Al cruzar la puerta que separaba la parte delantera de la casa de la trasera, el sonido de voces altas llamó la atención de Beau. Una de ellas era la de la señora Sargent, la otra parecía la de un hombre. ¿Y si había pasado algo? No hacía mucho había tenido que espantar de la casa a un vendedor demasiado pesado, uno que había intentado aprovecharse del buen carácter de la mujer, y la idea de que volviera a pasar le ponía los vellos de punta.

Aceleró el paso.

La señora Sargent sí se encontraba en el patio trasero de su hogar. Sentada en una silla con rayas azules y blancas, con un libro sobre el regazo y los pies metidos en la piscina hinchable. Pero no estaba sola. A su lado, visiblemente molesto, un hombre alto, de pelo negro y con la tensión palpable en los músculos hablaba con ella usando un tono elevado.

—Es que lo que no puede ser es… —estaba diciendo.

Sin embargo, la anciana decidió interrumpirlo.

—¡Beau, querido! —dijo, moviéndose, extendiendo el brazo para pedir ayuda al hombre en la tarea de ponerse en pie.

El hombre no tardó en acercarse y cogerla con cuidado. Cuando giró un poco y pudo ver al fin su rostro, Beau comprendió de inmediato quién era. Había visto muchas veces sus fotos por toda la casa, escuchado historias sobre sus triunfos, sobre sus travesuras cuando no era más que un niño. El nieto de la señora Sargent, el deportista, ese del que le había hablado mil veces, parecía haber decidido hacer una visita a su abuela.

La verdad es que las fotos no le hacían justicia. Era mucho más guapo en persona, sus ojos claros resultaban más fáciles de apreciar en distancias cortas. También tenía la mandíbula más marcada, incluso sus músculos parecían mucho más grandes cuando uno podía observarlos tan de cerca.

—¿Interrumpo algo?

La mujer negó de inmediato.

—Nada importante, tesoro. No te he oído llegar, ¿por qué no has usado tus llaves?

—He llamado pero, como no me respondía, he decidido entrar por detrás. Ya sabe que no me gusta usarlas sin su permiso —respondió Beau, acercándose, dibujando la sonrisa más amplia en sus labios al notar la mirada del nieto de la señora Sargent sobre él.

Pero él no sonrió. Al contrario, lo miró de los pies a la cabeza, analizándolo, antes de volver a su abuela. La señora Sargent, conciliadora como de costumbre, le acarició el brazo a su nieto.

—Terminaremos esta conversación luego, ¿vale? Tengo que ponerme presentable y coger mis cosas —dijo la anciana, buscando la aprobación de su nieto.

Este no parecía convencido, pero asintió de todos modos.

—Beau, tú todavía no habías conocido a mi Reece, ¿verdad? Viene desde Inglaterra. Va a quedarse un tiempo en Whitefish

conmigo, ¿no es maravilloso?

El menor de los Sinclair asintió.

—Encantado, soy Beau. Vengo muchas veces a echar una mano a tu abuela con sus quehaceres, el jardín… —dijo, tendiéndole la mano.

El nieto de la señora Sargent no la estrechó. No de inmediato al menos. Una vez más, sus ojos se clavaron en quien tenía delante como si de una anomalía se tratara, analizando, tomándose unos valiosos segundos para decidir si quería o no corresponder el gesto.

Beau se preguntó qué estaba analizando tanto. ¿Eran las cicatrices? Seguramente, eso llamaba la atención de todos. ¿O era que llevaba el pelo mucho más largo que de costumbre? El flequillo le estorbaba un poco la verdad, pero tampoco lo sentía relevante.

Cuando finalmente reaccionó a su gesto, fue de forma tosca y fría.

—Reece —respondió, sin un «encantado» ni nada similar de por medio.

Dado que el hombre se tomaba la libertad de analizarlo con aquella altanería, Beau hizo lo mismo. Había visto muchas fotos de él; sin embargo, no parecía la misma persona. No era solo que tuviera el cabello mucho más corto, o la ausencia de ese bigote que le había resultado atractivo antes de conocer la actitud que lo acompañaba, era algo más complejo.

La sonrisa. La ausencia de ese brillo en la mirada que podía ver en los recortes de prensa o las fotos familiares que la señora Sargent le había enseñado.

—Beau va a acompañarme a por todo lo necesario para arreglar la casita de pájaros. Ya verás, es todo un artista, seguro que va a quedar preciosa —explicó la mujer, ya con paso decidido hacia el interior de la casa, dejando a ambos atrás.

—Bueno, lo mío es la cerámica, pero…

La mirada de Reece no estaba puesta en Beau. Ni siquiera le hacía caso. Con atención, seguía los pasos de su abuela, esperando que estuviese lo suficientemente lejos para cruzarse de brazos, bajar el tono y cortar la palabrería ajena por la que no sentía interés.

—Oye, ¿tú de qué palo vas? —preguntó, con el ceño fruncido.

—¿De qué palo voy? —respondió Beau, ligeramente divertido.

—Sí, me has escuchado bien. Sé que mi abuela es una mujer encantadora y que habla hasta con las piedras, pero yo no. A mí no me la vais a colar con palabras bonitas y un tono amable. No sé qué andas buscando, pero de ella no vas a sacar nada, ¿entiendes? Tengo calada a la gente como tú.

El menor de los Sinclair se cruzó también de brazos y levantó el mentón. Ni la marcada diferencia de altura entre ambos iba a ser suficiente para achantarle.

—Uno, lo de que no eres encantador como tu abuela no hace falta que lo jures, me he dado cuenta solo con la forma en la que me miras. Dos, ¿qué significa eso de gente como yo?

Reece chasqueó la lengua.

—Gente que se acerca a los mayores porque los ven vulnerables y…

Beau negó enérgicamente. La molestia se mostraba evidente en su gesto.

—¡Wow, wow, wow! Alto, ¿crees que vengo a ver a tu abuela para sacarle algo? ¿Pero tú de qué vas? No me conoces de nada, ¿cómo puedes juzgarme de ese modo?

—¿Sabías que, hace nada, un gilipollas intentó estafarla?

—¡Sí! Y fuimos mi hermano y yo quienes vinimos corriendo y lo echamos a patadas. Deberías darme las gracias y no hablarme de ese modo, ¿sabes? Conozco a tu abuela desde hace muchos años, es una mujer dulce y buena que siempre me ha tratado bien y… joder, pues la ayudo, hablo con ella, y no porque espere nada a cambio —

sentenció Beau, con la voz más tensa de lo que seguramente pretendía—. Así que baja un poco el tono conmigo.

Reece soltó una risa seca.

—¿Que baje el tono? —repitió—. Mira, no es nada personal. Pero no pienso quedarme de brazos cruzados mientras alguien que no conozco entra y sale de su casa como si nada.

—No entro y salgo «como si nada». Llamo a la puerta. *Siempre*. Y, si vengo, es porque tu abuela quiere que lo haga. Porque me invita a hacerlo.

—Eso es lo que dices, pero…

—Pregunta a tu abuela si tantas dudas tienes en lugar de convertirme en una amenaza sin saber siquiera quién soy.

—Sé todo lo que necesito saber.

—Lo dudo.

El silencio cayó de golpe entre ambos. Reece desvió la mirada un instante, asegurándose de la ausencia de su abuela.

—Sea lo que sea, aquí ya no haces falta. Voy a quedarme unos cuantos meses así que, si mi abuela necesita alguien que le eche una mano, estoy yo.

—Estupendo. Pues permíteme un consejo… —Beau se acercó un poco más, bajó la voz—. Supongo que, en el mundo del deporte y en la gran ciudad, esa actitud a la defensiva te habrá venido de perlas para protegerte. Pero por aquí somos gente amable que cuidamos los unos de los otros, así que sácate el palo del culo. Te irá mucho mejor.

—No sabes nada sobre mí.

—Efectivamente —replicó Beau—. Y por eso no estoy siendo un imbécil contigo.

Reece apretó los labios, claramente molesto. Tras unos segundos abrió la boca, dispuesto a decir algo; sin embargo, la vuelta de la señora Sargent los calló a ambos. Se distanciaron un par de pasos, el menor de los Sinclair tomó una profunda inspiración y se esforzó en

sonreír, dejando atrás a Reece, acercándose a esta con su habitual alegría.

—¡Se lo dije, señora Sargent! Ese vestido era todo un acierto.

Rojo, con lunares blancos, lo habían comprado la semana anterior en una de tantas salidas juntos para hacer la compra de la semana. Ver a la anciana con aquel toque de color, ella que prefería los tonos apagados tras la pérdida de su esposo, hacía que una calidez se deslizara por el pecho de Beau capaz de borrar las malas palabras de su nieto.

—¿De verdad? ¿A ti qué te parece, Reece?

Un asentimiento y una media sonrisa fueron toda la respuesta que fue capaz de dar.

—Gracias, querido —dijo la anciana, poniéndose un sombrero para poder protegerse del sol—. Entonces, estamos listos para irnos… ¿Quieres venir con nosotros, cariño?

—No, todavía tengo muchas cosas que desempaquetar.

La mujer asintió.

—¿Vamos, Beau?

—Claro —respondió, siguiendo los pasos de la anciana hacia el interior de la casa, con intención de salir por la puerta principal.

Sin embargo, antes de marcharse, Beau presionó los labios, tomó una profunda inspiración y giró hasta poder encarar a Reece una última vez. Sus miradas se clavaron, el gesto del hombre perdió esa media sonrisa que guardaba solo para su abuela.

—Bienvenido a Whitefish —sentenció, cerrando la puerta trasera con fuerza.

Quedarse con la última palabra era una satisfacción.

Menudo gilipollas.

Definitivamente iba a evitar a toda costa volver a hablar con él.

2.



Hacer lo mismo varias veces y esperar un resultado diferente es un error humano.

Para algunas personas, este tipo de errores se centra en juntarse con la persona equivocada. Responder mensajes de un ex del que deberían haber pasado página. Perdonar a alguien que les ha hecho daño en más de una ocasión. Creer la promesa de que han cambiado. Son errores evidentes, de esos que un buen amigo puede señalar y reprenderte por ellos e intentar convencerte de que has de ponerles fin.

Para otros, este tipo de errores eran más silenciosos, menos evidentes. Quedarse cuando deberían haberse ido. Callar lo que dolía para no incomodar. Aceptar migajas disfrazadas de estabilidad. Son errores que no dejan marcas visibles, pero que se acumulan con el tiempo, pesando en el pecho hasta convertirse en costumbre.

En el caso de Beau, su error recurrente era volver al Jenkins una y otra vez cuando, cada vez que había estado allí, las cosas nunca

habían terminado bien. Quizás tenía un toque masoquista, su hermano Emmet se lo había dicho en más de una ocasión. Sin embargo, para él estaba mucho más claro. Necesitaba apartarse de los ojos de Whitefish, de ver a la misma gente, necesitaba… creer que había algo ahí fuera que podía quitarle esa soledad intensa.

Sentado en una de las mesas del Jenkins, Beau se terminaba su primera cerveza mientras escuchaba a Mini, la pequeña de las hermanas Halpert, contar su última pelea con su chico. Puesto que solo se llevaban un año de diferencia, desde el momento en el que se habían conocido, ambos habían gravitado el uno alrededor del otro hasta crear esa amistad inquebrantable que sentían ahora. Mini había sido para Beau su primera amiga de verdad, también su primer beso y, finalmente, esa persona en la que había confiado lo suficiente como para confesarle que le gustaban los chicos incluso antes que a Emmet.

Ella nunca lo rechazó. De hecho, asustado tras confesar aquella verdad que sentía que podía acabar con todo, la respuesta de Mini fue un puñetazo en el hombro que lo descolocó por completo. Escucharla decir que lo había sabido desde aquel primer beso de niños estúpidos hizo a ambos estallar en una sonora carcajada tras la que quedaron abrazados, sentados bajo las estrellas.

«Eres como un hermano para mí, Beau. Siempre te querré, pase lo que pase».

Y aunque, para algunos, aquello era lo mínimo, para Beau fue todo un mundo.

Contarle a su hermano la verdad resultó sencillo al no sentirse tan solo.

—Ya sabes lo que opino de este tema, Mini. Tienes que romper con él pero ya.

La menor de los Halpert resopló sonoramente. De forma teatral dejó caer la cabeza sobre el hombro de su amigo.

—No puedo. El capullo me tiene enganchada. Se pone su sombrero de cowboy y… ¡Ugh! Hasta las migajas me saben a un banquete. Tú ya me entiendes.

El menor de los Sinclair enarcó una ceja.

—¿Yo?

Mini sonrió y levantó la cabeza, apuntándole con el dedo.

—¡Tú! ¿O es que crees que soy idiota y no sé por qué hemos venido aquí?

Beau frunció el ceño, bebió de nuevo de su cerveza, negando después. Por supuesto que sabía de lo que estaba hablando, pero estaba demasiado avergonzado por su hipocresía como para admitirlo en voz alta. La menor de los Halpert suspiró, terminó de incorporarse y recuperó su cerveza de encima de la mesa.

—Hemos venido porque tienes la esperanza de ver otra vez al poli buenorro.

Agh, ahí estaba.

═══∘ ◦ ❁ ◦ ∘═══

Noche. En el Jenkins.
Tres meses y diecinueve días antes.

—¿Estás seguro de que quieres quedarte, Beau? Podemos llevarte a casa…

El menor de los Sinclair negó, levantó su cerveza para mostrarla a Mini.

—Vete tranquila, de verdad, me termino la cerveza y me voy.

Aunque su amiga dudó un momento, terminó por asentir, acercándose y dejando un beso en su mejilla antes de salir corriendo al encuentro de su hombre. Este no tardó en agarrarla por la cintura, acercando los labios hasta su oído para decirle algo que, por la reacción de esta, Beau estaba convencido de que era una cochinada.

Suspiró. Solo una vez más, se llevó el botellín de cerveza a los labios para darle un trago.

Una parte de sí mismo se preguntaba qué hacía allí, por qué seguía volviendo a aquel lugar del que salía siempre decepcionado. Los pocos chicos que había conocido en el Jenkins no eran de esos de los que uno esperaba una relación. Eran de esas situaciones sin llamadas, mensajes o citas con intereses más allá de un polvo.

Aunque Beau se esforzaba en convencerse de que aquello estaba bien, que era mejor que nada, ese romanticismo que había existido en él desde que de niño veía a sus padres derretidos de amor el uno por el otro, le gritaba que estaba equivocado. Estaba bien, era divertido incluso. Pero siempre le dejaba un regusto amargo en los labios familiar para el que busca, no sólo placer sino alguien que lo abrace después.

Y esas cosas nunca las hay en los polvos de una noche.

Aun así, como un idiota, ahí estaba.

La fiesta había terminado hacía un rato. Ya no sonaba música, tampoco había mucha gente. Los últimos borrachos, alguna pareja metiéndose mano de la forma más sutil posible en las mesas del fondo… Era patético seguir allí. Aunque no se había terminado el trago, el menor de los Sinclair apartó la botella y se puso en pie, con tanto ahínco que chocó con algo.

O más bien alguien. Junto a él, sujetando una cerveza ahora completamente derramada, un hombre alto y rubio lo miraba sorprendido. Beau necesitó unos segundos para conectar lo que había pasado.

Le había tirado la cerveza, le había mojado la camisa, había… *Ay Dios*.

—Lo siento, lo siento, yo… —dijo, apresuradamente, cogiendo de encima de la barra una servilleta para empezar a secarle la camisa—. No te había visto…

Al fijarse un poco más, el menor de los Sinclair se percató de que no era una camisa cualquiera, sino que se trataba de un uniforme de policía. El nudo en la garganta se volvió más intenso, ¿y si se había metido en un lío sin ni siquiera darse cuenta?

Pero, entonces, el hombre río.

Beau sintió un cosquilleo en sus adentros ante tal sonido.

—No te preocupes, mi madre dice que soy sigiloso como un gato. Y eso tiene cosas buenas y cosas malas —dijo, dejando la cerveza medio vacía sobre la barra—. Disculpa si te he asustado. No era mi intención.

—Disculpa tú por haberte manchado y… por la cerveza. De no ser tan tarde me ofrecería a invitarte a otra, pero creo que si lo hago el dueño va a querer matarnos.

Ambos rieron.

—Sí, la verdad es que creo que he llegado un poco tarde —suspiró —. Después de un día tan largo esperaba algo de compañía…

—Pues como no te conformes con la mía —bromeó Beau.

El silencio se instauró entre ambos. Pero no uno incómodo, todo lo contrario. Era uno de esos que hablan sin necesidad de palabras, que dejan claras las intenciones de quienes los comparten. Al ver al policía morderse el labio inferior, el menor de los Sinclair sintió sus entrañas calentarse de ese modo tan agradable que solo las expectativas pueden avivar.

—Chicos, os tenéis que largar. Cierro en cinco minutos —dijo el hombre tras la barra, acompañando sus palabras con un gesto con la mano que indicaba la salida.

No había lugar a negociaciones. La noche había acabado. Las expectativas no iban a ser nada más que una promesa en el aire.

—Creo que es hora de volver a casa —dijo Beau finalmente—. Ha sido un placer y, de nuevo, perdona por lo de la camisa. Si nos vemos otra vez te lo compenso —aseguró.

Y tras una sonrisa amable, rodeó al policía, caminando hacia la salida, dispuesto a emprender ese camino a casa que ahora se le antojaba eterno.

—¿Has venido en coche? —la voz del rubio detuvo sus pasos.

Beau giró para encararlo, negó despacio.

—No, no conduzco —respondió.

—¿Puedo… ofrecerte un viaje a casa?

El menor de los Sinclair rio.

—¿Crees que soy tan estúpido que montaría en el coche de un desconocido?

El policía negó y recortó la distancia entre ambos con pasos lentos.

—Técnicamente no es el de un desconocido, he venido con el coche patrulla, así que el dueño es el departamento de policía y… —rio—. Servir y proteger. Ya sabes.

Beau sonrió juguetón y se cruzó de brazos.

—Coche patrulla, uniforme… ¿Eso te funciona para conseguir lo que quieres?

El rubio bamboleó la cabeza.

—La mayoría de las veces —confesó.

La verdad es que no era un mal truco. A ojos de Beau y de cualquiera con dos dedos de frente, un uniforme sumaba al atractivo hasta de aquellos que a un primer vistazo parecían no tenerlo. Y, en fin, alguien tan alejado de los líos como era el menor de los Sinclair encontraba algo de lo más divertido en la idea de poder contar que había montado en un coche patrulla.

—¿Podré poner la sirena?

—Si quieres que me despidan, claro.

Ambos rieron. Beau dudó un momento, pero terminó por asentir.

—Está bien, te dejo que me lleves a casa. Pero te advierto… —lo apuntó con uno de los dedos—. Mi hermano trabaja en el cementerio, así que ni se te ocurra meterte conmigo.

El rubio levantó ambas manos.

—No te tocaré ni un pelo, lo juro.

═══∘ ◦ ❁ ◦ ∘═══

El coche de policía estaba aparcado en un margen de la carretera, escondido entre los árboles cercanos al Jenkins, abrazado por la penumbra de la noche. En el interior, en la parte de atrás, arrinconado contra uno de los laterales de este, Beau se encontraba perdido en una cadena de besos cada vez más ansiosos e inflamados. *Hambrientos*.

Al sentir la erección de este adentrándose en él, sus uñas se clavaron con fuerza contra su espalda, gestionando de este modo una punzada de dolor fruto de lo apresurado de todo aquel encuentro. Tomó aire. Sus piernas presionaron los costados del policía con firmeza. En mitad de aquella penumbra los brillantes ojos ajenos lo miraron directamente.

—Soy Beau, por cierto —atinó a decir de forma entrecortada.

El policía rio.

—Laramie.

Laramie.

Era bonito, sonaba dulce.

Sus labios volvieron a buscarse con urgencia, perdiéndose en una nueva cadena de besos. Al distanciarse buscando aire, Laramie llevó una mano hasta su rostro, deslizando el pulgar sobre una de las cicatrices que surcaban su piel.

—Dios, tienes muchas cicatrices… ¿qué…?

El menor de los Sinclair calló aquella pregunta con un nuevo beso, llevando sus dedos a clavarse con más fuerza contra la piel caliente de Laramie. No quería hablar de sus cicatrices. No quería pensar en ellas y que su cabeza se desconcentrara. Siempre era complicado contar por vez primera aquella historia.

Me las hice en un accidente de coche cuando era niño.

Mis padres murieron en él.

No. Ahora no.

Laramie pareció captar la indirecta pues, aun con los labios ocupados, empezó a mover la cadera en una serie de choques intensos que no tardaron en convertirse en el único sonido audible dentro de aquel coche.

═══∘ ◦ ❁ ◦ ∘═══

—Hemos venido porque tienes la esperanza de ver otra vez al poli buenorro.

Beau bajó la mirada, sus mejillas se tiñeron de un suave rubor de inmediato.

—Se llama Laramie, y lo sabes —dijo finalmente, notando cómo Mini se lanzaba a abrazarlo con fuerza, acomodando de nuevo el mentón sobre su hombro.

—¿Habéis quedado en veros?

El menor de los Sinclair asintió.

—¡Entonces la cosa va a más! ¡Me alegro tanto por ti, Beau!

Ah, ahí estaba la trampa. ¿Iba de verdad la cosa a más?

Sí, habían quedado ya muchas veces. Pero el patrón era siempre el mismo: mensajes que se alargaban más de la cuenta, llamadas para repetirse una y otra vez las ganas que tenían de verse y luego un encuentro que no dejaba espacio para preguntas. Se veían, se buscaban, se desnudaban y después, cada uno volvía a su vida como si nada hubiese pasado.

No habían hablado nunca de qué eran, ni de qué querían ser.

No había promesas, ni planes, tampoco palabras grandes.

Solo eran un par de cuerpos que encajaban demasiado bien y una química que hacía fácil no pensar más allá. Beau se decía que estaba bien así, que no necesitaba etiquetas, que lo importante era que Laramie seguía contestando, llamando, apareciendo. Pero la verdad era que cada vez le costaba más fingir que no quería algo más.

Porque no era solo sexo. No para Beau. No cuando se descubría esperando el sonido del teléfono con una impaciencia que no tenía nada de casual. Cuando una sonrisa tonta que le duraba horas se pintaba en sus labios ante el más estúpido de los mensajes.

Se moría de ganas de sacar el tema, de poner las cartas sobre la mesa, pero también le aterraba hacerlo y romper ese equilibrio frágil que habían construido. Aquella era la primera vez que un polvo de una noche se convertía en algo recurrente. No quería cagarla.

Con la mirada de Mini clavada a la propia, teñida de esa ilusión que a uno le duele romper, Beau solo pudo hacerse una pregunta: ¿cómo podía contener todos aquellos pensamientos en una sola respuesta? Sencillamente, no podía. Así que sonrió, asintió y decidió que mentir era la única opción viable.

—¡Eso parece! —dijo con fingida ilusión.

Se fundieron en un nuevo abrazo, en mitad de este se encontraba cuando, sobre el hombro de Mini, vio a Laramie entrar en el Jenkins.

Su espalda se tensó.

El estómago se encogió, la sonrisa boba se pintó en los labios.

Sí, necesitaba respuestas o se volvería completamente loco.

3.



La parte de atrás del coche patrulla se había vuelto ya un escenario habitual para los encuentros que Beau compartía con Laramie. Después de un poco de conversación en el Jenkins, una cerveza fría y alguna caricia que prometía más, no tardaron en marcharse del local y caminar hasta el coche, donde el abrazo de la oscuridad y los árboles daba cierta intimidad.

Tras un gemido compartido, con las uñas clavadas contra los hombros del policía y el sudor cayendo por su espalda, el menor de los Sinclair se movió hasta bajar de su regazo. Cayó a su lado. Los amortiguadores dieron un nuevo brinco que nada tenía que ver con los de hacía un instante, acomodó el cuerpo contra el asiento y cerró los ojos, inspirando profundamente. El placer lo había llenado todo, sentía ese cosquilleo agradable recorrer todo su ser de la cabeza a los pies y el corazón latir desbocado dentro del pecho.

Solo una caricia ajena lo devolvió a la realidad. Laramie, con el rostro ladeado y una sonrisa satisfecha pintada en los labios, le apartó el flequillo de los ojos.

—Te ha crecido mucho el pelo…

Beau arrugó la nariz.

—Sí, tengo que darme un buen corte —respondió. Tomó aire de nuevo—. ¿Bien?

Laramie rio, llevó la mano hasta una de las rodillas de Beau para darle un apretón.

—Claro, echamos otro en cuanto me reponga —le guiñó el ojo.

El menor de los Sinclair presionó los labios, siendo capaz de dibujar la sonrisa más honesta que le salía en esos momentos. Laramie se acercó, le dio un beso lento, dejando una última caricia en la mejilla antes de centrarse en lo mismo de siempre: fumar.

Beau dobló las piernas, las rodeó con los brazos y se quedó en su asiento intentando ser la menor inconveniencia posible; el policía, en cambio, buscó sus pantalones, sacando del bolsillo tanto un cigarrillo como el mechero.

Bajó un poco la ventanilla. El aire frío de la noche le puso los vellos de punta.

Sin el sexo presente para ocupar sus pensamientos, la vocecilla en la cabeza de Beau que le decía que necesitaba hablar con él de su situación volvió a hacerse presente. Una parte de sí mismo quería no escucharla, vivir feliz en ese momento, hacerlo otra vez, volver a casa y seguir creyendo que aquella era una forma viable de tener una relación. Otra sabía que, a veces, es mejor matar algo antes de que pueda hacerte más daño.

—¿Irás a la competición de pesca este fin de semana? —preguntó.

Laramie asintió.

—Varios de los chicos del cuerpo nos hemos apuntado. Será divertido, no creo que consiga quedar muy bien, pero… colegas, unas cervezas… —levantó los hombros—. ¿Tú vas a ir? No sabía que te gustaba la pesca, no me lo has dicho nunca.

Beau negó.

—No, a mí no… pero sé que a ti sí —bamboleó la cabeza.

Laramie lo miró, expulsó el humo de la última calada y lanzó el cigarrillo por la ventanilla, usando la mano ahora libre para sujetar el mentón ajeno. Se acercó, besó los labios del menor de los Sinclair con intensidad creciente, deslizando la otra por su cintura, presionando de nuevo la carne desnuda.

—Eso que acabas de decir es tan mono que me ha cargado las pilas de golpe —dijo contra sus labios, moviendo después la cabeza para poder besar su cuello, descendiendo rumbo al hombro.

Beau suspiró. Una de sus manos trepó por la espalda del policía, sus piernas se abrieron para hacerle espacio y que pudiera encajarse de cualquier forma entre ellas.

—No me gusta la pesca, pero… —suspiró—. Si quieres podemos vernos en el lago y… no sé, a mí también me apetece esa cerveza entre colegas.

Laramie se detuvo de golpe, echó la cabeza atrás para poder mirar a Beau de nuevo.

—Te aburrirás —dijo, besando su mejilla, nariz y, finalmente, sus labios—. No es necesario que vengas, cuando acabe te recojo y nos vemos como siempre.

—¿Cómo siempre? Vamos que echemos un polvo en tu coche… —se quejó.

Sus miradas volvieron a encontrarse.

—¿Qué hay de malo en eso? Es lo nuestro, ¿no?

Beau presionó los labios, bajó la mirada. Nervioso, empezó a clavar la uña del dedo índice contra una de las piernas, arañando con fuerza, buscando con este gesto canalizar el torbellino repentino que se había desatado en sus adentros.

Ahí estaba. *La gran conversación*. Lo único que lo separaba de estrellarse o seguir adelante.

—No hay nada de malo, es solo que… ¿Nunca te apetece hacer conmigo algo más que… *esto*? No tiene que ser nada grande, no… digo que me presentes a tus amigos, o… solo hablo de… en fin…

siempre es aquí, siempre es así… A veces me siento como tu muñeca hinchable.

Laramie rio.

—Bueno, podemos ir a mi piso la próxima vez si el problema es el coche.

—¡No es el coche! —levantó la mirada—. No te hagas el tonto, sabes por dónde voy…

El policía resopló. Dejó ir a Beau de inmediato, imponiendo distancia entre ambos. Con ambas manos se frotó la cara, al mirarle, el menor de los Sinclair supo de inmediato que se estaba arrepintiendo de haberse deshecho de su cigarrillo tan pronto.

—¿En serio quieres tener ahora una conversación sobre qué somos?

—Supongo. Si tenemos las cosas claras, ¿qué más da ahora que luego? La respuesta será siempre la misma —levantó los hombros.

El silencio llenó el coche. Uno pesado, de ese que cae sobre los hombros como una losa y rompe por completo la magia del momento. Doloroso, complejo de explicar para aquellos que no lo han vivido nunca. El menor de los Sinclair lo había sentido ya en sus carnes varias veces, *demasiadas* diría, y aunque era agradable soñar que aquella sería la última, dudaba mucho que así fuera.

—Beau, tú me gustas. Y es evidente que en el sexo nos entendemos…

¿Se entendían o le dejaba hacer lo que quisiera con su cuerpo? La gran pregunta.

Laramie suspiró.

—Pero… joder, no te ofendas, ¿vale? —el policía se frotó los ojos con una de las manos—. Eres muy guapo, seguramente el tío más guapo con el que he estado. Me pones mucho. Pero no lo suficiente como para cargar con… todo lo demás. No sé si me entiendes…

—Sí, te entiendo —respondió Beau, moviéndose, empezando a buscar su ropa para vestirse—. Demasiado bien.

—No es que haya nada malo en ti —añadió Laramie, incómodo—. Es solo que… no quiero algo complicado. Ya lo tuve en el pasado. No quiero sentir que tengo que estar pendiente de tus cosas, cuidarte…

—Implicarte —sentenció Beau, mientras terminaba de ponerse los pantalones.

Laramie no respondió. Su silencio fue más que suficiente para decirlo todo.

Beau recuperó de debajo de uno de los asientos su camiseta verde con los dientes de león serigrafiados. Iba a ponérsela pero, al notar la mano ajena sobre el hombro, se detuvo, volviendo a mirar al policía que lo observaba con expresión de lástima.

—No te vayas así, deja que te lleve a casa.

Beau rio con un toque sarcástico.

—No, tranquilo, no quiero que sientas que tienes que hacer demasiado por mí.

—Beau…

Pero no le escuchó. Sin mediar palabra alguna, el menor de los Sinclair bajó del coche, dando un fuerte portazo una vez estuvo fuera. No tardó en echar a andar, aunque la brisa fría de la noche hizo que tuviera que abrazarse a sí mismo para mantener el calor, su orgullo estaba lo bastante dañado como para aguantar con dignidad aquello.

Por un instante, soñó con Laramie bajando del coche, corriendo hasta él y diciéndole que había sido un error y que necesitaba que pudieran hablar las cosas bien.

Pero no lo hizo. Por supuesto que no.

De hecho, mientras avanzaba por el borde de la carretera rumbo a casa, Beau vio pasar por su lado el coche de policía sin intención alguna de detenerse.

4.



Al entrar en casa, Beau se encontró a Emmet en el sofá, con un partido de rugby puesto en la tele y un bocado de pizza con queso en la boca.

Mierda.

Se suponía que su hermano iba a estar con su chica aquella noche, ¿qué hacía allí?

El menor de los Sinclair bajó la cabeza, tomó aire por la nariz y se limpió con ahínco los restos de lágrimas que había soltado por el camino. Una conversación de chicos con su hermano, después de lo sucedido, le apetecía lo mismo que volver a verle la cara a Laramie.

—Hola —farfulló aún con la cabeza agachada, buscando ser lo más invisible posible.

—Hola —Emmet miró el reloj en su muñeca—. ¿Qué haces aquí tan temprano?

Beau no se detuvo, pasó de largo por el salón, acelerando el paso con la intención de subir a su habitación sin dar demasiadas

explicaciones.

—Estoy cansado, me voy a la cama… ¡Buenas noches! —dijo de forma apresurada.

Y llegó a poner un pie en el primer escalón, pero algo poderoso lo detuvo.

—Beau Elias Sinclair.

Su nombre, completo.

Arrugó la nariz, maldijo en voz baja, girando despacio hasta poder mirar de nuevo cara a cara a su hermano. Emmet dejó la pizza sobre la mesa baja del salón, bordeó el sofá y se acercó a él con paso tranquilo y los brazos cruzados. Los mismos que descruzó a la velocidad del rayo cuando, al estar lo suficientemente cerca, se percató del color de los ojos de su hermano. Con firmeza lo cogió del mentón.

—No sé si prefiero que me digas que vienes fumado o que has estado llorando —dijo.

Beau bajó la mirada, dudó un momento, pero sabía que no había escapatoria.

—Lo segundo… —confesó finalmente, volviendo a mirar a Emmet. Este lo soltó, no necesitó más que un suave movimiento de cabeza para indicar que debía seguirle al sofá. Resopló—. ¿No puedo irme a dormir sin más?

No iba a mentir, le gustaba el pequeño acuerdo que, meses atrás, él y su hermano habían creado. Ese en el que se prometían que iban a dejar de guardarse las cosas, que iban a ser más abiertos con sus problemas y a hablar las cosas. Sin embargo, en momentos como aquel, volvería atrás en el tiempo y borraría aquello para hacer que todo fuera como antaño y encerrarse en su habitación, abrazado por el silencio.

—No —sentenció Emmet.

Un gruñido brotó de los labios de Beau pero, aun así, obedeció.

Ambos tomaron asiento en el sofá. Todavía sin saber demasiado bien cómo lidiar con las conversaciones sobre sentimientos, Emmet decidió que lo mejor que podía hacer era poner un pedazo de pizza en un plato y ofrecérsela a su hermano menor. No es que tuviera mucha hambre pero, de todos modos, lo aceptó. Su hermano lo estaba intentando a su manera y, lo mínimo que podía hacer, era cooperar.

—Gracias… —susurró, pellizcando con los dedos un pedazo del borde, jugando con él.

Emmet recuperó su pedazo ya mordido, dándole un segundo bocado.

—¿Y bien? —preguntó, acomodándose, colocando los pies sobre la mesa baja.

—Llevo algo más de tres meses viéndome con alguien —dijo finalmente.

Los ojos del mayor de los Sinclair se abrieron más, lanzó el pedazo de pizza y volvió a poner los pies en el suelo para acercarse a Beau.

—¿Y ese gilipollas te ha hecho llorar? ¿Quién? ¿Quieres que…?

Beau negó de inmediato; sin embargo, tras unos segundos de duda, cambió el movimiento de su cabeza por un bamboleo indeciso.

—O sea, me ha hecho llorar, pero no quiero que hagas nada, ¿vale? —suspiró—. He… tenido con él una conversación sobre lo que éramos y… no ha ido bien —levantó los hombros.

—Mierda, lo siento Beau…

El menor de los Sinclair hizo un gesto ambiguo con la mano, buscando restarle importancia. Se esforzó una vez más en sonreír, en buscar no preocupar a su hermano de más por la situación. Seguía siendo complicado ser honesto con aquellas cosas. Después de años reprimiendo todo lo que cruzaba su cabeza, ¿cómo cambia uno el chip?

No podía.

No sabía.

Estaba jodidamente roto. Era defectuoso.

—No pasa nada. Es mejor enterarse cuanto antes de esas cosas, así no me ha dado tiempo a… ya sabes, pillarme demasiado…

—Ya… ¿y has llorado por un tío por el que no estabas «pillado demasiado»? Beau…

Un nuevo suspiro. Beau dejó también su pizza sobre la mesa baja.

—Me ha dicho que lo guapo que soy no compensa todo lo demás…

Emmet frunció el ceño.

—¿Lo demás? ¿A qué cojones se refiere?

—Le… hablé de las cicatrices. De papá y mamá…

El silencio llenó la estancia de golpe. Aunque ambos habían hecho un gran esfuerzo por lidiar con lo sucedido, por aprender a gestionar los sentimientos que el accidente les provocaban, seguía siendo uno de esos temas que jamás pueden dejarte indiferente. La culpa se había diluido. El luto empezaba a asentarse mejor en sus adentros. Pero la tristeza y la añoranza nunca se irían del todo, ese era un peso con el que debían aprender a vivir, sin esperar que se fuera.

—Emmet… ¿Es complicado estar conmigo?

El mayor de los Sinclair se movió raudo, acortó toda distancia con su hermano y colocó una mano sobre su nuca, sujetando esta con firmeza.

—Escúchame bien. Si es eso lo que ese imbécil te ha dicho, entonces estás mucho mejor sin él. Todo el mundo es complicado, Beau, todos tenemos esas cosas que hacen que… en fin, seamos nosotros. Con las que tenemos que cargar todos los días. Si alguien no está dispuesto a ayudarte a que sea más soportable, entonces no te aporta nada y sobran. Nadie vive sin esto, nadie… joder nadie es perfecto. Seguro que ese tío también lo tiene.

Sin apartar la mirada, con los hombros tensos, Beau apartó la mano de Emmet.

—Yo… siento demasiado, Emmet. Todo me resulta un mundo. Me ilusiono, me implico, me duele. Y al final siempre es lo mismo. Dicen que es demasiado, que cansa, que pesa. Todos los hombres con los que he estado han terminado dándome la patada por eso…

—No. No es así —dijo con firmeza—. No sientes demasiado, Beau. Sientes de verdad. Y eso no es un defecto, joder, es algo que muy pocos se permiten hoy en día. Yo siempre he envidiado eso de ti, ¿sabes?

Beau soltó una risa breve, amarga.

—Hey… —la mano de Emmet se acomodó ahora sobre una de las de Beau—. ¿Recuerdas cuando tuvimos una conversación similar hace unos meses? Aquella noche, cuando lo del tío de Jenkins, cuando Char le metió un puñetazo.

Beau asintió, como para olvidarlo. La verdad es que, cuando la chica de su hermano le había partido la cara a aquel imbécil, había sido una pasada.

—En aquel momento te dije que, en fin, que no era malo estar solo. Recuerdo tan bien lo que me respondiste. Tú no querías sobrevivir a tu propia vida. Querías vivirla de verdad, con todo lo que eso implicaba. En aquel momento no entendí nada, me pareció una locura, pero ahora lo hago.

—¿Por Charlotte? —preguntó Beau, con una media sonrisa cautelosa.

Emmet bamboleó la cabeza.

Su hermano y Charlotte tenían una historia complicada. Enamorados desde niñatos, ruptura complicada, años sin verse y, ahora, una vuelta a empezar que prometía ser la definitiva. Beau los envidiaba, eran lo más similar a lo que unas almas gemelas debían ser.

—En parte sí, claro. Ella me entiende, me ve, hace que todo sea más sencillo. Pero no… —apretó ligeramente la mano de Beau—. Eres tú quien ha hecho que lo entienda. Tú que nunca te has rendido

a pesar de todo. Tú, que has seguido buscando vivir, sentir, equivocarte si hacía falta, que has seguido soñando incluso cuando no parecía quedar nada por lo que hacerlo… No eres demasiado, Beau. Nunca lo has sido. Pero no cualquier gilipollas está preparado para tener a alguien tan vivo al lado. Tan intenso, tan real. Alguien que no se conforma con existir. Y eso no es un defecto. Eso es valentía.

Beau observó a su hermano en silencio. Sí, aquel era un hombre que estaba más tranquilo, que había conseguido aligerar ese dolor que lo había alejado del mundo. Aquel era un hombre del que se sentía orgulloso, que merecía esa felicidad nueva que le había llegado.

No dijo nada, no supo demasiado bien qué decir, así que, sencillamente, se acercó a él hasta poder acomodar la cabeza contra su pecho, sintiendo de inmediato cómo este lo rodeaba con sus brazos. Esperaba que aquel gesto fuese suficiente ahora que las palabras resultaban esquivas en la garganta.

—Charlotte te ha hecho todo un charlatán, ¿lo sabías? —bromeó finalmente.

Emmet rio, acomodó su mentón sobre la cabeza de su hermano.

—Echo de menos cuando todo se solucionaba preguntándote si podía dormir contigo.

—Yo no echo tanto de menos las patadas que me metías durmiendo la verdad…

—¡Oye! —el menor de los Sinclair se echó hacia atrás y cogió una de las almohadas, dando un golpe a su hermano con ella—. ¡Injurias!

Como toda y cada una de las veces que se enzarzaban en una de sus estúpidas falsas peleas, a Emmet le bastó con coger a Beau del brazo y tirar de él para tenerlo a su merced. Cogió su cabeza con uno de los brazos, sujetándolo con firmeza, riendo al sentir como le daba varias palmadas en el brazo.

—¡Eres un animal, Emmet!

—No empieces batallas que no puedes ganar, Beau.

El mayor de los Sinclair tiró del pequeño, haciendo que terminara con la cabeza sobre sus piernas, dándole un toque final con el cojín en la cara antes de dar aquella pelea por más que terminada. Beau frunció el ceño, con teatralidad le mostró el dedo corazón.

—Un día me vas a desnucar, idiota.

Emmet no respondió, solo flexionó uno de los brazos y marcó bíceps, dejando un beso sobre estos con un toque de chulería que hizo a Beau poner los ojos en blanco. Giró y quedó tumbado de lado, pudiendo ver la televisión.

No, no era rugby sin más, eran noticias deportivas. En la pantalla, Reece Sargent apareció junto al resto de sus compañeros, todos vistiendo de rojo dorado y blanco.

El menor de los Sinclair no pudo evitar resoplar.

—Creo que eres la única persona en todo el país que se traga ese rollo…

—¡Oye! A mí me gusta. Además, ahora que tenemos a un deportista de élite viviendo a nada de aquí, será lo mínimo estar al día, ¿no te parece?

Beau ladeó el rostro, miró a Emmet con el ceño fruncido.

—¿El nieto de la señora Sargent? No te hagas ilusiones, es un borde de narices.

El mayor de los Sinclair frunció el ceño también.

—¿Borde? Yo estuve con él el otro día y fue muy majo. Le ayudé con unas cajas de la mudanza cuando fui a llevarle la compra a su abuela. Me ofrecí a enseñarle Whitefish, tomamos una cerveza y hablamos de deportes.

¿Muy majo? ¿El hombre que lo había acusado de acercarse a su abuela por interés? Beau giró de nuevo, quedando tumbado de lado, observando la televisión una vez más, encogiéndose un poco al sentir cómo su hermano le mesaba el pelo.

—¿Es que ha sido borde contigo?

Beau dudó un momento, pero terminó por negar.

—No, es algo que he leído en internet.

Era una tontería. Seguro que Reece había tenido un mal día y lo había pagado él por la razón que fuera. Además, Emmet lo admiraba, no podía romperle aquella ilusión de ese modo. A él no le gustaría que alguien hiciera lo mismo con Dolly Parton.

Suspiró, decidió no darle más importancia y cerró los ojos, permitiéndose descansar después de un día tan duro, abrazado por la sensación de paz y seguridad que siempre sentía al estar junto a Emmet.

De fondo, una voz femenina daba las noticias.

—Esta mañana, hemos amanecido con la noticia de que Reece Sargent se encuentra en paradero desconocido. Tan solo días después de anunciar públicamente que se tomaría un descanso indefinido, el capitán de los Cotteridge Cavaliers ha desaparecido sin dejar rastro y, según fuentes cercanas, habría incluso abandonado el país. Ni su club ni su entorno más próximo han logrado contactar con él desde hace más de 72 horas. No hay actividad en sus redes sociales y la residencia que compartía con su ex esposa se encuentra vacía. Las especulaciones no han tardado en aparecer. Algunas fuentes apuntan a que Sargent podría haber viajado al sudeste asiático, mientras que otras no descartan que se encuentre en una zona rural, completamente desconectado, buscando alejarse de la presión mediática y deportiva. ¿Está Reece Sargent comenzando una nueva vida lejos del rugby? ¿O se trata de una retirada temporal llevada al extremo?

5.



—Los tíos son gilipollas, Beau. No dejes que uno te hunda.

Sentados juntos en las gradas del campo deportivo de Whitefish, Mini no tardó en abrazar a su amigo tras decir aquellas palabras, besó su mejilla, buscando animarlo con ese contacto físico que siempre había sido la debilidad del menor de los Sinclair.

—Lo sé, es solo que pensé que sería diferente —respondió, levantando los hombros.

El campo deportivo de Whitefish no era un lugar en el que ambos amigos solieran pasar mucho tiempo. Ninguno de los dos era especialmente deportista, ni tampoco sentían interés alguno por los diversos deportes que allí tenían lugar.

Al ser un pueblo pequeño, era inviable la idea de tener un campo para cada pequeño equipo de vecinos que se formara, así que el ayuntamiento había optado por crear un gran campo y un sistema de reservas en el que cada equipo tuviese que turnarse para usarlo.

El sistema era una verdadera chapuza. Beau todavía recordaba cómo los dos equipos de los hermanos O'Neil habían terminado a

tortazos al no ser capaces de decidir a qué O'Neil le tocaba entrenar los viernes por la tarde.

Si se encontraban allí era por el novio de Mini, Kurt, que había vuelto a entrenar con el equipo de rugby local después de una lesión de rodilla. Su chica se había ofrecido a ir a verle en su primer entrenamiento después de tanto tiempo y, ya que no quería hacerlo sola, había sobornado a Beau con un granizado de los del centro para que la acompañara.

Ahora, con el granizado ya acabado, aquello era de lo más tedioso. Por mucho que Emmet hubiera intentado explicar mil veces que era lo que hacía tan interesante aquel deporte, para él no eran más que una panda de tíos corriendo detrás de un balón. No distaba mucho de cualquier otro deporte con pelota que se le ocurriera.

El menor de los Sinclair dio un suave brinco cuando, de la nada, Mini se puso en pie en un resorte, gritando, moviendo los brazos de forma exagerada.

—¡Wooooooooooooooooooooooh! ¡Ese es mi chico! —gritó y aplaudió a la vez.

En la otra punta del campo, Kurt acababa de marcar un tanto.

Tanto… ¿Se le llamaba así? ¿O era un gol? ¿Un…? *Bah*, daba igual.

Beau observó al grupo de hombres, destacando entre ellos uno en concreto. *Reece Sargent*. De haberlo conocido en otras circunstancias, de no tener sus gilipolleces tan frescas en el cerebro, Beau se permitiría disfrutar de lo bonitos que eran sus brazos en camiseta de tirantes. Pero no. Un tío así no merecía más cumplidos.

—¿Reece Sargent juega en el equipo? —preguntó—. ¿Ese tío no es como profesional?

—Sí, pero está de baja una temporada. Cuando se vino a vivir con su abuela dijo que necesitaba con quien entrenar para no perder la forma y… en fin, no se lo digas a Kurt, pero son unos paquetes. Necesitaban un refuerzo —bromeó, dándole un toquecito con el codo.

—Ya, bueno. No creo que el resto de equipos de la zona estén contentos con esto.

—Pfff, que les den. Este año nos llevamos algún trofeo fijo.

Beau puso los ojos en blanco, prefirió no decir lo que pensaba al respecto.

—Además, está guay conocer a un famoso. Es la primera vez que veo uno de cerca.

—¿Y qué tal la primera impresión?

—Genial. Es súper majo, invitó a todo el equipo a hamburguesas el otro día y nos incluyó tanto a Kurt como a mí. Hasta me prometió una camiseta firmada para mi padre.

El menor de los Sinclair frunció el ceño. Su vista volvió al campo, a Reece, ese mismo hombre que estaba ahora cogiendo del hombro a otro chico y le daba indicaciones. ¿Qué problema tenía ese idiota? ¿Es que era amable con todo el mundo menos con él?

Quiso morderse la lengua. Pero fue imposible.

—Pues conmigo fue todo un capullo —miró a Mini directamente y bajó la voz un poco—. El otro día, cuando fui a casa de la señora Sargent, me habló súper mal. Como si fuese un delincuente prácticamente. Insinuó que me acerco a su abuela para sacarle algo y… Bueno, yo le dije que se sacara el palo del culo… ¡Pero con razón!

Mini frunció el ceño.

—¿En serio te dijo eso?

—Te lo juro.

Ambos devolvieron la vista al frente.

La presencia de Reece era apabullante, de estas que llenan una sala con solo existir. Se notaba con simplemente verle caminar que dominaba el campo aun cuando aquello no era más que el entrenamiento de un grupo de aficionados pasando el rato. Ser el capitán estaba en su ADN, y la forma en la que movía las manos, se colocaba y daba indicaciones, solo eran una prueba más de ello.

—Seguramente lo pillaste en un mal momento. ¿Has leído por qué está aquí?

Beau negó. Su amiga se acercó más, encantada de poder compartir aquel cotilleo.

—Se está divorciando.

El menor de los Sinclair rio con toque sarcástico.

—¿Y le tenemos que consentir ser un gilipollas porque le han roto el corazón?

La menor de los Halpert rio también.

—No, idiota, pero, por lo que dicen en la prensa, está siendo un divorcio jodido. Es lo que pasa con la gente tan famosa y rica, mientras están a buenas todo es perfecto, pero en el momento en el que están a malas…

—Se tiran de los pelos hasta por el último centavo.

—*Din-din-din-din* tenemos ganador —Mini sacó su teléfono del bolsillo y tecleó. Tras un poco de búsqueda, le mostró la pantalla a Beau—. Penélope Devgan. Guapa, ¿verdad? Es una de estas modelos convertidas en influencers, que hablan de ropa y maquillaje…

Su amiga empezó a moverse por el perfil, pulsando una foto al azar. La verdad es que llamarla guapa se quedaba corto. Parecía irreal, como si alguien con un don divino la hubiera creado para hacer al resto del mundo sentirse inferior. Sonrisa perfecta, ojos marrones grandes, pelo oscuro y ondulado, piel morena, medidas perfectas, piernas interminables… En esa foto en concreto, lucía un sari de color verde con detalles en dorado que resultaba evidente que alguien había diseñado solo para ella. Beau se sintió pequeño a su lado.

Tras pasar por varias fotos más, la menor de los Halpert se detuvo en una en la que se veía a Penélope con Reece. Estaban los dos abrazados, en la cubierta de un barco, con la piel y el cabello mojados tras un chapuzón en las aguas cristalinas de quién sabe qué mar. De nuevo, parecía irreal. Como si alguien se hubiera pasado

horas sacando esas fotos solo para poder mostrar al mundo que eran perfectos.

Aun con todo, a Beau no le costaba imaginarlos juntos. Es decir, la gente tan guapa no puede conformarse menos que con eso.

—No me imagino qué tendrían en común estos dos, pero menuda parejaza. Parecen sacados de un laboratorio… —Mini resopló, bloqueó el teléfono—. Ella pidió el divorcio, y él se ve que no lo está encajando bien. Ha tenido que tomarse un respiro porque le dio un puñetazo a un periodista. Nadie sabe el porqué —levantó los hombros—. No sé, el caso es que no deberías dejarte llevar por una sola conversación.

El menor de los Sinclair suspiró. Para su desgracia, sabía que el nieto de la señora Sargent no era alguien a quien pudiera ignorar. Adoraba a aquella mujer, la consideraba incluso de la familia, así que, aunque solo fuese por no darle el disgusto, ser amable con Reece parecía la respuesta más lógica posible.

—Tienes razón, habrá sido una mala tarde —dijo, esbozando una media sonrisa.

Beau quiso devolver su atención al entrenamiento, sin embargo, algo lo detuvo.

A los pies de la grada, con el brazo levantado a modo de saludo y una media sonrisa en los labios, se encontraba Laramie.

═══∘ ◦ ❁ ◦ ∘═══

Dado que nunca antes había montado en un coche de Laramie que no fuera el de patrulla, Beau se encontraba ahora observando por vez primera la ingente cantidad de pegatinas que tenía en el interior de este. En la guantera especialmente había un buen puñado colocadas de cualquier manera, la más grande de ellas una de una chica estilo pin-up montada encima de un pez con sombrero de vaquero. En purpurina rosa, podía leerse debajo la frase «vamos a pescar, vaquero» escrita.

También tenía un pez en el retrovisor que danzaba con cada pequeño movimiento.

Beau dejó de analizar cada palmo del vehículo cuando la puerta del piloto se abrió. Laramie montó en el coche, intercambiando ambos una mirada incómoda, entre sus manos sujetaba una huevera con dos cafés para llevar. Le acercó esta para que cogiera uno.

—Sí que te gusta pescar… —dijo, señalando con la cabeza las pegatinas.

Laramie rio, después abrió su café y le dio un trago.

—Oye, yo… siento que las cosas hayan acabado de este modo. Me quedé con un mal sabor de boca y… en fin, me gustaría que lo nuestro terminara, al menos, de buenas maneras.

—No pasa nada, a veces las cosas no salen como esperamos — levantó los hombros.

—Lo sé, pero… creo que me expliqué mal y me gustaría una nueva oportunidad para hablar de todo como es debido.

¿Quería Beau volver a hablar del tema? Con el puñal y la herida reciente, sentía que no, que, si hacían aquello de nuevo, solo iba a doler más. Necesitaba tiempo, gestionar un poco todo lo que había sido dicho, saberse con las fuerzas necesarias para responder si algo no era de su agrado. Y, sin embargo, se limitó a sonreír y asentir, concediendo a Laramie ese cierre que tanto quería.

—Siento que, cuando hablamos ayer, te di a entender que tu físico era lo único que me importaba. No es eso. Eres muy agradable, divertido, considerado y… Dios, cuando te pasaste horas al teléfono ayudándome a elegir el regalo de mi sobrina, yo… —suspiró—. Le encantó, por cierto. Nunca te di las gracias por ello.

—De nada, me alegra escuchar eso.

—El caso es que sientes demasiado las cosas, ¿sabes? ¡No lo digo como un defecto! Es solo… una forma de ser. Muy intensa. Cuando me hablaste de tus padres, de cómo murieron, y luego te vi llorar así… sentí que estabas confiando en mí de una manera que no supe

manejar. Que me estabas pidiendo algo que no quiero —tragó duro —. O que no puedo dar.

—Yo no…

—Tú sí, Beau. Quizás no te diste cuenta pero intentaste… hacerme cargar con parte de tus traumas, tus movidas. Me diste cargas, muchas, y yo ya tengo suficiente con las mías. Cuando vi que traías todo eso encima, sentí que me ahogaba.

Beau dejó escapar una risa breve, rota.

—Así que… ¿fue un error abrirme a ti? ¿Eso es lo que me estás diciendo?

—No —se apresuró Laramie—. No fue un error. Fue… inevitable, supongo. Tú eres así. Sientes las cosas muy intensamente. Y yo no busco eso. Yo quería algo ligero, fácil. Risas, planes improvisados, no pensar demasiado en el futuro. Y pensé que tú… —se interrumpió —. Pensé que tú también eras así.

—Supongo que soy demasiado…

—Lo eres. Siento decirlo así, pero… creo que escucharlo te vendrá bien.

Beau asintió despacio. Aquellas palabras le atravesaron el pecho como algo frío y preciso, sin violencia aparente, pero imposible de esquivar.

«Lo eres». No hubo matices, ni un sencillo «para mí» que amortiguara el impacto. Solo una confirmación desnuda de ese miedo que el menor de los Sinclair llevaba años arrastrando y que siempre había intentado mantener a raya.

Demasiado sensible.

Demasiado intenso.

Demasiado necesitado.

Sintió dolor en una herida antigua, una que reconocía bien. Esa herida que lo había empujado a medir sus palabras, a reírse cuando quería llorar, a guardarse historias por miedo a ser apartado por los demás. Lo que Laramie había dicho no era nuevo, solo era la

primera vez que alguien lo pronunciaba con tanta calma, tan directamente.

Y entonces, llegó la vergüenza. Por haberse abierto. Por haber confiado. Por haber creído, siquiera por un momento, que alguien podía quererlo con todo lo que era, con todo lo que traía consigo. Se sintió expuesto, como si le hubieran arrancado algo íntimo y lo hubieran dejado a la vista solo para señalarlo y reírse.

«Nunca nadie va a quererte, Beau Sinclair. Cuanto antes lo aceptes mejor».

Sentir el peso de la mano de Laramie sobre el hombro lo hizo volver a la realidad de forma violenta, con el estómago encogido y la sensación amarga en la garganta. Lo miró. El policía le estaba sonriendo, deslizaba el pulgar sobre su hombro.

—Tienes que trabajar en ti mismo. Y si algún día superas lo de tus padres… podemos volver a intentarlo —le presionó el hombro con firmeza—. ¿Te parece?

Una sensación de humillación profunda lo llenó entero. Era como si todo su dolor acabara de ser reducido a un defecto corregible, a una tarea pendiente en una lista que Laramie podía revisar cuando le viniera bien. Como si el amor —o lo que fuera aquello— pudiese convertirse en una recompensa aplazada, condicionada a que Beau aprendiera a doler menos, a ser menos… *intenso*.

Y aun así, apretó los labios, dibujó una media sonrisa y asintió.

—Claro —dijo.

Laramie sonrió y dejó el café a un lado, extendió el brazo, con firmeza cogió el mentón de Beau y recortó toda distancia entre ambos para fundirse en un beso. El menor de los Sinclair correspondió el gesto, sin comprender demasiado bien por qué lo hacía.

Al distanciarse, ambos se miraron.

—¿Echamos el último? —preguntó el policía, cerca de sus labios.

«Pobre y patético Beau Sinclair. ¿Tan desesperado estás por que alguien te quiera que cualquier afecto te vale?»

Miró a Laramie apenas un segundo más de lo necesario. Pensó en decir que no. Pensó en apartarse, en reírse, en bajar del coche y desaparecer. Pero el silencio pesaba demasiado, y la idea de quedarse solo, aún más.

Tragó saliva.

—Claro.

La palabra le supo amarga, como algo que no debería haber salido de su boca. El policía sonrió, satisfecho, y Beau sintió el gesto como una derrota.

Laramie lo dejó ir y volvió a acomodarse en el asiento del piloto.

—¿Motel o aparco el coche en algún lado? —preguntó.

Con el estómago revuelto y la certeza incómoda de que había vendido su cuerpo una vez más a cambio de afecto, Beau bajó la mirada, observando el vasito de café que ni siquiera se había dignado a abrir.

—Motel —respondió finalmente, haciendo a ambos abandonar el vehículo.

Para su desgracia, aquella no era la primera vez que aceptaba sexo por amor.

Por desgracia también, estaba convencido de que no sería la última.

6.



—Un granizado de sandía, por favor.

La chica tras el mostrador asintió, cogió el billete de cinco dólares de encima de este y abandonó su silla para empezar a prepararlo en una de las máquinas con osos polares pintados que tenía detrás.

Beau tomó una profunda inspiración. Sus dedos se movían solos, golpeteando aquella fría superficie sin un orden marcado, guiados por los nervios y la sensación extraña que le recorría el pecho. Era como si algo se hubiese colado bajo la piel, algo que se deslizaba por sus adentros y se adueñaba de todo, que lo contaminaba hasta convertirlo en algo inservible. En su imaginación lo veía claro. Una especie de masa viscosa, negra, bullendo en sus entrañas, creciendo hasta llenarlo todo.

Lo hacía sentirse sucio. ¿Cómo limpia alguien lo que tiene bajo la piel?

Los dedos del menor de los Sinclair viajaron hasta uno de sus brazos y empezaron a rascar frenéticamente. Quería que atravesaran

la piel, quería colarlos bajo esta, hacerlos buscar esa masa viscosa y sacarla de dentro con violencia.

La piel pálida empezó a ponerse roja, a arder, pero las uñas no parecían ser capaces de atravesar la carne como sentía necesario. Bajó la mirada. Arañazos se veían claramente en su piel. Y aun así, no paró.

Rascó.

Rascó.

Rascó.

Hasta que el sonido de su teléfono lo empujó fuera de aquel bucle. Beau sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón. Tenía un mensaje de Laramie.

Laramie: Te has dejado las llaves en el motel.

Laramie: Las he visto al salir de la ducha, cuando te has ido.

Junto a los mensajes había una foto de estas con el llavero de la vaca colgando.

Laramie: ¿Quieres que te las acerque mañana?

Antes de que pudiera responder, otro mensaje llegó.

Laramie: Ha estado muy bien.

Laramie: Si apagaras el cerebro siempre podría ser así.

Beau bloqueó el teléfono, lo devolvió al bolsillo y llevó de nuevo la mano al brazo.

Rascó.

Rascó.

Rascó.

Cuando la chica del mostrador apareció con su granizado, la forma en la que enarcó la ceja hizo que la espalda de Beau se tensara.

—Estás sangrando —dijo, deslizando la bebida sobre el mostrador después.

El menor de los Sinclair bajó la mirada. Sobre la piel enrojecida de su brazo podía verse ahora una pequeña herida de color más intenso que el resto. *Sangre*. Tan solo unas gotas. Con prisa apartó la mano

de encima, como hace un niño cuando ha sido pillado haciendo algo que no debería, esperando una reprimenda por ello.

—¿Qué le voy a hacer? Me gusta que me lo hagan duro —dijo, buscando que la incomodidad y lo poco apropiado del comentario fueran suficiente para espantar aquella conversación.

La única forma que Beau había encontrado para apartar las conversaciones sobre sexo de su vida, era utilizar el humor soez para hacer creer al mundo que lo comprendía y disfrutaba mucho más de lo que otros pensaban. Se hacía el experto, el experimentado, el que no tiene miedo a soltar la mayor burrada sexual por la boca. Nadie sospecha lo horrible que es ese aspecto de tu vida cuando proyectas confianza.

—Ya… que tengas buena noche —respondió la chica. Había surtido efecto.

Beau presionó los labios, dibujó la sonrisa más amplia que estos le permitían y, tras un asentimiento, cogió el granizado y salió de la tienda.

Bebió un trago. No sabía tan dulce como otras veces.

Echó a andar. La noche ya había caído, sentía que debía volver a casa para que Emmet no se preocupase de más, pero una parte de sí mismo no quería hacerlo. Solo quería andar. Caminar hasta donde lo llevaran sus pasos, creer por un instante que no tendría que volver. Quizás, si estaba en constante movimiento, los pensamientos no serían capaces de alcanzarlo, ni sentiría de nuevo… Pero aquello no pasó.

Los recuerdos de lo que acababa de pasar lo asolaron de golpe, lo agarraron del cuello con una mano invisible que no dudó en apretarle la tráquea hasta dejarle sin aire. Las manos de Laramie sobre su piel. Besos que sabían a ceniza. Caricias que su cuerpo no deseaba. Calor, sudor, dolor y una ausencia extraña de placer que lo aterraba.

¿Por qué había dicho que sí? ¿Por qué lo había hecho?

Esas dos preguntas habían llenado su cabeza durante todo el encuentro. Mientras Laramie se deshacía en un orgasmo caliente e intenso, Beau sentía esa suciedad empezar a llenarlo por completo, a carcomer sus adentros y hacerlos polvo.

Estaba sucio. Estaba roto. Quería limpiarse, pero no sabía cómo hacerlo.

«Pobre y patético, Beau Sinclair. ¿Tan desesperado estás por que alguien te quiera que cualquier afecto te vale?»

Bebió de nuevo de su granizado. Le supo asqueroso. Sintió ganas de vomitar.

Siguió andando, sin saber todavía hacia dónde lo dirigían sus pasos. Se sentía en una burbuja, como si el mundo a su alrededor se encontrara mucho más lejos de lo normal. Los sonidos le llegaban amortiguados, las luces, las formas, estaban borrosas.

Lo primero que sintió real fue el sonido de un claxon.

El menor de los Sinclair dio un brinco. Volvió a la realidad de golpe. Estaba en mitad de un paso de cebra. Había cruzado sin mirar y un coche casi se lo había llevado por delante.

Los potentes faros del vehículo lo deslumbraron. Como si de un cervatillo asustado se tratara, miró este, tenso, con las piernas congeladas, sintiéndose incapaz de andar.

«¿Quieres que mami se siente detrás contigo, Beau?» La voz distorsionada de su madre, la noche del accidente, resonó en su cabeza. Por un instante, hasta creyó notar cómo le cogía de la mano otra vez, como le besaba la frente antes de colocarse a su lado.

La voz de tío Edward resonó en el fondo de su cabeza.

«¿Crees que mi hermana habría sobrevivido de no haberse sentado detrás, Beau?»

«¿Por qué vosotros habéis tenido la suerte de vivir y ellos no?»

«Al menos cargas con su castigo en la piel para siempre».

El claxon sonó de nuevo. Esta vez sí, Beau reaccionó.

Con todas sus fuerzas lanzó el granizado que sujetaba en la mano contra el coche, estallando la masa rojiza congelada de su interior contra el parabrisas, ensuciando este casi por completo.

No dijo nada. No esperó a nadie.

Simplemente echó a andar de nuevo sin rumbo alguno.

7.



Cuando Beau despertó, se encontraba en su habitación, encogido bajo las sábanas de su cama, sin recordar realmente cómo había llegado hasta allí. Imaginaba que, después de mucho caminar, sus pasos habían terminado por dirigirse hacia el único lugar que sentía seguro. *Casa*. Pero su cabeza había estado tan rota la noche anterior que nada después de salir del motel había quedado registrado de verdad.

Se incorporó y quedó sentado en el centro del colchón, con las piernas flexionadas, tomándose unos segundos para terminar de encender las neuronas. Fue entonces cuando la vio. Una herida en el brazo, una marca nueva sobre la piel pálida de la que era dueño. Aunque,, a diferencia del resto de las que ya tenía por todas partes, esa prometía marcharse si no era estúpido y arrancaba la costra demasiadas veces.

Suspiró, deslizó el dedo sobre la herida. Su textura, completamente diferente a las otras, lo dejó embelesado durante unos segundos.

Se la había hecho la noche anterior. Él mismo. Se había arañado hasta abrirla.

Los recuerdos volvieron de golpe, haciendo que Beau sintiese un ligero mareo. Suspiró, se frotó la cara con ambas manos y recuperó el teléfono de encima de la mesita para poder echar un ojo a sus notificaciones. Recordó entonces los mensajes de Laramie. Al entrar en Whatsapp, esta seguía siendo la conversación más reciente que tenía.

Los releyó. La sensación amarga volvió a invadirle la garganta. Tenía que darles respuesta de alguna manera.

Beau: Déjalas en el Cherry cuando puedas

Respondió, citando la imagen de sus llaves al hacerlo.

Beau: No es buena idea que se repita

Añadió. Se mordió el labio inferior, dudó, pero finalmente tecleó algo más.

Beau: Lo siento

El menor de los Sinclair lanzó el teléfono sobre el colchón, un gruñido brotó de sus labios antes de acomodar la frente contra las piernas flexionadas.

—*Lo siento, lo siento* —repitió, poniendo vocecilla, haciéndose burla a sí mismo—. Siento que seas un puto capullo, Laramie…

Su teléfono sonó de nuevo. Beau ladeó el rostro, presionó el botón para hacer que la pantalla se iluminara. No era un mensaje, era un correo de la universidad sobre la matrícula de «Bellas Artes» para el curso siguiente que todavía no había sido capaz de completar.

A sus veinticinco años, y tras haber tenido que renunciar a la universidad por temas de dinero, Beau se encontraba ahora a punto de empezar la carrera de sus sueños, esa que esperaba que se volviera su oficio en el futuro. Estaba emocionado, incluso tenía un calendario colgado en la puerta de su cuarto para llevar la cuenta de cuántos días faltaban, pero también estaba acojonado. La gran

ciudad, salir de su zona de confort, gente nueva… Quizás por eso todavía no había sido capaz de formalizarlo todo.

Ni de coña. Aquel no era el momento para pensar en eso.

Beau salió de la cama, recogió del suelo su camiseta de dormir de Dolly Parton y se la puso, ladeando después el rostro para mirar la foto familiar que tenía en la mesita. Emmet, sus padres y él, sentados en una roca cerca del lago. Ya apenas recordaba aquellas vacaciones, de hecho, desde hacía un tiempo, las voces de sus padres también sonaban… *distintas*.

Los estaba olvidando. Ser consciente de ello dolía más que la herida de un puñal.

Se besó los dedos y los apoyó contra la foto.

—Buenos días —dijo, poniéndose en pie dispuesto a enfrentarse a un nuevo día.

Aquel día marcaba un nuevo comienzo. Iba a darse una ducha, desayunar, rellenar la dichosa matrícula de la universidad, hacer planes divertidos… El mundo no había acabado, solo se habían alterado un poco los planes y ahora, bueno, ahora había que reconducirlos.

Con un conjunto limpio para cambiarse después de la ducha bajo el brazo, Beau salió de la habitación con ganas de comerse el mundo. O, al menos, lo intentó. Fue abrir la puerta de su cuarto y ante esta, con los brazos cruzados y el ceño completamente fruncido, se encontraba Emmet.

—¿Buenos días?

—Cocina. Ahora —dijo, sin lugar a negociar, con ese tono de voz que había empleado durante su adolescencia para darle charlas sobre su impuntualidad por las noches.

Beau sintió que los vellos se le ponían de punta. *Mierda.* ¿Y ahora qué había hecho?

Lanzó la ropa sobre la cama de cualquier manera y salió con paso acelerado hacia las escaleras, descendiendo hasta la cocina. La visión

que encontró no era la que esperaba. Además de Emmet, sentado con una taza de café en la mano, Reece Sargent esperaba con la misma expresión serena, pero poco amistosa, de la última vez.

Beau lo observó y, tras pasarse los dedos por su pelo e intentar adecentar un poco su aspecto, usó una de las manos para dedicarle un saludo.

—Buenos días, Sargent —dijo.

Pero, antes de que este pudiera responder, Emmet arrastró la silla libre entre ambos.

—Siéntate —ordenó.

Y a Beau, no le quedó más que obedecer.

Un silencio pesado, asfixiante, cargaba el ambiente de la cocina de una forma de lo más desagradable. De no ser imposible, el menor de los Sinclair diría que era como una especie de peso seco sobre los hombros, uno que lo hacía encogerse más y más en su silla, empujado a la par por las miradas serias tanto de su hermano como de Reece a su persona.

—Bueeeeeeeeno… —dijo finalmente, sin saber cómo completar la frase.

—¿Qué hiciste anoche, Beau? —preguntó Emmet.

Beau rio, bamboleó la cabeza.

—No quieres saberlo —respondió, intentando sonar bromista pero fallando en ello.

—Lo digo en serio, ¿qué hiciste anoche?

—Pues, ehm… Después de estar con Mini viendo a los del rugby, me… vi con un amigo. Pasamos el rato. Me fui al centro. Me compré un granizado… de sandía, creo, y vine a casa —levantó los hombros. La versión matizada de eventos no sonaba tan mal.

—¿Seguro? Creo que te olvidas algo importante.

El menor de los Sinclair frunció el ceño. Se tomó unos segundos para pensar pero, con total honestidad, todo lo sucedido estaba tan

borroso que aquello era lo que su cerebro le permitía recordar. Así que, como toda respuesta, levantó los hombros una vez más.

—Estampaste el granizado en la luna de un coche.

Oh, mierda. El claxon. Las luces. El paso de cebra.

Se frotó la cara con ambas manos.

—Dios, sí… —farfulló.

—Era mi coche —la voz de Reece se escuchó por vez primera en la estancia, con el peor de los mensajes posible.

Beau se descubrió de inmediato y lo miró.

—Ay, joder, lo siento, yo no… —dijo aceleradamente, sacudió la cabeza—. Estaba con la cabeza un poco… pfffff… y…

—Eso no es excusa, Beau. Tiraste una bebida en el coche de un desconocido y, no contento con eso, en lugar de quedarte e intentar solucionarlo, te fuiste. ¿En qué demonios estabas pensando?

—¡No lo sé! Yo… tuve un mal día, y…

—La rompiste —intercedió Reece de nuevo—. La luna, se rompió del impacto. Ahora tengo que cambiarla, voy a tener que dejarme un dineral en hacerlo.

Bajo la mesa, sobre sus piernas desnudas, las manos del menor de los Sinclair se encontraban acomodadas. Al escuchar aquellas palabras, sus dedos se curvaron y sus uñas empezaron a arañar la piel de estas con insistencia, empujados por los nervios.

—Reece te reconoció cuando te fuiste, por eso ha venido. Lo que has hecho es motivo de denuncia, lo sabes, ¿verdad? Podría… ¡pedirte un dinero que no tenemos para poder arreglarlo! ¿Te das cuenta de lo jodidos que nos habría dejado eso?

Beau asintió, miró al nieto de la señora Sargent de nuevo.

—Lo siento, de verdad. Y gracias, por… Gracias.

—No me las des. Mi abuela te quiere demasiado como para hacerte algo así. Y tu hermano ha sido de lo más amable conmigo desde mi llegada. No habrá denuncia.

El menor de los Sinclair esbozó una media sonrisa agradecida. Quiso decir algo, disculparse de nuevo con más insistencia, pero Reece se adelantó.

—Pero eso no significa que no espere que me lo pagues.

Beau resopló, levantó ambas manos a modo de rendición.

—¡Vale! En cuanto cobre, toda mi nómina se irá a pagarte la luna. ¿Cuánto es?

—Tres mil ochocientos setenta dólares.

El menor de los Sinclair abrió tanto los ojos que, por un instante, pensó que estos se le iban a salir de las cuencas. La lógica le decía que debía medir todas y cada una de sus palabras con mucho cuidado. Sin embargo, estas brotaron de su garganta sin filtro alguno.

—¿Pero tú estás mal de la cabeza o qué?

—¡Beau! —reprendió Emmet de inmediato.

—¿¡Qué!? Curro de camarero en un café, ¿crees que tengo ese dinero?

—Ese no es el problema de Reece. Vas a tener que ingeniártelas para salir de esta.

Con teatralidad, Beau chasqueó la lengua y su mirada se apartó de Emmet para volver a la de Reece.

—Perdona, mi hermano tiene razón, me las tengo que ingeniar —dijo, con tono sarcástico—. Ehm, ¿qué te parece si pago en órganos? ¿Te iría bien eso?

Sucedió entonces algo. Algo para Beau totalmente inesperado, que le encogió el estómago e hizo que un cosquilleo se deslizara por toda su espalda hasta la nuca. Ante tal comentario, el nieto de la señora Sargent rio. Una risa breve, de esas que te pillan por sorpresa incluso a ti mismo, que elevó ligeramente sus labios de forma encantadora.

Reece, al ser consciente de ello, carraspeó y se frotó los labios con los dedos, sin embargo, aquella visión ya había surtido su efecto dejando a Beau descolocado.

—No he venido esperando que pagaras con dinero.

En otra situación, una broma sexual inapropiada habría seguido a la de los órganos. Pero, en aquel instante, su ingenio había muerto ahogado por el sonido dulce de aquella risita. También quizás, estar junto a su hermano y a un hombre claramente heterosexual, habituado a un mundo tan cargado de testosterona como era el deporte, también lo frenaba.

—Sabes que estoy entrenando con el equipo local.

Beau asintió.

—El equipo anda mal de recursos tanto monetarios como de personal y, aunque yo he podido hacerme cargo de la primera parte, la segunda es mucho más complicada. Verano, equipo amateur sin muchas aspiraciones, hacerlo gratis… no mucha gente se presta para algo así —Reece se echó ligeramente hacia adelante—. El entrenador Hunt necesita un ayudante —apuntó con el dedo a Beau—. Y tú te vas a ofrecer a serlo.

La cocina quedó en silencio los segundos que ambos hermanos necesitaron para digerir aquella propuesta. A la vez, en una muestra más de que compartían ADN, los Sinclair rieron sin saber si tomarse aquella propuesta en serio.

—Mi hermano no tiene ni idea de rugby. Ni siquiera estoy seguro de que sepa que existen varios tipos de tanto y que puntúan diferente.

Beau frunció el ceño, miró a Emmet.

—¿Qué?

Emmet lo señaló con la mano.

—¿Lo ves? —suspiró—. Reece, no creo que sea una buena idea que…

—Tu hermano no necesita saber de rugby para ayudar al entrenador Hunt. ¿Tiene dos manos? Pues puede cargar bolsas, puede traer el material al campo, disponerlo como le diga el entrenador, recogerlo… ¿Tiene dos piernas? Pues puede traernos

agua, ir a buscar lo que el entrenador necesite durante los partidos… ¿Piensa? ¿Habla? Pues puede ayudar al entrenador a organizar las cosas cuando vayamos a jugar partidos fuera, llevar al día las fichas de cada uno, comunicarse con quien toque del ayuntamiento para reservar el campo… Esas son las cosas que hace un ayudante. Además, soy de la teoría de que uno aprende mucho de algo cuanto más lo practica. Si debe aprender sobre rugby, lo hará viéndonos entrenar dos días a la semana durante todo el verano.

Los dedos de Emmet repiquetearon sobre la mesa. El mayor de los Sinclair quedó pensativo un momento, pero no tardó en asentir, mostrando su conformidad.

—Tienes razón. Decidido, Beau hará de ayudante del entrenador Hunt todo el verano.

—Emmet… —farfulló Beau, buscando una escapatoria—. Trabajo en el Cherry…

El *Cherry* era un café encantador situado en el centro de Whitefish, uno de esos locales que podrían encajar perfectamente en una película romántica, de ambiente tranquilo, dulces caseros y flores frescas en sus rincones. Regentado por Roberta Halpert, para Beau aquel trabajo había sido el único en toda su existencia. Sus talleres de cerámica, de hecho, habían supuesto encontrar su pasión cuando no era más que un adolescente.

Aquel año, además, el menor de los Sinclair se había dejado la piel para conseguir tener unos buenos horarios en verano que le permitieran hacer lo que le diera la gana con Mini. Aquel era el último verano antes de irse a la universidad, iba a estar mucho tiempo sin ver a Mini, ¿no merecía poder disfrutar de esos meses? ¡Claro que sí!

—Hablaremos con Roberta, le explicaremos lo que has hecho. Estoy seguro de que no le importará acomodar tus horarios para que puedas ir a los entrenamientos…

—Y a los partidos los sábados —apostilló Reece.

—Y a los partidos los sábados —sentenció Emmet—. Hazle llegar toda la información que sea necesaria. Va a cumplir, te doy mi palabra.

Beau quiso decir algo, intentar negociar aquella pena impuesta, pero tanto la mirada de Reece como la de su hermano dejaban más que claro que no iba a salirse con la suya sin importar cuánto esfuerzo pusiera en ello.

Así que guardó silencio.

A veces, en la vida, uno sencillamente debe aceptar la derrota con elegancia.

8.



Beau no conocía al entrenador Hunt pero, cuando se encontró con él, dio con todo aquello que había imaginado. Era un hombre de mediana edad, con una barba espesa rojiza, piel blanquecina ligeramente quemada por el sol y ese ademán de desinterés que muestra que todo aquello, para ti, no es más que un hobby en el que ocupar tus tardes.

Whitefish no era una máquina de producir estrellas del deporte, de hecho, el menor de los Sinclair era incapaz de mencionar una sola persona famosa o destacable que hubiera salido de allí. Era un pueblo tranquilo, de gente serena, que se tomaba las cosas con esa misma filosofía. El equipo de rugby no era una excepción, era la excusa para que un grupo de hombres del pueblo pudiera reunirse, hacer algo de deporte un rato y tomarse una cerveza juntos al terminar. Sin aspiraciones, mucho menos sueños de grandeza.

Aunque su hermano Emmet adoraba esa filosofía de vida —ansiaba calma y paz después de tantos baches en su existencia—, Beau era todo lo contrario. El menor de los Sinclair soñaba con algo

más. Soñaba con lugares lejanos, gente nueva, con abandonar una rutina que empezaba a pensar que nunca pasaría. Amaba Whitefish, de corazón, pero también sentía que le faltaba algo en aquel pequeño pueblo que lo hiciese sentir que quería quedarse.

Quizás por eso le molestaba perder su tiempo con el equipo de rugby. ¿Qué sentido tenía verlos entrenar para no aspirar a nada? ¿Qué ganaba con ir a sus partidos todos los sábados a verlos encadenar derrotas? Era desesperante.

—¿Entrenador Hunt? —extendió la mano en dirección al hombre —. Soy Beau…

—Sinclair —el entrenador estrechó su mano—. Reece dijo que vendrías.

Con un movimiento con la cabeza, el entrenador le indicó que lo siguiera, echando a andar juntos, recorriendo uno de los laterales del campo. A no mucha distancia, el menor de los Sinclair pudo ver varias redes y bolsas de tela llenas de material.

—¿Te ha hablado de lo que tienes que hacer?

Beau bamboleó la cabeza.

—Por encima…

—Vale, entonces empezamos por el principio —dijo—. Esto no es una liga profesional ni nada con especiales aspiraciones, somos amateurs hasta la médula. Jugamos con la idea de pasarlo bien, de mantenernos vivos. No nos hundimos ante la derrota, dejamos que nos afecte lo justo y pasamos al siguiente partido, ¿de acuerdo?

Beau asintió.

—Entrenamos lunes y jueves, de siete a ocho —continuó Hunt—. Tú llegas antes. Media hora mínimo, lo estaré contando. Colocas conos, petos, balones. Si no sabes qué es algo, preguntas. Si lo rompes, lo pagas. Regla básica del pueblo.

Una vez más, Beau asintió.

—Durante el entrenamiento no vas a dar órdenes técnicas —Hunt lo señaló con el dedo—. No quiero que le digas a nadie cómo placar

o cómo pasar. Para eso estoy yo. Tú miras, aprendes y eres un par de ojos extra.

—¿Y… qué hago exactamente?

—Cuentas jugadores. Repartes agua. Cronometras ejercicios. Si alguien llega tarde, lo anotas. Si alguien se escaquea, me avisas. Y si Sargent te mira mal… te aguantas, don granizado —rio, dándole un suave empujoncito—. También te encargarás del calentamiento general. Correr, estirar, cosas básicas. Nada que pueda mandar a alguien al hospital.

El menor de los Sinclair se rascó la nuca. ¿Encargarse del calentamiento? ¿Él? Aquello le produjo un nudo en el estómago de lo más desagradable. Aun así, no dijo nada.

—Los jueves, cuando repasamos jugadas, te sientas a mi lado y escuchas. No tienes que entenderlo todo, sólo empezar a pillar quién es quién y qué hace cada uno. Si te pierdes, no interrumpas. Preguntas después.

—De acuerdo —no sonaba a mucho y, a la vez, parecía demasiado. Beau suspiró—. ¿Y los partidos? Reece me dijo algo de los sábados…

Por favor dime que no te hago falta en los partidos.

Por favor.

Por favor.

—Sábados —dijo Hunt—. Llegas conmigo. Ayudas en el calentamiento, sujetas botellas, llevas hielo, y te quedas cerca del banquillo. No gritas instrucciones. No te haces el entrenador. Te callas y observas.

Mierda.

—Jugamos cada dos fines de semana. Uno en casa, otro fuera. ¿Tienes coche?

Mierda. Beau odiaba los viajes en coche, especialmente cuando el que conducía no era alguien con quien tuviera confianza alguna. Dudaba que, cualquiera que conociera lo sucedido con sus padres,

pudiera culparle por algo así, sin embargo, el entrenador Hunt poco o nada podía saber de todo aquello. ¿Se lo decía? ¿Lo vería como una excusa?

Suspiró. Tendría que aguantar, esperaba poder mantenerse entero.

—No. Ni siquiera carnet —se adelantó a la siguiente pregunta lógica.

—No importa, este fin de semana jugamos en casa así que no hay que preocuparse. Te colocaré en alguno de los coches de los chicos para la próxima vez, déjame darle una vuelta.

—¿Dónde vamos si puede saberse?

—Portia. A una hora y media de distancia. Lo conoces, ¿verdad?

Una hora y media. Noventa minutos. Dios, aquello sonaba a tanto tiempo.

—Nope… ¿Debería?

—No, aunque pensaba que al menos conocerías «El gallinero».

Beau frunció el ceño, sin comprender a qué se refería.

—Un local increíble en Portia…

El menor de los Sinclair negó en respuesta.

—Juventud —suspiró—. En fin. Creo que con esto ya lo tienes… ¿Alguna pregunta?

—Ehm… sí, ahora que lo pienso. Ha dicho que los entrenamientos son de siete a ocho, pero Reece me puso en su mensaje que los jueves tenía que venir a las seis…

—¡Cierto! Los jueves, Sargent viene una hora antes a entrenar y te quiero aquí para echarle una mano.

Beau rio con toque sarcástico.

—¿En serio tiene que entrenar una hora extra para un equipo amateur de pueblo?

Hunt frunció el ceño, se acercó a Beau con expresión seria.

—Cuidado con ese tono —dijo, firme—. Aquí no nos reímos del trabajo de los demás.

Beau abrió la boca para contestar, pero Hunt levantó una mano y lo cortó.

—Sargent entrena una hora extra porque es profesional. Y esa mentalidad no se apaga aunque estés en un pueblo pequeño, jugando en un equipo amateur, ni aunque ahora mismo tu vida esté hecha un desastre. Ese chico juega en Inglaterra, al más alto nivel. O jugaba —corrigió—. Está aquí porque necesita parar, arreglar cosas que no se ven desde fuera. Pero su cuerpo es su herramienta de trabajo, y si la descuida, cuando pueda volver a las altas esferas, no habrá forma de hacerlo. ¿Comprendes lo que te digo? —suspiró—. El deporte profesional es una amante exigente, *chaval*.

El menor de los Sinclair bajó la mirada, con un toque de vergüenza.

—Lo siento. No volveré a hablar así, palabra.

El entrenador Hunt asintió; su mano se acomodó sobre el hombro de Beau y lo apretó con firmeza, haciendo así que lo mirara de nuevo.

—Cuando empecé a entrenar al rugby, a mí también me daba bastante igual este mundo. Lo mío siempre ha sido el fútbol, ¿sabes? Lo jugué en la universidad. Pero este deporte tiene… algo que te atrapa —sonrió—. Me juego una cerveza a que, en nada, te habrás hecho a él y hasta te emocionarás con los partidos, la clasificación…

—Seguro —mintió, convencido de que sería todo lo contrario, pero encontrando el entusiasmo del entrenador demasiado genuino como para romperlo.

Cuando Hunt levantó el brazo, saludando a quien se encontraba a sus espaldas, Beau supo que la conversación había terminado. El castigo real empezaba ahora, y eso daba verdadero pánico.

Ladeó el rostro. Acercándose por la hierba con el paso tranquilo de quien se sabe una estrella, ataviado con una camiseta blanca y unos pantalones cortos negros, apareció Reece.

No saludó a Beau, no dijo nada al llegar a su altura, solo pasó por su lado para alcanzar al entrenador Hunt y palmearle el hombro varias veces.

—¿Vio el partidazo de los Cavaliers ayer? —preguntó.

El hombre asintió, echando a andar junto a Reece como si nada.

—¡Por supuesto! Tenía ganas de comentarlo contigo —ladeó el rostro y le hizo un gesto ambiguo a Beau—. ¡Empieza a preparar el calentamiento, Sinclair!

El menor de los Sinclair titubeó.

—¿¡Y cómo hago yo eso!?

La respuesta llegó en forma de carpeta de anillas, una que el entrenador Hunt tenía guardada en su bolsa. Beau le echó un buen vistazo, dentro estaba lleno de fundas con dibujos, muñecos haciendo diferentes posturas, ejercicios explicados…

Vale. Genial. ¿Y cómo sabía él cuáles eran los adecuados para alguien como Reece?

—¿Todo bien?

La voz de Reece sacó a Beau de sus pensamientos. Levantó la mirada de la carpeta y, aunque la respuesta lógica sería la cortesía, después del encontronazo de la primera vez y de verse allí empujado por las ideas del nieto de la señora Sargent, en fin, a la lengua del menor de los Sinclair le costó controlarse.

—No. Por supuesto que no. El entrenador Hunt está loco sí cree que yo puedo… —giró la carpeta, le mostró los dibujos a Reece—. ¿Cómo sé qué muñequitos…?

—No te compliques —interrumpió el nieto de la señora Sargent—. Un calentamiento debe cumplir tres cosas: subir pulsaciones, soltar el cuerpo y no romper nada. Evita las heroicidades. ¿Quieres que te eche una mano?

Beau presionó los labios, pero no le quedó más remedio que asentir.

—Te faltan los abdominales —dijo Beau, acercándose al cuerpo de Reece.

Tumbado sobre la hierba, tras una serie de zancadas, sentadillas y planchas, el nieto de la señora Sargent recuperaba la respiración con los ojos cerrados. El esfuerzo le había encendido las mejillas y, sumado al calor, hacía que el sudor resbalara por su piel, dándole un brillo salado que atrapaba la luz del atardecer.

Beau observó en silencio, sin saber si debía presionarle o no a seguir con el ejercicio, observando cómo el vaivén de su pecho se iba calmando poco a poco. No fue necesario decir nada. Pronto, Reece abrió los ojos y flexionó las piernas, haciendo un gesto al menor de los Sinclair para que se acercase todavía más.

—Tienes que sujetarme por los pies —indicó, Beau accedió de inmediato.

De rodillas en el suelo, colocó las manos sobre los pies de Reece, observando cómo este empezaba una nueva serie. Parecía una especie de robot hecho para el deporte. El menor de los Sinclair sabía bien que, si él tuviese que hacer la mitad de esas cosas, estaría ya muerto sobre la hierba. Pero él parecía bien. Entero. Preparado para hacer veinte ejercicios más si así se lo pedía la tabla.

—¿Cuántas vas a hacer? —preguntó Beau.

Reece levantó los hombros.

—¿Tienes prisa?

—No, pero… ¿No tienes límite? ¿Eres el gigante de hierro disfrazado de humano?

—¿El gigante de hierro? —preguntó entre flexiones—. ¿Cómo la película de dibujos?

—Ajá.

—Me encantaba cuando era un niño.

Por primera vez, el acento británico de Reece sonó a miel en los oídos de Beau.

—A mí también —dijo, con un toque de vergüenza.

Ahí estaba otra vez. En los labios del nieto de la señora Sargent. Esa suave elevación de una de sus comisuras, ese conato de sonrisa que no sabía demasiado bien por qué ansiaba ocultar. Sencilla, bonita, honesta. Ese tipo de cosas no son de las que se esconden.

Quizás los demás tenían razón. Quizás había sido demasiado duro con él y de verdad, en su encontronazo con la señora Sargent, se había pasado. Si todo lo que había dicho Mini era cierto, Reece estaba pasando por un divorcio turbulento, viviendo en un país diferente, con la presión de su profesión encima… ¿Era justo juzgarlo en esas circunstancias?

No. Borrón y cuenta nueva. Eso era lo que debía hacer.

—¿Y…? —empezó el menor de los Sinclair, ansiando una conversación con él.

Reece resopló. Paró la serie de flexiones, quedando incorporado, con las manos sobre las rodillas y la mirada fija en Beau.

—Estoy entrenando. No quiero hablar mientras entreno —dijo, sin buscar debate alguno al respecto, como hace alguien cuando afirma algo que es inquebrantable.

El menor de los Sinclair decidió no aceptarlo como tal.

—Mala suerte. A mí me encanta hablar, sea cuando sea —levantó los hombros.

—¿Pretendes convertirte en un castigo para mí o qué?

Beau frunció el ceño.

—¿Acabas de llamarme castigo?

Reece asintió.

—Cualquier persona que no pueda parar de cotorrear es un castigo —respondió, volviendo a sus flexiones como si nada.

El menor de los Sinclair no pensaba permitirlo. Del mismo modo que no dudó al lanzar el granizado, una de sus manos se movió y pellizcó la pierna de Reece buscando llamar así su atención. El hombre se detuvo de golpe y quedó tumbado sobre la hierba, con los ojos abiertos y la mirada fija en él. Sorpresa, incredulidad, quizás

algo más. Beau no supo entender demasiado bien esa mirada pero le dio absolutamente igual.

—¡Todo el mundo dice que eres un encanto pero yo creo que no hacen más que mentir para volverme loco! He intentado empezar de cero contigo, pero si vas a hablarme así prefiero no dirigirte la palabra nunca más —anunció, poniéndose en pie, dejando ir sus piernas—. Acaba tus dichosas flexiones solo.

Reece Sargent no era majo. Reece Sargent era un maldito imbécil.

Y Beau ya había cubierto su cuota de lidiar con imbéciles para toda la vida.

9.



Acompañado de un sonoro gruñido de cansancio, Reece estiró todo el cuerpo y se puso en pie, llamando de inmediato la atención de su abuela. Se acercó al sillón en el que ella se encontraba, se quitó las gafas y las colocó en el cuello de su camiseta, inclinándose para dejar un beso contra su mejilla de buenas noches.

—Me voy ya a descansar, ha sido un día largo —dijo, después del entrenamiento y de las copiosas cenas que su abuela siempre le servía, necesitaba urgentemente un descanso.

La señora Sargent frunció ligeramente el ceño y acarició el brazo de su nieto.

—¿Estás seguro? Es pronto, luego te pasarás la noche dando vueltas como siempre… ¡Además! —con el mando señaló la televisión encendida—. Todavía no ha acabado la serie…

Todas las noches, después de la cena, Reece se sentaba un rato a hacerle compañía a su abuela mientras ella veía la televisión. Siempre veían la misma serie, una de un perro policía que ayudaba a su dueño a resolver crímenes. Era bastante tonta, alejada

completamente de la realidad, pero había algo en ella que mantenía a la anciana pegada a la pantalla como ninguna otra.

En realidad, su abuela siempre había tenido gran afición por cualquier serie de detectives y crímenes. De hecho, años atrás, había asegurado una y mil veces que ella habría sido una gran detective de haber tenido la oportunidad. Sin embargo, su vida se había limitado a leer esas historias en los diversos libros que poblaban su biblioteca.

—Lo sé, pero quiero madrugar mañana para salir a correr. Tenemos partido el sábado, ¿recuerdas? —tras una última caricia en la mejilla, Reece se marchó rumbo a las escaleras—. Cuéntame en el desayuno quién es el asesino —añadió antes de subir por estas.

Ahora que residía en Whitefish, Reece ocupaba una pequeña habitación al final del pasillo de casa de su abuela. En realidad no es que el cuarto fuera pequeño, mucho menos la casa, pero acostumbrado a su vida en Inglaterra y a los lujos que tenía en esta, cualquier cosa parecía diminuta en comparación.

Todavía no se había hecho a aquella vida. A lo silencioso que resultaba todo, la ausencia de constante movimiento cada vez que miraba por cualquiera de las ventanas. Los árboles, la naturaleza… echaba de menos el asfalto, el sonido de los coches, el murmullo constante de cientos de personas caminando juntas. Pero aquello era lo que necesitaba. O, al menos, eso le había dicho Penny en la intervención para convencerlo de que se fuera.

La habitación estaba sumida en la penumbra. Reece no se molestó en encender la luz; ayudado por la que se colaba por la ventana, fue hasta la cama, dejó las gafas sobre la mesita y cogió su pijama de debajo de la almohada, yendo hasta el cuarto de baño para darse una ducha antes de dormir todo el tiempo que el calor le permitiera.

Eso también lo echaba de menos: el mal tiempo. Siempre le había encantado.

Tras una ducha de agua extremadamente fría, Reece salió y se puso el albornoz, tomando asiento sobre el váter, cubriéndose la

cabeza con una toalla para secarse el pelo con varias sacudidas fuertes. No se descubrió al terminar. Encorvado hacia delante, se tomó unos segundos para inspirar profundamente, acompañado de la visión de las gotas de agua cayendo desde su piel hasta el suelo y un zumbido lejano en el oído.

Sus ojos se movieron hasta su pierna izquierda. La estiró y observó la piel bronceada cubierta de vello, buscando ese punto exacto con la mirada, el que recorrió con sus dedos varias veces de forma distraída. Era la porción de carne que Beau había pellizcado unas horas atrás. La misma que tomó entre sus dedos y pellizcó con fuerza él también.

Una vez.

Otra.

Otra.

Terminó por dejarla ir, acompañada de un tirón violento a la toalla sobre su cabeza.

—Mierda… —farfulló, visiblemente frustrado.

Sobre la pila, el zumbido de su teléfono móvil le llegó a los oídos. En la pantalla podía leerse el nombre «Penny», junto a una foto de ambos sonriendo mientras comían pasteles de nata en aquel viaje a Lisboa el año anterior.

Reece contestó.

—Hey, ¿no deberías estar durmiendo?

—Dado el cambio horario, sí, pero quería saber cómo estabas. Llevas varios días sin decirme nada, estaba un poco preocupada…

Reece suspiró, giró hasta quedar con la baja espalda acomodada contra la pila.

—Bien, bien. Ya sabes como son las mudanzas, más si son tan lejos. Te consume mucho tiempo… —se frotó la nuca—. Mi abuela te manda recuerdos.

—Que mona. Dale recuerdos de mi parte también.

Reece guardó silencio, sin saber qué decir exactamente. ¿Cómo era posible que dos personas que llevaban toda la vida siendo todo la una para la otra ahora no tuviesen nada que decirse? ¿Cómo había acabado todo de este modo? Sus dedos se curvaron; presionó la pila con fuerza, la frustración volvía a martillearle las sienes.

—¿Necesitas algo más o…?

Penny suspiró.

—Reece… ¿Sigues enfadado? De verdad creo que era lo mejor para…

—No, es la mudanza, los cambios. Nada más.

—Te conozco mejor que a nadie, a mí no puedes mentirme.

Reece se frotó la cara con la mano libre.

—Penny, ¿por qué no dejas de confundirme? Fuiste tú quien me dijiste que me fuera, quien me sugirió que me tomara este descanso. Y ahora, ¿te preocupa que no te hable?

—Nuestras circunstancias nunca han sido sencillas, ambos lo sabemos. Que te haya aconsejado que pongas distancia con todo, no significa que no te quiera en mi vida, que no me siga preocupando por ti. Yo te quiero, no voy a dejar de quererte nun…

—¿Y entonces por qué nos estamos divorciando? —interrumpió, levantando la voz sin querer. Tomó una profunda inspiración buscando calmarse; no quería que su abuela lo escuchara, no quería preocuparla—. Si tanto me quieres, no…

—Sabes por qué nos estamos divorciando. Lo hemos hablado mil veces. No lo hagas más difícil, no podemos volver a tener esta conversación, por favor…

Penny tenía razón. Habían hablado tanto del tema que todas las respuestas posibles deberían estar ya más que claras. Pero no para Reece. No era que no comprendiera el porqué de todo, ni que deseara negarle la felicidad a Penny. No, eso nunca.

El problema era que divorciarse suponía un cambio drástico, uno para el que no estaba preparado. Demasiadas variables nuevas que

amenazaban con destruir la vida meticulosamente planificada que creía tener bajo control. ¿Y ahora qué? ¿Debía buscar a otra mujer? ¿Volver a construir todo desde cero?

—Alex pregunta si sigues sintiendo algo.

Los dedos de Reece presionaron con más fuerza la pila.

—¿Estás con Alex?

—Claro. Estamos en el piso, como cuando te fuiste. Hoy le tocaba trabajar hasta tarde, y me he quedado para echarle una mano con unas notas que tiene que pasar a limpio… —Penny hizo una pausa breve, medida—. ¿Puedes responder a la pregunta, por favor?

Reece se aclaró la garganta.

—Sí. Claro que siento cosas…

—¿Cuándo fue la última vez?

—Esta mañana. Cuando me hice el desayuno, me quemé la lengua con el café.

Una mentira limpia, creíble. No necesitaba más que eso. Sus hombros se tensaron esperando la respuesta de Penny.

—Me alegra oír eso —dijo ella al fin—. De verdad.

—No tienes que preocuparte —respondió rápido—. Estoy bien. Todo está bien.

Silencio de nuevo. Reece sostuvo el teléfono con más fuerza. Había aprendido a decir aquellas mentiras como quien aprende datos para un examen: de memoria, capaz de repetirlos una y mil veces aunque no los comprenda del todo.

—Te quiero. Y confío en ti. Como siempre.

Reece cerró los ojos. Aquellas palabras dolieron como puñales.

—Yo también te quiero, Penny. Saluda a Alex de mi parte.

—Lo haré. Hablamos mañana, ¿vale? Y cualquier cosa…

—Un mensaje, lo sé.

Su exmujer colgó y el silencio volvió a llenarlo todo. No era el mismo de antes: era más denso, como si hubiera estado esperando en los rincones a quedarse a solas con él.

Reece dejó el teléfono sobre la pila y se recostó contra ella, levantó la mirada, perdida en un punto indefinido del techo. Mentalmente repasó la conversación entera, frase por frase, buscando grietas, errores, algo que delatara su mentira. Pero no encontró nada. Había sonado convincente. Eso era lo único importante. Y, a la vez, lo peor.

Cerró los ojos.

«Alex pregunta si sigues sintiendo algo. ¿Cuándo fue la última vez?»

Reece pensó en el pellizco de Beau en la pierna. Inesperado. Breve. Doloroso.

En cuanto abrió los ojos de nuevo, su vista viajó hasta su pierna, buscando esa porción de carne concreta, esa que antes había pellizcado él también. Buscaba ese mismo algo, ese pequeño… Durante un segundo consideró repetir el gesto, comprobarlo una vez más, pero pronto tuvo claro que aquello era inútil.

Las cosas no funcionaban así. No con él.

Giró despacio; encontrarse con ese reflejo en el espejo devolviéndole la mirada no le gustó. Hacía tiempo que no veía en él nada que le agradara, nada que le recordara al hombre que antaño había puesto estadios en pie y recibido las alabanzas hasta de aquellos que admiraba de niño. Ese hombre se había marchado. Quizás estaba muerto. Y aceptar esa realidad no era una de esas cosas que encajara en la mente cuadriculada de Reece.

Bajó la mirada, sobre la pila pudo ver su neceser con todas sus cosas de aseo. Metió la mano dentro y sacó una maquinilla eléctrica. No hubo duda: si el hombre de antaño estaba muerto, entonces, ¿qué sentido tenía seguir respetando su imagen intacta?

Sin cuidado por la tarea, más con prisa que con maña, deslizó la maquinilla por su cabeza, deshaciéndose del cabello oscuro que la había coronado durante toda su existencia.

Al volver a verse en el espejo, con la cabeza rapada, Reece esperó sentir algo.

Sorpresa ante su nuevo corte de pelo. Arrepentimiento por un cambio de aspecto así de impulsivo… pero no. No sintió nada. Solo se observó en silencio, deslizando ambas manos por su cabeza, forzando el roce de sus palmas contra el cabello ahora corto varias veces.

Buscó sentir cosquillas. Pero tampoco. Tan solo ese vacío latente en su interior.

Bajó la cabeza, arqueó el cuerpo hasta poder acomodar la frente contra la fría pila. Sus ojos se cerraron con fuerza y tomó una profunda inspiración.

«Alex pregunta si sigues sintiendo algo.

¿Cuándo fue la última vez?»

Beau Sinclair.

¿Por qué era él el único que había sido capaz de hacerle sentir algo? ¿Qué tenía aquel pellizco de especial para colarse en su sistema de ese modo? Sus dedos se curvaron, presionaron su piel con fuerza mostrando la frustración latente en su pecho.

Beau Sinclair.

Beau Sinclair.

Beau Sinclair.

Quizás había sido demasiado duro con él.

Quizás…

10.



—¿Y a qué hora es el partido? —preguntó Charlotte, extendiendo el brazo para coger uno de los vasos que Beau sujetaba entre sus dedos y meterlo en el lavavajillas.

Desde que su hermano y Charlotte hubieron retomado su relación meses atrás, todos los viernes sin falta, la rubia se presentaba tras el trabajo en la residencia Sinclair con una bolsa de deporte y el deseo de pasar allí el fin de semana. La rutina era sencilla, Lottie llegaba del trabajo, cenaban pizza juntos, veían algo en la televisión y después Beau se retiraba para darle a la pareja esa intimidad que les había sido esquiva durante la semana.

El menor de los Sinclair estaba encantado. Adoraba a Charlotte, adoraba lo feliz que Emmet era con ella y jamás diría que no a una pizza, pero la verdad es que no podía evitar preguntarse por qué no vivían juntos sin más. Lo que tenían no era algo nuevo, habían estado ya muchos años juntos y, aun con el bache temporal de por medio, no eran ahora dos niños conociéndose de nuevo.

¿Era por él que no tomaban esa decisión? ¿Era Emmet quien no quería dejar de vivir con él por si no lo llevaba bien? ¿O era Charlotte quién tenía algún problema con aquella idea? A una parte fantasiosa de sí mismo le gustaría darles su espacio en aquel mismo instante. La racional, en cambio, sabía que con su sueldo del Cherry no podía permitirse algo así, mucho menos si pretendía empezar a estudiar en septiembre.

—¿Pensáis venir a ver el partido? —preguntó Beau, visiblemente confuso.

—¡Claro que sí! Tu primer partido con el equipo, es emocionante —respondió ella, dándole un suave empujoncito—. De hecho, tu hermano y yo vamos a pintarnos Beau en la frente y a hacer pancartas para que te sientas arropado. ¡Woooooo! —la rubia elevó el puño al aire y dio varios brincos—. ¡Beau, Beau, Beau! ¡Vamos, Emmet!

Su hermano, que se encontraba a solo unos pasos guardando los restos de pizza en la nevera, elevó también el brazo e imitó el gesto de su chica durante unos segundos.

El menor de los Sinclair puso los ojos en blanco y volvió a la tarea de recoger la mesa, escuchando a ambos reír de inmediato.

—Sois idiotas, ¿lo sabíais? —respondió, colocando los platos en una pequeña pila—. No me extraña que tus niños del cole te adoren, tienes su misma edad mental.

Charlotte no tardó en acercarse. Lo abrazó por la espalda y besó su mejilla con fuerza.

—Anda, bobo, nos estamos metiendo contigo —dijo, achuchándolo un poco más antes de dejarlo ir—. Pero a mí sí me haría ilusión ir a veros. Y Mini piensa ir por Kurt, así que…

—¡Vale! Es a las doce… ¡Pero va a ser un coñazo! Y yo me limitaré a estar sentado en el banquillo, a no ser que el entrenador Hunt diga lo contrario…

Emmet rio y se acercó a la mesa. Tomó asiento, en su mano sostenía una tarrina de helado de vainilla con galletas y tres cucharillas.

—Vaya, y yo que pensaba que estarías en el centro de la melé. Qué decepción…

Aquellos meses le habían sentado bien al mayor de los Sinclair. Ahora se permitía sonreír más veces, hacía bromas que hasta tenían su gracia, y Beau sentía que, esa calidez y afecto que siempre le había dado era ahora mucho menos contenida.

Emmet se permitía sentir. Si aquello no era algo para celebrar, entonces ¿qué lo era?

Aun así, como buen hermano, ante una puya como aquella, Beau no pudo más que mostrarle el dedo corazón de ambas manos, cogiendo después los platos para poder llevarlos hasta el lavavajillas y dar aquella tarea por terminada.

Cuando el menor de los Sinclair volvió a la mesa, Lottie se había acomodado sobre el regazo de su chico y jugaba con el pico de su pelo de forma distraída. Tomó asiento con ellos, haciéndose con el helado para poder abrirlo y darle la primera de las cucharadas.

Aquello era lo mejor del verano. Los helados.

Bueno, los helados e ir a tirar cohetes el Cuatro de Julio.

—¿Cómo está el entrenador Hunt?

—Bien. La verdad es que es muy amable, hasta me ha hecho como un dossier con información, dibujos y cosas que tengo que saber antes del partido del sábado —Beau suspiró—. Es un coñazo pero… joder, solo por el esfuerzo pienso estudiarlo a fondo.

Lottie rio.

—Willis Hunt es un encanto —dijo, cogiendo también una cucharada de helado—. Cuando Mini hacía atletismo entrenaba al equipo de chicas y siempre era el primero en llegar y el último en irse. Llevaba en el coche a las carreras a algunas de las chicas, traía gajos de naranja para después… La verdad es que siempre me

pareció encantador que se tomara al equipo tan en serio. Al final es parte de lo que termina desmotivando a los jugadores de por aquí, entrenadores que solo ven esto como un pasatiempo y no ayudan al equipo a creer que es más que eso.

Beau resopló.

—¿Qué me vas a contar? Ya me echó la bronca por llamar al equipo *amateur*…

—Beau… —Emmet llamó su atención, dispuesto a reprenderlo.

—¡Lo siento! Para mí no es más que un equipo local, estoy haciendo esto porque Reece me ha obligado. Pero tranquilo, ya he comprendido que para ellos es importante y pienso poner todo de mi parte para ser útil y que no sea una tortura.

Su hermano pareció querer decir algo. Sin embargo, tras torcer ligeramente los labios, terminó por sacudir la cabeza y elegir otra cucharada de helado como opción más interesante.

—Hablando de Reece… —Charlotte llamó la atención de Beau—. ¿Por qué le tiraste un granizado en el coche? Esa es la parte de todo esto que no entiendo.

—Buena pregunta… —respaldó Emmet.

Pero la respuesta no lo era.

La respuesta suponía hablar sobre cómo había estado lidiando con sus relaciones personales desde… bueno, siempre realmente. La forma en la que había aceptado el sexo como un equivalente al amor. Cómo había dejado a otros hacer con su cuerpo lo que quisieran a cambio del efímero momento de sentirse el centro del mundo de alguien. Aunque no fuese real. Aunque terminara siempre del mismo modo.

Era hablar de esa sensación de suciedad que lo acompañaba desde hacía años.

Y no estaba preparado para ello.

—Creo que no estoy lidiando bien con la ansiedad últimamente. He tenido idas y venidas con un chico que ha terminado por… en

fin, no ser nada, y… también lo de la universidad me está agobiando supongo. Buscar piso especialmente… —y aunque aquello no era mentira, tampoco era, ni mucho menos, lo que había estado ocupando sus pensamientos últimamente—. Cuando pasó acababan de rechazarme de todos los pisos a los que había aplicado y… no sé, me sentía como… si mi cabeza… —suspiró—. Fue una estupidez. De verdad que lo siento y… lo voy a pagar.

Emmet dudó un momento, pero terminó por asentir y extendió el brazo para revolver el cabello de su hermano con afecto.

Beau se sintió culpable, no le gustaba mentir a su hermano, más después de haberse prometido ser honestos el uno con el otro. Pero ahora no valía quejarse. Tenía que aceptar las consecuencias de sus decisiones.

Ver cómo Charlotte bajaba del regazo de Emmet para tomar asiento a su lado, como le cogía la mano y la presionaba con esa sonrisa dulce pintada en los labios, solo hizo crecer esa sensación amarga en sus adentros.

—Buscaremos más pisos juntos, ¿de acuerdo? Todavía hay tiempo y… —se acercó y dejó un beso en la sien de su cuñado—. No puedes dejar que la ansiedad te lleve hasta ese punto, tienes que hablar con nosotros. Con cualquiera de los dos, o… ¡con Mini! Con quien sea, antes de volver a hacer una tontería así, ¿de acuerdo? Has tenido suerte de que Reece no haya querido denunciar o podrías haberte metido en un buen lío.

Beau asintió. Por mucho que Reece Sargent no le gustara, en eso se había portado.

—Oye, nadie mejor que yo te entiende en todo esto. Has pasado la mayoría de tu vida aquí, con la misma gente, en un sitio pequeño. Yo también estaba como tú cuando me fui. Es… duro. Al principio tienes mucho miedo, te sientes solo y… todo es tan diferente, tan grande, tan… acojonante —Lottie rio—. Pero vale la pena. En serio, estás tomando la decisión correcta. Te mereces un buen futuro, Beau.

Y estudiar es una de las formas en la que puedes conseguirlo. Tu hermano y yo te apoyamos totalmente.

—¿Y si no me adapto? ¿Y si… resulta ser un error? —preguntó, honesto.

—Entonces lo dejas y vuelves. Tienes mucho talento, encontrarás otra cosa que te ayude a vivir de lo que quieres —respondió Emmet, la mirada de ambos hermanos se encontró—. Pero no te quedes con la duda, ¿vale? Si lo intentas, nunca es un error.

Su padre solía decir eso. De hecho, esa misma frase, en su puño y letra, estaba en uno de los pocos recuerdos materiales que tenían de él. Un álbum de fotos que a Beau le encantaba mirar de vez en cuando, ese del que había rescatado la foto que tenía en la mesita.

Beau sonrió y asintió.

—Si lo intentas, nunca es un error —repitió.

El menor de los Sinclair tomó una última cucharada de helado, una bien grande, y se puso en pie. Ante la mirada de sus acompañantes hizo un gesto con la cabeza antes de andar hacia la salida de la cocina.

—¡Voy a terminar de rellenar la solicitud de la universidad! —dijo, antes de meterse la cucharilla en la boca y salir rumbo hacia las escaleras con paso acelerado.

Tenía que hacerlo. Quizá ahí estaba la respuesta a todo.

Puede que aquellos dos problemas fueran de la mano y que su solución, valga la redundancia, también. Si en Whitefish estaban Laramie y los hombres como él, si allí no estaba lo que buscaba para su vida, entonces marcharse y empezar de cero era la mejor respuesta posible. El miedo a la universidad tenía que desvanecerse, aunque saliera mal, era una oportunidad para hacer algo que llevaba ansiando mucho tiempo.

Daba miedo. Demasiado.

Pero Beau Sinclair necesitaba salir de su zona de confort.

11.



—¿Nuevo corte de pelo, Sargent? —preguntó el entrenador Hunt.

Beau, que se encontraba de cuclillas en el suelo contando una vez más si tenían todas las botellas necesarias, levantó la mirada abandonando la tarea para buscar a Reece.

El nieto de la señora Sargent pasó por su lado, con una mochila deportiva al hombro y un conjunto negro de camiseta y pantalones cortos que parecía mucho más profesional y caro que el del resto de sus compañeros.

Sí, se había cortado el pelo. Un buen rasurado con la maquinilla de afeitar que acentuaba más sus rasgos y la marcada línea de la mandíbula. Nadie le preguntaría, pero, si lo hicieran, el menor de los Sinclair diría que le favorecía mucho.

Reece no respondió. No con palabras al menos. Se limitó a levantar el pulgar al pasar junto a ellos, entrando en las inmediaciones del campo sin más. No parecía con ganas de hablar con nadie, si toda su actitud no te lo gritaba a la cara, los enormes

auriculares verdes que llevaba en las orejas ya se encargaban de dejarlo claro.

Además, llevaba la música a todo volumen, tanto que Beau pudo captar la melodía de lo que fuera que estaba escuchando sin problema. Sonaba familiar, aunque era imposible identificar una canción en concreto. *Mierda*. Ahora le estaría dando vueltas todo el día.

—¿Son todos los deportistas de élite tan bordes? —preguntó, incorporándose.

—¿Antes de un partido? Siempre —respondió el entrenador—. ¿Botellas?

—Listas. Tenemos una para cada jugador, una para cada uno de nosotros y dos de repuesto por lo que pueda pa… —una fuerte palmada en la espalda lo dejó a media palabra.

—Entrenador. Beau —saludó Kurt.

Este, acompañado de Mini, les dedicó una sonrisa a ambos. También en chándal, pero dejando que su chica cargara con su bolsa por él. La sonrisa arrogante en su rostro solo hizo que el menor de los Sinclair deseara volver a sus cosas cuanto antes.

No le gustaba Kurt. Nunca le había gustado Kurt. Nunca le gustaría Kurt.

Pero a Mini sí, así que se esforzó en sonreír y disimular lo mejor posible aquello.

—Buenos días, pareja —respondió, devolviendo la mirada al entrenador—. ¿Llevo las botellas hasta nuestro banquillo?

Hunt asintió y Beau, de inmediato, obedeció.

—Voy a entrar con los chicos al vestuario, quiero dar unas indicaciones antes de que entre el árbitro a dar su charla.

—¿El árbitro? —preguntó Beau, frunciendo el ceño.

—El rugby es un deporte de valores —interrumpió Kurt—. Así que el árbitro entra siempre antes de cada partido para recordarnos

a los jugadores que nos comportemos. No le podemos ni hablar en el partido, solo el capitán.

—Sargent —matizó Hunt.

Aunque Beau nunca había dudado de quién iba a ser el capitán.

Sin decir nada más se inclinó y cogió la caja con las botellas de agua, rellenadas hacía nada por sus propias manos, la verdad es que pesaban mucho más de lo que esperaba.

—Espera en el banquillo, también te daré unas indicaciones a ti luego.

—De acuerdo, entrenador —respondió, echando a andar.

La voz de Kurt le llegó de todos modos a los oídos tras emprender el paso.

—Eso, no lo deje entrar al vestuario que se emociona —dijo con tono jocoso.

—¡Kurt! —exclamó Mini, dándole una palmada en el brazo a la vez.

—No quiero volver a oír un comentario así, ¿lo entiendes, Hopkins? —lo reprendió también el entrenador Hunt.

Pero a Beau ya le había encogido el estómago.

═══∘ ◦ ❁ ◦ ∘═══

—¡Beauuuuuuu!

La voz de Charlotte hizo que el menor de los Sinclair levantara la vista de la carpeta que sujetaba entre las manos. Aunque, nada más ver que de verdad había hecho un cartel amarillo con letras en azul donde ponía su nombre, no tardó en cubrirse el rostro con ella para ocultar su vergüenza.

Se descubrió el rostro poco a poco, encontrándose de nuevo con la visión de la novia de su hermano moviendo el cartel y de este, a su lado, con los brazos cruzados, divertido ante haber sido capaces de sacarle los colores con tan poco. Levantó la mano y los saludó,

sacudiendo después la cabeza, girando sobre sus pies para observar al entrenador Hunt.

La sonrisa burlona en sus labios no le pasó desapercibida.

—Mi hermano y su novia… —dijo.

—Lo sé, Charlotte me preguntó dónde debía ponerse para que vieras bien el cartel.

Beau puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar terminar riendo él también.

—¿Has comprobado todas las fichas cómo te pedí?

El menor de los Sinclair asintió y le tendió la carpeta de vuelta. Una de sus tareas antes de los partidos iba a ser asegurarse de que los datos en las fichas de todos los jugadores estaban correctos y al día. Así, el entrenador Hunt se las podría entregar al árbitro y el partido transcurrir sin ningún problema.

—Estupendo —dijo el entrenador.

Beau titubeó.

—¿No… va a revisarlo usted también por si la he… cagado?

El hombre negó.

—No. Eres mi segundo al mando y tengo que confiar en ti —lo apuntó con la carpeta—. Además, si compruebo todo lo que haces, vas a creer que siempre habrá una red de seguridad para ti. Y no. Tienes que hacer las cosas bien tú solo, por el equipo… ¿Lo has comprobado todo bien? ¿Están las fichas bien?

Beau presionó los labios, dudó un momento, pero terminó por asentir.

—Las he comprobado todas, varias veces. Están bien.

—Perfecto —respondió, haciendo un gesto para que lo siguiera al andar—. ¿Has estado estudiando el dossier que te di?

—Sí, aunque por encima. No he tenido mucho tiempo…

Hunt rio.

—Tranquilo, chaval, lo entiendo… Aunque eso no va a librarte de un pequeño examen.

Beau resopló, pero aquella no parecía una de esas cosas que uno discute.

—¿Qué tipo de rugby jugamos?

—Unión. Quince contra quince.

El entrenador asintió.

—¿Cuánto va a durar el partido?

—Oh, ehm, pues son dos partes de cuarenta minutos.

—Muy bien, vale, algo más complicado… ¿En qué posición juega Sargent?

—Es el capitán… —el entrenador clavó su mirada en él, por supuesto quería una respuesta mejor—. Y el *fullback*. Es como… la última línea de defensa.

—¿Cómo?

Beau arrugó la nariz.

—Es *la* última línea —se corrigió—. Cubre todo lo que pasa detrás, recibe las patadas largas y evita que se les cuelen por la espalda a sus compañeros.

—Y…

—Tiene que colocarse bien, leer el juego antes que nadie… ¡y hablar mucho! Avisar de lo que ve. Dar órdenes…

Hunt asintió.

—¿Y por qué?

—Porque, si falla, no hay nadie más. Así que más le vale no hacerlo.

La mano del entrenador se acomodó sobre el hombro de Beau y lo presionó.

—Buena respuesta, chico.

═══◦ ◦ ❁ ◦ ◦═══

El rugby le parecía un deporte ruidoso, confuso, demasiado físico para alguien como Beau.

Y aun así no tardó en atraparlo por completo.

Lo primero que llamó su atención fue una melé. El menor de los Sinclair frunció el ceño, intentando entender cómo era posible que ocho cuerpos pudieran moverse como uno solo, y acabó inclinándose hacia el entrenador Hunt casi sin darse cuenta.

—¿Siempre es así de caótico? —preguntó en voz baja.

El entrenador Hunt no tardó en responder sin apartar la vista siquiera del campo. Con uno de los dedos fue marcando posiciones, dando unos datos que Beau se repitió mentalmente con la genuina intención de recordar más adelante.

Luego vinieron las carreras por la banda.

Los placajes.

Las patadas largas.

Demonios, aquello era de lo más emocionante.

Beau empezó a anticiparse, a preguntar por qué uno gritaba y otro obedecía, por qué el balón volvía atrás para avanzar hacia delante… Sus puños se apretaron cuando el equipo defendía cerca de su línea. Una sonrisa amplia se pintó en sus labios cuando lograron recuperar la posesión.

Con el primer ensayo dio un brinco que hasta a sí mismo sorprendió. Lo celebró sin pensar, levantando los brazos con el resto, riendo por la energía contagiosa del momento. El entrenador lo miró de reojo, divertido.

—¿No te lo había dicho? Este deporte tiene algo que te atrapa.

La jugada nació desordenada desde el principio. Beau seguía sin entender demasiado qué sucedía en cada momento, pero el ceño fruncido del entrenador Hunt y la forma constante en la que le costaba decidir qué indicaciones dar eran una clara señal de ello.

Aun así, resultaba imposible no meterse de lleno en aquella maraña de acciones. No sabía si era el momento, el ambiente, sentir a todo el mundo con la adrenalina a mil, metidos por completo en

aquello como si fuese la final de un gran torneo, pero era contagioso. Mucho. El menor de los Sinclair estaba completamente infectado por aquel virus.

Sus ojos saltaban de un lado a otro. El rival había recuperado el balón tras un ruck mal cerrado y abrió rápido hacia la banda. El ala aceleró con espacio, pegado a la línea, en la lejanía, Emmet y Charlotte estaban gritando de pie en la grada.

Reece también gritó una orden mientras corría en diagonal para cerrarle el paso.

Un placaje.

Demasiado cerca de la banda. Demasiado cerca de ellos.

Mientras que el entrenador Hunt fue capaz de verlo venir, Beau no tanto.

El cuerpo del ala rival salió despedido hacia fuera, arrastrando consigo a Kurt, que había intentado detenerlo. Dos cuerpos enormes lanzados sin control directo hacia él.

Beau se encogió, cerró los ojos con fuerza anticipando el impacto. Como un niño que teme a un monstruo cuando se esconde debajo de una fina sábana, todo lo que se le ocurrió hacer para protegerse fue cubrirse la cara con los brazos como si con aquello pudiera evitar cualquier mal que estaba por venir.

Pero nada le golpeó.

Un brazo firme se cerró alrededor de su cintura y, bruscamente, sus pies abandonaron el suelo. Aquella persona lo arrastró fuera de la zona de impacto en un movimiento rápido y decidido, permitiendo que los jugadores cayeran contra la hierba justo donde Beau había estado un segundo antes.

Tras unos segundos que parecieron eternos, el menor de los Sinclair abrió los ojos al sentir de nuevo el suelo bajo los pies y ladeó el rostro, buscando a quien tenía el pecho pegado a su espalda y el brazo aún rodeándole la cintura con firmeza.

Reece Sargent. El maldito Reece Sargent acababa de salvarlo.

Su cuerpo estaba caliente y su respiración acelerada; Beau podía sentir el sudor perlado en su piel cruzar la camiseta y pegarse contra su espalda. Los vellos se le pusieron de punta, todo en su interior se encogió, tanto que, de forma inconsciente, su mano se colocó sobre el brazo de Reece y sus dedos se curvaron hasta presionar la piel ajena.

Estaban cerca. *Demasiado*.

Y aun así, por un instante, el capitán presionó el cuerpo de Beau todavía más contra el propio, como si buscara asegurarse de aquel modo que sí lo había cogido, que sí había sido capaz de evitar que algo peor le pasara.

Los ojos de Reece buscaron los propios, el rugir del campo se convirtió en un sonido enmudecido resonando en el fondo de la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó.

Beau asintió, incapaz de articular palabra.

Una media sonrisa se pintó en los labios del capitán, dejó ir al menor de los Sinclair y, en un gesto algo torpe, llevó la mano hasta su cabeza para revolverle el pelo.

—Joder, que susto —farfulló, antes de apartarse y salir corriendo de vuelta al campo.

La acción se retomó como si nada, como si toda aquella escena no acabara de producirle un nudo en la garganta tan intenso parecía que jamás se fuera a aflojar.

Y seguía mirándolo.

Seguía observando completamente hipnotizado cómo se movía por el campo dando indicaciones, como si tuviera el imán más potente del mundo pegado a su persona.

Cuando Reece movió la cabeza y la amenaza de que le pillara completamente perdido en él apareció, Beau apartó la mirada de forma exagerada, encontrando en la lejanía de las gradas a Emmet moviendo los brazos, buscando llamar su atención.

Le mostró los pulgares. Quería saber si estaba bien.

Beau asintió, mostró los pulgares también.

Pero no estaba bien. *Oh, diablos*. Tenía la sensación de que las piernas se le habían vuelto de gelatina e iba a derretirse en cualquier momento.

Reece Sargent.

El maldito Reece Sargent.

12.



Cuando tras el pitido final el entrenador Hunt le había dicho que «todavía quedaba el tercer tiempo», Beau había temido encontrarse cara a cara con una parte de todo aquel dichoso juego que no había estudiado. Sin embargo, lo que había empezado como un miedo atroz ante lo desconocido había terminado por convertirse en una reunión de equipos con cervezas, cánticos y comentarios de las jugadas de por medio.

Al parecer, en rugby, era tradición invitar a unas cervezas después del partido sin importar resultados ni disputas del campo. Ya no estaban jugando un partido, ahora solo eran un grupo de hombres que disfrutaban del mismo deporte, y eso merecía un momento especial y sagrado que siempre debía respetarse.

—¿Tiene todo el mundo cerveza? —preguntó el entrenador.

El menor de los Sinclair asintió de inmediato.

La mano del hombre viajó hasta su mejilla, dándole un par de suaves palmaditas en un gesto que buscaba ser cercano a la par que afectuoso.

—Pues coge una tú también y brinda con el equipo. Lo has hecho muy bien —dijo y, tras guiñarle el ojo, dio media vuelta para poder acercarse al entrenador del equipo rival.

La verdad es que el ambiente resultaba agradable. El sonido de risas lo llenaba todo y las voces se mezclaban de forma animada pero amable, no había discusiones, no había problemas, todo era… En fin, pues eso, *agradable*. El partido también había resultado ser de lo más entretenido, incluso le hacía ilusión la victoria y saber que eso los hacía subir un poco más en la clasificación, aunque no era algo que pensara admitir en voz alta.

Cogió la cerveza de la nevera portátil, una lata que abrió y a la que le dio un pequeño sorbo. Su mirada se paseó por el lugar. ¿Debía acercarse a Kurt y a otros chicos del equipo? Lo dudaba. ¿Al entrenador Hunt y a su compañero? No, seguro que estaban hablando de cosas del partido en las que no pintaba nada.

Fue entonces cuando vio a Reece. El capitán estaba sentado en un escalón, arreglándose un vendaje de la muñeca, sin cerveza alguna cerca ni tampoco compañía.

Beau presionó los labios, después de como le había evitado llevarse un porrazo, quizás era educado acercarle una bebida. Claro, que viendo cómo eran las cosas con él, capaz era de rechazarla y hacerlo sentir pequeño una vez más. Dudó pero, para su desgracia, Beau Sinclair nunca había sido capaz de contener impulsos.

Se acercó a él con una lata de cerveza en cada mano, esbozando una media sonrisa cuando sus ojos se encontraron. No dijo nada, solo extendió el brazo y le ofreció la cerveza, esperando que la aceptara, sintiendo cómo sus hombros se desatensaban de golpe al ser así.

—Gracias.

—No me las des —respondió, tomando asiento a su lado—. Te lo debía por… ya sabes.

Reece hizo un gesto con la mano que buscaba restar importancia al asunto. Ambos bebieron a la vez, con la mirada puesta en el frente, en los diversos grupos de gente que hablaban como si se conocieran de toda la vida.

—¿Te ha gustado el partido?

—*Bueno…*

El nieto de la señora Sargent dejó escapar una risita de entre sus labios, una que atrajo a Beau como la luz a las polillas. Ladeó el rostro, había algo en el sonido de su risa, en la forma en la que se frotaba los labios con un toque de vergüenza tras hacerlo, que invitaba a quedarse completamente hechizado por tan sencillo gesto. Era la cuestión más pesada del mundo, pero el menor de los Sinclair no pudo evitar preguntarse por qué no lo hacía más a menudo, por qué ocultaba su risa cuando era tan melodiosa.

—¿Qué? —preguntó finalmente.

Reece sencillamente sacudió la cabeza antes de mirarle también.

—¿Tanto te cuesta admitir que te ha gustado? Te he visto durante el partido. Has celebrado cada punto casi tanto como Hunt —respondió, apuntándole con el dedo unos segundos antes de beber un nuevo trago.

Beau arrugó la nariz y sacudió ligeramente la cabeza.

—Quizás no haya estado del todo mal.

—*Quizás* —repitió Reece con tono sarcástico.

—Quizás —sentenció Beau, con la mirada fija en él—. Aunque tengo que decir que no he entendido la mitad de cosas que pasaban en el campo. Todo iba súper rápido y…

—Bueno, no te preocupes, todavía te quedan muchos partidos por delante.

El menor de los Sinclair rio.

—¿No es esta una de esas situaciones en las que se da por aprendida la lección y se perdona el castigo antes de tiempo?

—Ya te gustaría. Recuerdas que me has jodido el coche, ¿verdad?

Ambos bebieron a la vez de nuevo.

—¿Podrías… darme una explicación para tontos sobre el equipo al menos? Para que pueda entender algo cuando vayamos a Portia en un par de findes.

Reece asintió; su mirada volvió a pasearse por todos los hombres allí reunidos. Se frotó el mentón con los dedos, pensativo, pero una bombilla pareció encenderse en su cabeza. Chasqueó los dedos y volvió a mirar a Beau.

—¿Por casualidad te gusta Queen?

El menor de los Sinclair frunció el ceño.

—¿Queen el grupo de música? ¿*We will rock you*? ¿*Good old-fashioned lover boy*?

Reece asintió. Beau levantó los hombros.

—¿Supongo? Es decir, los conozco. Aunque el verdadero fan de Queen era mi padre…

—De acuerdo. Yo veo al equipo como a los integrantes de Queen. Por un lado, están los alas, que serían Roger Taylor: rápido, explosivo, aparece cuando menos lo esperás. Son capaces de pasar de estar quietos a salir a toda velocidad y cambiar el partido, de golpe, como un solo de batería. Luego están los forwards, que serían como John Deacon: no hacen ruido, no buscan el aplauso fácil, pero son quienes aguantan al resto del equipo. Si fallan, el escenario entero se va a pique. La apertura es Brian May: cabeza fría y mano precisa. Es el que decide por dónde va la jugada, como Brian marcando el camino con la guitarra. Todo en él es intencionado, nada se deja al azar…

—¿Y quién es Freddie? —interrumpió Beau, curioso.

Reece enarcó una ceja.

—¡Yo! Soy el mejor y el capitán.

Beau puso los ojos en blanco.

—Eso no es muy humilde por tu parte, *Freddie*.

—Pero no por ello es menos cierto.

El menor de los Sinclair sacudió la cabeza, con evidente incredulidad pintada en el rostro, se frotó los ojos varias veces con los dedos.

—¿Te ha ayudado mi metáfora a entenderlo mejor? —preguntó Reece.

—No sé, creo que no conozco tan profundamente a los miembros de Queen. Si me haces el símil con vacas creo que lo pillaré mejor.

—Bueno, cuéntaselo a tu padre y seguro que te echa una mano para entenderlo.

Todo en el tono de Reece era agradable; el comentario, digno de una persona que no sabe, que se toma una confianza y se estalla contra un muro. Beau odiaba cuando esas cosas pasaban. No por la otra persona, no por la mención como tal de su padre, ni siquiera se trataba de que, ahora, le tocaba dar unas explicaciones que nunca eran agradables.

No. Era algo mucho más complejo lo que odiaba de esa conversación.

—Mi padre murió hace años.

La sonrisa se borró en el rostro de Reece de golpe, dejó la lata a un lado.

—Mierda, lo siento. No lo sabía, mi abuela no… —presionó los labios.

—Oh, no te preocupes, lo sé. Y tampoco pasa nada, yo era muy pequeño, ni siquiera recuerdo bien las cosas y… —sacudió la cabeza —. No importa.

Era esa misma frase la que odiaba. Era tener que hacer como que la muerte de sus padres no era algo importante, que ya no dolía, solo para conseguir que la otra persona no se sintiera mal por su torpeza. A Beau le daba igual ser llamado egoísta por ello, pero no soportaba tener que minimizar el dolor que lo acompañaba desde hacía años para que otra persona se sintiera bien.

Quiso cambiar de tema, pero Reece se adelantó de inmediato.

—Claro que importa —dijo, una de sus manos se acomodó sobre una de las de Beau—. Joder, no… sé qué decirte. No puedo siquiera imaginar el dolor que… mi padre y yo tenemos una relación complicada, pero… si me faltara, yo… —bajó la mirada un momento —. Perdona, no debería hacer esto sobre mí. Lo que quería decir es que, en fin, que lo siento mucho, de verdad. Si en algún momento quieres hablar del tema… —arrugó ligeramente la nariz—. Sé que no seré el primero al que acudas, pero… es un ofrecimiento sincero.

Todo en él sonaba sincero. Todo en sus gestos se leía sincero. Beau bajó la mirada, observó sus manos unidas sobre el escalón. ¿Y si de verdad lo era? Decidió creer que sí.

—Gracias. Ha pasado tanto tiempo que… a veces siento que debo minimizar lo mucho que me sigue importando. Como si el dolor hubiese caducado para… el mundo. Pero no para mí… —rio con evidente vergüenza, sin ser capaz de mirarlo todavía.

Los dedos de Reece se curvaron, presionaron la mano de Beau con firmeza. Aquella imagen le encogió algo por dentro e hizo que sus vellos se pusieran de punta. La cordura le decía que debía apartar la mano, que se estaba dejando embriagar por una sensación agradable que no tenía sentido alguno. La locura pedía unos segundos de prórroga.

Finalmente, la victoria se la llevó el impulso.

Un pensamiento rápido cruzó la cabeza de Beau, haciendo que diera un brinco y quitara la mano del agarre de Reece, apuntándole con el índice de esta.

—¡*Killer Queen*! —exclamó como lo haría alguien que se acaba de quitar un enorme peso de encima.

—¿Cómo? —preguntó el nieto de la señora Sargent, confuso.

—Antes, cuando has llegado al campo, llevabas los auriculares puestos y sonaba muy fuerte una canción que reconocía, pero que no podía… ¡Ugh! ¡Llevo todo el dichoso partido intentando averiguar qué canción era! ¡*Killer Queen*! ¡Era *Killer Queen*! —se cubrió la cara

con ambas manos, un suave gritito brotó de sus labios—. Dios, que alivio…

Escuchar a Reece estallar en una sonora carcajada fue casi tan sorpresivo como el empujón juguetón que decidió darle. De nuevo, el sonido de su risa se coló en el interior de Beau por los oídos y se propagó por todo su ser hasta encontrar hogar en su estómago, despertando un cosquilleo constante y agradable, similar al aleteo de una mariposa.

El menor de los Sinclair lo observó en silencio, sin saber si quería respuesta a la razón de su risa, no por falta de curiosidad ni temor a la respuesta, sino porque sabía que esto significaba interrumpir aquel sonido y hacer que parara.

¿Quién era aquel hombre y qué había hecho con el gilipollas de otras veces? No era capaz de entenderle y a la vez se sentía atraído a buscar todas sus respuestas.

—Sí, es posible que fuera *Killer Queen*. Siempre escucho el disco *Sheer Heart Attack* antes de los partidos. Es uno de mis rituales.

—¿Rituales?

—Ya sabes, las cosas que hago antes de un partido para que me den buena suerte.

Beau miró a Reece con evidente diversión.

—¿Puedo saber alguno más de esos rituales?

Pero el nieto de la señora Sargent negó de inmediato.

—Freddie no descubre sus secretos a cualquiera, lo siento.

El menor de los Sinclair se llevó la mano al pecho con teatralidad.

—¿Perdona? ¿Insinuas que no soy nadie en tu versión de Queen imaginaria?

—¡Bueno! Nadie no, serías… el ingeniero de sonido, el que ajusta detalles mínimos que nadie nota hasta que faltan.

—¿Y el entrenador Hunt es vuestro manager?

Reece le apuntó con el dedo.

—¿Lo ves? Lo has pillado.

El menor de los Sinclair sacudió la cabeza, una de sus manos viajó hasta el brazo del nieto de la señora Sargent, dándole un empujoncito que apenas consiguió moverlo del sitio.

—Está bien hablar contigo cuando no tienes un palo metido en el culo, Sargent.

—Ya bueno, alguien me aconsejó que me lo quitara y… —levantó los hombros, bebió de su cerveza—. ¿Fui tan gilipollas contigo como me haces creer?

—Fuiste más, pero yo soy encantador —Beau bebió también.

Reece bajó un segundo la cabeza y se frotó la nuca con la mano antes de girar el cuerpo ligeramente para poder encarar a Beau. Seguramente iba a decir algo importante, en su mirada podía verse un toque de seriedad imposible de ignorar, pero la forma en la que sus rodillas quedaron pegadas ante la nueva postura era capaz de nublar hasta el raciocinio de la persona más cabal. Su mirada saltó del rostro de Reece a sus rodillas varias veces.

—Mis abuelos siempre han sido mi mundo. Y cuando falleció mi abuelo, pues… supongo que el amor que sentía por ambos se concentró todo en ella —suspiró—. Además, han sido unos meses muy estresantes y…

—¡Sinclair!

De la nada, el cuerpo de Kurt cayó entre ambos como un misil. Rompiendo la cercanía entre Beau y Reece, se acomodó como si no acabara de interrumpir la primera conversación de verdad que ambos habían sido capaces de tener. El menor de los Sinclair tomó aire por la nariz y bebió de su cerveza, devolviendo la vista al frente, aguantando cualquier comentario desagradable que pudiera soltar.

Pero aquello no fue suficiente para el novio de Mini. Con el brazo agarró a Beau por el cuello, tirando de él hasta quedar completamente pegados, usando la mano libre para revolverle el pelo. El menor de los Sinclair le golpeó el brazo con la mano varias veces, revolviéndose hasta conseguir que lo soltara.

—¿Qué…?

—¿No seguirás enfadado conmigo por el comentario de antes? ¡Era una coña, tío!

Beau intentó arreglarse el pelo, recibiendo un empujón que buscaba ser un juego pero que a él no le hacía ninguna gracia.

—¿Qué comentario? —preguntó Reece, llamando la atención de Kurt.

—Antes le he hecho a Sinclair una broma y al entrenador no le ha hecho mucha gracia —respondió, volviendo a mirar a Beau después —. Pero tú sabes que es coña, ¿a que sí? Joder, que eres el colega de mi novia…

—¿Qué comentario? —insistió Reece.

Kurt rio y sacudió la cabeza enérgicamente.

—Le dije al entrenador que no lo deje entrar al vestuario, que se emociona.

El nieto de la señora Sargent frunció el ceño.

Kurt se lo tomó como que debía seguir hablando.

—Ya sabes, porque es gay, nosotros un grupo de tíos en un vestuario y…

Reece levantó la mano.

—Lo he pillado —cortó a Kurt. La seriedad volvió a su expresión, ya no había rastro alguno de la sonrisa encantadora que antes había surcado sus labios—. Del mismo modo que el entrenador decide quién entra al vestuario, yo decido qué comentarios no tienen lugar en mi equipo. No vuelvas a hablar así de alguien del equipo. Ni delante de mí ni de nadie.

—Pero…

Reece levantó la mano y lo hizo callar, después miró a Beau.

—La próxima vez que esto pase… —miró a Kurt de nuevo—. Aunque no va a pasar…

Kurt asintió.

—Vienes directamente a mí, ¿de acuerdo? Yo me encargaré.

Beau presionó los labios. Nervioso asintió. Reece imitó su gesto después.

—Bien… Vamos, Kurt, dejemos a Beau disfrutar en paz de su cerveza.

Tras aquellas palabras, ambos hombres se pusieron en pie. Estaba claro que Reece quería hablar con más profundidad del tema con Kurt, pero no quería hacerlo frente a él, quizás porque sentía que era un tema complicado. Beau se preguntó si debía decirle que no era necesario, pero, a la vez, era agradable sentirse protegido de ese modo y se permitió regodearse en esa sensación un poco más.

Sus ojos no se apartaron de él; observaron su andar hasta perderse entre la gente.

Reece Sargent. El maldito Reece Sargent.

13.



El calor asfixiante de las noches de verano había llegado aquel año antes de tiempo. Tras muchas vueltas en la cama, Beau soltó un sonoro resoplido y se frotó la cara varias veces, aceptando así que el universo había decidido que no era el momento de dormir. Ladeó el rostro, aunque el sonido del ventilador rompía el silencio de la habitación, ni la alta potencia en la que estaba era suficiente para darle un respiro.

Se puso en pie, recuperó del suelo la camiseta con la foto de Dolly Parton ordeñando una vaca que usaba para dormir y se la puso, apagando el ventilador antes de salir de la habitación. Si no podía dormir, no tenía sentido alguno quedarse en la cama haciendo nada.

Con el teléfono móvil en la mano, bajó por las escaleras hasta la cocina, abriendo la nevera para buscar algo fresco con lo que paliar el calor, terminando por pasar al congelador y coger uno de los polos de hielo que, aunque tenían la frase «propiedad de Emmet Sinclair» pintada en uno de los laterales de la caja, no dudó en considerarlos comunes de la casa. Su hermano no solía ser territorial

con sus cosas ni mucho menos, pero, después de que Charlotte y él le hubieran dejado sin polos varias veces, no había dudado en mostrar su descontento de formas tan sutiles como aquella.

Bingo. Le había tocado uno de sandía.

Fue hasta el salón y tomó asiento en el sofá, encendiendo la tele, pero por mucho que saltó de un canal a otro no encontró nada interesante. Finalmente, la teletienda quedó de fondo. Un hombre hablaba sobre un cuchillo ultra resistente que cortaba cualquier material en cuestión de segundos y sin esfuerzo alguno.

Beau se medio recostó y, con la mano libre, desbloqueó el teléfono. Desde que había vuelto del tercer tiempo con el equipo, había muchos pensamientos que no abandonaban su mente. La conversación con Reece, la forma en la que lo había defendido… Hacía mucho tiempo que una persona no le causaba tanta curiosidad como él. Whitefish era, a fin de cuentas, un pueblo sencillo de gente sencilla, con siempre las mismas caras, así que dar con algo que le cautivara la mente de ese modo era… *interesante*.

Reece había demostrado ser un gilipollas redomado en varias ocasiones. Pero también capaz de ser un encanto. Y no podía quitárselo de la cabeza.

Su atractivo también era algo que le había cautivado los sentidos. Quizás estaba cegado por el momento que acababa de vivir con él, por cómo le había hecho sentir que lo hubiera agarrado así de golpe en el partido, pero estaba convencido de que el nieto de la señora Sargent era el hombre más atractivo que había pisado Whitefish.

Y eso merecía un hueco en sus pensamientos.

Lo primero que hizo fue teclear su nombre en Google; las noticias aparecieron de inmediato ante sus ojos. Algunos hablaban de deportes, otros de su repentina desaparición y de los motivos tras esta; sin embargo, la mayoría de las páginas hablaban sobre su divorcio y sobre cómo estaba su exmujer, Penélope, en aquel momento.

Penélope Devgan.

No fue complicado encontrarla en Instagram.

—Jo-der —exclamó sin ser capaz de contenerse.

Diecisiete millones de seguidores, fotos cuidadas, reportajes en revistas de moda, un feed marcado por un precioso aesthetic de tonos claros… Parecía irreal. A medida que Beau pasaba por sus fotos, su belleza y elegancia le resultaban intimidantes. *Idiota*. ¿Por qué Penélope le causaba esa sensación? ¿Es que acaso ambos iban a competir por algo?

Sus fotos con Reece seguían en su cuenta. Aquello le sorprendió dada la situación que ambos compartían, aunque, ¿quién sabe? Quizás su agente le había dicho que no las quitara o algo por el estilo. Eran perfectos el uno para el otro. Sus sonrisas, sus cuerpos, esa *vibe* que transmitían juntos… Demonios, ahora quería conocer cada detalle de su historia.

En la foto más reciente que habían compartido juntos, ambos celebraban su décimo aniversario como pareja paseando por las calles de Milán. Los comentarios estaban llenos de fans, de gente deseando que celebraran diez años más juntos, muchas palabras bonitas.

Al parecer no sería así.

Beau pasó al perfil de Reece. Su cuenta estaba mucho menos cuidada que la de su exmujer, aunque no por ello era menos profesional. Todo parecía medido, las fotos subidas, las compartidas, los textos sencillos… Sí, encajaban con el hombre que había conocido pero, a la vez, tenían un tinte frío e impersonal que no podía dejar de ver. Aun así, como a un idiota, se le pintó una sonrisa en los labios al ver una foto en la que el nieto de la señora Sargent llevaba puesta una camiseta de Queen.

Sus comentarios estaban llenos de mujeres, de emojis con fuegos y todas las cosas que uno podía esperar en la cuenta de un hombre atractivo como era. También había algunos de seguidores del

equipo, mensajes sobre su desempeño en un partido contra quién sabe quién… Las redes parecían no haberles dado la espalda a ninguno en aquel divorcio. Tal vez el perfil bajo que ambos habían mostrado era la estrategia perfecta y medida de algún entendido en esas cosas. Solo tenía un destacado con fotos de varios años en los que había participado en torneos benéficos, especialmente contra el cáncer.

Diez millones de seguidores. *Dios*. Esa gente era famosa de verdad. De vuelta al perfil, solo seguía a dos personas, a su ex mujer y a la cuenta del equipo.

Se metió en la segunda. Casi medio millón de seguidores. Al final iba a resultar que Emmet tenía razón y a la gente sí le gustaba el rugby de verdad.

El perfil del equipo era mucho más sencillo. La calidad de las fotos y de los vídeos era muy buena y se notaba que estaban hechos por profesionales, pero no estaban tan cuidados ni buscaban proyectar nada más de lo que había.

Era una cuenta por y para fans, cosa que se notaba en el tono diferente de los comentarios más centrados en el juego y en animar al equipo que en otra cosa. Beau bajó por este hasta dar con una imagen en negro con un texto escrito encima:

«Desde la cuenta oficial de los Cotteridge Cavaliers, queremos pedir disculpas públicas al periodista David Hargreaves por el altercado ocurrido tras el partido con nuestro capitán, Reece Sargent. En nuestro amado equipo creemos en el respeto dentro y fuera del campo. Aprendemos, asumimos errores y seguimos adelante».

El menor de los Sinclair leyó varias veces aquel mensaje. Frunció el ceño, sin terminar de comprender todo aquello. Después, abrió una nueva pestaña en el buscador y escribió «David Hargreaves y Reece Sargent». Necesitaba respuestas. Las noticias no tardaron en aparecer ante sus ojos; también vídeos, siendo el primero de estos el que escogió ver.

Era un extracto de un telediario. Un hombre hablaba sobre el altercado mientras, de fondo, podía verse una y otra vez a Reece lanzarse a por aquel periodista y darle un fuerte empujón. Los flashes de las cámaras capturando aquella escena resultaban agobiantes.

El periodista salió también en el vídeo para dar su versión del asunto:

—No fue una situación agradable para nadie —dijo—. Yo estaba haciendo mi trabajo, haciendo preguntas normales después de un partido. ¡En ningún momento busqué provocar a nadie! Y Sargent… reaccionó completamente fuera de lo aceptable. Aun así, no le guardo rencor. Estas cosas no deberían pasar, pero cuando uno se mueve en estos ambientes…

No hubo declaraciones por parte de Reece, se había negado a ello.

Un divorcio. Un puñetazo a un periodista. Desaparecer y esconderse en Whitefish.

Reece Sargent, ¿qué demonios debes tener en esa cabeza tuya?

Volvió al post de Instagram y abrió los comentarios. Estaban limitados, controlados por la persona que llevaba la cuenta del equipo, así que solo podían leerse cosas positivas y mensajes apoyando al equipo por su comunicado. Entre todos, uno destacó especialmente. No decía nada especial, de hecho, solo era el emoji de un melocotón junto a un corazón amarillo, pero el nombre de la cuenta fue suficiente para hacer que Beau pinchara en ella.

@thecavaliersgirlies era la típica cuenta de fans que uno esperaría. Edits, vídeos con música pop actual, cotilleos sobre sus vidas personales… El deporte era lo de menos, los hombres guapos eran la única razón por la que doscientas mil personas seguían aquella cuenta. Podía entenderlas, fue entrar en ella y quedar completamente atrapado en un constante scroll saltando de un vídeo a otro sin control.

Beau vio todos los vídeos en los que aparecía Reece. Calentando, entrenando, jugadas en partidos a cámara lenta, entrevistas. Reece con barba, bigote, completamente afeitado, pelo corto, pelo largo…

¿Por qué no podía parar? ¿Es que aquel hombre le había sorbido el cerebro? No tardó en descubrir por qué los vídeos de Reece estaban llenos de emojis de melocotones. Fue encontrar el primer vídeo sin camiseta y su torso desnudo le dio todas las respuestas.

El menor de los Sinclair siempre había visto ese emoji ligado a un precioso trasero, sin embargo, **@thecavaliersgirlies** lo usaban para referirse a la capa de vello que cubría sus pectorales y que les resultaba tan atractiva. De nuevo, Beau podía entenderlas.

Bloqueó el teléfono. Lo dejó caer sobre el pecho.

—¿Qué cojones haces, Beau? —farfulló para sí mismo, reprendiéndose.

Volvió a llevarse el polo a la boca y le dio un mordisco, esperando que el hielo dulce fuera suficiente para bajarle la calentura. No podía volver a caer en eso, no podía volver a sentirse atraído por un tío por el mero hecho de que había sido bueno con él. Y menos por un hetero. Eso clasificaba en muchos lugares como masoquismo.

Suspiró y desbloqueó el teléfono de nuevo. Un vídeo más, solo uno, y dejaría el móvil.

Reece sin camiseta, con la piel perlada en sudor, echándose agua por encima en un bucle que no se veía capaz de parar. Beau dobló las piernas, se colocó el polo en la boca para poder volver a tener una mano libre y llevarla hasta la entrepierna, empezando a acariciar su miembro por encima de la ropa interior.

El sonido de la puerta al abrirse lo hizo parar de golpe. El menor de los Sinclair se incorporó de un brinco y bloqueó el teléfono, soltando un sonoro suspiro al ver que, quien entraba por la puerta, era Emmet.

—¿Qué haces en el sofá a estas horas? —preguntó este.

Beau se quitó el polo de la boca.

—No podía dormir, hacía demasiado calor y…

—¿Ese es uno de mis polos?

—Te compraré una caja el lunes, déjame en paz —respondió, poniendo después los ojos en blanco.

El mayor de los Sinclair se acercó al sofá, acomodó los codos sobre la parte superior y observó a su hermano de cerca. Parecía buscar algo, como si no se creyera del todo que el calor era el motivo por el que estaba allí, pero no tardó en rendirse segundos después.

—Coge mi ventilador, va más fuerte. Le echaré un vistazo al tuyo mañana, a ver si es salvable o vamos a tener que invertir algo de pasta en uno nuevo.

Beau asintió.

—¿Dónde estabas?

—Con Char, la he llevado a casa, tiene planes con Mini mañana así que…

—¿Por qué no le has pedido todavía que se mude aquí con nosotros? Tendréis que aguantarme poco tiempo antes de convertir esto en vuestro nidito. En unos meses me iré…

—Si encuentras piso —replicó Emmet con sorna.

Beau no tardó en mostrarle el dedo corazón.

—¡Responde en serio! —exclamó.

El mayor de los Sinclair suspiró, se frotó la nuca con la mano y bajó la mirada.

—¿Y si dice que no? —farfulló, deseando no ser escuchado.

Pero Beau lo había oído perfectamente. Gruñó, se movió hasta quedar de rodillas más cerca de él, colocando ambas manos sobre sus antebrazos.

—No va a decir que no.

—¡Pero…!

—No va a decir que no, Emmet —interrumpió, deslizando a la vez los pulgares sobre su piel—. Confía en mí.

Ambos se miraron en silencio unos segundos. Emmet terminó por presionar los labios y asintió, llevando una mano hasta la nuca de su hermano, acercándose para poder dejar un beso en su frente.

—No te acuestes tarde, ¿vale? —dijo, revolviéndole el pelo a la vez.

—Vaaaale… —respondió, apartándose, cayendo sobre el sofá de nuevo.

Los pasos de Emmet resonaron en el salón, también el crujir de la madera gastada de las escaleras a medida que subía. El menor de los Sinclair se quedó quieto, tumbado en aquella postura, esperando escuchar el sonido de la puerta cerrarse antes de coger el cojín a su lado, colocarlo sobre la cara y soltar un sonoro grito contra este.

¿Pero qué estaba haciendo? Emmet casi lo había pillado… ¡Ugh! ¡Encima viendo vídeos de Reece Sargent! Era patético, ¡no! Mucho más que patético, era… no lo sabía, pero estaba seguro de que hasta el bicho más pequeño y repulsivo tenía más dignidad que él en ese momento. Se apartó el cojín y lo dejó caer contra el suelo.

—No vas a pillarte de Reece Sargent —se dijo—. Da igual lo guapo que sea. Da igual si resulta ser de verdad agradable. No. Va. A. Pa-sar. Nun-ca —tomó aire profundamente y lo soltó de golpe varias veces.

Beau se incorporó poco a poco y quedó sentado sobre el sofá. No iba a pillarse de Reece Sargent, eso lo tenía claro y lo iba a cumplir estrictamente, pero eso no significaba que no pudiera seguir a **@thecavaliersgirlies**. No tenía nada que ver una cosa con la otra.

A veces se odiaba a sí mismo.

Mucho.

14.



Sentados en la sala de personal del Cherry, los ojos tanto de Charlotte como de Beau se encontraban completamente pegados a la pantalla de la tablet. Mientras el menor de los Sinclair se terminaba su café con demasiado azúcar, la mediana de los Halpert iba saltando de una foto a otra hasta que un chasquido de lengua brotó de sus labios.

—Sí… desgraciadamente creo que estas fotos están hechas con IA.

Beau resopló sonoramente.

—Menudo hijo de puta… —farfulló.

—Así es el mercado inmobiliario, te la intentan colar doblada a la mínima que pueden —con el dedo, Lottie eliminó el anuncio del piso de favoritos—. Por suerte nos hemos dado cuenta antes de que te hayas decantado por él. Un susto menos.

Encontrar un apartamento en el que vivir durante su primer año de universidad seguía siendo todo un dolor de cabeza. Aunque Beau sentía que había estrechado el círculo lo suficiente, seguía teniendo en la carpeta de favoritos demasiados como para sentirse seguro. No

tenía una decisión tomada, cada vez que veía los anuncios llegaba a una conclusión diferente. ¿Quería el cuarto con baño aunque no tuviera ventana? ¿Prefería el de los armarios grandes sin ascensor? ¿O quizás el piso de dos habitaciones que se salía de su presupuesto pero era ideal?

—No voy a encontrar piso nunca.

Charlotte sonrió y deslizó la mano por los hombros de Beau, rodeando su cuerpo, tirando de él para hacer que se acercara y poder abrazarlo con firmeza.

—Hey, hemos pasado de ocho pisos a cuatro, es un avance. Además, a todos nos ponen de los nervios estas cosas. Encontrar piso es… una de las torturas que la humanidad se ha autoimpuesto —besó su sien con mimo—. ¿Qué te parece si hablo con tu hermano y lo convenzo de que nos vayamos los tres un fin de semana a ver los pisos en persona? Creo que te será más sencillo tomar una decisión si estás allí.

Beau levantó los hombros.

—Estaría bien… ¿Pero crees que podrás convencer a Emmet de…?

Lottie hizo una mueca.

—¡Por favor, me ofendes! Yo me encargo —lo dejó ir, acercándose de nuevo la tablet para poder navegar por los anuncios—. Deberías quedarte con el de dos habitaciones, es una monería. Mira este balcón… —giró la tablet para mostrarle la foto en cuestión.

El menor de los Sinclair no necesitaba que nadie lo convenciera para considerar aquel piso su favorito. Lo era, ¿cómo no iba a serlo? La habitación enorme, luminosa, el balcón, el baño recién reformado, el salón con esos sillones mullidos y almohadas de…

Ugh, ¡no! No podía permitirse ilusionarse con un lugar así. Mucho menos cuando, con tan solo bajar la mirada un poco, podía ver en negro y letras grandes la razón por la que aquello era más que imposible.

—Es demasiado caro, Lottie. Debería haberlo quitado ya de favoritos.

Los Sinclair nunca habían sido una familia con dinero, pero la muerte de sus padres había empeorado todavía la situación. Con tan solo siete años, tras convertirse Emmet en su tutor legal, Beau había vivido largas temporadas dentro de una camioneta, vagando sin rumbo, hasta dar con Whitefish. Sobrevivían como podían, ahorrando mucho, privándose de todo lo innecesario. El sueldo de su hermano en el cementerio daba hasta donde daba y el de camarero tampoco era para echar cohetes.

Para poder pagar la universidad, habían tenido que pedir una beca y echar mano de vender a su tío Edward el antiguo piso de sus padres. Ese al que no se atrevían a volver, pero que guardaba tantos recuerdos. No podía desperdiciar el dinero que habían sacado, sería como fallarles a ellos.

—¡Lo sé! —chasqueó los dedos—. ¿Y si le pides a mi madre turnos extra para ahorrar más? Además, seguro que tu hermano está encantado de darte algo de dinero si le explicas bien la situación, o… en fin, yo también puedo ayudarte. Vivo con mis padres, mi sueldo está bien y no gasto tanto como lo hacía en la ciudad —suspiró—. Tienes razón. Deberías haberlo quitado de favoritos. Pero no lo has hecho, y a mí me gusta creer que es por algo.

Beau miró de nuevo las fotos, se mordió el labio inferior. ¿Y si tenía razón? ¿Y si había algo en su interior que de verdad le había hecho no descartar aquel piso? El menor de los Sinclair echó la cabeza atrás y se la cubrió con uno de los brazos, un sonoro gruñido resonó por toda la estancia.

—Necesito verlos en persona. No tomaré una decisión jamás solo con fotos.

Charlotte le apretó el brazo.

—Esta misma noche hablo con tu hermano, palabra.

Beau ladeó el rostro para mirarla.

—¿Podrías convencerle de ir un fin de semana en el que haya partido?

Su cuñada rio, dándole un empujón, negando despacio con la cabeza.

—No tienes remedio… Pues que sepas que tu hermano y yo comentamos durante el partido que parecías de lo más emocionado. Te metiste de lleno en las jugadas.

El menor de los Sinclair puso los ojos en blanco, bamboleó la cabeza sin ganas de dar explicación alguna sobre el asunto. No le gustaba el rugby, no le interesaba para nada, aquello era un castigo que Reece Sargent le había impuesto y que deseaba terminara pronto. Si en algún momento se había emocionado, todo era fruto del ambiente y nada más, del mismo modo que las pelis de miedo no tienen el mismo efecto en el cine que en casa.

Reece Sargent.

El recuerdo de lo que casi había hecho con uno de sus vídeos le puso tenso.

Tenía que cambiar de tema cuanto antes.

—Y hablando de pisos… ¿Por qué sigues donde tus padres en lugar de mudarte con mi hermano?

Charlotte frunció el ceño.

—Pues porque tu hermano no me ha pedido que viva con vosotros… —se acercó más a él—. ¿Por qué? ¿Ha dicho algo? ¿Cree que no me mudaría?

—Dice que quiere pero que tiene miedo de que digas que no.

Su cuñada fue ahora quien se cubrió el rostro y soltó un gruñido.

—¿Pero de dónde ha sacado eso? Dios bendito, porque lo amo, que si no, lo habría matado un centenar de veces —lanzó ambos brazos al aire—. Desde que nos conocimos llevamos más tiempo siendo pareja que sin serlo, ¿de dónde se ha sacado que no querría dar ese paso? ¿Por qué son los hombres tan obtusos?

Beau levantó los hombros.

—¿A mí qué me preguntas? Mi historial amoroso demuestra que no les entiendo.

Ambos rieron a la vez.

—Supongo que tendré que hacer más evidente que me quiero mudar con él…

—Supongo… —Beau presionó los labios—. Pero no… le agobies mucho, solo intenta no meter la pata contigo. Y tampoco… pienses que él no… Lottie, Emmet te quiere mucho y…

—Beau, lo sé. Me quejo por vicio, tu hermano es adorable incluso cuando parece que no es capaz de ver lo evidente. Tranquilo.

El menor de los Sinclair no lo había dicho nunca en voz alta, tampoco lo haría ahora, pero siempre había sentido la relación de su hermano con Charlotte la única razón para seguir creyendo que los Sinclair podían tener algo bueno.

La persona que Emmet era junto a ella, el bien que se hacían el uno al otro, cómo se entendían, hacían a Beau creer que había alguien ahí fuera capaz de hacer lo mismo por él. Quizás por eso su ruptura había sido todavía más devastadora.

Quizás no era justo. Quizás estaba poniendo en los hombros de dos personas demasiado peso. Pero no podía evitarlo. Para él, Charlotte y Emmet eran lo más cercano a sus padres que tenía en el mundo. ¿Era raro que alguien quisiera creer que lo que sus padres compartían era eso que los libros y las películas llaman amor verdadero?

—Por cierto, ¿cómo estás tú? ¿Has sabido algo del chico que…?

—¿Chico? —Beau frunció el ceño—. ¡Oh! *Chico*, del que os hablé cuando… No. He cortado todo contacto y… creo que lo mejor para mí ahora mismo es la soltería. Ni pareja, ni encoñamientos estúpidos, ni… nada.

Encoñamientos estúpidos. ¿Podía considerar a Reece eso?

—Pues creo que tienes razón —dijo Lottie—. Es decir, en cosa de unos meses te vas a marchar y a empezar tu aventura lejos de aquí.

Creo que es buena idea que, en fin, disfrutes de tu verano pero sin… *ataduras*. ¿Sabes la cantidad de chicos guapos con los que te vas a encontrar en la universidad? ¡O en cualquier rincón de la ciudad! Un montón, Beau. No necesitas el dolor de cabeza que es una relación a distancia.

El menor de los Sinclair rio con un toque sarcástico.

—¿No eras tú la que le dijo a mi hermano de tener una relación a distancia cuando se fue a la universidad?

—¡Oye! Haz lo que te digo, no lo que hago —sentenció, apuntándole con el dedo.

La conversación quedó cortada de golpe cuando la puerta se abrió. Con esa aura de estar permanentemente atareada que siempre llevaba consigo, Roberta Halpert apareció y apuntó con el dedo de inmediato a Beau.

—Te estaba buscando —dijo.

Al menor de los Sinclair le dio un vuelco el estómago del mismo modo que, durante sus años de instituto, lo hacía cuando el profesor de gimnasia le pedía que lo ayudara en alguna de sus demostraciones.

—¿A mí? —preguntó, apuntándose con el índice a la vez.

Cuando Roberta asintió, Charlotte se puso en pie, dándole una última palmadita en la espalda antes de salir de la estancia sin decir nada más. *Oh, demonios*, aquello podía ser algo muy bueno o un desastre.

¿Había hecho algo mal últimamente? ¿Un cambio mal dado? ¿Alguna queja? Beau se puso en pie, tomó aire por la nariz y se acercó a su jefa dubitativo.

—¿Recuerdas que estuvimos hablando sobre tu idea de montar un espacio para pintar cerámica? Te dije que no me convencía demasiado, pero tú me pediste que confiara en ti y dijiste que, si encontrabas un grupo que estuviera dispuesto a pagar varias sesiones, era un buen plan.

—Ehm… ¿sí?

—Enhorabuena, abajo tienes a un cliente interesado.

Los ojos de Beau se abrieron como platos, su corazón dio un brinco y no pudo evitar que su cuerpo se contagiara de sensación y lo diera también. Llevó ambas manos hasta el pecho y tomó una profunda inspiración.

—¿De verdad? —preguntó ilusionado.

Roberta asintió.

—Le he dicho que eres tú quien va a encargarse, así que te está esperando en la mesa siete tomando algo. ¿Recuerdas las condiciones que hablamos?

—No menos de sesenta dólares por persona, cada alumno debe limpiar lo que ha usado antes de marcharse y, si rompen el material, soy el responsable.

Roberta sonrió, le acarició la mejilla.

—Buen chico —hizo un gesto con la cabeza indicando el camino —. Ve, anda.

Como alma que lleva el diablo, Beau salió de la sala con paso acelerado, bajando las escaleras de dos en dos, entrando en el Cherry con el corazón acelerado. El menor de los Sinclair llevaba años intentando que aquello cuajara, pero la idea no parecía llamar la atención de suficientes miembros de la comunidad.

Un espacio en el que poder ir a pintar cerámica, en el que poder crear tus propias piezas. Era ese pequeño negocio que había soñado desde niño y que veía imposible.

Buscó la mesa siete y caminó entre los clientes, ansioso por saber quién…

—¿Entrenador Hunt?

Encontrarse cara a cara con Willis Hunt disfrutando de un pedazo de tarta de limón y merengue no entraba en sus planes. Beau miró de un lado a otro, dudoso, como si después de tantos años

trabajando allí no supiera perfectamente qué número tenía cada mesa.

El hombre sonrió y cogió una servilleta para limpiarse. Estaba comiendo tan a gusto que su barba rojiza estaba llena de pegotes blancos de merengue por todas partes.

—Sinclair, siéntate anda —dijo, enfatizando sus palabras con un gesto con la mano.

Beau obedeció.

—Yo, ehm… tenía que verme con alguien para hablar de…

—El taller de alfarería, lo sé —bebió un trago de su agua con limón.

—¿Usted está interesado en un taller de alfarería? —frunció el ceño—. ¿Sabe que es una actividad para grupos grandes? No es, en fin, como unas clases, o…

—Lo sé —acomodó los codos sobre la mesa—. ¿Has oído hablar de las actividades de *team building* que hacen las empresas?

—¿Cómo cuando la gente se va a hacer *escape rooms* con los compañeros de curro?

—¡Bingo! Pero nunca me han gustado las *escape*, así que, cuando Roberta me contó la idea, supe que era lo que estaba buscando de inmediato.

—Oh, ehm, vale. Sí, claro, puedo… organizar un taller para usted y… ¿los otros profesores del instituto? Haremos una taza cada uno, la pintaremos, será divertido.

Pero Hunt negó de inmediato.

—No, lo quiero para el equipo.

—¿El equipo de rugby?

—Ajá.

Beau titubeó.

—¿Quiere venir a pintar tazas con los del rugby?

—Sí, en efecto.

Ambos se miraron en silencio unos segundos.

—¿Pero usted está seguro de eso?

—Sí.

—Pero no… me encaja con el tipo de cosas que les gustará a… ya sabe.

—Bueno, mis hijas dicen que hay que hacer cosas diferentes al menos una vez al mes.

—Y es caro.

—Tengo parte del presupuesto reservado y, si no, bueno, los chicos pondrán algo.

—Pero…

—Beau, queremos hacer un taller de alfarería. Los chicos y yo. Roberta ha dicho que estarías encantado de hacerlo, que la sala estaba disponible… ¿Hay algún problema?

El menor de los Sinclair no supo demasiado bien cómo responder.

Realmente no había ningún problema. Eran un grupo grande, estaban dispuestos a pagar lo que pedían, era una oportunidad de esas a las que uno no debe decir que no. Y, aun así, una parte de sí mismo quería hacerlo. Porque no quería al equipo de rugby allí. No quería tener que aguantar a Kurt en su pequeño refugio, no quería arrastrar ese castigo estúpido a la única cosa que siempre lo había hecho feliz sin fallo alguno.

Y no quería a Reece Sargent allí. Aunque no sabía señalar la razón por la que así era.

Hunt suspiró.

—Oye… el equipo necesita esto. Sé que pensarás que es una tontería, pero, tras el rifirrafe que tuvieron Kurt y Sargent el otro día después del tercer tiempo, siento que…

—¿Reece y Kurt se han peleado?

Hunt asintió.

—Tuvieron una bronca bastante grande por… no sé qué comentario. Ninguno de los dos me ha querido contar detalles. Pero no soy idiota, sé distinguir una pelea de una conversación tensa

cuando la veo. No quiero que el problema crezca, que se creen grupos… Esto es un equipo amateur, Beau. En el momento en el que deja de ser divertido, el equipo muere. Y no me gustaría que pasara. Quizás sea una tontería, pero, en fin… ¿Qué hay de malo en intentar que sus posturas se reconcilien con una actividad divertida? Una en la que todos somos iguales de inútiles y… vamos a reírnos de las tazas feas que hagamos.

El menor de los Sinclair presionó los labios.

—Tiene razón, entrenador. Disculpe, es solo que… *Esto* es muy importante para mí. Desde que llegué a Whitefish he… venido aquí a… pintar tazas por mi cumpleaños, a… trabajar la arcilla y… Lo siento como mucho más que un taller. Es un sueño. Solo quiero que se lo tomen en serio. Si puede garantizar que el equipo lo hará…

—Lo hará. Tienes mi palabra.

Beau se esforzó en sonreír y asintió.

—Entonces voy a por la agenda para organizarnos, ¿de acuerdo?

El entrenador Hunt asintió y el menor de los Sinclair no tardó en ponerse en pie para cumplir con ello. Con cada paso que daba, aquella idea se asentaba con más fuerza en su cabeza, retumbaba como un tambor.

Una pelea por un comentario. Por *su* comentario. No podía ser otro.

¿Tenía sentido que se sintiera responsable? ¿Por qué sentía que debía arreglarlo?

15.



Una de las cosas que más iba a echar de menos de estar en Whitefish eran las largas tardes que pasaba en casa de la señora Sargent. Como todos los treinta de cada mes, Beau se encontraba en el jardín trasero de la anciana, de pie tras la silla en la que esta se encontraba, con los guantes sucios y la vista ligeramente cansada, pero el trabajo casi hecho.

El último día del mes era día de tinte. Desde hacía ya cinco años esa era la norma y así se hacía cada mes sin falta. ¿Cómo no iba a sentir tristeza al pensar que, en un par de meses, se acabaría?

Era curioso que Beau se encargara de aquella tarea. Aunque en más de una ocasión se había cortado el pelo a sí mismo y a Emmet, nunca en la vida se había atrevido a tocarse el color de este. No lo había dicho nunca en voz alta, pero ya sentía que sus cicatrices llamaban demasiado la atención como para sumarle además un tono colorido en el pelo. Que sí, que le producía curiosidad verse de rubio, pero la ansiedad estaba por encima de todo.

Aun así, tenía tanta experiencia tintando el pelo a Mini y a la señora Sargent, que antes de reunir el valor para lanzarse a su aventura universitaria se había preguntado si la estética no era la respuesta más sencilla y adecuada para su futuro.

—Voy a echar de menos tenerte de peluquero personal, que lo sepas —dijo la señora Sargent, con tono bromista.

Beau fingió indignación, se echó ligeramente hacia delante para observarla.

—¿Solo eso? ¿Y qué hay de mi maravillosa compañía? —respondió él también con tono jocoso, riendo después, recuperando la postura para terminar de aplicar el tinte.

—Háblame más de la universidad, ¿hacia dónde vas finalmente?

—A Prairie Ridge, en Idaho. Washington sonaba bien, pero… creo que el choque de ir allí después de esto me habría vuelto un poco loco. Aquello es más tranquilo, el campus está rodeado de campo y colinas, casi no hay edificios altos. Es un lugar grande, pero… ¿no tanto? ¿Tiene sentido? —rio—. Me dio muy buena espina cuando hice la entrevista y… los profesores siguen siendo artistas en activo, no te empujan a hacer algo «vendible», sino a hacer algo honesto. Además, a final del semestre, hacen exposiciones y puede venir tu familia a ver tu proyecto y… no sé, me hace ilusión que Emmet…

La señora Sargent sonrió y echó el brazo atrás, con mimo palmeó el de Beau.

—Estoy segura de que serás muy feliz allí. De verdad.

—Eso espero… —suspiró—. Por ahora, con encontrar piso, me conformo.

—¿Todavía no lo tienes?

Beau negó.

—Qué va. Charlotte ha hablado con mi hermano para ir un fin de semana y ver algunos de los que hay en internet. Ya sabe, para no alquilar algo y que luego…

—Sea una estafa.

—Efectivamente. Supongo que iremos el finde después del Cuatro de Julio —levantó los hombros. Sin embargo, tras unos segundos, volvió a inclinarse para acercarse a la mujer—. Aunque me vaya, vendré mucho a visitar tanto a Emmet como a usted. Y prometo mandarle un mensaje con cómo me ha ido el día y… ¡Están las vacaciones!

La señora Sargent ladeó el cuerpo, alzó una de sus manos y la colocó contra la mejilla de Beau. Su pulgar se deslizó despacio, trazando arcos suaves, acariciando con afecto su piel magullada.

—No pienses en nosotros ahora, piensa en ti. Piensa en lo que quieres hacer, en dónde serás feliz, eso es todo lo que importa. Eso es lo que realmente nos importa a todos los que te queremos, ¿de acuerdo? —su mano se apartó—. Yo también he sido joven y he soñado con ver mundo, con hacer esas cosas que pensaba estaban fuera de mi alcance. Y lo hice. Me lancé, con miedo, pero lo hice. Tú debes hacer lo mismo. Sin olvidarte nunca de quién eres realmente y de dónde vienes, pero con la vista siempre puesta hacia adelante.

Beau sonrió y asintió.

—Gracias por entenderme, por… —bamboleó la cabeza. No quería emocionarse, aquel camino iba a ser tortuoso a medida que se acercara la fecha y prefería no darle más vueltas ahora. Hizo un gesto con la mano—. Anda, póngase bien que termino con esto.

Con el tinte perfectamente extendido por cada mechón de cabello, ahora solo quedaba esperar treinta minutos para poder retirarlo y secarlo. Mientras la señora Sargent seguía tranquila en su silla, disfrutando de las caricias del sol contra su piel, Beau recogió todo y puso rumbo al interior de la casa, sujetando en una de sus manos el pincel y en la otra el bol que había usado para los restos de tinte.

—¡Beau! —llamó su atención la señora Sargent.

El menor de los Sinclair ladeó el rostro, dejó de prestar atención hacia dónde se dirigía. El choque fue frontal. Un golpe seco, directo y, después, unas manos agarrándolo con fuerza por los brazos, unas

que despertaron un chispazo en su interior capaz de iluminar toda una ciudad. Cuando Beau devolvió la vista al frente, Reece Sargent se encontraba frente a él y lo observaba de una forma que le puso los vellos de la nuca de punta.

—Segunda vez que evito que te vayas de bocas contra el suelo —dijo, bromista.

Llevaba gafas. De metal semi redondas. Y aunque podría mentir al mundo si quisiera, Beau, que siempre había sido de los que preferían a Clark Kent antes que a Superman no podía negar que aquella imagen no era evocadora.

Reece dio un paso atrás y lo dejó ir, su ceño se frunció de inmediato.

—Mierda —dijo.

El tinte, los dichosos restos de tinte que quedaban en el bol estaban ahora por toda su camiseta. Oh no, le encantaba esa camiseta, tenía una vaca con una flor en la oreja de lo más mona y la había encontrado a buen precio en una tienda de segunda mano del centro.

—¿Estás bien, tesoro? —preguntó la señora Sargent.

—Sí, solo es un poco de tinte… —intentó quitarle importancia.

—Ven conmigo, te daré una de mis camisetas y lavamos eso. Seguro que queda como nuevo —respondió Reece, haciendo a la vez un gesto con la cabeza que lo invitaba a andar.

Aunque había estado muchas veces en casa de la señora Sargent, Beau siempre solía quedarse en la planta baja. Arriba estaban las habitaciones, también lo que la mujer llamaba «lo que quedan de los recuerdos de Tony», sentía que era demasiado invasivo pasear por allí.

Por eso mismo, cuando Reece subió la escalera como si nada, necesitó unos segundos y una profunda inspiración antes de ser capaz de hacerlo él también. Avanzó por aquel pasillo con todo el cuidado del mundo, como si temiera que alguien de repente le

gritara que no tenía permiso para estar allí. Por las paredes había un montón de fotos de la señora Sargent con su difunto esposo, con sus hijos, con sus nietos… También había una de Reece abrazando a sus abuelos por la espalda, sujetando un trofeo.

Quiso preguntar de qué era pero, para cuando buscó al nieto de los Sargent, este ya había entrado en su habitación y dejado la puerta abierta para que él hiciera lo mismo.

De nuevo, tuvo que detenerse unos segundos y reunir el valor suficiente antes de entrar.

Aun así, Beau entró en la habitación de Reece con una curiosidad casi involuntaria, infantil, de esas que tiran del cuerpo hacia adelante antes de que la cabeza pueda detenerlas. Esperaba encontrarse con una habitación viva, con fotos familiares pegadas en las paredes, camisetas de rugby colgadas sin orden, algún póster de Queen con las esquinas dobladas… pequeños detalles tontos que hicieran evidente quién era el dueño de aquel lugar.

Pero no.

La habitación lo recibió con un silencio extraño. Las paredes estaban desnudas, demasiado blancas. No había fotos, ni pósters, ni objetos personales que reclamaran aquel espacio. La cama estaba hecha con una pulcritud casi clínica, como si nadie pasara allí más tiempo del estrictamente necesario. En el suelo, un par de maletas abiertas a medio hacer mostraban ropa doblada con un cuidado excesivo, lista para ser guardada en cualquier momento. Beau se quedó quieto bajo el marco de la puerta, con una sensación incómoda en el estómago, como si hubiera cruzado un umbral que no estaba destinado a ser compartido.

No había rastro de deporte, ni de música, ni de familia.

Nada que hablara de gustos, recuerdos o apego.

Solo lo imprescindible. Solo lo que podía recogerse rápido.

Reece se encontraba de cuclillas junto a una de dichas maletas, rebuscando un poco en el interior hasta sacar una camiseta de

manga corta roja y blanca.

—Quítate la camiseta —ordenó.

Beau sintió que le temblaban las piernas.

—¿C-cómo?

El nieto de la señora Sargent lo miró de nuevo.

—Quítate la camiseta —repitió poniéndose en pie, acercándose un poco—. Así la lavo ahí dentro en la pila —añadió, señalando el baño con la cabeza.

«Dios, Beau. Además de patético eres gilipollas».

—¡Oh, claro, claro! —respondió, nervioso, sacudiendo la cabeza.

El menor de los Sinclair se quitó la camiseta y la tendió a Reece. No le costó notar cómo los ojos ajenos saltaban por las cicatrices de su pecho, su vientre. Odiaba que todo el mundo las mirara de ese modo, que crearan tanta curiosidad y fascinación en el resto.

—Tienes muchas cicatrices —dijo finalmente.

Beau presionó los labios. Sin poder evitar que la molestia se escapara de él, cogió la camiseta roja que Reece todavía sujetaba y la arrancó de sus manos con un tiró seco. Después, le lanzó la camiseta sucia contra el pecho.

—Sí, me las dieron de regalo en un accidente de coche cuando era niño —respondió, directo, la versión resumida de la historia que solía servir para callar a los cotillas.

Después, se puso la camiseta con prisa.

—Perdona —dijo Reece, rascándose la nuca a la vez—. No lo sabía. Ha estado totalmente fuera de lugar, no debería… Perdona, en serio.

Beau suspiró y bajó la mirada, se cruzó de brazos.

—No pasa nada. Es normal que te hayan llamado la atención; son como… tener un foco apuntándome directamente todo el tiempo.

—Aun así… joder, uno no tiene unas cicatrices así sin una historia complicada detrás. Debería haber sido un poco más sensible. Confieso que no es mi punto fuerte.

—¿No me digas? —preguntó Beau con tono sarcástico.

Su rostro se contrajo; se frotó la cara con la mano.

—Como puedes ver, mi punto fuerte no es contener la lengua.

Reece asintió despacio. Después, levantó la camiseta.

—En nada te la limpio. Espérame un momento —dijo y se marchó.

Durante unos segundos, Beau se quedó quieto en el lugar en el que estaba. Balanceó un poco el cuerpo, movió la cabeza buscando con la mirada algo interesante… Finalmente, anduvo, moviéndose un poco por el cuarto, convencido de que en algún rincón debía haber algo que le diera un mínimo de vida a aquel lugar.

Lo encontró sobre la mesita. Un colgante dorado en forma de herradura. Sin pensarlo dos veces, lo cogió con dos dedos y lo observó de cerca.

—No me pega mucho contigo, Sargent —dijo y ladeó el rostro, mostrándole la pieza.

—Bueno, lo llevo porque me lo regaló mi padre cuando empecé a jugar para los Cavaliers. Él estuvo en los Rams durante muchos años.

—¿Tu padre también era jugador de rugby? Debe estar muy orgulloso.

Reece bamboleó la cabeza.

—No te creas, él nunca quiso que me metiera en este mundo.

Beau frunció el ceño, cosa que indicó al nieto de la señora Sargent que debía seguir.

—El rugby es un deporte muy exigente físicamente; es brutal. Ya viste los golpes, los agarrones… Mi padre tiene varias lesiones jodidas que sigue arrastrando, con dolor crónico, así que no le hizo mucha gracia la posibilidad de que… —levantó los hombros—. Aun así, cuando vio que era inevitable, me regaló eso para mostrarme que me apoyaba. Cuando era jugador, lo apodaban «el toro Sargent», dice que por eso escogió… bueno, la herradura.

El ceño del menor de los Sinclair se frunció todavía más, aquellas palabras lo llevaron incluso a acercarse hasta el marco de la puerta del baño y acomodar el cuerpo contra esta.

—Los toros no llevan herraduras; esos son los caballos.

—Exactamente lo mismo le dijo mi madre al verlo. Pero él insiste en que los toros sí llevan y que si la herradura y su simbolismo y no sé qué estupidez —una media sonrisa encantadora se pintó en los labios de Reece a la vez que sacudía la cabeza.

Beau bajó la mirada, observó la herradura de nuevo y la hizo girar entre los dedos.

—Siendo tan terco, deberían llamarle «la mula Sargent».

Reece rio. Una risa honesta, sin filtro alguno ni la contención de las otras veces. Una de esas risas que suenan a música, que son capaces de llenar toda la habitación. Al volver a mirarle, el menor de los Sinclair sintió que el estómago se le encogía.

¿Cómo un sonido que escuchaba por primera vez le era tan familiar?

—Se lo diré la próxima vez que lo vea —aseguró.

—¿Irás a verles pronto? A Inglaterra…

—Mis padres están en Escocia. Pero no. Hasta que las aguas no se calmen, ese es territorio vetado para mí. Aunque el equipo lo ha puesto con palabras bonitas, fueron ellos quienes me pidieron que me fuera y que no… jodiera la imagen del conjunto.

Ambos se miraron. El nieto de la señora Sargent apagó el grifo y escurrió con fuerza la camiseta en el interior de la pila. La miró, asegurándose de que los restos de tinte habían salido del todo. Después, se acercó a Beau con la prenda húmeda entre las manos.

—¿Sabes por qué…?

El menor de los Sinclair asintió.

—Mi hermano es muy fan de los Cavaliers —mintió. No era que Emmet adorara el equipo y el rugby en general, pero sentía que no

estaba listo para admitir que había escogido por su propia voluntad cotillear su vida—. ¿Cómo estás?

Antes de que Reece respondiera, Beau movió la mano en un gesto ambiguo.

—Déjalo. Seguramente estás cansado de hablar del tema.

—En realidad… no lo he hablado con nadie todavía…

—¿Y quieres hacerlo?

El nieto de la señora Sargent levantó los hombros.

—Es un divorcio, nada más.

—Un divorcio de dos personas que llevaban diez años juntas. Si quieres hago que me creo que no te ha importado, pero tampoco me tomes por estúpido.

Reece presionó los labios y bajó la mirada.

—¿Y si te digo que no sé cómo me siento al respecto? Que una parte de mí entiende a Penny, ha escuchado sus razones y cree que lo correcto es separarnos. Pero otra… está rota. Siente que su vida no puede ser la misma ahora y… tiene miedo a quedarse sola.

Beau tomó aire por la nariz despacio.

—Te diría que los divorcios son complicados. Sin importar si eres la persona que se va o la que se queda. Incluso cuando un divorcio es de mutuo acuerdo o porque el amor se ha acabado… Es una decisión complicada. Y duele. Supone aceptar que algo que pensabas que sería siempre igual no lo va a ser y te obliga a reconstruir tu vida desde cero. Pero lo superarás. Y, en unos años, quizás seréis capaces de ser amigos y ver todo este periodo oscuro de vuestra vida como algo de lo que reírse —Beau se mordió el labio—. ¿La quieres?

Reece asintió sin vacilar.

El hombre que tenía ante sus ojos era un hombre enamorado, uno que había perdido de un día para otro a esa persona que era su todo. Quizás no tenían muchas cosas en común, quizás hasta aquel momento Beau solo había considerado la atracción física lo único que lo hacía interesante, pero ver que Reece también tenía el corazón

roto hizo que muchas piezas de sus puzles vitales encajaran a la perfección.

El menor de los Sinclair extendió el brazo y apoyó la mano contra el de Reece. Su pulgar trazó una caricia contra este, una sonrisa tranquila se pintó en sus labios. La mirada del nieto de la señora Sargent se fijó en la propia. Por un instante, fue como si nada más existiera. Y es que Reece lo miraba de una forma que Beau no sabía entender.

Como con sorpresa. Como si algo no cuadrara en su cabeza cuando estaban juntos. Reece movió el brazo, huyó del contacto físico de forma poco sutil y Beau, incómodo, apartó la mano con rapidez y se cruzó de brazos. ¿A qué venía eso ahora?

—Voy a colgar esto fuera, así te lo llevas seco —dijo, en referencia a la camiseta.

Y, sin añadir nada más, rodeó su cuerpo para poder salir del cuarto sin mirar atrás.

El menor de los Sinclair dejó escapar un pesado suspiro, echó la cabeza atrás y se dio varios golpecitos suaves contra el marco de la puerta.

«Mierda, joder».

Nota mental: No tocar a Reece Sargent nunca más.

16.



Como era costumbre cada vez que iba a hacerle el tinte a la señora Sargent, la estancia de Beau se alargó mucho más de lo que uno esperaría. Después de quitar el producto, lavar y secar el pelo de la mujer, en cuanto esta estuvo contenta con el resultado, no tardó en invitarlo a quedarse a cenar a modo de agradecimiento.

Una parte de sí mismo dudaba si era una oferta que debía aceptar. Después de la reacción rara de Reece cuando le había tocado, era una duda razonable. Otra, en cambio, sentía que se merecía una cena casera y que, por las manías o quién sabe qué del nieto de la señora Sargent, no iba a renunciar a ello. Así que accedió, compartiendo mesa con ambos durante un rato.

Sentado en aquella mesa, el menor de los Sinclair se topó de bruces con una nueva faceta de Reece que desconocía. Primero había sido un cascarrabias, luego un idiota algo maleducado, más tarde agradable, también encantador y divertido al compartir una cerveza y ahora, junto a su abuela, estaba cerca de ser un ángel. Hablador, con chispa, pendiente todo el tiempo de lo que la anciana pudiera

necesitar… Al terminar la cena incluso, mientras Beau y la señora Sargent se tomaban un té helado, fue él quien se encargó de recoger todo y limpiar los cacharros en la pila sin que nadie tuviera que pedírselo siquiera.

—¿No quieres quedarte un poco más? Es temprano, podemos jugar a las cartas.

—Lo siento, Roberta me ha pedido que haga turno mañana en el Cherry, así que…

Reece salió de la cocina. En una de sus manos traía una bolsa de papel con asas.

—Y por la tarde tiene entrenamiento de rugby —dijo, bromista.

«Ugh, el dichoso rugby».

El nieto de la señora Sargent le tendió la bolsa.

—Tu camiseta, limpia y seca, sin desperfectos. Y un tupper con sobras. Ya me devolverás la que llevas cuando puedas.

El menor de los Sinclair cogió la bolsa y, tras dejar un beso en la mejilla de la señora Sargent, salió con sus cosas por la puerta. Aunque había ido hasta allí con la bici como siempre, sentía en sus adentros la necesidad de pasear un rato, así que colgó la bolsa en el asa, quitó la cadena y abandonó el jardín, arrastrando la bicicleta rumbo a casa.

No había avanzado mucho por la calle cuando una voz llamó su atención.

—¡Beau! —A sus espaldas, Reece se acercaba corriendo.

—¿Me he olvidado algo? —preguntó, palpando los bolsillos a la vez.

Pero el nieto de la señora Sargent negó.

—Te acompaño un trecho —respondió, sin más, haciendo un gesto con la cabeza que marcaba el camino. No esperó una respuesta, sencillamente metió las manos en los bolsillos de la sudadera y echó a andar como si conociera el camino de memoria.

—¿Esto es por tu abuela? —preguntó, acelerando el paso para alcanzarle.

—¿No puedo acompañarte porque quiera?

Ambos se miraron. Sin respuesta ante aquella pregunta, Beau devolvió la vista al frente y siguió empujando la bicicleta.

Pero resultaba imposible no mirarle. Era como si algo en Reece tuviera un imán, uno que obligaba a la cabeza del menor de los Sinclair a girarse una y otra vez y perderse en cada uno de los detalles que conformaban su rostro. Especialmente uno.

—No sabía que llevabas gafas.

Reece asintió.

—Desde niño, pero para jugar y eso me pongo lentillas.

—Mola.

«¿¡Mola!? ¿¡Cómo que mola!? ¿¡Quién dice mola!? ¡Dios, Beau!»

Los brazos de Beau se tensaron, sus puños se aferraron con más fuerza al manillar. ¿Por qué era tan desastre cuando estaba con él? ¿Por qué le salían de la boca palabras que no era capaz de contener? ¿Por qué metía la pata con tanta facilidad? Siempre había hablado de más, siempre había sido impulsivo, pero no de aquel modo; no tan caótico ni acelerado como lo sentía cuando se trataba de Reece.

—¿Has hablado con el entrenador Hunt sobre las clases en el Cherry?

—Espera, ¿qué sabes tú de eso? —el menor de los Sinclair frunció el ceño.

El nieto de la señora Sargent esbozó una media sonrisa.

—Yo lo propuse. El entrenador quería hacer pilates en equipo —el rostro de Beau debió mostrar clara sorpresa, pues Reece no pudo evitar extender el brazo y darle un toque con el puño—. No me mires así, ¿no me crees capaz de tener inclinaciones artísticas?

—¡No! O sea… —titubeó—. ¡Bueno, vale! Sí, no me pegas como el tipo de hombre al que le interesa ponerse a pintar tazas. Creo que son tus manos. Son gigantes y…

—No tengo las manos tan grandes.

Beau se detuvo de golpe, Reece tuvo que hacerlo también.

—¿Que no? —el menor de los Sinclair levantó una mano con los dedos extendidos y la colocó frente a Reece—. Pon tu mano así, a la misma altura.

El nieto de la señora Sargent obedeció y Beau, raudo, colocó su mano contra la ajena. La diferencia de tamaño entre ambas era más que evidente.

—¿¡Lo ves!? Una mano tuya es como… ¡Dos mías!

Beau buscó la mirada de Reece. Quería seguir con la broma, meterse un poco más con él pero, una vez más, la forma en la que este observaba la unión de sus manos, lo hacía sentirse completamente desconcertado.

De nuevo esa duda en el rostro, como si algo de todo aquello le resultara extraño.

Esta vez fue Beau quien quitó la mano. El solo recuerdo de cómo antes Reece se había apartado y la sensación amarga en la garganta eran más que suficientes para convencerle de ello. Además, se había prometido a sí mismo no volver a tocarle y ahora, como un estúpido, ahí estaba. Cogió la bici de nuevo y la empujó por la calle.

—En fin, será divertido ver lo que sale —dijo, buscando zanjar el tema.

—Claro —respondió Reece, emprendiendo el paso también.

El silencio los envolvió a ambos. Mientras avanzaban por las calles de Whitefish rumbo a la residencia de los Sinclair, todo lo que podía escucharse eran las ruedas de la bici girando y el sonido de sus pasos repiqueteando contra la acera.

—Cuando hablé con el entrenador Hunt, dijo que tú y Kurt… En fin, que habíais tenido un rifirrafe por un comentario —Beau presionó con más fuerza el manillar, buscó en él un punto de apoyo para sus siguientes palabras—. ¿Fue por lo que me dijo?

No sabía demasiado bien qué respuesta quería escuchar. Sin embargo, al ver a Reece asentir, algo en su interior se encogió.

—Eres parte del equipo. Y nadie falta al respeto a mi equipo.

El menor de los Sinclair rio con toque sarcástico y arqueó una ceja.

—No soy parte del equipo. Tú me obligas a serlo —dijo, intentando ocultar de nuevo con una broma la calidez que sus palabras le despertaban.

Siempre le pasaba. Era su forma de reaccionar a la aceptación. Había tenido que lidiar tantas veces con ser rechazado por quien era que Beau, a modo de defensa, había aprendido a usar el humor para hacerle creer al mundo que le daba igual ser aceptado. Incluso cuando Emmet le había dicho que su sexualidad no cambiaba nada entre ellos, lo único que el menor de los Sinclair había sido capaz de hacer fue soltar un chiste que ya ni siquiera recordaba.

Era más sencillo lidiar con ese dolor si fingía que no era tan importante.

Pero lo era. Aquel «eres parte del equipo» le calentaba el alma.

—Las circunstancias por las que eres uno de nosotros no me importan. Lo eres, punto. Y por lo tanto no pienso permitir que nadie te falte el respeto —sus miradas se encontraron—. Pero, aunque no lo fueras… —suspiró—, estamos en el siglo veintiuno, joder. ¿Quién se cree Kurt para hacer ese tipo de chistes? No en mi vestuario. No en mi presencia.

—Bueno, para ser justos con Kurt, muchos ambientes deportivos le han dado alas para creer que son lugares en los que se les reirán los chistes.

—Sí… —suspiró—. No voy a negar que el mundo del deporte tiene un problema serio con la homofobia. Y con muchas cosas más, si somos sinceros. Pero ellos no me representan. Las decisiones que tomo como capitán las tomo por mí. Para ser fiel a lo que creo.

—¿Y no te pesa? —preguntó Beau—. Es decir, eres la imagen perfecta de lo que esa gente podría adorar. Eres hombre, hetero,

blanco, europeo... Podrías quedarte callado, jugar sin más. Tienes ese privilegio, la gente te adoraría. Y todo sería más sencillo para ti…

—Pero es que yo no busco que esa gente me adore. No soy uno de ellos y no quiero que lo piensen nunca. Prefiero estar solo en el campo, con toda la grada dándome la espalda, que sentir que quienes me arropan no encajan con mis valores —Reece chasqueó la lengua—. ¿Sabes? Mi mejor amiga desde que era niño es lesbiana. Lleva seis años con la misma mujer, son… la definición de la pareja perfecta. ¡Al nivel de mis abuelos! —sonrió—. Una vez, hablando de este tema, me dijo que la idea más peligrosa que existe es que eres «demasiado pequeño para cambiar lo que está mal». Porque la persona destinada a cambiar las cosas es, sencillamente, alguien que se atreva a alzar la voz. En un vestuario. En una conversación. En un chiste que decides no dejar pasar. Con que alguien empiece a cuestionarlo, con que alguien diga algo… ya es suficiente. Aspiro a ser ese alguien algún día.

¿Qué podía responder a algo así? Una parte de sí mismo, la más cansada, la que había aprendido a sobrevivir antes que a esperar, pensó que aquellas palabras no deberían ser extraordinarias. Lo que Reece acababa de decir era, sencillamente, lo mínimo. Lo normal. Lo que cualquier persona decente tendría que pensar sin necesidad de discursos ni valentía.

Pero la otra parte no podía evitar aflojar un poco el nudo que llevaba años apretándole el pecho. Porque él sabía lo que era vivir en un sitio donde cada gesto era medido. Donde un comentario en el bar podía torcerte la noche, donde una mirada demasiado larga a la persona equivocada podía convertirse en un desastre. Había construido su pequeño refugio a base de paciencia, de elegir batallas, de aprender cuándo callar y, aun así, escuchar a alguien decir aquello sin dudar era como aplicar ungüento en una herida abierta. No sanaba, pero sí aliviaba lo suficiente.

—Y pensar que te quejabas de que hablo demasiado —el humor volvió a ser la única respuesta ante unas palabras que le tocaban una fibra demasiado sensible.

Reece rio brevemente.

—No me gusta que nadie me hable mientras entreno.

—Excepto Freddie Mercury —interrumpió, bromista.

—Excepto Freddie —asintió—. No sé, cuando estoy en el campo he de concentrarme, necesito que mi cerebro esté al cien por cien en el momento y… ya estoy lo bastante sobreestimulado con todo a mi alrededor como para añadirle *blah blah blah* —Reece imitó con los dedos el gesto de una boca abriendo y cerrando una y otra vez—. ¿A ti no te pasa?

—No, la verdad es que a mí es el silencio el que me pone de los nervios. Cuando tengo mucho ruido a mi alrededor es cuando puedo apagar todo lo demás y concentrarme.

—Nuestros cerebros son opuestos entonces.

—Supongo.

Y quizás por eso no podía evitar sentirse atraído por su persona.

Eran opuestos. Estaban destinados a ello.

—¿Y si empezamos de cero? —propuso Reece—. Borrón y cuenta nueva. Así tú puedes olvidar que he sido un borde contigo, que te he dicho que hablas mucho… Y yo puedo olvidar que me dijiste que tenía un palo en el culo, que me pellizcaste…

—Que te tiré un granizado en el coche…

—¡Ah no! —Reece se detuvo de golpe, giró hasta encarar a Beau —. Nunca, ¡jamás! Voy a olvidar lo que le hiciste a mi coche. Y te lo voy a estar recordando todos los días de mi vida.

—¿Todos los días de tu vida? —El menor de los Sinclair giró para encararlo también.

—Ajá, serás un ancianito y yo todavía estaré ahí diciéndote «¿te acuerdas de lo que le hiciste a mi coche, Beau Sinclair?» —aquella

última frase la dijo forzando voz de anciano, temblorosa y mucho más aflautada que su voz habitual.

Beau estalló en una sonora carcajada. Tuvo que bajar la cabeza, escondiéndose un poco, tomando una profunda bocanada de aire para calmarse.

—Vale, Sargent. Tú ganas, tienes gracia, podemos empezar de cero.

—¿Y cómo lo sellamos? ¿Nos escupimos en la mano o algo?

El menor de los Sinclair arrugó la nariz.

—Ugh, no, qué asco… —miró a su alrededor—. ¿Nos tomamos una cerveza?

—No bebo fuera del tercer tiempo, lo siento.

—Oh… ¡Bueno! No pasa nada, lo damos por sellad…

—¡Pero! —esta vez fue el turno de Reece de interrumpir—. ¿Te apetece un granizado? Que no sea de sandía, por favor.

Beau asintió de inmediato, cogió el manillar de la bicicleta con ambas manos y la empujó sabiendo perfectamente hacia donde ir. Sin embargo, antes de que pudiese dar más de un par de pasos, notó cómo Reece cogía también el manillar y lo hacía parar.

—Sube detrás, yo la llevo —dijo, sin dudar, descolgando la bolsa de papel y volviendo a tenderla a su dueño.

Reece se colocó primero, pasando la pierna por encima del cuadro y acomodándose en el sillín. Ajustó el pie en el pedal y sujetó el manillar con firmeza, dejando la bicicleta inclinada lo justo para que Beau pudiera subir.

—No cabemos los dos en el asiento, eres enorme.

—Calla y sube, Sinclair —respondió, ladeando el rostro para mirarle—. O me iré sin ti.

Beau puso los ojos en blanco.

—¡Vale! Ya voy…

—Pon un pie aquí —indicó Reece, señalando la pequeña barra trasera, cerca de la rueda—. Y luego… bueno, agárrate.

Beau apoyó el pie con cuidado en el soporte metálico, notando el frío del hierro a través de la suela, y después se impulsó para subir del todo. Una vez colocado, tragó saliva, más por la cercanía repentina que por el equilibrio que necesitaba hacer.

Durante un instante no supo muy bien dónde poner las manos. ¿Debía cogerse de él? Era lo lógico, ¿no? Y, aun así, necesitó de una nueva mirada del nieto de la señora Sargent para moverse.

Despacio, llevó ambas manos hasta la cintura ajena, apoyándolas primero con cuidado, como si le pidiera permiso sin palabras. Al notar que la bici se estabilizaba y que Reece no se movía ni un centímetro para apartarse, terminó de rodearlo, sujetándose con más firmeza, aferrándose a su camiseta.

Podía sentir el calor de su espalda a través de la camiseta.

El movimiento de su respiración. Lento, estable.

Olía dulce. En la soledad de su cuarto se odiaría por notarlo.

—¿Bien?

Beau asintió.

Reece empujó el pedal entonces, la bicicleta empezó a moverse, primero lenta, luego con un balanceo suave que obligó al menor de los Sinclair a acercarse un poco más para mantener el equilibrio. Una media sonrisa se dibujó en los labios del nieto de la señora Sargent, una que Beau no supo demasiado bien cómo entender.

Juntos, acompañados de la caricia del viento, se movieron por las calles de Whitefish.

El mundo, el tiempo, no iban con ellos. Solo existía la bici, solo estaban los dos, deslizándose por el pueblo sin la necesidad de un destino concreto. La gente, las casas, los pensamientos abrumadores, morían con el suave balanceo, con la cercanía del otro.

Beau levantó la cabeza y observó el cielo un instante.

Las estrellas. Parecía que aquella noche había el doble que de costumbre.

Sus manos se aferraron a Reece con más fuerza.

Whitefish nunca antes le había parecido tan hermoso.

17.



Tras dejar apoyada la bicicleta contra la verja, Beau subió por las gradas con paso ligero hasta llegar a media altura, encontrando acomodo en el asiento más céntrico posible. Reece no tardó en colocarse a su lado, ya dando un buen sorbo a su granizado de sandía.

—Eres todo un masoquista —dijo Beau, divertido, bebiendo también. En cuanto el nieto de la señora Sargent frunció el ceño, siguió hablando—. Podías haber escogido cualquier lugar de todo el pueblo para sentarnos a tomar esto y… ¿el dichoso campo de rugby? ¿En serio?

Reece levantó los hombros, dobló las piernas para acomodar los pies mejor contra los asientos de la fila de delante.

—Es el lugar que más me gusta de todo Whitefish.

Beau no pudo evitar poner los ojos en blanco al escuchar aquellas palabras.

—Con lo obsesionado que estás no me extraña que… —apretó los labios y se calló.

«Agh. Joder, mierda».

Estaba cómodo, demasiado, eso había hecho que su lengua se soltara y ahora había estado a punto de soltar una burrada digna de que Reece le metiera un sopapo. Por suerte había callado, pero la mirada ajena le decía que lo había hecho demasiado tarde. Beau se encogió un poco y bebió de nuevo de su granizado.

—¿No te extraña qué?

El menor de los Sinclair negó con ahínco. Reece le dio un toque con el puño.

—¡Vamos! Dilo, quiero escucharlo.

Beau negó de nuevo.

—Por favor —insistió.

—¡Vaaaaaaale! ¡Pero no te puedes enfadar, tú lo has pedido! —lo apuntó con el dedo y esperó a que asintiera antes de hablar—. Con lo obsesionado que estás con el rugby no me extraña que… te estés divorciando —las últimas tres palabras las dijo en un tono más bajo.

Ambos se observaron en silencio. Beau no supo demasiado bien qué esperar, por mucho que le hubiera pedido que no se enfadara, Reece tenía todos los motivos para hacerlo. Ese tipo de bromas, uno podía hacerlas con confianza, cuando la herida estaba cerrada, intentando dar luz a un momento oscuro pero, ¿ahora?

Dios. Se iba a enfadar. Claro que…

—¡Wow! Eres un capullo, que lo sepas —Reece rio, sacudió la cabeza y bebió de nuevo de su granizado como si nada.

El aire volvió a pasar por el pecho de Beau tras aquellas palabras.

—No ha sido gracioso, lo sé —dijo de todos modos, castigándose un poco.

—No ha sido para tanto —respondió Reece, haciendo un gesto ambiguo con la mano.

—¡Sí lo ha sido! Anda, tienes permiso para hacer una broma igual de fea sobre mí.

Pero el nieto de la señora Sargent negó.

—¡Venga! —insistió Beau, dándole un empujoncito.

—¡No!

—Al menos… Promete que te quedas con esta oferta. Tienes derecho a hacerme un comentario súper hiriente, sobre lo que sea de mí, sin que yo pueda enfadarme.

—No quiero eso, Beau.

—¡Oh, vamos! ¡Por favor, acepta mi trato!

Reece negó una vez más.

—Yo nunca querré decir algo hiriente sobre ti.

Las mejillas de Beau decidieron reaccionar por él, adoptando un tono rojizo que buscó ocultar con rapidez pasmosa. Devolvió la vista al frente, sentía tanto calor que ni siquiera beber del granizado le resultaba lo suficientemente refrescante.

—Gracias por escucharme antes —la voz ajena lo devolvió a la conversación.

—No lo merece, no creo que mi consejo haya sido mejor que el que te daría cualquier amigo, pero si he sido un poco de ayuda ya es suficiente.

—La verdad es que no… tengo muchos amigos. No se me dan bien esas cosas. Es decir, me llevo bien con gente del equipo, pero no… sé si ellos me consideran algo más que un compañero, así que no me sentía cómodo hablando sobre el tema con ellos. Mi única amistad constante ha sido Penny, mi exmujer. Nos conocemos desde que éramos niños, es mi mejor amiga… pero es obvio que no puedo hablar de lo que siento con ella. Y… ¿qué me queda? ¿Mis padres? Hay demasiadas cosas que desconocen de nuestro matrimonio como para… —suspiró.

—Bueno, a mí me puedes contar lo que quieras. Estoy convencido de que, sea lo que sea que tengas en la cabeza, no va a ser más desastre que mi vida amorosa.

—Ya…

—¡Lo digo en serio! Si te hablara de mi última relación…

—Hazlo.

Beau miró a Reece con sorpresa.

—Necesito saber que no vas de farol para hablarte de mis cosas —añadió.

—Vale, ehm… Antecedentes primero, no he tenido nunca una relación estable. No he sido capaz de conseguir tener nada de verdad con los hombres que me han gustado. La parte del tonteo, el sexo y tal, se me da bien pero, cuando he de conseguir el siguiente paso, siempre me encuentro con un «no estoy en ese punto», «no estoy preparado para una relación», «no busco esto»… Y me quedo con cara de gilipollas —suspiró—. El último tío con el que estuve, nos conocimos en un bar de por aquí y… bueno, empezó la misma historia. Todo casual, fluimos, sexo, conversaciones hasta las tantas, tonterías… Hasta le ayudé a comprar un regalo para su sobrina. Me sentía muy cómodo con él así que, una noche de bajón, le hablé de mis padres… —presionó los labios—. Murieron cuando yo tenía siete años.

Reece no dijo nada, pero el peso de su mano sobre el brazo fue suficiente.

—Poco después rompió conmigo porque soy… *demasiado*. Según él siento demasiado las cosas, soy demasiado intenso y… en fin, no le gustó que quisiera abrirme y contarle las cosas que muestran quién soy de verdad. «Intentaste hacerme cargar con parte de tus traumas» —repitió las palabras de Laramie con tono burlón, chasqueó la lengua después.

Beau bajó la mirada hasta su brazo al sentir cómo el pulgar de Reece le regalaba caricias lentas. Era una visión bonita, una que calentaba sus adentros de una forma sencilla, natural, como si llevaran mucho tiempo haciendo esas cosas.

—Era un gilipollas.

—Sí. Pero también tenía razón. Soy demasiado.

—Eres un poco intenso —al volver a mirarse directamente, Beau vio que Reece había dibujado con los dedos un pequeño espacio—. Hasta yo que te conozco poco lo he notado. Pero, joder, todo el mundo carga con cosas, todo el mundo tiene heridas y… no sé. Yo soy de la opinión de que, si no quieres estar ahí para ayudar a otra persona a llevar a cuestas lo que sea que tiene encima, echa el polvo que sea y cállate.

—Bueno, se suponía que solo nos acostábamos…

—No. Con alguien con quien solo te acuestas no hablas hasta las tantas, ni le pides ayuda con tus cosas. Ese quería lo bueno de tenerte cerca, pero no estaba dispuesto a dártelo a ti también. Penny siempre dice que hay tíos que quieren tener algo casual hasta que se dan cuenta de que eso va en ambas direcciones. ¿Tenemos algo casual? Genial, pero entonces no esperes nada de mi. No voy a ayudarte a escoger el regalo de tu sobrina, con tus problemas o con cualquier gilipollez que se te ocurra —chasqueó la lengua—. Me alegro de que fuera abiertamente capullo, así le diste la patada antes de perder más tiempo.

Un firme apretón en el brazo y Reece apartó la mano. Beau la añoró de inmediato.

—Bueno, ¿es mi vida amorosa lo suficiente desastre para ti, Sargent?

Reece bebió de nuevo de su granizado, después asintió.

—Lo que voy a contarte… —se deslizó el pulgar sobre los labios —. No lo sabe casi nadie. Mis padres especialmente… *No*. Estoy confiando en ti y necesito que me prometas que no va a salir de aquí por nada del mundo.

Empujado por la costumbre, Beau le mostró su meñique extendido.

—Juro.

Y Reece entrelazó el suyo, sellando así la promesa.

—Penny me pidió el divorcio para poder estar con la persona que quiere de verdad.

El menor de los Sinclair quedó en silencio, mirando a Reece. Necesitó unos segundos para poder asentar aquellas palabras en su cabeza.

—¿Os separáis por unos cuernos? —preguntó, con el ceño fruncido.

Pero el nieto de la señora Sargent negó.

—No, yo sabía de la existencia de Alex desde hace mucho tiempo —suspiró, se frotó la nuca con una de las manos—. Penny y Alex son pareja desde hace seis años. Se conocieron gracias a mí de hecho. Mi relación con Penny siempre ha sido… *abierta*. Por llamarla de algún modo. Yo he estado con otras personas y ella… pues ha estado con Alex durante todo este tiempo. Supongo que durante años ha estado bien esta vida, pero… ya no lo quiere. Dice que quiere poder vivir este amor de verdad, abiertamente, sin tener que esconderse de nadie.

—Jo-der, vale, lo siento, esto no… era lo que esperaba.

Reece esbozó una media sonrisa bañada en tristeza.

—Creo que en parte por eso no… termino de saber cómo gestionar todo esto de forma adecuada. Por un lado, entiendo a Penny, entiendo que quiera estar con Alex, ser felices y… sé que está tomando la decisión correcta y la apoyo. Por otro, no siento que me hayan traicionado, pero… no sé, yo… aunque no de forma romántica ni sexual, era… como una pieza más de su relación, ¿sabes? Nos hemos ido de viaje los tres, de fiesta, de… ¡mil cosas! Y con este cambio, el divorcio, es como si… me hubieran echado, ¿tiene sentido?

Beau asintió.

—Es como que… me duele, pero a la vez lo entiendo, pero siento que mi mundo se rompe, pero… ¡tantas cosas! Y se mezclan y… me agobian y… Penny dice que nada va a cambiar, que nuestra amistad

es la misma, que puedo seguir haciendo planes con Alex y con ella pero… Claro que va a cambiar. Toda mi vida. Y eso me asusta —bajó la cabeza—. Tampoco sé demasiado bien cómo enfrentarme a nuestro piso vacío. Llevamos viviendo en el mismo lugar desde que empezó todo. Me da vértigo.

—¿No has pensado en que Penny se quede ese piso para vivir con Alex?

—Se lo ofrecí, pero dice que no lo quiere.

—¡Claro que lo quiere! Dios mío, hombres —Beau puso los ojos en blanco—. Mira, no… esperaba que lo que me contaras fuera tan complicado y ahora entiendo incluso mejor que antes por qué estás, en fin, *así*. Pero creo que, si has de aceptar que tu vida va a dar un vuelco, entonces que lo dé del todo. Vida nueva, piso nuevo, gente nueva… Cuando nos tomamos los cambios con miedo es cuando parecen algo malo. Sin embargo, si los aceptamos como vienen, podemos… verles los matices —levantó los hombros.

—No quiero perder a Penny. La mayoría de mis recuerdos felices son a su lado.

—No vas a perderla. Solo va a tomar un papel diferente en tu vida, eso no es malo.

Aun cuando se había prometido no tocarlo de nuevo, Beau llevó su mano hasta la de Reece con la intención de devolverle ese confort que él le había regalado antes. No tardó en sentirlo como un error, en convencerse de que debía apartarla cuanto antes. Sin embargo, cuando el nieto de la señora Sargent giró el brazo para poder entrelazar los dedos, supo que aquel impulso valiente era el correcto.

—Quizás tengas razón…

—¡La tengo! Pero, joder, Sargent, estás cargando con unas piedras así de enormes —abrió el brazo libre todo lo que pudo—. No me extraña que estés… ¡Uf! Que le metieras un empujón al tipo ese fue lo de menos —rio.

—¿Viste lo del empujón?

Beau titubeó. *Mierda*, otra vez había hablado de más.

—Bueno… sí… ¡Pero de refilón! En plan… de pasada en un reel —mintió.

Reece bajó la cabeza, se acomodó mejor las gafas en el puente de la nariz.

—Llamó zorra a Penny —dijo, todavía sin mirarle. Después sacudió la cabeza—. A la salida de un mal partido me hizo preguntas sobre el divorcio. Yo no las respondí, pero él se tomó la conversación como… de colegas, ¿sabes? Me dio un par de palmadas en la espalda y me dijo algo sobre que él también estaba divorciado y… aseguró que en nada lo habría superado. Que en cuanto dejase de verla como mi mujer y aceptara quién era la zorra con la que me había casado estaría bien y… me cabreé. Mucho. Se me fue de las manos.

—En el reel decía que te había hecho un comentario del partido…

—Lo sé, fue la historia que acordamos. Después de que todo pasara, mi agente y yo tuvimos una conversación con David, el periodista, y decidimos que esa iba a ser nuestra versión. Él porque comprendió que lo dejaba mejor de cara al público una peleilla estúpida por un partido que un comentario así, yo porque no quiero que Penny escuche que alguien dice algo así de ella. No sabe nada del comentario.

—¿Por qué?

—Tú mismo lo has dicho antes, el mundo del deporte no es especialmente amable con ciertas personas. ¿Cómo crees que están tratando algunos fans a Penny? Ya la culpan de mis fallos en el campo, lo que menos necesitan saber es que me metí en líos por defenderla. No quiero que esos gilipollas se sientan con más motivos para molestarla.

El pulgar de Beau empezó a moverse lentamente, dibujando así el lateral de la mano de Reece. La forma en la que trataba a su abuela, cómo cuidaba a Penny, cómo se había encargado de protegerlo a él

del comentario de Kurt… Era un hombre herido, uno al que el dolor lo llevaba a ser estúpido a veces, pero con un buen fondo. Empático como era, el menor de los Sinclair deseó saber qué hacer para poder sanarle, para poner fin a aquello de la forma más rápida posible.

Pero no podía. Aquello no estaba en sus manos. Así que sencillamente lo acarició, esperando que estar ahí fuese suficiente.

—Vas a necesitar tiempo, pero llegará un día en el que todas estas cosas que ahora te hacen daño no serán nada más que ruido de fondo. Volverás a ser feliz, a jugar en tu equipo, encontrarás a una persona con la que tener una relación como las que llamas perfectas… Date tiempo, permítete sanar y verás que nada de esto es el fin del mundo —levantó los hombros—. Mi hermano y yo vinimos aquí tiempo después de la muerte de nuestros padres. Buscábamos escapar y encontramos un lugar en el que poder… *crecer*. Deja que Whitefish te ayude, disfruta del tiempo que estés aquí, no te vas a arrepentir.

Ambos se miraron, una media sonrisa se dibujó en los labios de Reece.

—Me alegro de que esas cicatrices no te lleguen al cerebro, eres de lo más elocuente.

Beau dejó ir a Reece de golpe y le dio un empujón firme, uno que se convirtió en varios juguetones al escucharle reír. Aquel melodioso sonido hacía que todo estuviera bien.

—¡Yo nunca diría nada hiriente de ti, Beau! *Mimimimi* —se metió con él.

—Fíjate, por lo visto aprendo rápido —respondió, bebiendo de su granizado después.

Algo atrapó la mirada de Reece en la lejanía; el menor de los Sinclair buscó con la mirada lo qué era. Al otro lado del campo, unos operarios discutían sobre cómo colgar toda la decoración para las festividades del Cuatro de julio.

—¿Cuatro de julio? —preguntó Reece.

—No, ahí donde las ves todas esas banderas americanas son para celebrar el día de San Jorge —respondió, sarcástico, sonriendo después—. ¿Tú qué crees?

El nieto de la señora Sargent puso los ojos en blanco.

—¿Es tu primer Cuatro de julio?

—Sí, aunque a los americanos os sorprenda, por Europa no lo celebramos.

—*Ja ja*, te recuerdo que tus abuelos viven aquí desde hace mil años. Igual lo habías celebrado alguna vez con ellos, ¿¡Yo qué sé!?

Reece devolvió la vista al frente.

—¿Y haréis algo el sábado o…?

—Sí, claro. Primero ver el desfile, luego mi hermano y yo solemos ir a la barbacoa de los Halpert. Y cuando sea de noche, iremos a tirar cohetes cerca del lago. No es nada del otro mundo, pero es divertido.

—¿Es este un espacio seguro para confesar que los cohetes me dan algo de miedo?

—¿De verdad?

El nieto de la señora Sargent asintió.

—Con lo grandote que eres —lo picó, volviendo a empujarlo un poco. Sin embargo, las manos de Beau no se apartaron del brazo de Reece al parar—. Pero te gusta la barbacoa, ¿no?

—¿Me estás invitando a una barbacoa que no es tuya?

—No, invito a tu abuela y acepto que tú vienes de añadido.

Ambos rieron. Reece presionó los labios.

—Quizás me deje caer —respondió finalmente.

Y Beau se sintió feliz por ello.

18.



Aunque no era el trabajo más común en el Cherry, aquella tarde a Beau le habían encargado ordenar el almacén y preparar la cerámica que se había hecho a lo largo de la semana para enviarla al horno.

El Cherry era uno de los locales de referencia en el pueblo gracias a tener las mejores tartas de todo Whitefish y un café capaz de enamorar a cualquier cafetero, pero sin lugar a dudas lo que más llenaba a Beau era el taller y poder ayudar a los clientes a pintar sus propias piezas. No todas las semanas tenían piezas, pero cada vez que alguien se presentaba en el local para pasar la tarde pintando cerámica o para hacer un regalo especial para otro, el menor de los Sinclair sentía que su trabajo tenía sentido.

Aquella semana tenían trabajo de verdad. Hacía unos días, había tenido lugar el decimotercer cumpleaños de la pequeña de los Ray y ella y todas sus amigas se habían presentado en el local para disfrutar de un pedazo de tarta y pintar una taza cada una. Flores, fresas, abejas, corazones… lucían ahora sobre un tono pastel a la espera de ir al horno.

—¿Desde cuándo las niñas pintan tan bien? —preguntó Mimi, mostrando una taza de color violeta con abejas pintadas.

Beau rio.

—Las dibujé yo, ellas solo tuvieron que pintarlas lo mejor que pudieron —respondió, cogiendo la taza de las manos de su amiga y envolviéndola con cuidado.

—Dios, van a flipar contigo en la universidad…

—Son solo unas abejas, cualquiera puede hacerlas.

Y no estaba siendo modesto.

Aunque Beau sabía que dibujaba bien, desde niño había tenido ese talento y se había esforzado en mejorar día a día, prefería no caer en el error de aquellos que se creen con un don especial y único. *No*. Cuando uno sale de su pequeña burbuja con esa mentalidad y se topa con la realidad de la cantidad de gente con talento que hay en el mundo, lo único que puede pasar es que se lleve un golpe del que es complicado recomponerse.

Siguió con su tarea en silencio, cogiendo las tazas que Mini le tendía y envolviéndolas en papel para colocarlas con cuidado en la caja. ¿Rutinario? Sí. ¿Gratificante? También.

—¿Cómo vas con ese tema, por cierto?

—¿La uni? Bien, tu hermana ha convencido a Emmet de que vayamos a ver pisos en persona, así que estamos buscando fecha para ello. Y lo demás sin novedad. Papeles hechos, pre-matricula pagada… Aunque creo que me quedaré más tranquilo cuando el tío William ingrese todo el dinero que falta y pueda dejar de pensar en… cuotas y… —resopló.

—¿Todavía no lo ha hecho?

Beau negó.

—Mi hermano le ha metido presión, dice que pondrá lo que falta en unos días.

Aunque el menor de los Sinclair no sabía si creer esas palabras. Pero tenía que hacerlo. Si no lo hacía, debía vivir con la idea de que

quizás la universidad no era algo que pudiera permitirse y… No. Iba a ir a la universidad. Iba a estudiar Bellas Artes. Iba a crearse un futuro mejor, lejos de servir cafés, centrado en lo suyo. Sí, así iban a ser las cosas.

—Lo hará, no te rayes.

—No me rayo —mintió, sin ser capaz de mirar a su amiga.

—Beau, tú te rayas con todo —respondió Mini, con tono bromista. Esta vez sí, sus miradas se encontraron—. Lo hará, confía en mí.

Y, tras un instante de duda, el menor de los Sinclair asintió.

Así es como funcionan esas cosas, ¿no? Si uno quiere manifestar cosas buenas, tiene que pensar en ellas, convencerse de que así serán. Tomó aire por la nariz y, mientras envolvía otra de las tazas, mentalmente se repitió una y otra vez aquel mantra.

«No te rayes, lo hará».

«No te rayes, lo hará».

«No te rayes, lo hará».

—Oye…

La voz de Mini sacó a Beau de sus pensamientos e hizo que la mirara de nuevo.

—¿Podemos hablar de algo un poco más… peliagudo?

—*¿Peliagudo?*

Mini suspiró, bajó la mirada y se tomó unos momentos para calcular sus palabras.

—Kurt me contó el otro día que tuvo una pelea con Reece Sargent por algo de un… comentario. Pero no me ha contado qué comentario ni quiere hablar demasiado del tema… ¿Fue por lo que te dijo antes del partido? Lo de los vestuarios…

—Sí. Cuando Reece escuchó el comentario no le hizo mucha gracia y le echó una bronca. Por lo que tengo entendido, después de que yo me fuera, siguieron hablando del tema y la cosa se puso más chunga. Pero no conozco detalles —levantó los hombros.

Mini se llevó el pulgar a la boca y, con insistencia, se mordió el lateral de este en un gesto nervioso que, cualquiera que la observara un poco, habría visto mil veces.

—Joder, siento que te dijera eso.

—No eres tú la que ha de pedir perdón, Mini.

—Ya, pero… cuando lo hizo me mantuve callada, por eso sí tengo que disculparme.

El menor de los Sinclair presionó los labios. ¿Debía decir la verdad?

La verdad es que le molestaba que no recibiera más que malas miradas por comentarios así. ¿Pero qué podía hacer? No sabía muy bien cómo lidiar con todo aquello. A Beau no le gustaba Kurt y no había dudado en hacérselo saber a Mini en las miles de veces que habían roto. Sin embargo, días después, su amiga y su chico volvían a juntarse y terminaba por sentirse como un gilipollas por hablar demasiado. ¿Qué sentido tenía ser honesto si, cada vez que intentaba hablar con ella, a su amiga le entraba por un oído y le salía por el otro?

Estaba cansado de lidiar con aquella batalla.

—Acepto tus disculpas. Vamos a dejar el tema, por favor —pidió, optando de nuevo por la opción más cómoda para todos: ignorar el elefante en la habitación.

Pero Mini no parecía dispuesta a ello.

—¿Debería romper con Kurt? —preguntó.

Y Beau, incapaz de contener la lengua, respondió de la forma más honesta posible.

—Claro. ¿Es que no te lo he dicho ya un millón de veces? —suspiró—. Mini, es un gilipollas que sigue atascado en el instituto porque fue el momento más maravilloso de su vida. Tiene un trabajo de mierda porque a su padre no le queda otra que aguantarlo en el taller, te gorronea como quiere, no aspira a nada, ni siquiera es especialmente cariñoso o detallista… Y encima es un homófobo de

mierda. Por muy «de broma» que diga estar, yo le veo las costuras. Dime, ¿qué razones ves tú para no romper con él?

Ugh. Quizás se había pasado.

Pero ya no había vuelta atrás.

—Él no… es decir, yo… ehm… —Mini titubeó—. Yo nunca saldría con un homófobo.

Beau enarcó una ceja. ¿Es que el comentario en el partido no había sido suficiente?

—Yo no soy homófoba —decidió cambiar el discurso.

Y a Beau, una vez más, le resultó imposible contener la lengua.

—Pero sales con uno. Y haces oídos sordos a comentarios que no deberías ignorar. No eres homófoba, de verdad que no creo que lo seas, pero sí sales con uno y, en fin, las personas con las que permites que los demás te relacionen también hablan de quién eres.

Mini bajó la mirada, cosa que hizo que el estómago del menor de los Sinclair se encogiera. Quizás había pecado de duro, de ser demasiado directo, pero después de tantos intentos fallidos de hacerle ver la luz sentía que no había otra forma de conseguirlo.

Suspiró, quiso añadir algo más; sin embargo, Mini devolvió la taza que tenía en sus manos a la caja y se marchó rumbo a la salida de la sala.

—¡Mini!

—¡Déjame, necesito aire, en serio!

Y, como alguien que la conocía bien, Beau sabía que seguirla no serviría de nada. Aun así, no pudo evitar darle una palmada a la caja de pura frustración, una de la que no tardó en arrepentirse cuando escuchó el tintineo de las tazas.

—Mierda, mierda… —farfulló, comprobando que todas estaban bien, dejando escapar un sonoro suspiro de entre sus labios al ver que así era.

Sí, iba a tomarse cinco minutos de descanso él también.

Tras colocar la taza que tenía en las manos dentro de la caja, Beau fue hasta un taburete a no mucha distancia, tomando asiento tras sacar el móvil de su bolsillo trasero. No esperaba encontrar nada interesante en él, perdería un rato en Instagram y después volvería a sus cosas, sin embargo, al ver mensajes de un número desconocido en la pantalla, su ceño se frunció y la curiosidad venció a cualquier alarma posible de estafa.

Desconocido: Hola Beau, soy Reece Sargent.

Desconocido: Mi abuela me ha dado tu número.

Desconocido: Iremos a la barbacoa y quiere saber si tenemos que llevar algo.

Una sonrisa boba se pintó en los labios de Beau. Por supuesto, guardó el teléfono de Reece de inmediato, tomándose unos largos segundos para decidir qué responder.

Beau: Tu abuela puede venir con las manos vacías siempre.

Beau: Tú en cambio trae sandía o no entras.

Beau: Sorry, son las normas.

No esperaba una respuesta, no inmediata al menos; sin embargo, ante sus ojos apareció pronto el sticker de una vaca de dibujos mostrando el dedo corazón. No pudo evitar reír, guardándolo de inmediato, sintiendo que era su sticker espiritual.

Sargent: Sandía tendrá el señor entonces.

Respondió.

Beau: ¿Te has hecho a la idea de los fuegos artificiales?

Sargent: No.

Sargent: Pero tendrías que ver la carita con la que mi abuela me ha mirado cuando le he dicho que prefería quedarme en casa.

Beau: ¡Blando!

Sargent: ¿Qué quieres que te diga, Beau?

Sargent: Soy el niñito de mi abuela.

El menor de los Sinclair rio, encontrando aquel último mensaje encantador. Nervioso, se mordió el labio inferior, ¿debía seguir hablando con él? Quería hacerlo, pero a la vez sentía que era

demasiado raro y que se estaba metiendo en un jardín en el que no debía entrar.

Suspiró. Había trabajo, tenía que centrarse.

Pero el teléfono volvió a vibrar y el resto del mundo perdió importancia.

Sargent: Me iré a casa antes de los fuegos.

Sargent: Tranqui, no os joderé la noche.

El menor de los Sinclair presionó los labios. No, aquello no era lo que quería.

Beau: ¡Oh, vamos!

Beau: Dales una oportunidad.

Beau: Te prometo que no están tan mal

Dudó. Sus dedos escribieron y reescribieron aquel mensaje varias veces, pero al final quedó algo con lo que podía sentirse medianamente satisfecho.

Beau: Ven a tirar cohetes conmigo después de la barbacoa.

Beau: Te prometo que si no te gustan te dejo irte sin quejas ni coñas.

Reece también pareció dudar en su respuesta.

El aviso de «escribiendo» apareció y desapareció varias veces en la pantalla.

Sargent: Vale.

Sargent: Una oportunidad.

Sargent: Nos vemos el sábado.

Beau sentía el corazón acelerado, el aleteo de las mariposas enloquecidas en su estómago. No dudó en maldecirse. Se sentía como un maldito idiota. ¿Cómo era posible que aquello le hiciera ilusión? ¿Cómo era posible que una vez más se hubiera dejado llevar por unas ilusiones que solo existían en sus ansias de gustar?

«Pobre y patético Beau Sinclair. ¿De verdad te hace ilusión que un hetero vuelva a reírse en tu cara?» escuchó una vez más la voz de siempre resonando en su cabeza.

Y aun así, aquella vez, esas palabras no fueron suficientes para ahogar su emoción.

Suspiró, guardó el teléfono en el bolsillo y se quedó sentado en el taburete, con la vista en la nada, pero la mente ya perdida en cómo sería aquel sábado.

Estaba pecando de iluso, iba a llevarse ese golpe que había luchado por evitar al emocionarse con lo que se encontraría en la universidad, y sin embargo aquella era la primera vez que la idea de celebrar el Cuatro de julio lo ilusionaba tanto.

19.



Beau ladeó el rostro al sentir unas manos posarse sobre su cintura. Al girarse, se encontró con Charlotte apoyada contra su espalda, observándolo con una sonrisa dibujada en los labios. La novia de su hermano no tardó en inclinarse para dejarle un beso en la mejilla, presionando suavemente su piel antes de dedicarle un guiño cómplice y apartarse.

—Guapo —dijo, caminando ya hacia Emmet, compartiendo un beso mimoso con él.

Sabía perfectamente por qué lo decía. Muchos podrían pensar que, con las cicatrices que marcaban su rostro, Whitefish ya tenía cubierta cualquier cuota de morbo, sin embargo, las pocas veces que el menor de los Sinclair dejaba al descubierto más piel de la habitual, el efecto era justo el contrario. Aquella ocasión no fue distinta. Con su crop top de estampado vacuno ciñéndose al torso, Beau no tardó en percibir los cuchicheos a su alrededor ni en sentir el peso de miradas curiosas, de esas que se clavan en la piel.

Por eso Charlotte se había acercado. Por eso lo protegía una vez más con su dulzura.

Sin embargo, aquella vez, Beau no sentía que lo necesitara.

Había escogido su aspecto con cuidado, había echado muchas más horas de las que estaba dispuesto a admitir delante del espejo, y había aceptado que lidiaría con todo lo que tuviese que soportar con tal de lucirlo. ¿Querían mirarle? Adelante. ¿Les fascinaban las cicatrices de su piel? Estupendo. Pero él necesitaba sentirse perfecto en aquella barbacoa y así iba a ser.

Y no, tampoco estaba dispuesto a admitir la razón detrás de aquella necesidad.

El menor de los Sinclair cogió uno de los vasos de papel que había sobre la mesa y se sirvió una limonada hasta arriba de hielo. Decidió ignorar la cerveza fría, aquello solo le traía malas decisiones. Bebió, acercándose a Emmet, que tenía una mano en la baja espalda de su chica y esa media sonrisa boba que solo se le dibujaba cuando estaba con ella.

—¿De qué habláis pareja? —preguntó, colocándose a su lado.

—Le estaba diciendo a tu hermano que el próximo fin de semana sería ideal para ir a ver pisos a la ciudad.

Beau dio un brinco ilusionado; en cambio, Emmet puso los ojos en blanco.

—¿No voy a poder tener un fin de semana en paz con vosotros? —preguntó—. Lo último que me apetece después de toda la semana trabajando es…

Lottie negó de inmediato y le interrumpió con unas suaves palmaditas en el pecho.

—¡Es necesario! No puedes escapar de este plan, ¿o nos vas a dejar ir solitos? ¡A ver si nos pasa algo! Igual nos secuestran, pesaría en tu conciencia.

—Eso no me preocupa, os devolverán en dos días.

Charlotte le dedicó una mueca burlona mientras Beau le mostraba el dedo.

—Además… —Emmet miró a Beau directamente—, ¿Tú no tienes partido ese sábado?

—¡Oh, mierda! Sí, en Portia…

—¿Ves? —ladeó el rostro para mirar a su chica—. Este fin de semana es imposible.

—¡Le diremos al entrenador Hunt lo que pasa! Lo entenderá, es la universidad, no puede pretender que un partido amateur de rugby esté por encima —respondió ella—. Seguro que con sus hijas tuvo que hacer lo mismo.

La espalda de Beau se tensó. ¿Y si no era eso lo que quería? ¿Y si no quería perder la oportunidad de compartir otro tercer tiempo con el equipo?

El equipo. Ya, claro.

Sacudió la cabeza y tomó aire, esforzándose en mantener la sonrisa.

—No creo que el entrenador ceda, pero se lo preguntaré en cuanto lo vea —aseguró aún sin estar del todo convencido de cómo lidiaría con ese tema llegado el momento.

Charlotte sonrió satisfecha, chasqueó los dedos después.

—Y si él no quiere, ahora, cuando venga Reece, le decimos lo que pasa y listo.

«Ahora, cuando venga Reece». Aquellas palabras resonaron en su cabeza varias veces.

Emmet levantó ambas manos.

—Si uno de ellos está de acuerdo, iremos el próximo fin de semana a ver pisos.

El menor de los Sinclair quiso decir algo más, sin embargo, al ver a Mini saludarle desde la otra punta del jardín, cualquier otro tema quedó silenciado de golpe.

No había dejado de pensar en ella desde la conversación del Cherry. Cuando había terminado de empaquetar las tazas y salido a ver si ya se sentía con ganas de hablar, se encontró con que se había marchado hacía un rato. Había intentado llamarla y mandarle un montón de mensajes, pero estos no habían sido respondidos. Captó la indirecta: quería espacio y eso lo preocupaba un poco. ¿Se había enfadado con él? No lo sabía.

Pero ahora le saludaba de aquel modo… Eso era bueno, ¿no?

Beau dejó atrás a su hermano y Charlotte, moviéndose por el jardín hasta llegar a ella, con los dedos aferrándose con fuerza al vaso para no temblar y el miedo en el estómago ante la posibilidad de haber jodido a alguien que adoraba profundamente. Su amistad lo era todo; *joder*, si había aguantado a Kurt tanto tiempo era precisamente por eso.

—Hola… —dijo finalmente, con voz suave.

—Hola… —respondió ella a la par.

Ambos se miraron, nerviosos, sin saber qué decir.

—¿Cómo estás? —preguntó Beau finalmente.

Mimi bamboleó la cabeza sin más.

—Oye… Perdona lo directo que fui el otro día. Es normal que…

—No —interrumpió Mini, apresurándose a continuar al ver la mueca confusa de Beau—. Es decir, fuiste directo, pero me hiciste pensar en muchas cosas. Por eso me fui, porque sentí que de verdad necesitaba sentarme con mis pensamientos —suspiró—. Kurt está de viaje con unos amigos, pero cuando vuelva voy a romper con él. *Definitivamente*.

Beau presionó los labios. La verdad es que Mini había roto con Kurt muchas más veces de las que pudiera contar, pero nunca había usado esa palabra antes. *Definitivamente*. Aquella palabra le creaba una ilusión que no podía ocultar.

El menor de los Sinclair se acercó más a su amiga y la cogió de las manos.

—Haces lo correcto, Mini. Aunque ahora duela, a la larga vas a estar mucho mejor, estoy seguro de ello. Y me tienes aquí para lo que necesites, ¿de acuerdo? Siempre va a ser así —tiró de ella, pudiendo así hablar cerca de su oreja—. Y, cuando te recompongas, te llevaré a conocer chulazos de verdad, no idiotas de medio pelo.

Mini rio, soltó una de sus manos para darle una suave palmada. Era una risa cansada que no contenía para nada toda esa jovialidad de la que su amiga siempre había sido dueña, pero era una risa en un mal momento y eso era lo importante. Volvieron a mirarse.

—Eso si estoy bien algún día…

—Lo estarás. Nadie muere de amor —sentenció.

Y aunque sentía que esas eran de esas palabras que vuelven con el tiempo a morderte el trasero, las dijo de todos modos.

No fue necesario añadir nada más; en cuanto Mini se movió para poder pegarse a él y rodearlo con sus brazos, Beau correspondió el abrazo, besando la cabeza de su amiga y achuchándola un poco, dejando que se tomara todo el tiempo necesario en esa postura.

Aún acariciando su espalda, el menor de los Sinclair escuchó a Mini suspirar.

—Mira, uno como ese no me vendría mal.

Beau levantó la mirada, llegando a la fiesta cargado con una sandía bajo un brazo y su abuela enganchada del otro, Reece Sargent se dibujó ante sus ojos. No pudo evitar sonreír, mucho menos dejarse embriagar por ese cosquilleo intenso que se extendió por todo su cuerpo con una facilidad pasmosa. Llevaba una camiseta a rayas azules y blancas que le sentaban muy bien. Y las gafas, detalle que nunca dejaría de alborotar sus adentros.

—A ese le dejaría que se metiese en todos mis agujeros toda la noche —dijo, sin pensar, arrepintiéndose de inmediato por la falta de filtro. No podía hablar así, no de él.

Mierda. Mierda. Mierda.

Por suerte, Mini, que lo conocía como a la palma de su mano y estaba hecha a sus comentarios, rio ante la broma sin darle mayor importancia.

—¿Incluso en las orejas? —preguntó burlona, metiendo un dedo en una de ellas.

—Idiota… —farfulló Beau, apartando la cabeza.

Mini suspiró.

—A ti también te buscaremos uno que valga la pena. No como Laramie.

No supo qué responder. Quizás por eso prefirió el silencio.

Una parte de sí mismo quería acercarse, pero la cordura hizo que se quedara allí con Mini. Más adelante en la barbacoa tendrían un momento.

O eso esperaba.

═══∘ ◦ ❁ ◦ ∘═══

Beau cogió uno de los pedazos de sandía de encima de la bandeja y le dio un bocado. Estaba fresca, dulce, una media sonrisa se pintó en sus labios de inmediato.

—¿Está lo suficientemente buena como para ganarme estar aquí?

La voz de Reece, tan cerca del oído que hasta la caricia de su aliento pudo sentir, hizo que diera un suave brinco, ladeando el rostro para encontrarse con el nieto de la señora Sargent a su lado. Con los brazos a la espalda, bordeó a Beau hasta colocarse a su lado.

—Está increíble —respondió, limpiándose los labios con el dorso de la mano—. ¿Es del mercado? ¿De dónde ha salido?

Reece chasqueó la lengua, lentamente se hizo con un pedazo de sandía él también y le dio un bocado. Ese toque chulesco del que ahora hacía gala era verdaderamente atractivo, especialmente cuando se cruzó de brazos y la musculatura de estos se marcó todavía más.

—Un británico no revela sus secretos a los americanos, lo siento.

Beau puso los ojos en blanco y dio un segundo bocado a la sandía.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Sí, la verdad es que la gente es de lo más encantadora. Gracias por invitarme, creo que puedo asegurar que esto es mejor que quedarme en casa de mi abuela.

—Bueno, esa es la magia de Whitefish.

Reece sonrió y ladeó el rostro; al seguir la dirección de su mirada, Beau se percató de que estaba observando a Emmet. Su hermano estaba ahora organizando junto a su suegro los fuegos artificiales que pronto iban a empezar a preparar.

—He estado hablando con tu hermano, por cierto —dijo mientras comía sandía una vez más—. ¿De verdad le gusta tanto el rugby o lo ha dicho para hacerme la pelota?

—Le encanta, es un obseso de los Cavaliers. Desde que se enteró de que eres nieto de la señora Sargent, lleva dándole vueltas a cómo pedirte que le firmes una camiseta —rio.

Intercambiaron una mirada rápida. Una que Beau no fue capaz de apartar tras escuchar las siguientes palabras que Reece tenía para él.

—Me ha contado que te vas a la universidad…

Desconocía el motivo, pero que Reece supiera aquel detalle le hizo sentirse nervioso.

—Sí, me voy a Prairie Ridge, en Idaho. Quiero estudiar Bellas Artes.

—¿Te gusta dibujar? ¿Te van esas cosas?

Beau sonrió y bamboleó la cabeza.

—Me gusta dibujar, sí, pero lo mío es la cerámica. Hacerla, pintarla… ya sabes.

—Wow, va a resultar que nos dará el taller en el Cherry todo un experto.

El menor de los Sinclair sintió que se le sonrojaban las mejillas, así que, con prisa, se terminó de un bocado lo que quedaba de sandía para poder así contener la lengua.

—¿Y lo tienes todo listo? ¿Cuándo te vas?

—A primeros de septiembre. Y no, el tema del piso está siendo… —resopló—. De hecho, Lottie, la novia de mi hermano, dice de irnos el próximo fin de semana allí y buscar en persona. A ver si así es más fácil…

—Pero el próximo fin de semana tenemos partido…

Ambos se miraron.

—Lo sé.

—Encima vamos fuera, a Portia. El entrenador Hunt dice que es un lugar genial y que está cerca de… «El gallinero» o como sea que se llame el local al que iba de joven…

—Lo sé, se lo he dicho a ambos.

—Entonces, ¿no piensas venir?

Había algo en la voz de Reece, como un cierto deje de tristeza y decepción genuinas ante la noticia, que hizo que todo en el interior de Beau diera un vuelco. Le gustaba pensar que le importaba de verdad, que por alguna razón que desconocía lo consideraba parte del equipo y quería que estuviera presente en sus victorias y derrotas.

—No sé, yo… mi hermano cree que deberías decidirlo tú. O el entrenador Hunt.

—Oh…

Reece apartó la mirada. Con la duda pintada en el rostro, cogió otro pedazo de sandía y le dio un buen bocado. Beau se preguntó qué debía cruzar su cabeza, seguro que sentía que, teniendo en cuenta que ayudar con el equipo era un pago por lo sucedido con su coche, no era justo que decidiera cuándo iba a los partidos.

Una parte de sí mismo quiso escuchar cómo el nieto de la señora Sargent le pedía que fuese al partido, que le dijera que le gustaba tenerlo en el campo. Pero no quería pensar mucho en qué significaba aquel deseo; no era buena idea.

—Ve, claro. La universidad es lo más importante a fin de cuentas.

¿Era lógico sentirse decepcionado? No, pero no pudo evitarlo.

Maldito estúpido. Se esforzó en sonreír y asintió con rapidez.

—Gracias, sabía que lo entenderías.

—Pero no falles a los entrenos —Reece lo apuntó con el dedo.

Beau asintió.

El menor de los Sinclair devolvió la vista al frente. Alrededor de Emmet y de Artie se habían reunido varias personas. De hecho, el patriarca de los Halpert se encontraba en ese momento dando voces para organizar cómo repartir los cohetes y dónde iban a lanzarlos.

—Tendremos que acercarnos a por unos cohetes… —dijo Reece.

—¿Te has hecho a la idea de ir a tirarlos por fin? —preguntó Beau, divertido.

—No. Pero me da la sensación de que no voy a poder escapar… ¿o me equivoco?

De nuevo se miraron. El menor de los Sinclair negó. El nieto de la señora Sargent echó la cabeza hacia atrás y gimoteó quejumbroso, pero no hizo intento real de escaquearse. Beau extendió el brazo y le dio un suave empujón.

—¡Vamos! ¡Será divertido! Las luces de los cohetes sobre el lago son una pasada.

—No sé yo… Aunque… —Reece se inclinó para quedar más cerca de Beau—. Quizás si tiraramos los cohetes en el sitio más bonito de todo Whitefish…

Beau enarcó una ceja.

—¿Quieres ir a tirar cohetes al dichoso campo de rugby?

Reece levantó los hombros.

—Lo que digo es que, en fin, podríamos robar unos cuantos cohetes ahora que están distraídos e irnos a tirarlos sin rendir cuentas a nadie.

El menor de los Sinclair se cruzó de brazos y observó la escena ante sus ojos. Los cohetes estaban repartidos en diferentes bolsas, mezclados según los tipos que habían comprado y la cantidad de

gente que los quería, para que nadie pudiera quejarse de los que recibía y cuántos eran. ¿Y si se hacían con una bolsa para ellos solos? Quizás alguien podía llegar a enfadarse pero, al mirar a Reece, descubrió que le daba igual.

Estar solo de nuevo con él también era tentador, pero ante la ausencia de sandía o de algo capaz de contenerle la lengua, Beau Sinclair hizo lo que se le daba mejor. Hablar de más.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres ir a tirar cohetes conmigo, Sargent? —se arrepintió de aquellas palabras casi de inmediato pero, ante la incapacidad de retirarlas, no pudo más que mantener la postura y cruzarse de brazos.

Reece presionó los labios, bajó la mirada despacio.

—El otro día, contigo, fue de lo mejor que me lo he pasado en *mucho* tiempo.

Sus ojos se encontraron de nuevo. Ni aunque hubiera querido, el menor de los Sinclair habría sido capaz de decir nada. Así que sencillamente actuó. Con rapidez, le dio una palmada a Reece en el pecho.

—Corre —dijo, antes de hacer él lo mismo.

Con paso acelerado, ambos se acercaron al grupo de gente que discutía por cómo repartir los cohetes y, aprovechando que estaban demasiado centrados en ellos mismos, el nieto de la señora Sargent cogió una de las bolsas del suelo.

Una mirada rápida, un asentimiento y salieron corriendo rumbo al coche de Reece.

20.



De cuclillas, frente a la bolsa llena de fuegos artificiales, Beau se encontraba agrupando estos sobre el césped en base al tipo que eran. Bengalas, petardos, fuentes y varios *California Rocket* que se moría de ganas de encender conformaban el conjunto para aquella noche. Si Reece no terminaba adorando tirar cohetes después de aquello, Beau se rendía.

—¿Listo? —preguntó tras levantar la cabeza—. ¿Por dónde quieres empezar?

El nieto de la señora Sargent se encontraba de pie a su lado, con los brazos cruzados y ese gesto de duda que delata que uno todavía no tiene las cosas claras. Beau decidió tomar la decisión por ambos, cogiendo el mechero y un par de petardos. Cogió una de las muñecas de Reece y, cuando este extendió la mano, colocó todo sobre la palma.

—No tiene mayor misterio. Enciendes la mecha, lo lanzas lejos y pum.

—Y pum —repitió, divertido, cogiendo uno de los petardos, girándolo entre los dedos unos segundos antes de obedecer.

Petardo entre los dedos.

Mecha prendida.

La estela luminosa surcando el cielo al ser lanzada lejos.

Pum.

El menor de los Sinclair observó a Reece todo el tiempo, encontrando algo mucho más fascinante en sus reacciones que en los fuegos artificiales. Le resultó encantadora la forma en la que sus hombros se encogieron al escuchar el estruendo, ¿cómo era posible que alguien tan grande se asustara ante algo tan pequeño?

Sin tener que decírselo, el nieto de la señora Sargent lanzó el otro con más soltura.

—¿Cómo es que te dan miedo estos chiquitines, Sargent? —preguntó tras inclinarse a coger uno de los petardos para poder empezar a lanzar él también.

—Hace unos años, unos ultras lanzaron cohetes y bombas de humo al campo en mitad de un partido. Pasamos de estar jugando a, de la nada, estar rodeados de humo rojizo y… estallidos constantes que ni sabíamos de dónde venían exactamente.

—Joder, eso suena horrible…

Reece levantó los hombros.

—Lo fue —respondió, lanzando otro cohete, volviendo a encogerse con su estallido.

—No tenemos por qué…

—Beau —lo miró directamente—. Quiero lanzar cohetes contigo, está bien.

El menor de los Sinclair presionó los labios y lanzó él también uno.

—¿Son los fans…?

—Hinchas —corrigió Reece.

—*Hiiinchas* —rio—. ¿Son muy…? Ya sabes…

—Algunos, pero eso es inevitable, en todos lados hay fruta podrida. Aunque tengo que decir que podría ser peor. No envidio lo que tienen que aguantar compañeros en otros campos…

—¿Fútbol? El vuestro y el nuestro.

El nieto de la señora Sargent asintió.

—Hockey —añadió, levantó los hombros después—. Aun así, el rugby nació como un deporte muy asociado a una… masculinidad tradicional, por llamarlo de algún modo. Así que, en fin, no es lo peor, pero tampoco es… perfecto.

—Masculinidad tradicional… ¿Crees que los hinchas del rugby me aceptarían? Con lo que insiste Hunt en que voy a enamorarme del deporte, me pondría triste que no…

—¿Como un hincha más? Sí lo creo, te invitarían a una cerveza si eres del equipo y te totratarían como a cualquier otro si fueras del rival. Es en el equipo donde esperan de ti algo más… tradicional. No sé cómo explicarlo, Beau. No me hagas darle más vueltas.

El menor de los Sinclair levantó ambas manos, mostrando así que dejaba el tema. Cogió varios petardos más del montón y le pasó unos cuantos a Reece.

—¿Y si…? —Beau arrugó la nariz y negó—. Déjalo, es cursi…

—No, dilo.

—Iba a decir que… podríamos lanzar los petardos a modo de… ya sabes, como una forma simbólica de lanzar lejos lo que nos hace daño. Rollo… —encendió uno de los petardos y lo levantó—. Los tíos gilipollas que juegan contigo —y lo lanzó lo más lejos que pudo.

El nieto de la señora Sargent sonrió.

—Me gusta… Pero, ¿tengo que decir las cosas que son en voz alta?

La pregunta pilló a Beau por sorpresa. Tardó unos segundos de más, pero terminó por negar, observando entonces a Reece inclinarse para coger todos los petardos que consideraba necesarios. En silencio observó aquella escena: la forma ceremoniosa en la que el nieto de la señora Sargent cogía cada cohete, cómo se tomó su

tiempo para encenderlos y lanzarlos, el reflejo en sus gafas fruto de los destellos de la mecha.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

Cinco fueron las cosas que Reece escogió lanzar lejos para siempre con aquel tonto ritual. A Beau le hubiera encantado conocerlas todas, saber si había algo que pudiese hacer para conseguir que aquellas heridas no dolieran tanto. Pero aquel no era su lugar, ni siquiera se conocían lo suficiente como para que fuera apropiado querer saberlas.

—Creo que necesito algo más fuerte —aseguró Reece.

Y no tuvo que pedirlo dos veces.

Los *California Rocket* son un tipo de cohete que no pueden lanzarse como los demás. Uno no los sostiene en la mano al prender la mecha, sino que clava en el suelo la caña y se aleja lo máximo posible nada más prender la mecha. En lo que Beau se hacía con el cohete, el nieto de la señora Sargent estaba de rodillas en el suelo haciendo un agujero, uno que pronto se vio iluminado por la luz de la linterna del teléfono.

—Frena, vaquero —rio—. Ese agujero es enorme —añadió, arrodillándose también.

Reece esbozó una media sonrisa y le mostró sus dos manos manchadas de tierra.

—¿Qué quieres que haga? Tengo las manos grandes.

—Y estoy seguro de que tus múltiples conquistas están encantadas con ellas, pero necesitamos un agujero más pequeño.

Ambos se miraron. La verdad sea dicha, teniendo en cuenta la forma en la que Reece le atraía, pensar en sus conquistas femeninas no era algo que le llenara de ilusión. Pero también sabía que, si

normalizaba esa parte de su vida, terminaría por aceptarla, superar el cuelgue y poder seguir disfrutando de esa amistad que estaba floreciendo entre ellos.

Aun así, por un instante, temió que lo reprendiera por tal comentario. Por suerte no fue así, sus manos volvieron pronto a trabajar juntas en arreglar aquel agujero, devolviendo parte de la tierra a su lugar.

—Tú no has tirado los petardos…

—¿Uhm? —Beau frunció el ceño al mirar de nuevo a Reece.

—No has lanzado lejos las cosas que te hacen daño. Bueno, una sí, pero…

—Oh —rio—. No importa, era una idea tonta.

—Vamos —Reece le dio un suave empujón—. Deshazte de lo malo, Sinclair.

—¡Ahora estamos con esto! —señaló el agujero con ambas manos.

—¡Metafóricamente! —sacudió la cabeza—. Hazlo ahora, venga, ¡va!

—¡Pero tendrás morro! ¿O sea que yo tengo que hacer aquí toda la performance, pero tú puedes callarte todo? Qué cara…

Ambos rieron a la vez. Sus miradas volvieron al agujero, terminando de ajustar el tamaño y clavando después la caña del *California Rocket* para poder lanzarlo. Beau miró a Reece de reojo, se mordió el labio inferior un instante, dudando si hablar o no.

—Los tíos gilipollas que juegan contigo. Los comentarios de los que van de graciosos como Kurt… —presionó los labios, no, había sido un error hablar.

La necesidad tan intensa de amor que siento dentro.

El sexo horrible.

La sensación de estar atrapado y no poder avanzar.

El vacío en el pecho de pura soledad.

Los coches.

Todas esas cosas quiso decir, pero no podía hacerlo, no sin sentir cómo se hería a sí mismo.

—Y el resto me las guardo para mí. Es lo justo —levantó los hombros, pero poco después torció el gesto—. Vale, las cicatrices te las digo también, pero porque es obvia.

—¿Las cicatrices? ¿Por qué?

Beau rio con evidente incredulidad.

—¿No te parece evidente? Primero, son un recuerdo constante del accidente y cada vez que las veo es como… ugh —se estremeció.

Podría ponerse sentimental y hablar de lo que añoraba a sus padres, de lo injusta que era su muerte. Pero si Laramie, que lo conocía de meses, había reaccionado así con su historia, ¿qué no haría Reece? No, pasando del tema.

—Segundo… —prosiguió—. Las tengo desde los siete años y, aún a día de hoy, sigo encontrando a gente que se las queda mirando como si fueran… ¡Dios! ¡Lo odio! Me hacen sentir un mono de feria. Hoy mismo con el crop top era… los cuchicheos —sacudió la cabeza enérgicamente—. Y tres… ¿es que a ti te gustaría tenerlas? Vamos, no me vaciles porque te de pena. Nadie en su sano juicio querría estar lleno de marcas por todas partes…

Reece miró a Beau en silencio. Entreabrió los labios, parecía dispuesto a decir algo; sin embargo, antes de que una sola palabra pudiera siquiera brotar de estos, escogió el silencio como respuesta. En su lugar dijo algo mucho más sencillo.

—Venga, lancemos el cohete.

El menor de los Sinclair habría dado cualquier cosa por saber qué había cruzado su cabeza de aquel modo. Pero no preguntó, sencillamente asintió y buscó el mechero al tacto sobre la hierba para poder prender la mecha.

—Tres… —acercó la llama—. Dos… —el fuego encendió la mecha, rápido ascendió—. ¡Corre! —exclamó, divertido.

Y así lo hicieron ambos, alejándose lo suficiente del cohete para poder observarlo ascender. Sin embargo, el estallido nunca llegó. Beau frunció el ceño.

—Pero… —chasqueó la lengua—. Hay que intentarlo otra vez.

Agujero.

California Rocket.

Mechero. Esta vez, Reece fue quien prendió la mecha.

Salir corriendo juntos.

Y, de nuevo, nada.

—¿Pero y a este qué le pasa?

—Creo que están defectuosos, Beau.

El menor de los Sinclair dio un brinco y cogió uno de los brazos de Reece.

—¡No! ¡Vamos, Sargent! No lo gafes, confía, todavía queda uno —pidió.

Una media sonrisa encantadora se pintó en los labios de Reece, después, asintió.

—Una última vez —respondió.

El último *California Rocket* pasó de las manos de Beau a las de Reece con el cuidado y la veneración con que uno sujeta a un infante. Frágil, el menor de los Sinclair dejó que fuese el otro quien lo clavara en la tierra, observando con ojos bien abiertos, sintiendo un burbujeo extraño en el estómago. Última oportunidad. Quizás era una tontería, pero no podía evitar sentir que era a la vez algo grande, algo que deseaba con todas sus fuerzas.

Con el cohete ya en posición, Beau cogió el mechero y se lo tendió a Reece.

—No. Vamos a encenderlo juntos —dijo, cogiendo con cuidado la mano de Beau, acercándola a la mecha—. ¿Listo?

El menor de los Sinclair asintió.

Juntos encendieron el mechero y acercaron la llama a la mecha.

Juntos, también, salieron corriendo sin soltarse la mano, quedando a unos pasos de distancia. Cuando el cohete se elevó, los dedos de Reece presionaron la mano de Beau, cosa que hizo que no pudiera evitar mirarle. Sus hombros ya no estaban encogidos. El miedo había ido diluyéndose poco a poco. Ahora sus ojos brillaban bañados en expectación.

Pero, una vez más, no hubo estallido.

—Joder… —farfulló Beau.

De golpe, el cielo se llenó de luces. No, el *California Rocket* no había estallado, pero algún grupo, a no mucha distancia, sí había conseguido lanzar al cielo un castillo de luces de colores impresionante.

—¡Wooooooooooo! —exclamó Beau ilusionado, ladeando el rostro una vez más para perderse en el hermoso espectáculo que era Reece Sargent.

Sonreía, los destellos de luz volvían a reflejarse en el cristal de sus gafas. Cuando el nieto de la señora Sargent lo miró a él también, Beau sintió un escalofrío placentero recorrer su columna, uno que se intensificó al notar cómo, de nuevo, los dedos de Reece apretaban su mano. Las luces y el sonido de los cohetes pasaron a un segundo plano.

—¡A mí me gustan! —dijo.

Beau frunció el ceño.

—¿¡El qué!?

Reece dejó ir su mano y, en un gesto osado, llevó uno de sus dedos hasta el rostro de Beau. Las cicatrices. Se refería a las cicatrices. El dedo encontró acomodo sobre una de ellas, recorriendo despacio su extensión, dejando una caricia que hizo que Beau suspirara. Sus mejillas se sonrojaron, su estómago se encogió, no podía apartar la vista de él, sentía el cuerpo completamente congelado y las ideas corriendo a una velocidad incontrolable.

¿Por qué le estaba tocando así? ¿Por qué…?

Cualquier pensamiento murió ahogado con el subidón repentino que supuso sentir la mano de Reece deslizarse por su rostro hasta alcanzar su nuca. Tiró de él con firmeza, acercándolo, quedando sus cuerpos completamente pegados y sus labios fundidos de una forma que, hasta hacía un mísero instante, Beau habría calificado como imposible.

Un beso. Tan inesperado que al menor de los Sinclair le costó reaccionar muchos más segundos de los que le habría gustado. Sus manos ascendieron, se colocaron sobre los hombros ajenos y los presionaron con firmeza a la vez que un chispazo lo recorría entero.

De ser un *California Rocket*, habría estallado en el más sonoro de los estruendos.

Los labios de Reece sabían dulce, tenían el regusto de la sandía todavía bañado en ellos, y su mano libre se deslizó por la cintura de Beau hasta alcanzar la parte baja de su espalda. Uno de sus dedos volvió a moverse, a acariciar una de tantas cicatrices, y Beau creyó de verdad que acababa de volverse completamente loco.

Pero no. Cuando lentamente se distanciaron y pudo mirarle, la realidad le golpeó en la cara. Reece Sargent acababa de besarle. A él. El maldito Reece Sargent. Tuvo que tomar aire, todo daba vueltas, se sentía mareado.

¿Debía hablar? ¿Cómo se esperaba que uno reaccionara ante algo tan inesperado?

Con el sonido del último cohete, el nieto de la señora Sargent dejó ir a Beau de golpe. Enderezó la postura, carraspeó y, tras moverse en el lugar de forma torpe, llevó una mano hasta la cabeza del menor de los Sinclair y le revolvió el pelo.

—Buenas noches —dijo, antes de marcharse con paso acelerado.

Beau ladeó el rostro y, con la mirada siguió el andar de Reece recorriendo el campo de vuelta hacia el párking. Algo en sus adentros le decía que saliera corriendo tras él, que intentara

comprender qué había pasado, pero sus piernas estaban tan temblorosas que no fue capaz de dar ni un mísero paso.

En la lejanía, se escuchó el estallido de un *California Rocket*.

21.



Reece sentía una fuerte presión en el pecho.

Tumbado en la cama como se encontraba en aquel instante, envuelto por la intensa oscuridad que todavía lo abrazaba todo, la sensación pesada en el centro del torso hizo que sus ojos se abrieran de golpe. En la penumbra, dos enormes ojos lo miraban muy de cerca, acercando su húmeda nariz antes de maullar junto a su cara.

Sardina, el gato de su abuela, había vuelto a colarse en su cuarto por la noche.

El nieto de la señora Sargent resopló, se frotó la cara con ambas manos y se movió poco a poco, esperando a que el gato saltara hasta el suelo para ponerse en pie e ir hasta la puerta del cuarto, pudiendo así abrirla para él. Sardina maulló de nuevo.

—Ya voy, pesado —farfulló con voz pastosa.

El animal desapareció por el pasillo en cuanto una pequeña rendija se abrió ante él.

Aunque el gato ya se había marchado, la sensación en el pecho seguía presente. Tras cerrar la puerta de nuevo, Reece fue hasta la

cama, dejándose caer sobre esta sin cuidado alguno, cerrando los ojos con fuerza. Pero no volvería a dormirse. Tanto él como su padre eran de esas personas que, si despertaban, les resultaba imposible caer rendidos de nuevo.

Una de sus manos subió hasta el centro del pecho, frotando intensamente la zona, siendo pronto consciente de que no era un dolor real, sino algo mucho más metafórico. La imagen no tardó en volver a su cabeza. Beau Sinclair en mitad del campo de rugby. El beso. La forma en la que había revuelto su cabello antes de marcharse corriendo.

¿Era gilipollas? Se sentía gilipollas. ¿Cómo había sido capaz de darle un beso así, revolverle el pelo y dejarlo atrás como si pudiese olvidar todo aquello? ¿Estaría bien Beau? ¿Y si le había hecho daño al dejarlo allí solo? Suspiró, se sentía culpable.

Reece abrió los ojos de nuevo y tanteó la mesita con una de las manos, tras hacerse con sus gafas, cogió el teléfono y buscó su conversación con Beau. No tenía mensajes nuevos por su parte. Aunque tampoco había esperado que así fuera.

Durante un rato se quedó observando la pantalla en silencio. ¿Qué podía decirle? Quizás estaría bien una disculpa, ser honesto con todo lo que el beso le había removido por dentro, con lo sobrepasado que se sentía incluso en aquel momento. Pero no, no podía. Eso supondría hablar sobre sentir cosas y no estaba preparado para hacerlo.

Empezó a escribir algo sencillo. Un saludo, quería sonar casual, pero de repente la pantalla de su móvil cambió de color y este empezó a vibrar con intensidad.

Tenía una llamada entrante de Penny.

—Hola —dijo al descolgar, doblando un brazo, acomodando la cabeza sobre el mismo.

—¡Hey! ¿Te he despertado? Lo de la diferencia horaria todavía me tiene un poco…

—No, tranquila, el gato de mi abuela ya se ha encargado de eso.

Penny rio al otro lado de la línea.

—¿Sucede algo?

—No, no, es solo que… en fin, hace un par de días que no hablamos y, bueno, ya sabes que me preocupo si no me tienes al día.

Reece suspiró y se frotó los ojos con la mano libre.

—Perdona, he estado con unas cosas del equipo y… ayer estuvimos celebrando el Cuatro de julio, se me ha ido la cabeza por completo.

—¿Cuatro de julio? —preguntó Penny, sorprendida—. Qué americano te has vuelto.

—Ya ves —Reece rio brevemente—. Ahora en serio, creo que no había visto en mi vida tantas camisetas con la bandera americana… ¡O con águilas! Dios, había tantas…

—¿Fue divertido?

—Ehm, sí. Fuimos a una barbacoa con unos amigos de mi abuela, tiramos cohetes…

—¿Tú has tirado cohetes? ¿Me lo dices en serio?

—Ajá.

—Vaya… los americanos te están cambiando. No te voy a reconocer cuando vuelvas.

«Cuando vuelvas». Esas dos palabras flotaron en la cabeza de Reece durante largos segundos. ¿Cuándo sería eso? ¿Iba a poder hacerlo siquiera algún día o estaba condenado a ser un paria para siempre? Todavía estaba esperando un mísero mensaje de los Cavaliers.

—¿Y estás… bien? Ya sabes. Estás a gusto, te lo pasas bien, sien…

—Sí, sí. Todo bien —se apresuró a cortar la frase. Reece se incorporó y quedó sentado en la cama, envuelto por la penumbra. Dudó un momento, pero Penny siempre había sido esa persona a la que le contaba todo así que guardarse aquellas cosas era complicado

—. Hay… —carraspeó—. Un chico. Yo no… vine aquí para eso. Pero…

—Esas cosas no se planean, Reece. La gente te gusta sin más… ¿Cómo es?

—Pues… al principio me ponía de los nervios y me parecía bastante idiota, pero… poco a poco se ha… ido colando en mi sistema y no… lo puedo sacar. Cuando estoy con él… siento… todo. ¿Sabes? Me… ayuda a… —suspiró—. Da igual, ayer la cagué con él.

—Dios, Reece, ¿qué has hecho?

—Le besé…

—Oh, pero eso no es…

—Y luego salí corriendo.

Un gruñido resonó al otro lado de la línea. Reece podía imaginar a la perfección el gesto en el rostro de Penny, no sería la primera vez que lo veía. Seguramente se estaba frotando la cara con la mano libre, tenía el ceño fruncido, el pelo echado a un lado y estaba deseando poder cogerlo de las orejas y darle un fuerte tirón de estas.

—Dios santo, Reece…

—¡Lo sé! La he cagado… —se frotó la nuca con una de las manos —. Pero es que, tras el beso, me sentí tan sobrepasado que…

—¡Eso no es excusa!

—¡No! ¡Escúchame, Penny! Me sentí sobrepasado. Fue besarle y… de golpe todas las sensaciones se intensificaron y empezaron a… llenarlo todo. Y no solo el beso, sus… manos, al sentirlas sobre mí era como si… pudieran colarse en mis adentros y… —suspiró—. Colapsé. Fue demasiado de golpe y… solo pude salir corriendo. Me siento fatal…

Durante unos segundos, el sonido de las uñas de Penny golpeteando la madera lo llenó todo. Estaba pensando. Siempre hacía ese gesto cuando pensaba.

—Vale, vale… lo entiendo. Pero eso no quita que tengas que disculparte. Por huir.

—Lo sé. Me has pillado a punto de mandarle un mensaje…

—¡No! Dios, Reece, uno no se disculpa por algo así con un mensaje. Tiene que ser cara a cara, tienes que ir directamente y… en fin, decirle que te sentiste sobrepasado y…

—Ughhh… —quejumbroso, el nieto de la señora Sargent se dejó caer sobre la cama.

—¡Vamos! ¡No me seas quejica! Los huevos que le echas en el campo también sirven para estas cosas, ¿sabes?

Ambos rieron a la vez. Siempre era divertido escuchar a Penny decir esas cosas, ella que siempre era tan medida, tranquila y educada. Pero tenía razón. No podía hacerle daño a Beau de ese modo y esperar que un mensaje fuese suficiente. El mundo no funciona así.

—¿Cómo se llama? —la voz de Penny lo devolvió a la conversación—. El chico.

—Beau —una sonrisa tonta se pintó en los labios de Reece.

—Dios, es el nombre más americano del mundo. Si me dices que va acompañado de un Junior, no voy a poder evitar bromear al respecto.

De nuevo, compartieron una risa tonta.

—¿Y cómo es?

Reece suspiró.

—Es… un bocazas. No tiene puto filtro, ¿sabes? Parece que las cosas le vengan a la cabeza y no sea capaz de contener el impulso. Me gusta su carácter, me gusta que sea directo, me… encanta su sentido del humor. Es… compasivo… sensible… Y, joder, tiene la cara más bonita que he visto en mi vida. Te lo juro —suspiró—. Fui un gilipollas cuando lo conocí. Pero, cuanto más tiempo paso con él, más… complicado me resulta quitármelo de la cabeza. Y le encantan las vacas —frunció la nariz—. No sé por qué me parece tan adorable…

—¿Beau qué?

Reece frunció el ceño.

—Sinclair… ¿Por?

—Lo estoy buscando en Instagram.

—¡Dios, Penny, no! —exclamó, escondiendo el rostro contra el brazo con vergüenza.

Pero no hubo forma alguna de evitarlo.

—¡Ay, pero qué monooooooooo! Tiene ojos de cervatillo, *awww*.

—¡Para! No sé para qué te cuento nada…

Dios, ni que fuera un maldito adolescente. Aunque una parte de sí mismo entendía a Penny. En todos los años que habían pasado juntos, Reece no había hablado nunca de nadie como acababa de hacerlo de Beau, solía ver a sus relaciones puntuales como eso, alguien con el que divertirse una noche y asegurarse de que no supondría un problema al día siguiente.

Era la primera vez que compartían un momento así y, para ser justos con la realidad, él había reaccionado del mismo modo cuando Penny le había confesado que estaba colada por Alex. Un poco de venganza era lo justo.

—Vístete, ve a su casa y pídele perdón. Con un poco de suerte, las cosas acabarán igual que cuando me declaré a Alex.

Y teniendo en cuenta que la confesión de Penny había acabado con ambas mujeres teniendo una noche de sexo salvaje, las connotaciones eróticas de aquel comentario no le pasaron por alto.

—Basta, Penélope.

—Vale, vale —rio—. En fin, te tengo que colgar, he quedado para comer con tu madre.

—¿Con mi madre?

—Sí, tus padres han venido a verme unos días. ¿Es que no te parece bien?

—No, no, es solo que… con el divorcio pensé que…

Penny suspiró.

—Reece, nos divorciamos porque ya no quiero seguir con esta mentira, pero nuestra vida sigue siendo la misma. Te quiero como siempre y a tu familia también. Aunque no les hayas contado nada todavía, no pienso distanciarme de ellos por… bueno, en fin, ya sabes.

Reece presionó los labios, dudó un momento.

—¿Le has contado a mi madre que…?

—No, claro que no. Le he dicho lo mismo que a todos. Que nos queremos mucho, pero nos hemos dado cuenta de que lo nuestro ya no es *eso*, sino que nos vemos más como familia y nada más. Mutuo acuerdo, sin malos rollos, todo bien.

—Bien, gracias.

—Aunque, Reece… se lo vas a tener que contar tarde o temprano. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé.

Y aunque no le daba miedo la reacción de su madre, la de su padre era otra cosa.

—Solo necesito un poco más de tiempo y… distancia. Para pensar —añadió.

—Claro, tranquilo… En fin, hablamos más tarde si quieres, ¿vale?

—Claro… dale un beso a mi madre de mi parte.

—Lo haré. Te quiero.

—Y yo a ti.

Ambos colgaron a la vez. Las palabras de Penny resonaron en su cabeza de nuevo.

«Reece, uno no se disculpa por algo así con un mensaje. Tiene que ser cara a cara, tienes que ir directamente y… en fin, decirle que te sentiste sobrepasado y…»

¿Pero cómo? ¿Se plantaba en su casa sin más? ¿Y si Beau estaba enfadado con él?

Necesitaba una razón, una excusa para poder justificar aquello. Por suerte, no tardó en recordar algo que el chico le había dicho la

noche anterior.

«Es un obseso de los Cavaliers. Desde que se enteró de que eres nieto de la señora Sargent lleva dándole vueltas a cómo pedirte que le firmes una camiseta».

No lo pensó dos veces. Reece salió de la cama con cierta prisa, se quitó la ropa y se la cambió por uno de sus conjuntos para salir a correr, rebuscando después entre sus cosas para encontrar alguna de sus camisetas de los Cavaliers. Después tocó buscar un rotulador, uno con el que plasmó su firma encima del escudo.

Salió del cuarto con la misma prisa que había hecho todas aquellas cosas, bajando los escalones de dos en dos mientras se ponía los auriculares. En la cocina podía escucharse la música de la radio; su abuela ya se había levantado.

—¡Salgo a correr! ¡Vuelvo en un rato! —exclamó antes de dar un portazo.



I wish Friday could last forever.
I held her close to me.
I couldn't bear to leave her there

Cuando Reece llegó a la residencia de los Sinclair, todo estaba demasiado silencioso como para ser considerado normal. La camioneta no estaba en la puerta, no había luces, ruido, tampoco ventanas abiertas… Allí no había nadie, y era extraño dadas las horas.

Aun así, el nieto de la señora Sargent llamó de nuevo a la puerta, como si fuese posible que no lo hubieran escuchado la primera vez y, de la nada, apareciera Beau para abrirle. *Beau*. Lo imaginó al otro lado de la puerta, despeinado, con ese toque somnoliento tan adorable, con una camiseta ancha y… Sacudió la cabeza.

No. Nadie abrió.

Reece suspiró, quizás había vuelto a la barbacoa después de lo sucedido en el campo de rugby, quizás se había quedado a dormir donde los Halpert. Mierda, debía ser eso. Por allí no pensaba dejarse caer, iba a tener que intentarlo más tarde.

Dio un paso atrás, dispuesto a marcharse, pero no lo hizo. Se colocó la camiseta sobre el hombro y llevó las manos a los bolsillos para poder buscar el móvil. Penny había dicho que nada de mensajes, pero una llamada tal vez no era tan malo.

Se llevó el teléfono a la oreja. Escuchó el tono resonar varias veces.

Nada, saltó el contestador.

—Beau, soy Reece. Ehm… estoy en tu casa, he… venido porque quería hablar contigo sobre lo de anoche y… Mira, no… quiero decirte esto por teléfono, ¿vale? Cuando oigas este mensaje dime dónde estás y… nos vemos… —presionó los labios.

«Tengo ganas de verte» quiso decir.

Pero no pudo. Sin añadir nada más, colgó.

22.



One sentimental moment in your arms,
is like a shooting star right through my heart.
It's always a rainy day without you.

El lunes llegó sin noticia alguna de Beau.

Tras aparcar el coche frente al campo de rugby, listo para un nuevo entrenamiento, Reece se tomó unos segundos para revisar si había decidido dar señales de vida. Pero no fue así. Su mensaje en el contestador seguía sin respuesta, tampoco tenía nada nuevo en Whatsapp. Resopló y se frotó la cara con ambas manos.

Estaba un poco preocupado, no iba a mentir. A lo largo del domingo, había vuelto a dejarse caer por la casa de Beau y encontrado la misma estampa que las otras veces. Silencio, nada de luz, la ausencia de la camioneta… Se habían marchado. ¿Pero dónde? Esa información no era de su incumbencia y, aun así, se moría de ganas de saberlo.

Bajó del coche y cogió su mochila de entrenar, cruzando la calle para poder ir hasta el campo. Una pequeña parte en su interior

guardaba la esperanza de llegar y ver a Beau de pie junto al entrenador Hunt, descubrir que había tenido que irse por cualquier razón fuera del pueblo pero que estaba de vuelta y nada molesto con la huida tras el beso.

Otra parte, mucho más grande, era consciente de que aquello era una gilipollez.

—Buenas tardes —dijo Hunt al verle llegar, sin levantar la vista de su teléfono.

Por supuesto, estaba completamente solo.

—Buenas tardes —respondió Reece.

Se mordió el labio inferior, dudó, aquella pregunta ansiaba salir de su boca como un torrente incontrolable. Y así iba a hacerlo, sus labios se entreabrieron incluso para decirla, pero el entrenador Hunt se adelantó a hablar.

—Se cancela el partido de este sábado. No vamos a Portia.

Reece frunció el ceño.

—¿Cómo? ¿Por qué?

El hombre levantó los hombros y guardó el móvil en el bolsillo del pantalón.

—Eso estaba intentando averiguar. Lo único que sé es que este fin de semana jugamos en casa; el próximo, nada; y el otro, fuera —Hunt suspiró—. Yo que quería ir una vez más a «El gallinero»…

—¿«El gallinero»?

—Un local increíble en Portia…

—Cierto, lo mencionaste… Esto trastoca todo lo que teníamos preparado. Vamos a tener que revisar la estrategia, buscar a nuestro nuevo rival —resopló.

—Ya… —Hunt le palmeó el pecho con un toque de sorna—. ¿Recuerdas que esto sigue siendo amateur y por diversión o…?

Reece esbozó una sonrisa chulesca en los labios.

—Soy todo un profesional, nunca juego a medias —aseguró, extendiendo los brazos.

El entrenador puso los ojos en blanco y echó a andar, acompañando sus pasos de un suave cabeceo que marcaba el camino.

—Anda, vamos a empezar con el entrenamiento, *campeón*.

Reece siguió los pasos de Hunt. Sin cuidado alguno, lanzó su bolsa de deporte a un lado sobre el césped, acelerando el paso para volver a andar a la misma altura.

—¿No esperamos a Beau? —preguntó, girando ya en círculos en el cuello, moviendo los brazos arriba y abajo en preparación para el calentamiento.

El entrenador frunció el ceño.

—Creía que Sinclair había hablado contigo, me dijo que sí. Se ha marchado con su hermano y su cuñada a ver pisos a la ciudad. Iban a irse el fin de semana pero, por lo visto, les surgió una oferta y decidieron lanzarse de cabeza —levantó los hombros.

Se había marchado. Por una oferta.

¿Aquello era verdad o la excusa que Beau había inventado para poder huir de él? Reece tomó aire por la nariz y, tras esforzarse en dibujar una sonrisa lo más convincente posible, se dio un golpecito en la frente.

—Dios, qué idiota. Es verdad, me mandó un mensaje el sábado para avisarme.

—Ya… Carrera continua, diez vueltas al campo.

El silbato del entrenador Hunt solo tuvo que sonar una vez para hacer que Reece obedeciera. Ni un perro entrenado por Pavlov lo habría hecho tan rápido.

No necesitó más de una primera vuelta para darse cuenta de que algo no iba bien. No *algo*, lo de siempre. Esa sensación extraña que hacía que todo a su alrededor se volviera difuso, como si su cerebro se desconectara de la realidad y su ser abandonara ese cuerpo que en su día a día le servía de coraza. Volvía a verse desde fuera, como un ente flotante alejado de todo, sin saber cómo volver.

«Se ha marchado con su hermano y su cuñada a ver pisos a la ciudad».

La imagen de Beau en mitad del campo de rugby.

«Se ha marchado con su hermano y su cuñada a ver pisos a la ciudad».

Los fuegos artificiales estallando en el cielo.

«Se ha marchado con su hermano y su cuñada a ver pisos a la ciudad».

Su dedo recorriendo una de las cicatrices del rostro de Beau.

«Se ha marchado con su hermano y su cuñada a ver pisos a la ciudad».

El beso.

«Se ha marchado con su hermano y su cuñada a ver pisos a la ciudad».

Su mano revolviendo su cabello.

«Se ha marchado con su hermano y su cuñada a ver pisos a la ciudad».

Le había dejado solo. Era un cobarde. Le había hecho daño a quien no lo merecía.

Reece no se sentía cansado. No sentía la brisa golpear su cuerpo, el sol acariciar su piel con sus rayos. El sonido de sus pies haciendo crujir la hierba se fue distorsionando hasta el punto de volverse un zumbido ensordecedor.

La voz de Penny resonó extraña en su cabeza, más grave, ralentizada.

«Alex pregunta si sigues sintiendo algo».

No sentía nada.

Y aun así no dejó de correr.

❖

—¡Sargent!

La voz del entrenador Hunt llamó la atención de Reece, que, a no mucha distancia, se encontraba de rodillas sobre la hierba sujetando los pies de otro compañero durante una nueva serie de abdominales. En cuanto el entrenador hizo un gesto con los dedos pidiendo que se acercara, el nieto de la señora Sargent se puso de pie de un brinco y se acercó a él, encontrando a Kurt también de pie a su lado.

—Ashby necesita ayuda con los placajes, hazle de compañero, ¿de acuerdo?

Reece asintió y dio un par de pasos atrás, colocándose en su lugar.

—Primero, corrige la postura. Baja el centro de gravedad. Rodillas flexionadas, espalda recta… no te inclines hacia delante —dijo Hunt, y le dio un toque en el hombro a Kurt para recolocarlo—. Así, estable. Sargent será quien venga a ti.

Tras un nuevo gesto con los dedos, Reece asintió y se acercó con trote ligero.

—El contacto no es con los brazos —explicó—. Sino con el hombro. Aquí —palmeó la parte lateral de su cuerpo—. Zona media, más o menos a la altura de la cintura. Si vas demasiado alto, Sargent te arrastrará. Si vas demasiado bajo, te pasará por encima.

Con Kurt listo, Reece aceleró el paso.

—Paso corto, tienes que empujar con la pierna.

El choque fue leve, controlado. Kurt llegó tarde, dudó demasiado y sus brazos rodearon a Reece sin la fuerza suficiente para conseguir moverlo. El nieto de la señora Sargent cogió a su compañero de los brazos y bajó la mirada, podía ver sus dedos sobre la carne ajena, pero no la sentía al contacto. ¿Lo tenía agarrado de verdad? Sus dedos se curvaron, apretaron con fuerza los brazos ajenos buscando cerciorarse de ello.

—Joder, tío, no aprietes tanto —exclamó Kurt, quitándose de malas maneras.

La espalda de Reece se tensó y levantó una mano a modo de disculpa. Movió los dedos. Su mirada bajó hasta posarse en estos.

Los veía moverse, flexionarse, pero no sentía que lo estuviera haciendo realmente. Su respiración no tardó en acelerarse.

—Sargent, hazle una demostración práctica —dijo el entrenador.

Tras asentir, el nieto de la señora Sargent dio varios pasos atrás y adoptó postura. Kurt empezó a correr, no muy rápido al principio, pero fue cogiendo algo de impulso a medida que iba recortando distancias. Reece se agachó en el último segundo: espalda firme, mirada fija, un paso corto hacia delante… sus cuerpos iban a chocar como meteoritos.

Y aun así, no sintió nada.

Su hombro impactó contra el torso de Kurt mientras sus brazos envolvían las piernas, y en un movimiento continuo lo empujó hacia un lado hasta hacerlo perder el equilibrio y caer sobre la hierba. Sin violencia, pero con la pulcritud que sus movimientos expertos siempre le otorgaban.

Reece se quedó de pie, quieto. A sus pies, Kurt se encontraba tumbado en el suelo.

—¿Lo has notado? —la voz del entrenador Hunt se hizo paso entre las ideas difusas—. No es fuerza. Es técnica y decisión, ¿comprendes?

Kurt asintió.

—Una más, vuelve a placar a Sargent, como él lo ha hecho.

Kurt respiró hondo, bajó la postura y fijó la mirada en el centro del cuerpo ajeno. Reece avanzó. De nuevo, el sonido de la hierba bajo los pies sonaba amortiguado y lejano. Cuando Kurt entró, lo hizo con el hombro primero; sus piernas empujaron y sus brazos se cerraron después del impacto alrededor del cuerpo. No fue perfecto, pero sí mejor.

—¡Bien, Ashby, bien! —aplaudió Hunt, acercándose—. ¿Lo has sentido? ¿El impacto?

«¿Lo has sentido?»

«¿Lo has sentido?»

«¿Lo has sentido?»

Se estaba agobiando. Estaba irritado. Estaba…

—¿Qué pasa, Sargent? ¡En nada te voy a robar el sitio de estrella del equipo!

Y aunque las palabras de Kurt eran una broma evidente, a Reece cada una de ellas se le clavó como una daga en el pecho. Como un cohete al que se le consume la mecha, el nieto de la señora Sargent no pudo reprimir un estallido, uno que se tradujo en un firme empujón al pasar por el lado de Kurt, alejándose, con la sensación de que todo a su alrededor se iba desdibujando más y más hasta convertirse en una simple mancha borrosa.

—¿De qué vas, tío? —escuchó a Kurt decir en la lejanía aún estando cerca.

—Que te jodan —farfulló como toda respuesta.

Aquello no era culpa de Kurt. Si alguien tenía la culpa eran él mismo y su cerebro; sin embargo, en momentos como aquel, en el que el mundo se volvía tan pesado y todo lo asfixiaba, lo que Reece quería era alejar a ese mismo mundo de su lado. Y no había forma de alejar a los demás más efectiva que comportarse como un imbécil.

En aquel instante se alegraba de que Beau estuviera lejos, en la ciudad. Ya le había hecho bastante daño con sus decisiones del Cuatro de julio como para herirlo más.

Una mano lo cogió con firmeza del brazo y tiró de él, haciéndolo girar hasta quedar cara a cara de nuevo. Reece no fue consciente de ello hasta girar del todo, hasta ver al entrenador Hunt con el ceño fruncido frente a él.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó.

Cada palabra sonó distorsionada, grave, lenta, con un eco extraño que despertó en Reece la misma sensación que le provocarían unas uñas deslizándose sobre una pizarra. Presionó los labios y se llevó ambas manos a la cara; sus dedos se curvaron, apretaron su piel con fuerza. Una parte de sí mismo ansiaba que pudiesen llegar hasta el

cerebro, escarbar en él y encontrar lo que fuese que estaba mal, aquello que lo hacía sentirse así…

Pero no podía. Y eso solo hacía que su frustración creciera más y más. El entrenador Hunt le preguntó algo más, pero sonaba tan retorcido y lejano que Reece no fue capaz de comprender qué era.

—¿A qué ha venido? A que no me gusta que me haga perder el tiempo ayudando a un jugador mediocre a aprender a placar. Me apunté al equipo para poder seguir entrenando y mantenerme en forma para volver a la liga profesional, no para hacer estas tonterías.

Necesitaba alejarlo, necesitaba que el entrenador decidiera no volver a dirigirle la palabra y, para ello, tenía que ser una vez más un gilipollas. Al ver la mueca en el rostro de Hunt algo dentro de él se rompió. No estaba enfadado, estaba decepcionado, triste por escucharle decir algo así. Y eso lo mataba por dentro.

Por un instante pensó en disculparse, pero las palabras no salieron.

—De acuerdo, si eso es lo que piensas, voy a librarte de la carga de tener que entrenar con gente que no está a tu altura. Coge tus cosas y vete a casa. La tarde ha terminado para ti —sentenció Hunt. Dio un paso atrás, pero terminó por volver a acercarse—. De hecho… no vengas en toda la semana. Tampoco el sábado. No estás convocado.

Esta vez sí, el entrenador se marchó de vuelta con sus jugadores.

Y aunque Reece podría haber dicho algo, no lo hizo. Las palabras le quemaban en los labios; el impulso de salir corriendo e intentar explicar a Hunt lo que le pasaba en la cabeza, lo abrumado que se sentía, estaba presente. Pero ninguno se materializó.

Lo vio marchar y, sin vacilar, se fue en sentido contrario, en busca de su bolsa para poder volver a casa.

23.



Somebody.
Ooh, somebody.
Can anybody find me somebody to love?

Tras secarse las manos a conciencia, Reece apagó la música que salía de su teléfono y cogió el móvil para poder salir del cuarto de baño. Aún atusándose el pelo con una toalla, tomó asiento en la cama.

La luna ya lucía en lo alto del cielo de Whitefish y el nieto de la señora Sargent acababa de volver de su segunda tanda de *running* del día. Normalmente solo salía a primera hora de la mañana, pero, dado que tenía prohibido pasarse aquella semana por el campo de rugby, necesitaba hacer algo que le convenciera de que no iba a perder la forma.

Suspiró y lanzó la toalla a un lado, desbloqueó el teléfono y entró en whatsapp por millonésima vez en lo que iba de día. Tenía mensajes de su madre, de Penny, de un par de compañeros de los Cavaliers… Pero ninguno de Beau.

Jueves. Era ya el maldito jueves.

Cinco días sin saber nada de él, cinco días que le parecían años.

Se mordió el pulgar varias veces. Joder, la había cagado con él de una forma que se preguntaba si tendría solución. No, no quería pensar esas cosas. No podía o… Cerró los ojos, tomó aire por la nariz y abrió el chat decidiendo que la tontería se acababa en ese instante.

Reece: Hey

Reece: He oído que estás en la ciudad buscando piso

Reece: Pero parece que te haya tragado la tierra

Reece: No sé si tu desaparición se debe a lo que pasó entre nosotros

Reece: Pero si es así lo siento

Reece: Por favor háblame

Reece: Te echo de menos

En silencio leyó los mensajes varias veces, terminando por borrar los dos últimos.

Reece: *Este mensaje fue eliminado*

Reece: *Este mensaje fue eliminado*

Observó el resto, dudó, pero, con un movimiento rápido del pulgar, también borró los demás. Un sonoro resoplido brotó de sus labios y, molesto consigo mismo, lanzó el teléfono a un lado haciéndolo rebotar contra el colchón.

Los codos de Reece se clavaron contra sus rodillas y se echó hacia delante. Colocó las manos a la altura del rostro, sin cubrirlo, solo para poder ver los dedos de cerca. Los extendió y los encogió varias veces, haciendo después girar las muñecas.

No los sentía tan lejanos como el lunes, pero seguían sin estar del todo presentes.

Un golpe seco hizo que saliera de sus pensamientos: el sonido de algo cayendo y golpeando el suelo con fuerza. Con paso acelerado salió del cuarto y recorrió el pasillo rumbo a la escalera, encontrando al final de esta a su abuela cargando con una maleta a la que le faltaba uno de sus ruedines.

—¿Pero qué haces? —preguntó, bajando los escalones de dos en dos—. Te harás daño.

—Te he estado llamando, pero como no respondías…

—Estaba en la ducha, con la música, yo… —suspiró—. No importa, ¿qué necesitas?

—El hijo de Mary ha dicho que vendrá ahora a meter mis maletas en su coche para mañana, así que las estaba dejando en la entrada para que no tenga que subir y…

—¿Maletas? ¿Mañana? —Reece frunció el ceño y se cruzó de brazos.

Su abuela suspiró y le dio una suave palmadita en el pecho.

—¿Ves cómo no me escuchas nunca? Me voy con las chicas a nuestro fin de semana anual, ¿recuerdas? Nos ayudaste a comprar las entradas para…

—Mamma Mia, cierto. Perdona, tengo la cabeza un poco dispersa últimamente.

—Bueno… mañana me voy con las chicas y volveré el domingo por la noche. Iremos a ver Mamma Mia, al casino…

—¡Wow! ¿Casino? ¿Pero tú estás loca?

La señora Sargent rio, dejando atrás a su nieto para volver a la escalera.

—*Tranquiiiilo*, soy buena con las cartas, pero sobre todo sé cuándo parar.

Reece titubeó. Quiso decir algo que pudiera disuadirla de sus planes, pero conocía a su abuela lo suficiente como para saber que, dijese lo que dijese, iba a caer en saco roto. Así que calló, sacudió la cabeza y fue hasta las escaleras, subiendo por estas.

—¡Yo bajo lo que falta! ¡Espera ahí! —exclamó.

Una maleta y un bolso de flores más tarde, todas las cosas de su abuela estaban listas en la puerta esperando a ser recogidas por quien fuese el «hijo de Mary». Pasada incluso la hora de la cena, el tipo todavía no había aparecido, tampoco cuando, tras lavar los

platos, ambos se acomodaron en los sofás del salón para ver la televisión.

Aquella noche no echaban la serie del perro policía, sino otra de las que le gustaba a su abuela, de un policía londinense que se veía forzado a ir a trabajar a una isla paradisiaca.

Reece la veía con cierta desgana, bajando la mirada a su teléfono cada dos por tres, mientras su abuela hacía punto en silencio. Seguía sin novedades de Beau.

—¿Esperas algo importante? —la voz de la anciana llenó el salón.

—¿Cómo?

—No paras de mirar el móvil.

—Oh, ehm…

«Por Dios, Reece, miente. Encuentra una historia convincente».

—Estoy esperando un mensaje del entrenador Hunt sobre cómo ha ido el entreno.

La anciana dejó caer la lana y las agujas sobre su regazo de golpe.

—¡Cierto! Se me ha hecho raro que no hayas ido a entrenar hoy. Tú no eres de esos que se toman el día libre —la señora Sargent frunció el ceño—. ¿Ha pasado algo?

Como un niño avergonzado, Reece bajó la cabeza.

—El entrenador me ha sancionado por responderle de forma poco aprop…

No tuvo que terminar la frase para ver una bola de lana rosa volar hasta su regazo. Levantó la mirada. Su abuela se la había lanzado a modo de reprimenda y, ahora, lo apuntaba con el dedo con expresión evidentemente molesta.

—Que sea la última vez que Willis recibe por tu parte una mala palabra, ¿estamos? Es un hombre encantador y no se merece menos que tu total respeto.

Reece asintió. Su abuela tenía razón. Más allá de pura testarudez no había razón alguna para combatir contra tal evidencia. La anciana suspiró.

—¿Por qué lo has hecho, Reece? Si tú eres un encanto…

El nieto de la señora Sargent bajó la mirada. A sus pies, Sardina lo observaba con ese deje de curiosidad que hasta parecía que él se estuviera preguntando lo mismo. Llevó la mano a su cabeza y la acarició con mimo.

—Estaba abrumado y lo pagué con quien no debía. Le pediré perdón en cuanto lo vea y te aseguro que nada similar volverá a pasar. De verdad —respondió, con honestidad, dejando detalles estratégicamente obviados y la mirada clavada en la ajena.

Su abuela le creyó por completo. La dulce sonrisa que se pintó en sus labios fue prueba de ello. Se echó a un lado y cogió su pequeño cesto de mimbre, colocó todas sus cosas de costura en él y, con el regazo despejado, lo palmeó para invitar a Reece a acomodarse sobre este. Adoraba hacerlo desde que era niño. Cuando tenía la cabeza sobre el regazo de su abuela y sentía sus dedos en el pelo, por un instante, podía creer que el mundo era bueno.

Por esa misma razón no dudó en obedecer, cambiando de sofá, colocando la cabeza boca arriba sobre el regazo de su abuela al mismo tiempo que Sardina decidía buscar también acomodo con ellos. Reece suspiró, cogió al gato con cuidado y se lo colocó encima, acariciando su cabecita en cuanto este encontró postura.

—¿Por qué te has cortado tanto el pelo? —preguntó Margery.

—Según internet, es la primera cosa que debe hacer uno cuando se divorcia.

Su abuela puso los ojos en blanco.

—No seas dramático. Ya sabes lo que pienso de tu divorcio… ya era hora. Desde que me lo contasteis llevo esperando a que os dierais cuenta de que estar juntos era una pérdida de tiempo. Malgastar vuestra juventud atados a alguien a quien no queréis… *pff*.

Reece suspiró. Aunque su abuela siempre había adorado a Penny y la veía como una nieta más, era una mujer demasiado espabilada como para no darse cuenta de que lo que tenían no era un matrimonio convencional. En una de las visitas que les había hecho la mujer a Birmingham, ambos habían decidido ser honestos con ella, contarle todo y pedirle que les guardara el secreto, que fuese su cómplice.

A Margery le había parecido divertido al principio, pero, a medida que los años habían ido pasando, su insistencia en que debían ser libres y buscar un amor de verdad se había vuelto algo del día a día. A su abuela poco le importaba el mundo del rugby o lo que la gente pudiera pensar. Todo lo que quería era la felicidad de su nieto y, aseguraba, esta no iba a ser completa mientras se negara a sí mismo sentir de verdad.

«¿Y cuándo vas a buscarte a un buen chico? ¿O es que lo de Penny va a ser para siempre?» le había preguntado una vez, mientras compartían unas gyozas en su restaurante favorito de toda la capital inglesa. Reece había elegido no responder y seguir comiendo.

—Necesitaba un cambio, eso es todo —decidió decir finalmente.

—Ya… ¿Estarás bien estos días sin mí?

Reece frunció el ceño y miró de nuevo a su abuela directamente.

—Claro que estaré bien, no soy un niño —levantó los hombros—. Ve a tu viaje, disfruta y no te comas la cabeza pensando en mí ni en… nada de eso.

Se observaron en silencio unos segundos. En el rostro de Margery había un rastro de duda que preocupó a Reece. Sin embargo, tras unos instantes, terminó por asentir y volver a acariciarle el cabello con mimo.

—Cualquier cosa…

—Te llamo. Pero no va a hacer falta porque, repito, no soy un niño.

—¿Entonces no tengo que preocuparme por si montas alguna fiesta o traes a algún chico a casa?

Reece fue ahora quien puso los ojos en blanco, decidiendo no responder. La mano con la que todavía acariciaba el lomo de Sardina se movió hasta el bolsillo del pantalón, sacando el móvil y pulsando el botón lateral para encontrarse, por millonésima vez, con que no había mensajes nuevos.

Suspiró y colocó el móvil boca abajo sobre el pecho.

—¿Nada todavía de Willis? —preguntó Margery con sorna.

—Estoy también esperando un mensaje de Beau, ¿contenta? Se ha ido a ver pisos y me ha dicho que me enseñaría unas fotos, que quería mi opinión.

Y aunque aquello no era cierto, ¿qué iba a hacer? ¿Contar la verdad? Ni muerto.

—¿Se ha ido a ver pisos? ¡Que bien! Temía que no encontrara nada al final, con lo mucho que lo merece... Beau es tan buen chico, ¿verdad?

—Sí, claro… En fin, al parecer vieron una ganga y se han ido corriendo a ver qué tal. No sé más… —Reece presionó los labios, pero las palabras salieron de todos modos—. Oye… ¿Tú sabes qué le pasó? En plan… —con uno de los dedos se señaló la cara.

—¿Las cicatrices? Sí, claro, me lo contó hace tiempo. Cuando tenía siete años, su familia tuvo un accidente de coche. Por lo visto, un conductor se saltó un stop y se estampó contra el lateral del coche en el que iban. Beau iba detrás con su madre. Las ventanas estallaron y los cristales… bueno, te puedes imaginar lo que hicieron —suspiró—. Estuvo un tiempo en el hospital. Con el golpe, su cuerpo se desplazó, haciéndole chocar contra la puerta y... Dios, no lo quiero ni pensar —Margery se santiguó dos veces —. Mi pobre niño. Y Emmet… —suspiró—. Sus padres fallecieron en el acto y ellos… quedaron solos.

La mano de su abuela descendió del pelo hasta su mejilla. La acarició despacio, cosa que hizo más sorpresivo el hecho de que decidiera darle dos fuertes palmadas contra esta de sopetón. Reece abrió bien los ojos y se incorporó de golpe. Sardina se asustó tanto que salió corriendo lejos del salón.

—¡Hey! —se quejó, frotándose la mejilla a la vez.

—Por eso mismo te digo siempre que vayas con cuidado cuando conduces —dijo su abuela, apuntándole con el dedo—. Especialmente cuando vas con… ese bicho del demonio que tanto odio…

—¿La moto?

—¡Ni la menciones! ¿Cuándo vas a deshacerte de ella?

—¡No voy a deshacerme de la moto! ¿Sabes lo cómodo que es moverse por Birmingham con ella? —sacudió la cabeza.

—Bueno, pero vas a estar mucho tiempo en Whitefish, ¿no?

—¡Pero no eternamente! Pienso volver al equipo en cuanto…

¿En cuanto qué? Realmente no se había parado a pensar qué condiciones necesitaba para poder volver. Hasta donde sabía, las aguas con todo el tema de su pelea con el periodista se habían calmado y la gente no parecía estar enfadada con él. El tema de Penny, bueno, necesitaba que trabajaran en vender que seguían siendo amigos y todo estaba bien, pero tampoco parecía una tarea imposible. ¿Y entonces?

Quizás era que volver a Birmingham suponía aceptar que la vida debía cambiar.

Quizás era que Whitefish se sentía como una pausa en la que podía respirar.

—A mí me gustaría que te quedaras hasta que ya no esté.

—¡Ay, no! Por favor, la conversación sobre tu muerte otra vez no. Hoy no —se puso en pie y sacudió la cabeza. Aquel tema le ponía el vello de punta y le encogía el estómago.

Margery abrió la boca dispuesta a decir algo más. Sin embargo, el sonido del timbre la calló por completo. El hijo de Mary había llegado y debía ser atendido como tal.

Mientras escuchaba de fondo cómo su abuela hablaba con el hombre y le decía que estaba siendo de lo más amable por ayudarla con sus cosas, Reece recuperó el teléfono, olvidado sobre el sofá, e iluminó la pantalla, encontrándose con la misma visión.

La pantalla sin más. No había noticias de Beau.

24.



Ooh, love, ooh, loverboy.
What're you doin' tonight?

«Aprecio mucho tus palabras, Reece, y no dudo que tus disculpas sean sinceras, pero no creo que cambiar mi postura sea lo correcto. No quiero que juegues el sábado, tampoco que vengas al partido. Cuando la cagas tienes que pagar las consecuencias como cualquier otro; si no, ¿con qué cara les pido a los demás nada? Lo entiendes, ¿verdad?»

Aunque el sol todavía estaba por salir, Reece ya se encontraba corriendo por las calles de Whitefish, con Queen sonando a todo volumen por sus auriculares, pero con la cabeza en mil sitios a la vez. El mundo se desdibujaba todavía a su alrededor; se sentía lejano, y las palabras que había intercambiado la noche anterior con el entrenador Hunt no habían ayudado ni a deshacerse de aquella sensación ni a descansar.

Quizás su abuela tenía razón y eso de estar solo no era una buena idea.

Aunque tampoco era algo que pensara confesarle precisamente.

La necesidad de despejar la cabeza lo había llevado ahí, a estar corriendo con toda la velocidad que sus piernas le permitían, buscando de nuevo esa sensación, llegar a sentir algo lo suficientemente fuerte que lo agarrase y lo devolviera a la realidad. Pero no. Las luces de los locales, el sonido de las pocas personas que transitaban la calle… Nada parecía real.

Reece se detuvo de golpe, apoyó las manos sobre las rodillas y se echó hacia delante mientras tomaba una profunda inspiración. Soltó el aire de golpe y sacudió la cabeza, con los ojos cerrados, sumido en una oscuridad que resultaba más reconfortante que la realidad.

Sábado y sin poder jugar el partido. Sábado y sin noticias de Beau.

Se incorporó de golpe, echó la cabeza atrás y se frotó la cara con ambas manos. Lo que necesitaba era una botella de agua fresca, terminar su ruta y volver a casa. Sí, lo mejor que podía hacer era encerrarse con Sardina y desear que la próxima semana fuese amable.

Con paso tranquilo y tras quitarse los auriculares, Reece paseó calle abajo rumbo a una de las tiendas 24h a las que solía ir cuando corría por las mañanas. A medida que avanzaba por la zona, sus ojos no podían evitar saltar de un lado a otro, observando la sorpresiva cantidad de gente que poblaba la calle a medida que se acercaba a su destino.

¿Qué hacían allí? Dios, era como ver a una panda de zombies.

Oh, claro, volvían de estar de fiesta.

El propio Reece había recibido aquel *flyer* a principios de semana, cerca del centro iba a abrir un pequeño *after*, y muchos parecían estar emocionados por ello. A sus treinta años, pocas cosas le sonaban menos apetecibles al nieto de la señora Sargent que salir de fiesta y, especialmente, terminar en un *after*. No, gracias. Había tirado el folleto en cuanto las chicas que los estaban repartiendo dejaron de poder verle.

Al parecer, había sido el único.

En parte lo entendía, Whitefish no tenía nada de esa índole. Ni discotecas, ni nada similar, así que todos aquellos que se iban fuera para disfrutar de la vida nocturna seguro que se habían alegrado de que un local así llegara al pueblo. Desde su llegada, la primera mención que había escuchado sobre un local interesante había sido de labios del entrenador Hunt, «El gallinero» o algo así, y eso estaba en Portia.

En fin, para Reece solo era un motivo más por el que debía volver a casa.

Llegó a la tienda y abrió la puerta para dejar salir a dos chicas cargadas con dos enormes granizados de color rojizo. Ambas rieron y le dieron las gracias. El sonido de sus risas, distorsionado y agudo, le hizo sacudir la cabeza.

Iba a entrar. Pero una sola palabra fue suficiente para detenerlo.

—¡Beau! —exclamó una voz desconocida.

Reece dejó ir la puerta y giró con rapidez. Su cabeza se movió y sus ojos saltaron de un lado a otro de la calle buscando algo que le parecía imposible. Y aun así, la sola posibilidad, era más que suficiente para hacer que pusiera todo su empeño en ello.

Pero no podía ser. Beau Sinclair estaba en la ciudad viendo pisos.

Y como bien había dicho Penny, Beau era «el nombre más americano del mundo».

En la calle frente a la tienda 24h, había un párking, uno en el que ahora no solo se agolpaban coches sino también algunos pequeños grupos de gente que compartían alcohol y música demasiado alta para el gusto de cualquier vecino. De ahí, tambaleándose, después de tantos días lidiando con su ausencia, Reece vio a Beau aparecer.

Por primera vez, algo en el mundo que lo rodeaba empezó a volverse menos borroso.

No del todo, pero *él* sí. *Él* con el pelo echado hacia atrás, crop top blanco y pantalones con estampado de vaca que llamarían la

atención de cualquiera. *Él*, que giró con poca gracia para ver quién había llamado su nombre.

Ver aparecer a un hombre rubio hizo que Reece frunciera el ceño, un gesto que se volvió más pronunciado cuando el rubio en cuestión colocó las manos en la cintura de Beau y tiró de él de forma brusca para acercarlo. El tipo sonreía y acortó toda distancia para decirle algo en la oreja; sin embargo, en el rostro de Beau solo podía verse una mueca contrariada y cómo intentaba zafarse del agarre pobremente.

Una de las manos de Beau se colocó contra el pecho del rubio e intentó darle un empujón con el que marcar distancia, pero estaba demasiado bebido y el atino de sus intenciones parecía esquivo. El tipo ignoró aquel gesto, abrazó con más fuerza a Beau y volvió a hablarle al oído antes de hacerlo andar junto a él quién sabe hacia dónde.

No tuvo que pensarlo dos veces. Sin contemplar siquiera que iba a cruzar una calle por la que podía pasar cualquier coche y llevárselo por delante, Reece salió corriendo en dirección a ellos, alcanzándolos cuando el tipo abría la puerta de un coche con un pez hortera colgando del retrovisor. De hecho, Reece apoyó su mano contra la puerta y la cerró con una fuerza que resonó en la calle e hizo al rubio dar un brinco antes de mirarlo.

—¿Pero qué cojones haces tío? —preguntó con el ceño fruncido.

Oh, mierda, no se había preparado una respuesta para esa pregunta.

—¿Sargent? —la voz de Beau le acarició los oídos. Aunque sonaba pastosa por el alcohol, la había echado tanto de menos que hasta así le resultaba agradable.

—¿Conoces a este, tío?

El menor de los Sinclair asintió.

El tipo dibujó una sonrisa amable en los labios, apartó la mano que tenía en la cintura de Beau y giró hasta quedar encarando del

todo a Reece. Aunque era alto y estaba fuerte, era evidente la diferencia de tamaño de ambos y, quizás por eso, decidió tomar una postura conciliadora en el asunto.

—¿Pasa algo?

Reece tomó aire por la nariz y se cruzó de brazos.

—He visto cómo Beau salía del parking. Ha bebido y no quiero que le pase nada.

—Tío, no sé qué te has imaginado, pero… Beau y yo somos colegas, jamás dejaría que le pasara nada. De hecho… —miró de reojo al menor de los Sinclair—. Voy a llevarlo a casa.

—No es lo que me ha parecido. He visto cómo lo agarrabas, cómo él ha intentado varias veces que lo dejaras ir y tú has hecho como si nada…

El tipo se esforzó en reír, mostró ambas manos.

—Eh, eh, tranquilo. En serio, te estás montando una película. Se nota que eres buen amigo, pero le estás dando demasiada importancia a una tontería —chasqueó la lengua—. Mira cómo está, necesita una ducha y dormir la mona. Así que relaja, ¿vale? Me lo llevo a casa y listo —el rubio abrió la puerta de nuevo pero, con otro gesto brusco, Reece la cerró.

—¿Dónde vive?

El tipo parpadeó, la incomodidad apareció en su cara por primera vez.

—¿Perdona?

—Has dicho que lo llevas a casa. Entonces sabrás decirme dónde vive.

—Claro que lo sé —respondió, demasiado rápido—. Pero no entiendo a qué viene esto.

—Viene a que acabo de ver a Beau sin poder mantenerse en pie… —su voz bajó, más controlada—. Y a ti pegado a él, guiándolo hacia tu coche. Y ahora resulta que vas a llevarlo a casa… cuando ni siquiera sabes dónde vive.

—¿Perdona? Mira, te estás pasando.

—Puede. Pero lo único que tengo claro ahora mismo es que, si no escucho de tu boca dónde vive Beau, vamos a tener un problema.

El tipo dudó un momento, volvió a mirar de reojo a Beau, pero terminó por levantar ambas manos y, sin soltar palabra alguna, se alejó de ambos, rodeando el coche para poder montar en él y marcharse de allí. Reece tomó aire por la nariz. Si tenía que volver a cruzarse con ese tipo las palabras no iban a ser la primera opción.

Con la mirada siguió el camino del vehículo, descruzando los brazos cuando lo vio girar en la primera esquina. Devolvió de inmediato su atención a Beau. En aquel momento poco importaba el beso en el campo de rugby, la forma en que la había cagado con él, los días sin noticias… Lo único que importaba era asegurarse de que estaba bien.

Se acercó a él con prisa. Aquellas manos enormes que habían sido usadas cientos de veces para dar golpes y empujones se convirtieron al enmarcar su rostro en las más gentiles del mundo. Sus pulgares se deslizaron y trazaron arcos lentos sobre su piel.

—Por Dios, Beau. Dime que estás bien. Me muero si... —presionó los labios.

No era capaz de decirlo en voz alta, pero sus gestos hablaban por él.

—Bien… —farfulló finalmente, con voz pastosa, pero para Reece era suficiente.

Lo guió a acercarse, rodeó su cuerpo con ambas manos y lo abrazó de aquel modo que llevaba días deseando hacer. Sentir cómo las manos de Beau se aferraban a su ropa, aunque temblorosas, fue suficiente para hacer que sus labios se acomodaran sobre su hombro y dejaran varios besos lentos.

Sentir.

Sintió sus manos en la espalda, la caricia de su aliento al suspirar contra el cuello.

Reece se echó hacia atrás, llevó las manos de nuevo al rostro de Beau y lo enmarcó para hacer que lo mirara directamente.

—Te vienes a casa conmigo, ¿vale? Mi abuela no está, no te preocupes, allí podrás descansar hasta que se te pase el pedo y luego… ya veremos. ¿Quieres?

Beau asintió. Una vez más, sin pensar, llevado por el remolino de impulso que se congregaba en sus adentros, Reece besó la frente ajena despacio. Pudo sentirlo, cómo sus labios se pegaban a su piel, el tacto suave de esta, la sensación cálida activando todo su ser…

Lo dejó ir. Tuvo que hacerlo. Sin embargo, antes de empezar a andar juntos, se quitó la chaqueta de deporte que llevaba puesta y envolvió a Beau con ella, asegurándose de que estaba bien antes de rodearlo por los hombros para que pudiese andar con paso firme.

Beau había vuelto a Whitefish.

Beau estaba con él, estaba bien.

El resto daba igual.

25.



Beau despertó empujado por la extraña sensación de algo áspero frotando su nariz una y otra y otra vez. Abrió los ojos. Pegado a su cara, dándole lametones, se encontraba Sardina, que no tardó en analizarlo unos segundos antes de salir corriendo del cuarto.

Un sonoro resoplido brotó de sus labios antes de mover la cabeza y hundirla en la almohada, tomándose unos segundos para volver de verdad a la realidad. Le dolía la cabeza una barbaridad, sentía la garganta seca y todo lo sucedido la noche anterior estaba, cuanto menos, borroso. Solo recordaba la fiesta, beber, bailar y… Laramie.

Ay Dios, no habría hecho una estupidez, ¿verdad?

Levantó la cabeza de golpe. No, no podía ser. Cuando su cabeza decidió conectar las cosas como era debido, recordar que acababa de ver a Sardina fue suficiente para saber que no había pasado la noche con el policía. *Sardina*. Un momento. Su mirada se paseó por el lugar. Estaba en el cuarto de Reece, en la cama de Reece… *Jo-der*.

Haciendo acopio de todas sus energías y recibiendo un intenso pinchazo en la sien a modo de regalo, el menor de los Sinclair se incorporó y se quitó la sábana de encima, soltando un pesado suspiro al ver que seguía llevando la ropa de la noche anterior. No había pasado nada entre ellos; a lo sumo habían dormido juntos. Eso era algo que podía aceptar.

No es que la idea de que algo más pasara con Reece le resultara desagradable, más bien todo lo contrario. Pero, si pasaba, quería que fuera después de una conversación sobre lo sucedido en el campo de rugby y, sobre todo, quería ser capaz de recordarlo.

Beau se frotó la cara con insistencia. Dios, le iba a estallar la cabeza. Al descubrirse, a los pies de la cama, vio una toalla grande, una camiseta perfectamente doblada y una nota encima. Frunció el ceño y reptó hasta poder alcanzarla.

«Buenos días. Te dejo algo de ropa mía para que puedas darte una ducha y cambiarte. Si bajas a la cocina lo que llevabas ayer podemos lavarlo. He salido un momento a comprar unas cosas, en nada estoy de vuelta. No has hecho ninguna estupidez, no ha pasado nada por lo que debas sentirte avergonzado, tranquilo. Intenta sobrevivir a la resaca como puedas.

Reece».

No pudo evitarlo. Una sonrisa tonta se pintó en sus labios.

Beau dejó la nota a un lado y cogió la ropa en cuestión. Una camiseta amarilla de manga corta y unos shorts verdes que, puestos en él, estaba seguro iban a convertirse en unos pantalones largos. Nunca antes la diferencia de tamaño entre ambos le había resultado tan notoria. Suspiró y sacudió la cabeza. Lo mejor ahora era hacer caso, darse una ducha, ponerse ropa limpia y lidiar con la resaca y el día minuto a minuto.

Primero ducha. Después ropa limpia.

Sí, definitivamente aquellas pequeñas cosas podían arreglarle a uno el día.

Con el pelo húmedo y la camiseta enorme de Reece como atuendo, Beau salió de la habitación tras abrir la ventana, cargando con su ropa sucia y las sábanas de la noche anterior hechas un ovillo. Un maullido lo avisó de ir con cuidado mientras bajaba por los escalones, moviendo la cabeza, intentando no pisar a Sardina.

—Dios, cuidado, bichito —dijo, levantando el manojo de ropa un poco más, moviendo el pie para intentar no pisar el extremo de la sábana que colgaba por uno de los lados.

A mitad de la escalera, el sonido de la puerta al abrirse hizo que se detuviera. Reece había vuelto y el maldito estaba guapo a rabiar. Sus encantadoras gafas, la gorra al revés, la camiseta blanca de tirantes, los *joggers* grises… ¡No! El antiguo Beau Sinclair se habría quedado prendado de aquella imagen y permitido que fuese suficiente para acallar el remolino de sensaciones de sus adentros, pero el nuevo Beau Sinclair no.

El nuevo Beau Sinclair estaba herido por lo sucedido en el campo de rugby, asolado todavía por esa sensación de abandono que él le había despertado. Estaba guapo. Mucho. Incluso muchísimo. Pero eso no iba a ser suficiente para solucionar sus problemas.

—Hey, has despertado —dijo Reece, y dejó en el suelo la compra, acercándose.

—Sí —respondió Beau, aferrándose con más fuerza a la ropa entre sus manos.

—¿Cómo te encuentras?

—Resacoso de la leche…

El nieto de la señora Sargent rio brevemente.

—Lo imaginaba, por eso he ido hasta la tienda para hacerme con un par de cosas y prepararte un remedio casero para esa resaca.

Beau frunció el ceño.

—¿Remedio casero?

—Ajá. Alex solía hacerlo para Penny y para mí cuando, hace años, salíamos de fiesta. Un tomate, medio limón y una rodaja grande de

sandía. Sé que no suena a zumo tropical con sombrillita, pero te juro que está bueno y es antioxidante.

Sandía. A Beau le gustó pensar que había escogido hacerle aquel remedio porque sabía de su debilidad por aquella fruta. El recuerdo del Cuatro de Julio volvió claro a su mente. No de la noche en sí, más bien del regusto a sandía que encontró en los labios de Reece al besarlos. Los vellos de su nuca no tardaron en ponerse de punta.

Ambos se miraron en silencio. Reece fue el primero en apartar la mirada.

—También huevos y queso para hacerte una tortilla… —dijo, ligeramente acelerado, haciendo un gesto vago con la mano—. Si quieres, claro.

—Quiero. Es solo que… —sus miradas se buscaron— no quiero hacerme ilusiones. Ya sabes, esperar un remedio antiresaca y una tortilla y encontrarme con que sales huyendo.

El nieto de la señora Sargent suspiró y se frotó la nuca con una de las manos.

—¿De verdad es así como quieres hablar de esto? No podemos esperar a estar…

—No —sentenció, contundente, sin espacio a debate—. Porque, no sé tú, pero yo llevo todos estos días sin poder dejar de pensar en lo que pasó. En cómo me dejaste tirado…

—¿No has escuchado mi mensaje?

—¿Mensaje? No, vi tus whatsapps borrados. Me emocionaron —dijo, sarcástico.

—Te dejé un mensaje en el contestador.

—¿En el contestador? Tengo veinticinco años, no escucho el contestador.

Reece soltó con fuerza el aire por la nariz y bamboleó la cabeza.

—El domingo fui hasta tu casa a buscarte para hablar. Me sentía mal por lo que había hecho y… pensaba que decirte estas cosas por teléfono era un error. Así que fui hasta allí, pero no estabas, así que

tuve que llamarte y… —lanzó ambos brazos al aire y los dejó caer de golpe—. Los mensajes fueron… mira, soy del tipo de persona que lo piensa todo demasiado, que cuando las cosas le sobrepasan empieza a darle vueltas y… —se mordió el labio inferior—. Siento haberte hecho daño, llevo días sintiéndome como una mierda por ello. No tengo excusa, me saturé y… metí la pata. Lo siento.

Beau entreabrió los labios varias veces, dispuesto a decir mil cosas pero sin tener ninguna clara a la vez. Finalmente, no dijo nada. Las palabras se le agolpaban en su garganta, pero todas estaban tan confusas que ninguna logró abrirse paso. Aquel gesto se desvaneció en el silencio al que, en el fondo, siempre había estado destinado.

Sin embargo, Reece sí fue capaz de hablar de nuevo.

—Yo tampoco he dejado de pensar en lo que pasó —añadió.

—¿Pensar… en el buen sentido?

Reece suspiró.

—En el complicado.

—¿Complicado?

—Sí, complicado. No te besé por un capricho, porque estuviera aburrido o… No. Te besé porque quería hacerlo, porque me gustas y lo sentía así en ese momento. Pero…

Aquella última palabra la dijeron a la vez. Se miraron, ambos sabían bien que lo que venía después de un *pero*, nunca era agradable.

—Mi vida es mucho más complicada que eso. Lo hemos hablado, el rugby está por encima de todo para mí, es mi mundo, y salir del armario es algo que me va a traer más problemas que beneficios. Así que no quiero hacerlo. Tú no mereces eso, no mereces perder tu tiempo con alguien así. Y lo digo de corazón, no busco hacerte la pelota —suspiró—. No soy una buena opción para ti. Lo siento.

De las palabras de Reece hubo algo que dolió especialmente a Beau. Y es que tenía razón. Llevaba toda la vida siendo un secreto, siendo esa persona que se esconde y a la que no se le da el lugar que

se merece, ¿por qué había pensado que sería distinto esta vez? ¿Por qué había pensado que lo sería, especialmente, con un deportista?

Era estúpido, incluso algo masoquista.

No. Beau quería algo más, quería una relación de verdad y poder hacer al fin todas esas tonterías que sentía el mundo le debía. Ir de la mano por la calle, tener citas, poder llevar a alguien a casa con su hermano, a sus quedadas con Mini… Reece tenía razón, si aquellas eran sus circunstancias, entonces no era una buena opción para él y, aunque agradecía su honestidad, la realidad dolía de narices.

Suspiró, bajó la mirada y asintió.

—Tienes razón. Queremos cosas distintas, gracias por ser honesto conmigo.

El nieto de la señora Sargent se preparó para decir algo más, pero Beau no lo quería escuchar. Sin mirar por dónde iba, usando la misma táctica que el otro había empleado en el campo de rugby, decidió que huir era su única opción. Bajó por las escaleras; iba a llevar el manojo de ropa a la cocina, darle una lavada rápida y salir de allí a toda prisa.

Pero el destino tenía otros planes.

Tras bajar dos escalones, uno de los pies de Beau pisó la parte de la sábana que estaba colgando y esta se enredó alrededor de su tobillo con pasmosa facilidad. Pisó mal, su cuerpo se deslizó ligeramente hacia abajo dispuesto a meterse un culazo que iba a dejar su intento de marcharse con dignidad a la altura del betún. Pero no. Las manos de Reece, raudas, lo cogieron al vuelo y lo sujetaron con firmeza.

Beau levantó la cabeza en un resorte, su mirada se encontró con la ajena que lo observaba de cerca, con ojos bien abiertos y el susto pintado en el rostro.

—Joder, ¿estás bien?

No pudo articular palabra alguna, solo asintió. Reece sonrió.

—Tercera vez que evito que te vayas de bocas contra el suelo —dijo, bromista.

El silencio los envolvió a ambos. Sin poder dejar de mirarse, Beau sintió cómo los pulgares de Reece se movían despacio dejando una caricia lenta sobre su piel, que no tardó en ponerse de gallina como respuesta.

Joder, le gustaba. Le gustaba mucho. Tenía que salir de ahí, tenía que huir. No podía permitirse caer en algo que, hacía tan solo unos segundos, había quedado claro que no era más que un error. No podían estar juntos, no de verdad, no del modo que deseaba, así que la respuesta era sencilla:

«Beau, vete».

«Beau, vete».

«Beau…»

El manojo de ropa cayó al suelo y se deslizó por los últimos escalones hasta caer a los pies de Reece. No importó, ninguno de los dos le prestó atención. En cuanto las manos de Beau quedaron libres, se movieron raudas hasta enmarcar el cuello ajeno, poniéndose de puntillas para alcanzar unos labios que, aunque ya no sabían a sandía, le seguían resultando los más apetecibles del mundo.

Los dedos de Reece se fruncieron contra su brazo, presionaron su piel y tiraron de él con firmeza hasta hacer que sus cuerpos terminaran completamente pegados. No se quedaron quietos, pronto abandonaron los brazos de Beau y viajaron hasta su baja espalda, enredándose en la camiseta amarilla mientras sus labios correspondían al beso.

Cuando el aire se hizo necesario, poco a poco, ambos se distanciaron. Los ojos de Beau se abrieron primero, encontrándose con la preciosa visión del rostro de Reece, de sus labios húmedos, del ligero sonrojo en el puente de su nariz. Una de sus manos se movió, sus dedos acariciaron su cabello corto y sintió cosquillas al hacerlo.

No tardaron en volver a buscarse en un segundo beso, uno que carecía de cualquier timidez, cargado de una necesidad tan pura que hasta parecía torpe. Los dedos de Reece presionaron con más fuerza la baja espalda de Beau, como si en sus adentros existiera el miedo de que, si lo soltaba aunque solo fuera un poco, pudiese desaparecer. Sus respiraciones se mezclaron, entrecortadas. Ahora era imposible seguir fingiendo que existía la posibilidad de no ser nada el uno para el otro.

Las manos de Reece descendieron hasta las piernas de Beau y tiraron de él una vez más hasta hacer que se alzara y cogerlo a pulso. El menor de los Sinclair no necesitó indicación alguna, de inmediato rodeó el cuerpo ajeno y se aferró a él con todas sus fuerzas, cruzando los pies contra su espalda, clavando los talones en esta.

Se movían. Escalera arriba. Pero su cabeza no estaba pendiente de eso.

Llegados al último escalón, la camiseta de Reece cayó al suelo y fue completamente olvidada por ambos. Los dedos del menor de los Sinclair se deslizaron hasta poder acariciar los pectorales ajenos, curvando los dedos, haciendo que sus uñas ejercieran presión y dejaran unas pequeñas marcas sobre la piel.

A mitad del pasillo, la camiseta de Beau también cayó.

Entraron al cuarto. Reece cerró torpemente la puerta, cosa que hizo a Beau reír contra sus labios.

—¿Qué? Me da mal rollo que entre Sardina —susurró, divertido.

—Vale, grandullón —correspondió, quitándole las gafas con cuidado, esas mismas que dejó encima de la mesita antes de caer sobre el colchón.

Su menudo cuerpo rebotó sobre este al hacerlo. Desde aquella nueva postura, notó cómo los ojos de Reece recorrían su cuerpo con un hambre tan evidente que prendió sus entrañas de golpe. Nunca se había sentido tan deseado y eso lo excitaba de sobremanera.

Beau abrió las piernas y no tardó demasiado en sentir el cuerpo ajeno encajar entre ellas. A tirones le quitó los pantalones, ya fundidos en un nuevo beso pasional y acelerado. La mano del menor de los Sinclair no tardó en descender, acarició con la yema de los dedos el vello de su pecho y sus abdominales marcados antes de colarse dentro de su ropa interior, rodeando su miembro para empezar a masturbarlo.

La respiración jadeante ajena, chocando contra sus labios entreabiertos, húmedos, hizo que se sintiera sacudido por una descarga casi tan intensa como la que lo golpeó al notar la mano de Reece dibujando su cintura hasta llegar a las nalgas, regalándole un firme apretón que hizo que Beau diera un respingo fruto de quien sabe lo que viene.

La penetración. O al menos, eso dictaba la costumbre.

El sexo no era algo que pillara de nuevas a Beau; no era un alma cándida en mitad de una primera vez que lo intimidaba. Había estado con hombres, no sabría decir si muchos, tampoco diría pocos, los que la vida había decidido poner en su camino. Hombres de una noche, hombres incapaces de quedarse, hombres con los que la rapidez, la brusquedad y lo caótico de un encuentro puramente pasional eran las constantes.

Y el dolor. Si algo había marcado las relaciones sexuales para Beau era, sin duda alguna, ese dolor al principio, ese al que debía acostumbrarse entre acometidas bruscas y el espacio angosto de la parte de atrás de un coche, el cubículo de un baño o algún rincón oscuro. Ni siquiera en las ocasiones en las que una habitación había estado implicada, el dolor desaparecía, así que lo había aceptado como lo necesario si quería sexo.

Y con Reece lo quería, claro que lo quería.

Por eso curvó los dedos sobre la cama y se agarró con fuerza a la sábana. Por eso tomó aire por la nariz y se mentalizó para poder soportarlo.

«Solo un poco, hasta que tu cuerpo se haga a ello» se repitió mentalmente.

La visión de Reece guiando uno de sus dedos hasta la boca, lubricándolo con su propia saliva, sucedió con una lentitud que Beau solo pudo adjudicar a los efectos del calor que lo estaba asfixiando. No hubo tregua. En cuanto el dedo estuvo húmedo, lo guió hasta entre sus nalgas y lo introdujo en su interior, callando cualquier sonido que pudiera brotar de sus labios con un nuevo beso tan intenso y caótico como los anteriores.

Su dedo se movió poco a poco, con cuidado, contrastando por completo con el compás que seguía el resto del encuentro. Entró y salió del interior de Beau con un ritmo marcado pero suave, dedicando su tiempo, consiguiendo que el calor se volviera más intenso y que su cuerpo se relajara y abandonara a aquel momento.

El dolor no lo sacudió. Mentiría si dijera que no se sentía perdido.

Reece se deshizo a tirones de su ropa interior, deteniendo así la masturbación. Luego hizo lo mismo con la de Beau. El siguiente paso no fue rápido; de hecho, el tiempo pareció detenerse unos segundos entre ambos. Era la primera vez que estaban desnudos, que se observaban de aquella forma tan vulnerable. Había algo de especial en ello.

Una de las manos de Reece recorrió la senda de una de las cicatrices que se dibujaba sobre el vientre ajeno, saltando a otra en el pecho, subiendo poco a poco hasta poder colocar la mano contra su mejilla. Extendió el pulgar pulgar y, con los ojos fijos el uno en el otro, lo movió para regalarle una caricia que Beau jamás había imaginado necesitar y que, sin embargo, acababa de romper su mundo con pasmosa facilidad.

Quizás era exagerado, poético en exceso, pero sentía que le había tocado el alma.

—Hazlo, por favor —pidió, y Reece comprendió.

Beau llevó sus manos hasta la espalda ajena y se aferró a él; sus dedos presionaron su piel cálida con firmeza. El dolor no había hecho acto de presencia antes, pero el miedo a la costumbre le hacía pensar que lo haría ahora. No fue así. La erección de Reece entró en su interior despacio, suave, constante, hasta estar por completo dentro de él.

Beau gimió. Un gemido capaz de rajarle la garganta.

Sus dedos se relajaron poco a poco, sus ojos se cerraron y acomodó la cabeza contra el colchón. No dolía, joder, era todo lo contrario. Más allá de lo instrumental, nunca había entendido el interés que el mundo tenía por el sexo; sin embargo, ahora lo hacía.

El cuerpo de Reece empezó a moverse, fluido, como si siguiera un ritmo que sonaba claramente en su cabeza, y Beau, sobrepasado ante tantas sensaciones, solo pudo abandonarse envuelto en placer y en una extraña sensación que lo hacía querer llorar de puro gusto.

Reece echó el cuerpo hacia delante; su rostro encontró acomodo contra el cuello ajeno y su aliento empezó a golpear con calidez una piel tan sensible que, hasta aquello tan sencillo, lo hacía arder.

Gemía por él, gemía para él.

No había mejor sonido en el mundo.

26.



Tras recibir permiso de Reece, Beau se incorporó un poco y estiró el brazo para poder coger las gafas de encima de la mesita. En cuanto recuperó la misma postura de antes, se las puso, sintiendo de inmediato que el mundo se volvía borroso y sintió un ligero mareo.

—Wow —farfulló, riendo después—. Sí que te hacen falta.

Tumbado boca arriba, con Beau sobre su pecho y los dedos paseando por su espalda desnuda en sentido ascendente y descendente, Reece rio como si acabase de escuchar la mayor ocurrencia jamás dicha por otra persona.

—¿Creías que las llevaba por gusto o qué? —preguntó divertido.

—¡No! —respondió mientras se las quitaba, poniéndoselas a Reece con cuidado después—. Pero creo que nunca te llegas a imaginar lo mucho que otro necesita gafas cuando las ves —levantó los hombros—. ¿Desde cuándo…?

—Desde los tres años. Mi profesora del parvulario se dio cuenta de que no era capaz de seguir los juegos, lo que ponía en la

pizarra… —hizo un gesto ambiguo con la mano—. Y no, antes de que lo preguntes, no he pensado en operarme. Odio que me toquen los ojos.

Beau rio de nuevo. Una de sus manos ascendió para acariciar el rostro ajeno.

—Seguro que tu oftalmólogo te adora.

—Pues sí, listo. Siempre que voy intenta presentarme a una de sus sobrinas.

El menor de los Sinclair enarcó una ceja.

—¿Qué? Soy un encanto. Desde que llegué, las amigas de mi abuela me han ofrecido solucionarme la vida… ¡Pfff! He perdido hasta la cuenta de las veces.

—¿Y por qué no les has dejado hacerlo?

Reece suspiró, con mimo le peinó el cabello hacia atrás a Beau.

—Tenía el ojo puesto en otra persona —confesó. Tras unos segundos de silencio, habló de nuevo—. Kurt está tan bueno, me tiene pillado desde el primer entrenamiento.

El menor de los Sinclair llevó la mano hasta el pecho de Reece y, con firmeza, cogió uno de sus pectorales y le dio un buen pellizco. El nieto de la señora Sargent se revolvió, haciendo gala de su superioridad física, cogió a Beau de ambas muñecas y tiró de él para acercarlo por completo, girando hasta arrinconarlo sobre la cama, colocando medio cuerpo encima de él para inmovilizarlo del todo.

Se miraron. Los labios de Reece buscaron los de Beau en un beso que lo estremeció.

—Gilipollas —susurró cerca de su boca, haciéndose el duro pobremente.

Reece respondió con varios besos cortos más, moviendo después la cabeza hasta poder acomodarla sobre el pecho ajeno. Un

suspiro tranquilo brotó de sus labios en cuanto la mano de Beau empezó a deslizarse por su espalda.

—La verdad es que, hasta después del partido, no sentí que te gustara demasiado… Y entonces pensé que era en plan, ya sabes, colegas.

Reece levantó la cabeza lo suficiente para mirar a Beau.

—He sido un gilipollas contigo, ¿verdad?

Beau asintió.

—Yo… No busco excusarme con esto, solo que me entiendas. Soy de ese tipo de personas que llevan muy mal la presión. ¡Lo sé! Dedicándome a lo que me dedico es una putada, pero es la verdad. Cuando estoy sobrepasado yo… me comporto como un gilipollas. Todo me irrita demasiado, todo me… asfixia y… solo quiero que me dejen en paz. Por eso te traté así, porque estaba hasta arriba y… quería salir de ahí —levantó los hombros—. Lo siento, de verdad. Te prometo que voy a hacer todo lo que esté en mis manos para no volver a tratarte así nunca más, ¿vale? Por favor, dame un voto de confianza.

La honestidad de sus palabras y de sus gestos, acompañada de la sensación dulce que sus caricias suponían, hizo que el menor de los Sinclair asintiera de inmediato. Le creía, ahora solo podía desear no estar equivocado.

Uno de sus dedos se acomodó sobre la clavícula de Reece y empezó a trazar toda su extensión, hipnotizado por una parte más de su anatomía que le resultaba especialmente atractiva. Tan solo su voz fue capaz de sacarle de aquel pequeño paréntesis.

—Si te sirve de consuelo, también me pasé con el entrenador Hunt y le hablé como un gilipollas. No eres el único que ha tenido que soportarme en mi peor momento…

El entrenador Hunt.

Beau abrió bien los ojos, se revolvió y buscó con la mirada un lugar en el que saber qué hora era. Sábado, por la mañana,

mierda.

—Joder, el partido, vamos a llegar tarde… ¡Portia! —exclamó, llevando las manos hasta los hombros de Reece, tratando de quitárselo de encima para poder ponerse en marcha.

Para su sorpresa, el nieto de la señora Sargent rio.

—Tranquiiiiiilo —respondió, cogiéndole de las muñecas—. Mi pequeño rifirrafe con el entrenador Hunt me ha hecho terminar en el banquillo. No tengo que ir al partido.

Los brazos de Beau se relajaron poco a poco.

—¿Y… yo?

—¿Quieres ir al partido? —Reece enarcó una ceja.

—Querer, querer, no… pero tú mismo dijiste que…

—Olvídalo —sus pulgares se extendieron y acariciaron las manos de Beau—. Puedes quedarte en el banquillo, Hunt cree que estás fuera buscando piso, ¿no?

El menor de los Sinclair se mordió el labio inferior.

—¿Es tu forma de decirme que quieres que me quede contigo?

Ambos se miraron, Reece dudó un momento, pero terminó por asentir.

Un subidón de felicidad impulsó a Beau a fundirse en un beso con Reece, uno en el que sus manos se soltaron y terminaron por rodear el cuello ajeno, sintiendo las otras deslizarse por sus costados en una caricia descendente hasta sus piernas. Le mordió el labio inferior. Los dedos de Reece presionaron con firmeza sus muslos haciéndole suspirar.

Una de las manos de Beau abandonó su cuello, descendió por su hombro, su torso, hasta el bajo vientre, con intención de volver a alcanzar su miembro. El sexo como premio, el sexo como forma de ganarse su afecto un poco más.

Sin embargo, antes de hacerlo, los dedos ajenos lo agarraron por la muñeca.

—Oye, ¿y tu resaca? —le preguntó en un susurro.

—Oh… molesta, pero no importa.

Intentó mover de nuevo la mano, pero Reece lo agarró con más firmeza.

—Nah, esto puede esperar. Vamos a asearnos y te hago el remedio casero, ¿uhm?

La sorpresa se pintó en el rostro de Beau, una tan evidente que hasta Reece pareció darse cuenta. El menor de los Sinclair sacudió la cabeza, apartó la mirada y se esforzó por parecer el de siempre.

—¿Y qué hay de la tortilla? —preguntó, buscando sonar gracioso.

—También te haré la tortilla. Con queso.

═══∘ ◦ ❁ ◦ ∘═══

—¿En serio? —preguntó Beau.

Ya sentado en la mesa de la cocina, con el remedio casero casi terminado y una apetitosa tortilla con queso frente a él, ver a Reece tomar asiento con un plato lleno hasta el borde de huevos revueltos le hizo soltar una sonora carcajada.

—¿Qué? Soy un tío grande, necesito más que tú para llenarme —respondió y cogió el tenedor, pinchando parte de su comida y llevándola hasta la boca.

—No hace falta que lo jures, grandullón —dijo, bebiendo de nuevo—. Aunque ¿huevos revueltos? ¿Has usado todo tu talento haciendo tortillas conmigo?

—No, es que no me gusta la tortilla.

Beau frunció el ceño.

—Una tortilla y un huevo revuelto son lo mismo, Sargent.

—¡Qué va! La textura es completamente diferente —aseguró, comiendo de nuevo.

El menor de los Sinclair negó. Una risita incrédula nació de su boca.

—Eres un rarito… —farfulló, tomando el último trago de su remedio.

¿La verdad? Estaba más bueno de lo que esperaba. Dejó entonces el vaso a un lado y se hizo con el tenedor, partiendo una porción pequeña de tortilla que no tardó en comer. Esta también estaba deliciosa.

El sonido de sus tenedores contra el plato fue todo lo que rompió el silencio durante un rato. Beau no podía evitar mirar a Reece de reojo. Buscaba mentalmente las palabras adecuadas para poner sobre la mesa unas cartas que ni siquiera estaba seguro de atreverse a mirar. Suspiró, entreabrió los labios pero algo lo calló de golpe.

Un peso extraño sobre su regazo, de golpe y sin permiso. El menor de los Sinclair bajó la mirada, encontrando a Sardina, que, tras un maullido, se acomodó mejor sobre sus piernas y se quedó ahí como si nada. Beau sonrió, no tardó en rascar su cabecita, escuchando de inmediato su suave ronroneo.

—Creo que le gustas bastante más que yo —dijo Reece.

—Sardina está loco por mí desde que llegó a esta casa. En serio, tu abuela a veces se enfada porque me escoge a mí y no a ella —rio, deslizando a la vez la mano por su lomo—. Y eso que soy el único que ha intentado ponerlo a dieta.

El gato bostezó sin preocupación alguna.

—Creo que voy a tener que enfadarme contigo, Sinclair.

Beau frunció el ceño.

—¿Tienes un novio pelirrojo precioso y decides acostarte conmigo? —preguntó, bromista, apuntándole después con el tenedor—. Me decepcionas, no lo esperaba de ti.

El menor de los Sinclair quedó callado. Era una broma, lo sabía, no estaba ofendido, molesto o cualquier cosa similar. Pero las palabras de Reece habían dado justo en el clavo de lo que llevaba dando vueltas en su mente desde hacía un rato.

Se habían acostado.

¿No iban a hablar del tema? ¿Iban a hacer como si nada?

Beau sentía que había tropezado demasiadas veces con esa misma piedra. Al final era la razón por la que todo le estallaba en la cara, siempre escogía el silencio y seguir con lo que parecía estar bien en lugar de buscar su propia felicidad. Necesitaba un cambio, necesitaba… Reece le gustaba, ¿es que no era evidente? Y pensar que lo suyo pudiese volverse algo similar a lo que había tenido con Laramie o con tantos otros innombrables le rompía por dentro.

—Nos hemos acostado —dijo finalmente, llamando la atención de Reece.

—¿Sí? —respondió, confuso, limpiándose con los dedos los labios.

El menor de los Sinclair suspiró y dejó su tenedor a un lado.

—El Cuatro de julio, cuando lanzamos los fuegos artificiales, una de las cosas que te dije que quería dejar atrás eran los tíos gilipollas que han jugado conmigo. No digo que tú seas uno de ellos, pero… es ridículo por mi parte fingir que yo no he… ayudado a que ese problema sea algo constante en mi vida —levantó los hombros—. Siempre me da miedo hacer esta pregunta, porque entiendo que es pronto, que pongo una presión en ti que no deseas, pero… necesito saberlo. No puedo permitirme esto otra vez —suspiró—. ¿Tú sientes que nosotros podemos ser algo más que sexo? Porque tú me gustas como algo más…

Reece se llevó la mano a la nuca y frotó con insistencia. Beau podía ver en su rostro cómo todos sus pensamientos se agolpaban, cómo intentaba ordenarlos para dar una respuesta con sentido. Una parte de sí mismo se sentía culpable. Quería decirle que daba igual, que podía responder en otro momento. Otra, la más fuerte, había decidido imponerse por vez primera y no pensaba marcharse sin una respuesta honesta.

—Tú también me gustas como algo más, Beau. Pero no sería honesto decir que veo claro que podamos ser algo más. Ya te lo dije: el rugby lo es todo para mí, hasta el punto en el que sacrificar mi

felicidad por él no me pesa. ¿Me gustaría salir del armario? Claro. Pero hacerlo podría entorpecer mi carrera, sería… un puto circo mediático —presionó los labios—. Además… estoy aquí de paso. Cuando las cosas estén mejor, volveré a Birmingham…

Cada palabra de Reece se clavó en el corazón de Beau como un puñal. Ese tipo de respuestas siempre dolían pero, por alguna razón que no era capaz de comprender, aquella vez lo hacía todavía más. Aun así, ¿qué podía hacer? Por mucho que le hiciese daño, agradecía su honestidad y comprendía su respuesta; no había nada que pudiese discutirle.

Beau le sostuvo la mirada a Reece, forzándose a no ceder aun cuando todo en sus adentros se lo pedía.

—Entonces no hay nada más que hablar —levantó los hombros—. Me conoces, soy intenso. Siento… las cosas demasiado. No sabría tener algo casual contigo.

—Lo sé. Precisamente por eso no sería justo pedirte nada…

El menor de los Sinclair rio brevemente, con un toque de tristeza.

—¿Y por qué siento que me lo vas a pedir de todos modos?

Reece se frotó la cara con ambas manos.

—No —negó—. O sí… joder, no lo sé. Lo único que tengo claro es que no quiero empezar algo que sé que tiene fecha de caducidad. No contigo. No así.

Una pausa.

Beau asintió despacio.

—Bien. Entonces estamos de acuerdo.

—Estamos de acuerdo —sentenció Reece.

Otra pausa.

Reece movió las manos en un gesto sin sentido alguno. Sus labios se abrieron varias veces, era como si quisiera decir algo pero una fuerza invisible lo acallara de golpe. No fueron palabras lo que salió finalmente, sino un gesto: la mano del nieto de la señora Sargent colocándose sobre la propia, encima de la mesa.

—Quédate hasta el domingo.

—¿Para qué?

Reece se encogió de hombros, pero su voz sonó más firme de lo que Beau esperaba.

—Para nada… y para todo. Sin promesas. Sin etiquetas. Solo… tiempo. Juntos.

Beau negó de inmediato.

—No es buena idea —sentenció.

—Lo sé.

—Va a hacer más difícil ser amigos, ¡coexistir incluso!

—También lo sé —Reece apretó la mano de Beau—. Pero siento que va a ser difícil de todos modos, te quedes o no, así que… ¿por qué no proponerte lo que quiero de verdad? No te pido nada, lo de antes no tiene por qué volver a pasar siquiera. Solo… quédate.

El menor de los Sinclair cerró los ojos un momento. No, era imposible tomar una decisión cuerda si los preciosos ojos de Reece lo observaban de ese modo. La lógica, el cerebro, decía que no. Los sentimientos, el corazón, pedían a gritos que sí.

Reece presionó su mano una vez más, sus miradas se encontraron.

—Hasta el domingo —susurró.

Beau dudó, pero terminó cediendo la victoria a su corazón. Asintió despacio.

—Solo hasta el domingo…

El nieto de la señora Sargent asintió.

—Solo hasta el domingo.

Y ambos sabían que eso, precisamente, era lo más peligroso.

27.



Con las manos a la espalda, de pie frente a Beau, Reece se movía por el salón de arriba abajo mientras cavilaba la respuesta a aquella pregunta. El menor de los Sinclair se mordió el labio inferior, divertido ante tal escena, pero a la vez completamente encandilado.

—¿Puedes repetirme el nombre de la canción? —preguntó Reece, deteniéndose.

—*Headlong* —repitió Beau tras un vistazo rápido a la pantalla de su teléfono.

—*Innuendo* —respondió, apuntándole con el dedo.

Cuando Beau asintió, el nieto de la señora Sargent lanzó ambos brazos al aire como si estuviese celebrando el tanto de su vida.

—¡Dame otra! Estoy en racha —pidió, volviendo a moverse por el cuarto.

El menor de los Sinclair devolvió la vista a su móvil. Estaba en Wikipedia, en la página del grupo Queen, en la parte de su discografía más concretamente. Después de que Reece asegurase que

era capaz de identificar cualquier canción de cualquier álbum de la banda, ¿cómo no iban a convertir aquello en una competición estúpida?

Y es que, el lado friki de Reece, le resultaba de lo más atractivo. No pensaba negarlo.

—*Good Old-Fashioned Lover Boy*.

—*A Day at the Races*. Otra, esa era demasiado fácil.

Beau rio.

—¿Cómo la has sabido tan rápido? ¿Es tu canción favorita de Queen?

Reece negó.

—No, es que… —bamboleó la cabeza—. Ya sabes…

—¿Ya sé? —preguntó, frunciendo el ceño.

El nieto de la señora Sargent rio nervioso y bajó la mirada.

—Esa es tu canción de Queen —confesó finalmente.

Seis palabras fueron más que suficientes para conseguir que las mejillas de Beau se tiñeran de rojo. Una sensación tan cálida y agradable se deslizó por sus adentros que las palabras se volvieron innecesarias. No sabía mucho sobre Queen, pero lo que sí sabía era que, en cuanto pudiese escuchar esa canción, se volvería su mayor obsesión.

Bajó la mirada, Reece también se había sonrojado así que decidió no decir nada.

—*Flick of the Wrist* —dijo, escogiendo así seguir con el juego.

—*A Night at the Opera*.

Los ojos de Beau se abrieron bien grandes, los de Reece también, ambos se miraron con rapidez. Mientras que el menor de los Sinclair tenía una sonrisa completamente burlona pintada en los labios, el nieto de la señora Sargent negaba enérgicamente.

—¡No, no, no, no! *Sheer Heart Attack* ¡No vale! —lo apuntó con el dedo—. ¡Me he despistado, me has puesto nervioso para sabotearme!

—Oooooh, lo siento señor Sargent pero acaba de ser des-ca-li-fi-ca-do. Ya no opta al título de «Fan número uno de la banda británica Queen». De hecho… —se llevó el teléfono a la oreja con teatralidad —. Desde el club de fans oficial de Queen, me piden que le comunique que ha sido expulsado. Deje su carnet a la salida del plató, *graciaaaaaaas* —canturreó la última palabra y rio sonoramente después.

Reece chasqueó la lengua.

—Te ríes, pero sí tengo carnet del club de fans oficial de Queen.

Beau tuvo que cubrirse la cara con ambas manos, tomó una profunda inspiración para ser capaz de calmar el ataque de risa.

—Dios, eres un friki de cojones —farfulló.

Con fingida y exagerada ofensa, Reece recorrió el espacio que lo distanciaba de Beau, llegó al sofá y llevó sus manos hasta los costados del menor de los Sinclair. Las cosquillas no tardaron en llegar, haciéndolo reír y revolverse, mientras daba varias palmadas en el brazo del otro para instarle a detenerse. Aunque mentiría si dijera que no le gustaba aquello.

Cuando al fin lo dejó ir, Reece se dejó caer en el sofá. Beau recuperó poco a poco el aliento y se deslizó hacia atrás, quedando así sentado de lado, mirándole directamente.

Era complicado el momento en el que se encontraban. Existía ahora un extraño clima, un equilibrio de esos que pueden romperse con el error más pequeño.

No eran nada, pero querían estar juntos hasta el domingo allí encerrados.

No eran nada, por lo tanto tocarse de aquel modo estaba fuera de lugar.

Y aún así, ninguno de los dos podía dejar de hacerlo. El propio Beau, en un impulso por el que se había reprendido mentalmente durante un buen rato, había ido desde la cocina hasta aquel sofá

montado a caballito de Reece, llegando a dejar incluso un beso en su cuello que sentía todavía palpitando en los labios.

—¿Penny tiene alguna canción de Queen? —preguntó, recuperando el aliento.

—*Funny how love is* —chasqueó los dedos y apuntó a Beau con uno de ellos—. Del disco *Queen II*.

Beau se esforzó en sonreír pero, por dentro, era incapaz de no sentir una punzada rara en sus adentros al pensar que la canción sobre su exmujer tenía algo que ver con el amor. Al parecer no solo iba a tener que aprender sobre rugby por petición del entrenador Hunt, Queen se había vuelto otra de sus asignaturas pendientes.

El menor de los Sinclair se mordió el labio inferior, una pregunta daba vueltas en su cabeza, pero sentía que pronunciarla tal vez rompería ese ambiente tan dulce que los estaba abrazando a ambos en aquella burbuja que compartían.

Reece suspiró.

—¿Qué te da tantas vueltas en esa cabecita tuya? —preguntó, extendiendo el brazo para darle un firme apretón en la rodilla.

Beau dudó, bajó la mirada y, con uno de los dedos, empezó a arañar el sofá.

—Penny… ¿sabe que te gustan los hombres?

El nieto de la señora Sargent asintió.

—Me es imposible esconderle un secreto a Penny. Nos conocemos desde que levantábamos un palmo del suelo. Nuestras familias se adoran, hemos ido al colegio juntos, al instituto, de vacaciones… Me conoce mejor que nadie —suspiró—. Ni siquiera tuve que salir del armario con ella. Me notó distinto, supo que pasaba algo y… bueno, no es del tipo de personas que se callen esas cosas. Me cogió un día, me hizo mil preguntas y… acabé por contarle todo —levantó los hombros—. Me alegro mucho de que fuese así. Después de tantos años, de todo lo que hemos vivido, no querría a otra persona a mi lado que no fuese ella.

Beau se movió un poco en el sofá. Dobló las piernas, rodeándolas con los brazos, tomando así esa postura que siempre había sentido como una barrera entre él y el mundo. Siempre, desde pequeño, cuando necesitaba imponer un poco de distancia con todo, acomodarse de ese modo parecía la respuesta más lógica.

No sabía cómo encajar aquellas palabras y todo lo que había pasado en su cabeza. Después de lo que acababan de hablar, ambos se encontraban en una pausa extraña, aceptando que lo suyo no podía ser real pero incapaces de dejarse ir. Se gustaban, eso no lo dudaba, pero ¿dónde dejaba eso a Penny? Estaba jodidamente confuso.

Quería preguntarle si solo le gustaban los hombres. Pero era demasiado.

Quería preguntarle si la seguía queriendo. Pero era un cobarde.

—Yo siento lo mismo con mi amiga Mini —decidió decir finalmente, escogiendo un comentario neutral con el que esperaba girar la conversación a otro tema.

—¿La novia de Kurt?

—Ex novia. Han roto después de… bueno, del comentario en el partido. Pero sí, ella.

—Bien por Mimi. Si el equipo es Queen, Kurt es Prenter.

Beau puso los ojos en blanco, pero sin poder evitar sonreír como un idiota.

—Si asiento con la suficiente convicción, ¿te convenceré de que he entendido lo que acabas de decir y me ahorraré una charlita detallada sobre Queen?

—*Ja, ja* —respondió Reece, sarcástico, mostrándole el dedo corazón después—. En resumen, dos capullos. Prenter le contaba a la prensa secretos de Freddie todo el tiempo.

—Aaaaaah —Beau asintió de forma exagerada—. Menudo capullo pues.

—Pues sí —el nieto de la señora Sargent se movió un poco, acercándose—. Y… hablando de capullos. No pretendo meterme donde no me llaman, pero… ayer, cuando te encontré, estabas con un tío que no me dio muy buena vibra… ¿Lo recuerdas?

El menor de los Sinclair asintió.

—Laramie. Es el tío del que te hablé, con el que tuve algo y luego me dijo que…

—¿El imbécil de las cargas? —Reece frunció el ceño—. ¿Qué hacías con ese tío?

Beau bajó la mirada, sus dedos presionaron con más fuerza sus piernas.

—Cuando pasó lo de nuestro beso y que te fueras, me sentí abrumado. Necesitaba huir, así que le dije a mi hermano que no estaba bien, que quería aire, que… —sacudió la cabeza—. Lo convencí para ir a ver pisos a la ciudad.

—Algo me dijo Hunt.

—El caso es que vimos un piso que me encantó. Lo hablé con Emmet, con Charlotte, y tomamos la decisión de dejar una señal. Pero… —Beau se frotó la cara—. Mi hermano y yo, desde que perdimos a nuestros padres, hemos tirado con lo justo. Él no pudo acabar sus estudios, yo no pude irme a la universidad porque no nos lo podíamos permitir… Hace unos meses le hablé de que quería estudiar, de si podíamos ver si era viable y… —suspiró—. Tomamos la decisión de vender el piso de mis padres. Fue nuestra herencia cuando murieron, un piso precioso, con un montón de recuerdos que… no hemos sido capaces de pisar. Duele demasiado. El caso es que, en fin, uno de mis tíos siempre ha estado interesado en comprarlo pero nosotros no… nos sentíamos capaces de hacerlo. Hasta lo de la universidad, hasta que Emmet y yo comprendimos que… era el momento. Fuimos a verlo, llegamos a un acuerdo, algo con lo que poder pagar el piso durante mis años de estudio, cubrir lo que no pudiera con beca… Llamamos a mi tío para decirle cuando

pensaba ingresar el dinero del piso, que lo necesitábamos para la señal. Y nos dijo que pedíamos demasiado, que o la mitad o no estaba interesado —rio con un toque de tristeza—. El cabrón está… viviendo en el piso desde hace unas semanas y… ahora intenta… —se frotó la cara con ambas manos—. La mitad no sirve. Con la mitad no… Todo se ha ido a la mierda. Me puse de los nervios, le dije cosas feas a mi hermano… —presionó los labios, tragó duro—. Por eso salí de fiesta, por eso bebí demasiado, por eso estaba con Laramie. Yo… estaba sobrepasado, no podía hablar contigo y… necesitaba olvidarme de todo unas horas. Cuando Laramie apareció yo… tenía claro que no quería que pasara nada, solo quería sentirme especial, pero… me pasé con las copas y casi la cago otra vez…

El sonido de los muelles hizo que Beau levantara la mirada. Reece había recortado toda la distancia entre ambos, se encontraba completamente pegado a sus piernas y sus manos, tan grandes y amables como eran, se deslizaban con cuidado por ellas hasta llegar a las rodillas.

—Hey… —llamó su atención—. No te hundas, ¿vale? Seguro que hay otras opciones.

—No, no, qué va… soy gilipollas por pensar que podría…

—No eres gilipollas. Ha pasado muy poco tiempo, no has podido sentarte a buscar soluciones alternativas. Ha fallado el plan A, pero eso no significa que vayan a hacerlo el B, el C o el que sea. Yo te ayudaré a…

—No quiero tu dinero —dijo, seguro de ello.

Reece negó.

—Nada de dinero. Pero puedo buscar contigo alternativas, ¿no?

Beau dudó un momento, pero terminó por asentir.

—¿Sabes? Cuando era niño, mi padre venía a verme siempre a todos mis partidos. Jugaba en un equipo malísimo, así que casi siempre nos pateaban el culo —rio—. Mi moral estaba por los suelos. Un día, antes de ir al partido, le dije que no quería hacerlo, que no

quería volver a perder y que me rendía. Mi padre se sentó conmigo y me dijo que, aunque vayas perdiendo un partido mil a cero, no debes rendirte hasta que el tiempo se ha agotado. Porque nunca sabes lo que puede pasar ni las vueltas que la vida puede dar —el pulgar de Reece se movió despacio sobre las rodillas de Beau—. La vida te dará muchas oportunidades para rendirte. No lo hagas a la primera. Y menos cuando tienes a gente dispuesta a ayudarte.

Las manos de Beau se colocaron sobre las de Reece. La calidez de sus manos, la mirada clara, las palabras honestas… Asintió, notando de inmediato un cosquilleo de lo más agradable en el estómago al ver a Reece sonreír y moverse hasta poder besar sus rodillas varias veces. No pudo contenerse, él también se inclinó y besó la cabeza del otro, convencido de que había pocas cosas que pudieran darle tanta paz como su cercanía.

Reece movió la cabeza y la dejó ladeada, colocada sobre una de las rodillas.

Beau acomodó la suya contra la rodilla libre, también ladeada, mirándole a él.

«No sabría tener algo casual contigo».

El nieto de la señora Sargent movió la cabeza; su nariz rozó la de Beau.

«Lo único que tengo claro es que no quiero empezar algo que sé que tiene fecha de caducidad. No contigo. No así».

Pero sus labios no llegaron a encontrarse. En un resquicio de cordura, de esa que parecía escasear cuando estaban juntos, ninguno de los dos rompió una barrera que iba a ser imposible de volver a alzar una vez cayera.

—¿Quieres ver una película? Así te distraes —dijo Reece, acariciando a la vez la espalda del menor de los Sinclair.

—Mientras no sea *Bohemian Rhapsody*.

Ambos rieron a la vez.

—No, lo juro. Podemos ver *El gigante de hierro*. Dijiste que te gustaba esa película.

—¿Te acuerdas de eso?

Reece asintió, consiguiendo despertar un cosquilleo agradable dentro de Beau.

—Me encanta —añadió.

—Decidido entonces.

Pero no se separaron.

Empezar a ver la película todavía les costaría un buen rato.

28.



Con la cabeza acomodada sobre el regazo de la señora Sargent, Beau escuchó con atención.

—Todos los veranos, en Whitefish, llueve tres veces. La primera de las lluvias es buena —la mujer mostró uno de sus dedos—. Llega suave, como si pidiera permiso a los vecinos para estar con nosotros. No nos moja de verdad, solo nos acaricia. La gente sale a los porches, deja que le caigan cuatro gotas en la cara y respira hondo. Esa lluvia está cargada de esperanza. Hace que creas que este año sí, que las cosas van a salir bien. La segunda lluvia es diferente, menos dulce —levantó un segundo dedo—. Cae fuerte, golpea los tejados, arrastra el polvo de las calles y revela lo que intentamos esconder. Hay quien la odia, otros comprenden que es necesaria. Sin esa lluvia, aquí nada cambiaría nunca. Ni la tierra, ni la gente. Y luego está la tercera —un tercer dedo apareció ante los ojos de Beau—. Cuando llega, el aire se enfría de golpe y, antes de que puedas hacer nada para cambiarlo, ya la tienes encima. No es solo agua. Es un frío que se te cala en los huesos y no se va. Esa lluvia rompe cosas. Cosas de verdad.

Importantes. A veces son ramas, a veces son casas… y a veces son cosas muy difíciles de reparar

Los ojos del menor de los Sinclair observaban completamente fascinados. A sus nueve años, aquello era lo más cercano a un cuento que había escuchado en mucho tiempo.

—¿Y qué pasa cuando deja de llover? —preguntó.

La señora Sargent sonrió, volvió a acariciarle el pelo despacio.

—Eso no lo sabe nadie, querido. Ni Whitefish. Ni yo. Ni tú.

═══∘ ◦ ❁ ◦ ∘═══

Tras acabar de ver la película, ambos se habían quedado en el sofá conversando de todo y de nada, perdiendo el tiempo en la única cosa que realmente parecía importante: conocerse.

El nieto de la señora Sargent había visto mucho mundo. Acomodado contra su pecho, Beau había disfrutado de un despliegue de fotos y más fotos sobre los diferentes destinos a los que había viajado durante aquellos años, escuchado anécdotas sobre una borrachera en las fiestas de un pequeño pueblo de Asturias, un kimono roto en mitad de una ceremonia del té, lo agradable que es pasear en kilt por las ruinas de un castillo…

Beau suspiró, levantó la mirada.

—Qué envidia —le dijo, recibiendo de inmediato una caricia en la mejilla.

—¿Nunca has salido de Whitefish?

Beau negó.

—De pequeño viví unos años fuera, pero… no lo recuerdo realmente.

Reece suspiró, deslizó el dedo hasta darle un toquecito en la punta de la nariz.

—Puedes… venir a Birmingham cuando quieras. Y Londres solo está a unas horas, matarías dos pájaros de un solo viaje.

«No digas esas cosas», sabía que debía decirle. Pero no lo hizo.

Al contrario. Sonrió y, despacio, escondió el rostro contra el pecho de Reece. No podía dejarse llevar por esas fantasías, no podía tomarse en serio ese tipo de comentarios. No eran nada, lo habían dejado claro, e incluso si pudieran serlo, las condiciones de su relación harían estúpido soñar con viajes así.

Pero sonaban tan bien que resultaba complicado no hacerlo.

El golpeteo de la lluvia contra el cristal hizo que ambos se incorporaran de golpe. Entre otras cosas que habían hecho a lo largo del día, estaba lavar y tender el manojo de ropa que Beau había bajado de la habitación, ese que ahora mismo se estaba empapando. Una mirada rápida y ambos salieron corriendo entre risas a recogerlo.

El sonido de pasos acelerados sobre el barro húmedo, la sensación fría del agua contra la piel golpeando con fuerza, el viento arremolinando la ropa y los cabellos…

Beau levantó la vista al cielo. Las nubes claras de la mañana habían tomado un tono gris oscuro, la luz se había marchado, Whitefish estaba siendo azotada por la primera tormenta del verano. Una sonrisa se pintó en sus labios. «La lluvia buena», pensó.

—¡Corre, ayúdame!

La voz de Reece lo devolvió a la realidad e hizo que emprendiera el paso de nuevo, corriendo hasta donde él estaba, ayudándole con la poca ropa que quedaba en las cuerdas. Las toallas habían salido volando, el menor de los Sinclair las recogió del suelo siendo ahora un pedazo de tela mojada y llena de pegajoso barro. Daba igual. Había que recoger todo rápido y volver al interior de la casa, sin importar el estado en el que estaba.

De vuelta en la cocina de la señora Sargent, con el agua chorreando por todo su cuerpo, sujetando aquellas toallas sucias y con la visión de Reece en el mismo estado, todo lo que Beau pudo hacer fue perderse en un ataque de risa completamente honesto.

Dejó caer las toallas al suelo y se cubrió el rostro, sacudiendo la cabeza.

—¡Oye! No te rías, vamos a tener que lavarlas de nuevo —dijo Reece, lanzando también al suelo la ropa que sujetaba. Extendió el brazo y le dio un suave empujoncito.

—No tengas morro, si alguien debería quejarse soy yo que para algo es mi ropa…

El nieto de la señora Sargent levantó ambas manos.

—Touché —dijo.

De pie el uno frente al otro, sus miradas recorrieron el cuerpo ajeno. Dios, estaban hechos un desastre, quizás por eso tenía sentido permitirse reír y no pensar en nada más. Tras una carcajada compartida, Reece extendió los brazos, sus manos cogieron con cuidado los costados de la camiseta de Beau, esa que se pegaba a la perfección a su piel.

Beau entreabrió los labios. El contraste de la tela húmeda y fría contra sus cálidas manos lo estremeció.

—Voy a por unas toallas antes de que te congeles —dijo, pero uno de sus pulgares empezó a moverse y trazar la forma de su cadera—. Ahora vengo…

Cuando las manos de Reece abandonaron su cuerpo, Beau sintió como si acabaran de arrancarle toda la calidez de sus adentros. De hecho, quedó congelado, quieto en mitad de aquella cocina, necesitando unos largos segundos para ponerse en marcha de nuevo.

Se quitó la ropa mojada y la lanzó dentro de la pila. En ropa interior y todavía empapado como se encontraba, se sintió tan pequeño y patético que no pudo evitar mover los brazos hasta colocarlos cubriendo su pecho. *No*. Cubriendo las cicatrices. Estas eran las que lo hacían sentir vulnerable a fin de cuentas.

Reece volvió con paso acelerado hasta donde Beau se encontraba y, con una toalla rosa de considerable tamaño, lo rodeó, abrazándolo

con esta, frotando sus brazos con insistencia para asegurarse de que el calor volvía a su piel.

—¿Bien? —preguntó.

El menor de los Sinclair solo fue capaz de responder con un asentimiento.

El movimiento de las manos ajenas poco a poco fue frenando; sin embargo, estas no quedaron quietas. Una de ellas subió poco a poco hasta llegar al cabello de Beau y, con mimo, lo echó hacia atrás, descendiendo después para darle un nuevo toquecito en la nariz.

—Ya no parece que salgas de un tifón —dijo Reece.

Beau rio brevemente.

—Pero tú sí… —recortó un poco más la distancia entre ambos y tomó sus manos, frotándolas para así poder devolverles el calor—. Estás congelado —añadió, acercándolas a la boca, dejando que su aliento cálido las golpeara varias veces.

En cuanto notó el calor volver a la piel de Reece, Beau lo dejó ir. Estaba dispuesto a recuperar la cordura, a alejarse y vestirse como si aquella cercanía no lo hubiera sacudido por completo. Pero no pudo. En cuanto soltó las manos ajenas, una de estas viajó hasta su mentón y lo sujetó con firmeza, extendiendo el pulgar hasta poder rozar con él sus labios.

Las mejillas de Beau se tiñeron con rapidez de rosado fulgor, sus labios se entreabieron y a la respiración le costó encontrar el ritmo normal. El frío se había marchado, un calor tan intenso había nacido de sus entrañas y consumía cada recoveco de su interior que hasta resultaba asfixiante.

Ardía, y la única forma que conocía de apagar tal fuego no era apropiada.

—Sargent… —susurró su nombre, como una llamada de atención.

Pero él no hizo caso. Con firmeza lo guió a acercarse más, a sentir en su propia piel la humedad que bañaba su ropa, el chocar de su aliento contra los labios.

—Sargent… —susurró de nuevo, intentando ser cabal.

Pero de nada sirvió. Beau no sabría decir quién saltó al vacío primero, sus bocas se buscaron con tanta hambre que aquello parecía más bien una caída en picado de la mano. La toalla cayó al suelo sin cuidado, viajando sus manos raudas hasta el cuerpo del otro. Beau le quitó la camiseta a Reece con prisa, permitiendo al tacto de su vello húmedo y al regusto de sus labios ahogar en el silencio a cualquier «pero» que existiera.

Se movieron juntos, el cuerpo de Beau quedó arrinconado contra la encimera y un suave gimoteo chocó contra la boca de Reece al sentirse completamente atrapado por él. Se miraron, las manos de Reece ascendieron hasta colocarse una a cada lado del cuello de Beau, haciéndole mantener la cabeza levantada.

Sus labios alcanzaron la primera de las cicatrices. Besó su inicio, despacio, y empezó a recorrer toda su extensión a base de besos lentos y húmedos. El menor de los Sinclair cerró los ojos, sus manos buscaron los brazos de Reece permitiendo a sus dedos clavarse con fuerza contra la piel. Suspiró, pesadamente, notando cómo viajaba ahora hasta la cicatriz que surcaba su nariz y hacía lo mismo con ella.

Beau se sintió hermoso. Por primera vez en su existencia, aquellas que eran la causa de su vergüenza se convertían en ese mapa de estrellas que otros habían intentado convencerle que tenía en la piel. Los Sinclair nunca habían sido religiosos, pero si algo debía asemejarse a estar en un altar y ser venerado, Beau estaba convencido de que era eso.

Volvieron a besarse, lento, recreándose ambos en el momento.

—Quiero estar dentro de ti otra vez —susurró Reece, permitiendo a sus labios alcanzar una cicatriz diferente, besándola con mimo.

«Quiero estar dentro de ti otra vez» resonó en la cabeza del menor de los Sinclair.

«Pobre y patético Beau Sinclair. ¿De verdad creías que un hombre como él encontraba belleza en tus defectos? Quiere sexo. Dáselo, si cree que necesitas que haga todas estas cosas para tenerte pronto se cansará de ti, ¿no lo ves?» le dijo de inmediato la voz de sus inseguridades.

Beau movió la cabeza, apartó su rostro del alcance de Reece. Sus miradas se buscaron con rapidez.

—No tienes que hacer todo esto para tenerme. Solo hazlo —dijo.

—¿Qué? —preguntó Reece, confuso.

—Si quieres sexo… tengamos sexo. No es necesario que… me beses, ni… las cicatrices…

—No quiero sexo. Quiero sexo *contigo*.

El menor de los Sinclair rio con un toque de tristeza.

—No puedes querer *esto*… —su voz se rompió al pronunciar la última palabra. Con una de las manos se señaló primero la cara y después el resto del cuerpo.

Reece no tardó en enmarcar el rostro de Beau, de nuevo hizo que lo mirase, con firmeza pero sin imponerse.

—¿*Esto*? Beau… Eres precioso.

—Para… —farfulló, apartando la mirada.

Pero Reece no se lo permitió.

—Eres precioso —repitió, marcando cada palabra.

La visión de Beau se empañó por unas lágrimas imposibles de controlar.

—Debes ser el único que lo piensa… —respondió.

—Pero lo pienso de verdad. ¿No es eso lo que importa? —sentenció, dejando a la vez que sus pulgares acariciaran las mejillas de Beau, reforzando aquellas palabras.

Esta vez fue Beau quien se lanzó al abismo de cabeza. Llevó la mano hasta la nuca de Reece y, con la misma firmeza demandante que él había empleado antes, lo guió a acercarse de nuevo, a fundir

sus labios en un beso caótico, intenso, en el que sus lenguas no tardaron en explorar la boca del otro.

El beso se rompió cuando Reece decidió alzar a Beau del suelo, cogió su cuerpo a pulso y lo sentó sobre la encimera, deslizando las manos hasta sus muslos. Presionó con firmeza su carne, lo guió a abrirlas para hacerle espacio, encajando a la perfección de inmediato. Sus manos ascendieron de nuevo hasta la ropa interior ajena, esa misma que quitaron con facilidad pasmosa.

Besos en el rostro.

Besos en el cuello.

Reece se tomó su tiempo con el torso de Beau, regalando a las cicatrices en su piel el mismo afecto que había dado a las de la cara. Recorrió cada una con los labios, con besos lentos, húmedos, arrancando de la garganta del menor de los Sinclair suspiros y gimoteos complacidos. Llegado a la altura del ombligo, sus manos guiaron al cuerpo ajeno a sentarse en el borde, deslizando los dedos entre sus nalgas, permitiendo que uno de ellos se colara en el interior de Beau.

Sus miradas volvieron a encontrarse con el primer gemido.

Reece sonreía de un modo que hacía que a Beau se le derritieran las entrañas.

El movimiento de su dedo se volvió más intenso, marcado, consiguiendo arquear la espalda de Beau y hacerle revolverse carcomido por puro gozo. Siguió bajando, directo hacia su erección, la misma que no dudó en apresar entre los labios, dedicándole atenciones con estos y con la lengua.

Un nuevo gemido rajó la garganta de Beau y obligó a sus ojos a cerrarse. El saber hacer de su boca combinado con el de su dedo lo hicieron revolverse sobre la encimera, curvando los dedos para intentar aferrarse al borde, buscando un punto de apoyo firme.

Cuando un segundo dedo entró en su interior, la línea de lo real se volvió borrosa.

29.



Cuando Reece volvió al salón, traía entre sus manos la caja de la pizza y ese toque danzarín en su andar que parecía indicar que estaba contento.

Tras el sexo y lo complicado que había resultado despegarse, quedando tumbados sobre el suelo frío de la cocina entre ropa mojada, carantoñas y comentarios tontos, Beau había podido descubrir otro de tantos detalles sobre él que le resultaban adorables: Si Reece Sargent tenía hambre, el resto del mundo desaparecía. Era como si su atención se apagase y focalizarse en el único cometido de llevarse algo al estómago.

Cocinar daba pereza, así que pedir una pizza había resultado la respuesta obvia. En lo que el nieto de la señora Sargent se encargaba de ello, Beau recogió toda la ropa y volvió a poner una lavadora, subiendo hasta la habitación de Reece para hacerse con una nueva camiseta y, esta vez sí, ante la falta de ropa interior, ponerse esos pantalones cortos que le había intentado dejar por la mañana.

La camiseta tenía el dibujo desgastado de una vaca bebiendo cerveza. La escogió por esa misma razón y ninguna otra.

Reece se acomodó en el suelo junto a Beau, abrió la caja y se hizo con el primer pedazo de pizza, que no dudó en tenderle sobre una servilleta.

—Gracias —susurró, con una sonrisa boba ya permanente en los labios—. Pensaba que los chicos deportistas no comían estas cosas…

—Y no lo hacemos normalmente —respondió, dando un buen bocado a su trozo—. Pero acabamos de tener una buena sesión de cardio, así que me lo puedo permitir —lo miró, con ese toque chulesco pintado en la mirada que tanto le gustaba.

Beau puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza, escogiendo comer antes de darle una respuesta a tal comentario.

—Hablando de deporte… ¿te molestaría mucho que no fuese al partido de Portia?

—Tienes que ir, es parte de tu castigo.

—Sargent, hablo en serio. No quiero ir a Portia.

Reece frunció el ceño.

—¿Por qué no? Ir fuera es mil veces más divertido que cuando jugamos en el pueblo. El entrenador Hunt va a invitarnos a comer, hasta se puede hacer algo de turismo y…

—Ya, pero… el viaje… —Beau negó con ahínco.

—Solo es una hora y media, no puede darte tanta pereza —rio y dio otro bocado.

—No es pereza, es que… no quiero montar en el coche de un desconocido.

—¿Por qué?

Ambos se miraron. A Reece le costó unos segundos pero, por la forma en la que cambió la expresión de su rostro, la respuesta pareció darle en la cara de golpe.

—*Oh…* —farfulló y dejó la pizza sobre la mesa, limpiándose ambas manos sin cuidado contra la camiseta antes de girar para

encarar a Beau—. ¿Es por el accidente? Le pregunté a mi abuela por el tema, lo siento. No me contó muchos detalles, solo… En fin, que… asumo que te da miedo ir en coche…

El menor de los Sinclair asintió.

—Cuando monto en un coche es… —presionó los labios, no sabía demasiado bien como explicarlo—. ¿Sabes en las películas de acción cuando el protagonista está en una habitación encerrado y las paredes empiezan a… acercarse y el techo…? Pues eso. Siento como si el coche empezase a plegarse sobre mí y… el peso del cinturón se me clava en el pecho… —resopló y bajó la cabeza ligeramente—. Solo monto en el coche de alguien en quien confío. Mi hermano, su chica y… ya. ¡Que aún así lo odio! Pero lo tolero al menos.

Incluso las veces que había tenido sexo en la parte de atrás de un coche, siempre lo hacía cuando no había necesidad de moverse del rincón en el que estuviera aparcado. Si tenían que conducir a cualquier lado, prefería pagar un motel o meterse en un baño.

—Hey… —Reece llevó la mano hasta la nuca de Beau llamando así su atención. En cuanto sus miradas conectaron, el pulgar contra el lateral de su cuello empezó a moverse dejando una caricia mimosa —. No vengas a Portia, en serio. Está bien —presionó los labios, dudó un momento—. Aunque… y esto es solo una idea, no me voy a ofender si dices que no, ni… a darle más vueltas —sonrió—. ¿Y si yo conduzco el coche? Tú y yo, solos, en mi coche. Hablamos, ponemos música… ¿Crees que podrías ir a Portia así?

Beau no tenía una respuesta clara a esa pregunta. Le gustaba Reece, se sentía bien con él, diría que protegido incluso, así que la respuesta natural que le nacía de sus adentros no era ese «no» inmediato que le salía con tantos otros. Sin embargo, aquel era un tema demasiado delicado, una herida que lo llevaba acompañando desde los siete años, que a veces dormía tranquila y se despertaba de golpe para sacudirlo entero.

Una vez, con Emmet conduciendo, algo en su cabeza había hecho *click* y el miedo lo había consumido, teniendo que parar en una cuneta y retomar el viaje tras horas en mitad de ninguna parte. Ni siquiera con su hermano era siempre capaz.

—No lo sé —respondió finalmente, encogiéndose de hombros.

—Lo comprendo. Me gustaría dejar el ofrecimiento encima de la mesa de todos modos, por si cambias de opinión.

—No creo que lo haga, pero gracias.

Por un instante, Beau dudó si un beso sería apropiado. ¿Seguían de verdad creyendo que, en cuanto se fuera de aquella casa, todo quedaría olvidado? El sexo que acababan de tener convertía la conversación del desayuno en papel mojado, pero tampoco sabía discernir qué significaban realmente aquellas nuevas variables.

Prefirió no besarlo. Movió la cabeza para que Reece lo dejase ir y comer de nuevo.

—¿Quieres hablar de ellos? —preguntó Reece, recuperando su pizza—. Tus padres.

Beau negó de inmediato aunque, cuando se miraron de nuevo, la expresión en el rostro del menor de los Sinclair estaba bañada en burla.

—¿Es que no te ha contado tu abuela lo suficiente?

—¡Solo me contó cuatro detalles tontos y me he disculpado! —Reece se acercó y deslizó la mano por la cintura de Beau hasta su baja espalda, tirando de él para acercarlo un poco más—. ¿Qué puedo hacer para compensarte?

—¿Compensarme? —preguntó Beau, divertido. Su mano libre ascendió por el pecho de Reece, hasta su cuello—. Ya que conoces toda la historia de mi familia… —la mano llegó hasta su mejilla y le dio varias palmaditas firmes—. Deberías contarme la de la tuya.

Reece rio con un toque de incredulidad.

—¿Mi familia? Beau, los Sargent somos mega aburridos…

—¡Me da igual! —exclamó y llevó la mano a su hombro, presionando su piel—. Quiero conocer a tus padres…

Quizás, si hubiera sopesado las diversas lecturas que aquellas palabras podían tener, Beau lo habría expresado de otro modo. Pero el sentimiento no era menos real. Tenía curiosidad por el Reece que existía fuera de Whitefish, por su gente, por la vida en Birmingham… Solo conocía lo que tenía con Penny, como la prensa hablaba de su persona, y ansiaba más que nada que otros dejaran de contar su historia y escucharla solo de él.

—¡Vale! —Reece levantó una mano a modo de rendición—. Si es lo que quieres… Mi padre se llama Lee, mi madre Emma. Como sabes, mi padre se dedicaba al rugby de joven…

—¡El toro Sargent!

—El toro Sargent —repitió, asintiendo a la vez—. Pues mi madre era periodista y se conocieron porque ella fue a hacer un reportaje sobre el equipo en el que él estaba en la universidad. Un cuento de hadas moderno. Deberías escuchar cómo cuenta la historia mi padre, cada vez que tiene la oportunidad le añade más detalles y más… —rio—. Mi madre dice que es un peliculero y que el noventa por ciento de lo que cuenta es mentira.

—Pues me parece adorable —Beau levantó los hombros.

—A mí también —respondió Reece. Se acercó un poco más, dejando a su mano deslizarse por la espalda ajena—. Bueno, mi padre está retirado, aunque suele hacer de entrenador de un par de equipos infantiles en su tiempo libre. Mi madre escribe de vez en cuando, pero se dedica más a la casa…

—¿Y viven en Birmingham como tú?

—No, se mudaron a Peebles hace muchos años —ante la confusión de Beau, Reece siguió hablando—. Peebles es un pueblo al sur de Edimburgo, atravesando el río Tweed. Mi padre es escocés, aunque… —arrugó la nariz—. La cosa es que el tío nació en el puñetero Londres, creció allí y ha estado toda su vida en Inglaterra,

pero fue mudarse y ahora va de que es más escocés que el puñetero William Wallace, ¿sabes?

Beau rio.

—Peebles y Birmingham están a unas cinco horas más o menos. Así que no suelo verlos tanto como me gustaría. Voy cuando tengo vacaciones, en Navidades… Creo que ellos son los que peor están llevando lo de estar separados. Se preocupan demasiado por mí.

—Parecen buena gente.

—Lo son. He tenido mucha suerte con mis padres, la verdad.

El menor de los Sinclair se mordió el labio inferior buscando contener unas palabras que se morían de ganas de salir. Miró a Reece varias veces, convencido de que quizás no era lo más apropiado, decidió cagarla a conciencia de todos modos.

—¿Y entonces por qué no… les has contado…?

Reece suspiró, sus hombros se tensaron ligera pero evidentemente.

—Sé que a mi madre no le importaría, de hecho, algunas veces he tenido la sensación de que lo sospecha. Pero con mi padre es más complicado —se frotó la nuca—. Mi padre se parece mucho a las viejas glorias del rugby que me he ido cruzando estos años, esos que tienen una idea cuadriculada de lo que es ser un hombre y… ¡Mi padre no es…! No me malinterpretes, ahora de hecho está centrado en el rugby femenino, ha luchado mucho contra la exclusión en el deporte y… —titubeó—. Pero no puedo evitar temer que… le parezca bien lo diferente cuando viene de fuera pero… no le guste en la familia, ¿sabes?

Beau suspiró, su mano ascendió hasta el cuello de Reece para poder acariciarlo. Le entendía, claro que le entendía, él mismo se había preguntado miles de veces cómo habría sido salir del armario con sus padres. Le gustaba creer que se lo habrían tomado bien, pero aun con ellos fuera de su vida el miedo a que así no hubiera sido era real.

No quería darle más vueltas, necesitaban hablar de otra cosa.

—¿Y no tienes hermanos?

—No. Cuando tenía seis años mi madre tuvo cáncer de mama. Entre el diagnóstico, el tratamiento, todo lo que trajo consigo… Tomaron la decisión de no tener más hijos… ¡Ahora está bien! —añadió apresuradamente aquellas últimas palabras—. Va a revisión, todo está bajo control. Es una mujer fuerte, siempre la he admirado mucho.

—Ya… seguro que no quisieron más hijos porque eras tan insoportable que dijeron: «¿Otro como este? Y una mierda».

Ambos rieron.

—¿Por eso participas en torneos contra el cáncer? Lo vi en tu Instagram.

—Sí. Aunque… —la sonrisa burlona apareció de nuevo en su rostro, Reece se acercó todavía más a Beau dándole un toquecito en la nariz con la suya propia—. ¿Has estado cotilleando mi Instagram?

—¡No! —mintió con rapidez, pero tal cercanía entre sus rostros hacía jodido poder mantener las apariencias. Beau terminó por resoplar, bamboleó la cabeza—. Por encima, el tuyo, el de Penny, el de los Cavaliers… para enterarme bien del cotilleo y eso.

—Por el cotilleo —repitió, despacio, marcando cada palabra.

—Efectivamente —respondió, utilizando su mejor cara de póker.

No funcionó en absoluto. Reece sujetó a Beau con fuerza por la cintura y tiró de él, arrastrándolo hasta sentarlo sobre su regazo, de frente. Beau, entre risas, rodeó su cuerpo con las piernas, apretando sus costados al notar cómo Reece le hacía cosquillas.

—¡Para! —exclamó Beau de forma poco creíble.

—Mentiroso… —respondió Reece, parando las cosquillas cuando ambos se fundieron en un abrazo.

Con la cabeza acomodada sobre el hombro de Reece, el menor de los Sinclair soltó un pesado suspiro. Movió la cabeza y rozó su cuello con la punta de la nariz, la calidez de su piel combinada con su olor

varonil le hizo estremecer. Al notar cómo Reece le besaba la sien, levantó la mirada para observarle de nuevo, sintiendo que no podía callarse nada con él.

—También vi la cuenta de *thecavaliersgirlies*…

El nieto de la señora Sargent levantó ambas cejas.

—¿Y te pusiste perro?

—¡Basta! —exclamó, dándole una firme palmada en el pecho.

Reece lo cogió de la muñeca con firmeza.

—Eso no es un no… —canturreó, acercándose, fundiendo sus labios en un beso lento, húmedo.

Beau se movió hasta pegar por completo sus torsos, rodeando su cuello con los brazos y riendo contra los labios ajenos al sentir cómo este le apretaba el trasero. Sus miradas volvieron a buscarse, era imposible no amar el color de unas pupilas tan llenas de vida y luz como él las tenía.

—Me puse perro —susurró.

Reece se mordió el labio inferior.

—Así me gusta, Sinclair —añadió burlón, volviendo a besarle.

¿Qué eran? ¿Estaba bien besarse de ese modo? ¿Valdría la pena la pizza fría? Aquellas preguntas murieron ahogadas por todas las sensaciones intensas que los labios de Reece despertaban en Beau, esas que hacían que curvara los dedos y los clavase contra su nuca.

Bueno, todas no. Una de ellas resonaba cada segundo con más fuerza.

¿Cómo iba a ser capaz de dejarle ir después de aquello?

30.



Beau siempre había sido del tipo de personas a las que le cuesta dormir toda la noche.

Aunque fingía hacerse el ofendido cuando Emmet se lo lanzaba en cara, el menor de los Sinclair sabía bien que lo de moverse por las noches, dar patadas y molestar el sueño de quien era su acompañante era una constante en su rutina nocturna, así que no hubo sorpresa cuando, en plena madrugada, sus ojos se abrieron de golpe.

Suspiró y se frotó la cara con las manos varias veces, a su lado, hecho un ovillo, Sardina sí seguía sumido en un sueño profundo del que no deseaba ser molestado. Beau sonrió, con cuidado le acarició el lomo, moviendo la cabeza para poder buscar a Reece. Así se habían echado a dormir antes, de lado, con los fuertes brazos del deportista rodeando su menudo cuerpo, haciéndole sentir bien.

Pero ya no estaba. Donde su cuerpo debía descansar, solo se encontraba ahora su ausencia y unas sábanas revueltas sin cuidado.

Mierda. Seguro que le había hecho la noche imposible; ahora se sentía culpable.

Poco a poco, Beau salió de la cama, cruzó el cuarto y abrió la puerta. El pasillo estaba a oscuras pero, desde las escaleras, podía verse algo de luz. Diablos, si estaba durmiendo en el sofá por su culpa iba a obligarlo a cambiar posiciones, pero corriendo.

Desde el peldaño más alto de la escalera, el menor de los Sinclair pudo ver a Reece. Sentado en el último, encorvado, de ser un personaje de dibujos animados, una de esas graciosas nubes grises estaría flotando encima de su cabeza. Beau bajó con cuidado, al estar lo suficientemente cerca, pudo ver que se estaba mirando las manos, los dedos más concretamente. Ante sus ojos los extendía una y otra vez mecánicamente.

—Hey… —llamó su atención.

Reece dio un pequeño brinco, sobresaltado, pero pronto sonrió al mirar a Beau.

—Hey… —respondió con voz cansada.

El menor de los Sinclair terminó de bajar las escaleras, en lugar de tomar asiento a su lado, optó por sentarse frente a él en el suelo, con las piernas cruzadas y una sonrisa con un evidente toque somnoliento todavía presente.

—¿Qué haces aquí abajo? —preguntó.

Reece movió una de las manos, restando importancia.

—¿Te he despertado? —preguntó de nuevo Beau, arrugando la nariz—. Cuando era niño, mi hermano me lo decía todo el tiempo: soy insoportable cuando duermo…

—No —el nieto de la señora Sargent negó—. Contigo se duerme muy bien, en serio —suspiró—. La conversación de antes me ha despertado algo de morriña y… he decidido llamar a mis padres — levantó los hombros.

—¿Y… no ha ido bien?

Reece negó.

—Mi padre está obcecado con que soy un cobarde por estar aquí —respondió y bajó la cabeza—. Dice que tengo que volver, echarle huevos y…

La voz de Reece se rompió. Con prisa intentó ocultarlo; se quitó las gafas y las dejó sobre uno de los peldaños, cubriéndose ahora los ojos con las manos, escondiendo unas lágrimas que solo por su voz era evidente que pugnaban por salir.

—Para él todo es siempre tan blanco y negro… —farfulló—. ¡Y no me escucha! No… quiere escucharme… —Reece dejó caer los brazos, con los ojos llorosos miró a Beau—. ¿Puedes tocarme? —preguntó con la voz completamente rota—. Por favor, necesito sentirte, necesito saber que todavía puedo… —tomó aire por la boca forzosamente—. Tócame, abrázame, por favor… —rogó.

El menor de los Sinclair no tardó en moverse, deshaciéndose de la distancia entre ambos. Sus manos se deslizaron por los brazos de Reece con rumbo ascendente y su cuerpo encajó entre las piernas ajenas para hacer que quedaran completamente pegados. Rodeó su cuello y ladeó el rostro hasta poder besar varias veces su mejilla, deslizando después la nariz con mimo en una caricia constante, un recuerdo permanente de que estaba ahí.

Reece no tardó en aferrarse a su espalda, con una desesperación que encogió todo en su interior, que le hizo desear saber qué se decía en estos momentos, qué hacía uno para deshacerse del dolor de aquellos que eran importantes. Pero no lo sabía. Solo podía desear que su fuerte abrazo fuese suficiente para, al menos, consolar un poco su alma.

Se separaron solo cuando Reece pareció calmarse. Beau se echó suavemente para atrás y, con una de las manos, se encargó de limpiar los restos de lágrimas en el rostro ajeno, dejando después un beso ahí donde las lágrimas se habían deslizado. Lo observó en silencio, sus manos se colocaron a cada lado de su rostro para hacer que lo mirara directamente.

—Tu padre no tiene razón —dijo, con voz calmada, seguro de cada palabra—. Has elegido ponerte a ti mismo por delante, escoger tu estabilidad y tu bienestar por encima de lo que los demás quieren de ti. Eso no es de cobardes, eso no es un error, por mucho que a algunas personas les cueste entenderlo.

Reece no respondió con palabras. Ladeó el rostro y besó una de las muñecas de Beau, sin llegar a despegar después sus labios, permitiendo descansar ahí donde podía notarse su pulso. Estaba vivo. Por alguna razón eso parecía resultarle reconfortante.

—No es un mal hombre… —susurró finalmente, sin ser capaz de mirarle.

—A veces, hasta los mejores hombres cometen errores.

Sus miradas volvieron a encontrarse. Beau sonrió, apartó sus manos, pero no dejó que ni un poco de distancia se impusiera entre ambos. Al contrario, acercó más sus rostros, dejó que sus narices volvieran a rozarse.

—Vine aquí con la esperanza de acostumbrarme a dejar de sentir —susurró Reece, del mismo modo que uno cuenta un secreto—. Quería aprender a que nada me importara, a que mi cabeza solo la ocupara el deporte. Y de repente apareces tú y... haces que todo importe. Haces que quiera sentirte todo el tiempo, Beau.

El menor de los Sinclair no estaba seguro de si comprendía el significado detrás de aquellas palabras. Reece cargaba con un dolor intenso, punzante, mucho más profundo de lo que había podido imaginar aun cuando toda su situación ya lo hacía temerlo así. ¿Buscaba recluirse en sí mismo? ¿Por qué quería dejar de sentir? ¿Hablaba su corazón roto? No lo sabía y, hacer preguntas en su estado vulnerable, tampoco parecía la respuesta adecuada.

Aun así, había algo que tenía claro.

«Haces que quiera sentirte todo el tiempo, Beau».

Nunca antes nadie le había dicho unas palabras tan bonitas.

Se acercó de nuevo y besó sus labios despacio, como si el mundo se hubiera parado a su alrededor y la prisa fuese poco más que un recuerdo del pasado. Suspiró contra su boca al distanciarse, notando a la vez cómo Reece lo sujetaba con firmeza por los brazos, cómo le pedía de forma silenciosa que no se alejase todavía.

—Deberíamos intentar lo nuestro —dijo Beau—. Aunque pueda acabarse en cualquier momento, aunque nadie más pueda saberlo. Deberíamos darnos una oportunidad.

La sorpresa se pintó de inmediato en el rostro de Reece.

—Beau… —presionó los labios, dudó—. Va a doler. Nos va a destrozar.

—Lo sé. Pero estoy seguro de que valdrá la pena.

No había duda.

No había vuelta atrás.

El menor de los Sinclair movió la cabeza haciendo que sus narices se rozaran.

—¿Me sientes? Ahora… ¿me sientes? —preguntó.

Reece asintió.

—Te siento.

Beau también quería sentir a Reece todo el tiempo.

31.



Desde la planta de abajo, la voz de la señora Sargent sonó.

—¡Reeceeeeeee! —gritó la mujer, acercándose a la escalera—. ¡Cielo, he vuelto!

Acomodado sobre el pecho desnudo de Reece, Beau movió la cabeza hasta poder esconder el rostro contra su piel, soltando un sonoro resoplido.

No sabía qué hora era, pero sí que seguía teniendo mucho sueño. Después de la charla de la noche anterior, se habían quedado hasta tarde abrazados en la cama, sin querer dormir, deseando arañar unos segundos más a un tiempo que cada vez se volvía más escaso. Pues ahora ambos tenían que pagar las consecuencias.

—¡Reeceeeeeee! —se escuchó de nuevo.

El menor de los Sinclair levantó la cabeza y palmeó varias veces el pecho de su chico, el mismo que se había cubierto la cara con el brazo y se negaba a despertarse.

—Hey, tu abuela está abajo, te llama… —dijo, con voz somnolienta.

Y entonces, algo conectó en la cabeza de ambos.

La señora Sargent había vuelto antes de tiempo.

Beau se puso en pie de un brinco; Sardina se llevó tal susto que hizo lo mismo y salió por patas a buscar refugio en el cuarto de baño. Se movió con prisa, buscó por el suelo la ropa de la noche anterior; necesitaba cubrirse cuanto antes.

—¿Tu abuela no volvía esta tarde?

—¡Eso se suponía! —respondió Reece y se puso la primera camiseta a su alcance.

Con paso acelerado fue hasta la puerta del cuarto, salió por esta y recorrió el pasillo hasta la escalera, acompañando sus pasos de un insistente:

—¡Voy, voy, voy!

El menor de los Sinclair terminó de vestirse. Sentado en el borde de la cama, mientras se ponía los zapatos, pudo escuchar la conversación que abuela y nieto mantenían.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que llegarías mucho más tarde…

—Ugh, la tramposa de Susane y yo nos hemos peleado. La muy arpía aprovechó que iba al baño para sentarse en mi tragaperras y robarme mi dinero. Hemos tenido una pelea que… —la señora Sargent resopló—. Así que se ha acortado el viaje. Baja a ayudarme, anda, vamos a subir las maletas y…

—¡No, no, no! Eso de la tragaperras me lo tienes que contar con calma… —Reece ladeó el rostro, miró a Beau un segundo y le hizo un gesto con la mano para que se acercara—. ¿Por qué no vas a la cocina y haces café, uhm? Así me lo cuentas bien, yo… cojo las gafas y…

—Vale, vale. Espero que no te hayas acabado las galletas de mantequilla….

Beau aceleró el paso, llegó hasta donde Reece estaba, notando de inmediato la mano contra su pecho frenándolo. Esperaron unos segundos en silencio; solo cuando la anciana hubo desaparecido por completo su voz volvió a escucharse.

—Siento que tengas que irte así —dijo Reece.

—No te preocupes —respondió, negando a la vez—. Aunque me quedo con ganas de probar uno de tus increíbles boles de cereales…

Su chico rio.

Habían bromeado sobre ello la noche anterior. Beau decía que Reece no le encajaba con el tipo de hombres con don para la cocina y él, tan mono como había sido todo el día, aseguró con la más fingida ofensa que preparaba «los mejores boles de cereales del mundo». Ante la incredulidad de Beau, le había prometido preparar uno al día siguiente.

Silencio. El menor de los Sinclair dudó si darle un beso de despedida.

—Bueno, me voy antes de que…

—Claro, claro.

No se atrevió. No estaba seguro de que fuese siquiera lo que Reece quería.

Con cuidado de no hacer mucho ruido, Beau bajó por las escaleras y esperó unos segundos en el último escalón, asegurándose de que estaba despejado para salir corriendo hasta la puerta. La abrió con rapidez; sin embargo, notar cómo algo lo agarraba por la muñeca fue suficiente para detenerle.

Un tirón firme, el cuerpo de Beau giró hasta encarar el de Reece, recibiendo un beso que no tardó en convertirse en una cadena de besos cortos.

—Avísame cuando estés en casa —dijo cerca de sus labios.

═══∘ ◦ ❁ ◦ ∘═══

Cuando entró en la cocina, a Beau no le costó darse cuenta de lo tenso que estaba el ambiente en casa. Su hermano estaba terminando de lavar los cacharros que había usado; en un gesto sencillo echó la mirada atrás y lo miró un segundo antes de volver a sus cosas.

—Buenos días —dijo, con ese tono seco que solía usar para otros.

—Buenos días…

El menor de los Sinclair presionó los labios, dudó un momento, pero terminó por ir hasta la pila y colocarse junto a su hermano, cogiendo la sartén y el estropajo de sus manos.

—Déjamelo a mí, anda. Cuando haces huevos la dejas hecha un desastre —intentó bromear, pero su hermano no parecía interesado en ello.

Emmet se secó las manos contra la camiseta y se apartó, dispuesto a marcharse.

—Me han llamado del cementerio, necesitan que eche una mano con…

—Emmet, por favor, no te vayas así —lo cortó, dejando la sartén, mirándole.

—¿Así cómo?

—Enfadado conmigo —Beau suspiró—. Siento lo que te dije. Estuvo completamente fuera de lugar y solo lo hice porque… necesitaba alguien con quien pagar mi cabreo. Y no es justo. Porque tú siempre eres muy bueno conmigo y… Lo siento, de verdad.

«A ti solo te jode que no tenga piso porque no vas a poder deshacerte de mí» le había dicho. Sin pensar, cabreado, coronado todo por un portazo y la sensación horrible de haber hecho daño a la única persona en el mundo que jamás iba a merecerlo.

—Da igual —aseguró Emmet, sin mirarle siquiera.

—No, no da igual —replicó Beau, acercándose a él—. Dijiste que teníamos que ser honestos el uno con el otro, que teníamos que dejar de guardarnos cosas. Te he hecho daño…

—Te he dicho que da igual.

—Pero…

—¿¡Qué quieres, Beau!? Te estoy diciendo que da igual, que lo dejemos pasar y tú no paras. ¿¡Qué quieres!? ¿¡Quieres que grite, que me enfade!? —Emmet sacudió la cabeza—. ¡Vale! Fuiste un capullo conmigo. Llevo cuidando de ti desde que tenía diecisiete años, me hice con tu tutela en cuanto el estado me lo permitió, dejé mis estudios, me puse a trabajar de cualquier mierda para que no te faltase de nada… ¿Y así me lo pagas? ¿De verdad tienes el valor de decirme que lo que quiero es deshacerme de ti? Vete a la mierda.

—¡Estaba jodido! ¡El tío William nos ha puteado! Ya no sé si podré estudiar, siento que estoy echando mi vida por el sumidero y… ¡Te estoy diciendo que lo siento!

—¡Lo sientes tanto que me has tenido todo el puto sábado corriendo como pollo sin cabeza buscando dónde cojones estabas! He ido hasta al hospital, Beau. Pensaba que te habías quedado tirado en cualquier lado, llegué a pensar que estabas… —sacudió la cabeza —. Cuando me he enterado de dónde estabas yo…

Beau sintió que se le cortaba el aire. ¿Su hermano sabía dónde había estado? ¿Sabía su hermano algo sobre Reece? Titubeó, nervioso.

—¿S-sabes que…?

—¡Claro que lo sé! Mini me lo contó. Sé que estuviste de fiesta, que te pillaste un pedo de la leche y que habéis estado los dos de resaca en casa de una de sus amigas.

Oh, joder, gracias Mini.

—Sé que tienes veinticinco años. Eres un adulto, puedes hacer lo que te dé la gana. Pero creo que, después de todo lo que he hecho por ti, lo mínimo que merezco es que me respetes lo suficiente como para no hacerme estas putadas, ¿vale?

El menor de los Sinclair asintió.

—Me voy a trabajar. No me esperes, volveré tarde —Emmet cogió de la silla su mochila—. Ah, el próximo miércoles es el cumpleaños

de mamá. Si no estás con resaca en alguna parte o pasando de mi culo, estaría bien que le dieras la importancia que merece.

No hubo respuesta a tales palabras. Beau estaba convencido de que no había nada que pudiera decir para convencer a Emmet de quedarse cinco minutos más, de hablar e intentar solucionar aquella pelea. También, no podía evitarlo, darse cuenta de que se había olvidado del cumpleaños de su madre lo hacía sentirse como una mierda de persona.

Se frotó la cara con ambas manos, tras escuchar el portazo de su hermano, abandonó la cocina y fue hasta su habitación. Al marcharse a beber después de la pelea, no había cogido sus cosas, ni siquiera su maldito teléfono, que seguía dentro de la bolsa de deporte.

Fue iluminarse la pantalla y vio la ingente cantidad de mensajes y llamadas que su hermano le había mandado durante todo el sábado.

—Mierda… —farfulló, sintiéndose peor todavía.

Desbloqueó el teléfono y entró en Whatsapp; sin embargo, no se atrevió a abrir su chat con Emmet. No podía leer esos mensajes, no ahora. Si su estabilidad ya estaba frágil, añadir aquello era como pegarse un tiro en el pie directamente.

Tenía mensajes de Reece y de Mini. Respondió por orden, empezando por su chico.

Reece: Hey, ¿todo bien?

Beau: ¡Sí!

Beau: Ya he llegado, pero estaba hablando con mi hermano.

Beau: Me doy una ducha y luego me cuentas cómo ha ido con tu abuela.

Un gato mostrando el pulgar apareció de inmediato en la pantalla.

Ahora tocaba enfrentarse a Mini. Tomó aire, por Dios que no fuese tan malo.

Mini: Tuuuuuuuuuuuuuuu.

Mini: Tu hermano te está buscando como un loco, me lo ha dicho Lottie.

Mini: ¿Dónde te has metido?

Había escrito en una primera tanda de mensajes.

Mini: Le he dicho a Emmet que estamos resacosos en casa de Katie Grant.

Mini: Pero dime algo cuando puedas ¿oky?

Una segunda tanda.

Mini: Te vi marcharte con Laramie ayer...

Mini: No pasa nada si has vuelto a caer. A mí me lo puedes contar...

—Hola, Mini —Beau se acercó el teléfono a los labios para grabar un audio—. Perdona que no te haya respondido hasta ahora. No volví a caer con Laramie, no… ¿Nos vemos mañana y te cuento? Ven al campo de rugby, antes del entreno, te invito a lo que quieras… Gracias por salvarme el culo. Te debo una. Te quiero.

Tras aquellas palabras, lanzó el móvil lo más lejos posible.

32.



Cuando Beau sacó el tupper de sandía y los dos tenedores del interior de su tote bag, Mini enarcó una ceja, haciéndose con uno para apuntar a su amigo con él.

—Creía que ibas a invitarme a lo que quisiera —dijo.

—Ya, bueno, mi economía está más precaria de lo que pensaba, así que come y calla —respondió con tono bromista.

Su amiga se quejaba por vicio, prueba de ello era que, incluso antes de haber podido acabar aquel comentario burlón, ya se había hecho con un pedazo de fruta y empezado a comer. El día estaba tranquilo, una suave brisa los llevaba acompañando toda la mañana, el calor era soportable y la caricia de los rayos del sol se agradecía, pero había algo dentro del menor de los Sinclair que estaba alborotado.

Demasiadas cosas habían cambiado en poco tiempo. El dinero, la universidad, Reece, ahora la pelea con su hermano… Beau tomó aire por la nariz y, en un intento por encontrar algo capaz de calmar sus

nervios, se metió un pedazo entero de sandía en la boca y empezó a masticar con una violencia que buscaba canalizar aquel revuelo.

—Mi hermana me ha contado lo de tu tío… —rompió Mini el silencio finalmente—. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Qué pasa con la universidad?

—Nada. Se acabó. Ayer solicité la anulación de mi matrícula —levantó los hombros—. No me lo puedo permitir. Incluso con el dinero de mi tío íbamos a ir pelados; imagina sin él.

—¿Y no hay una beca que puedas solicitar?

Beau negó.

—Solo cumplo los criterios necesarios para una y… No. Solo nos ayudaría un poco, no voy a pedirle a Emmet que… Era un sueño estúpido de todos modos. Cuando hablé con mi hermano de la universidad por primera vez, me dijo que Bellas Artes no parecía una buena opción de futuro. Y en realidad tiene razón. Invertir tanto dinero para acabar en el paro…

—¿Tú eso de que has de estudiar algo que te guste y no algo que te haga rico no…?

El menor de los Sinclair rio con un toque sarcástico.

—Solo los ricos se pueden permitir eso, Mini.

No hubo discusión al respecto. Aunque los Halpert vivían ahora de forma más acomodada, eran una familia que venía del barro, de haber luchado por tener ese hogar y esa vida más tranquila de la que ahora disfrutaban. Los padres de Mini siempre les habían inculcado, incluido a Beau, al que veían como un hijo, que el dinero es fugaz y que hay que ser sabio a la hora de gastarlo, así que ambos andaban a la par en aquel pensamiento.

Así que masticaron en silencio.

—¿Qué solo se pueden permitir los ricos?

La voz de Reece hizo que ambos echasen la cabeza hacia atrás. Sentados a los pies de las gradas como se encontraban, pudieron dar con la hermosa visión que era el nieto de la señora Sargent.

Sonriente, con un conjunto navy blue y sin sus gafas de siempre, tenía los brazos cruzados y estaba sobre uno de los bancos, observándolos con atención.

El corazón de Beau dio un brinco. Dios, era tan guapo que parecía irreal.

—Escoger su futuro en base a lo que les gusta y no a lo que tiene sentido —dijo Mini.

Reece frunció el ceño, muestra de que no terminaba de comprender.

—El tío de Beau les ha jodido y ahora no va a ir a la universidad —añadió.

—Mini —la reprendió de inmediato.

Sí, había hablado con él de lo de su tío, pero no quería ir contando por ahí que sus sueños universitarios habían estallado. No, al menos, de ese modo. El deportista sacudió la cabeza, se movió hasta poder bajar de las gradas de un brinco y colocarse frente a ambos.

—¿Es que no hay otras universidades a las que puedas ir? Más cerca, más económicas… —insistió Reece.

—¿A estas alturas del verano? Lo dudo. Y aunque las hubiera… paso.

—¿Pasas? No puedes pasar, es tu futuro.

—Eso pienso yo también —añadió Mini, comiendo de nuevo—. A veces no se trata de elegir la opción perfecta, sino la que encaje lo suficiente con tu mundo.

Beau suspiró y se frotó la cara con una de las manos.

—¿Y si ninguna lo hace?

—Entonces eliges la que sea y te esfuerzas en que funcione —zanjó Reece.

El menor de los Sinclair gimoteó y se echó hacia delante. Su frente quedó contra sus rodillas flexionadas y sus ojos se cerraron con fuerza. Tan solo la sensación de su cabello siendo revuelto hizo que levantara la cabeza. Reece era el culpable de tal gesto.

—No seas quejica y fabrica tu nueva oportunidad, Sargent —dijo.

—¿Y eso cuándo lo hago? ¿En el trabajo o en tus entrenamientos? —respondió Beau, burlón, sin mayor pretensión que hacer chinchar a Reece—. ¿Me buscas tú la universidad?

El nieto de la señora Sargent rio y echó a andar, caminando de espaldas, todavía con la mirada puesta en ambos. Extendió sus brazos y levantó los hombros.

—¡Quién sabe! ¡Soy rico, tengo mucho tiempo libre! —exclamó.

Mini y Beau le mostraron el dedo corazón a la vez.

Acompañado del sonido encantador de su risa, Reece giró sobre sus propios pies y se adentró en el campo, yendo al encuentro del entrenador Hunt, que ya lo estaba esperando.

El menor de los Sinclair no pudo dejar de mirarlo. Lo perfectas que se veían sus piernas con aquel conjunto, su sonrisa, la forma enérgica en la que estaba hablando… Habría dado tantas cosas por haberle saludado con un beso. Pero no podía. Lo habían dejado claro. Resultaba curiosa también la forma en la que el mundo se ralentizaba cuando lo miraba.

Estaba tan metido en sus pensamientos que hasta la voz de Mini lo sorprendió.

—Te dije que era majo.

Beau titubeó. A sus pensamientos dispersos les costó conectar.

—Reece —añadió Mini.

—¡Ah! Sí, es un encanto…

Beau nunca había sido amigo de morderse la lengua, cosa que le había traído muchos más problemas de los que desearía haber tenido, pero estaba más que dispuesto a ponerse un candado en los labios por Reece y por lo que tenían.

Sin embargo, demonios, costaba de narices no gritar a los cuatro vientos —y especialmente a Mini— que aquel hombre bebía los vientos por él. Había vivido el fin de semana más romántico de su

existencia y tenía que guardarse todos los detalles para sí mismo. ¿No era eso la mayor injusticia posible?

Comió de nuevo, masticó unos segundos para poder así ordenar sus ideas.

—Te debo una explicación sobre… lo del sábado, mi hermano… —ambos amigos se miraron directamente—. Lo primero, siento que hayas tenido que mentir por mí. Sabes que no me gusta ponerte en esos compromisos.

—No pasa nada, sabes que no me importa cubrirte, aunque prefiero hacerlo cuando estoy segura de que estás bien y eso…

—Lo sé —suspiró—. Cuando volvimos de ver pisos, después de la conversación con mi tío, estaba de los nervios y… discutí con Emmet. Le dije algunas cosas que no sentía y me… Sabes que no gestiono bien las discusiones con mi hermano. Cuando nos peleamos, yo…

—Sales por patas —terminó Mini la frase.

—Exacto. El caso es que empecé a caminar hasta que me encontré con la fiesta de apertura del local del centro y… ¡no tenía dónde ir! ¡Necesitaba olvidar! Así que empecé a beber y… —resopló, se frotó la cara con ambas manos—. Sí, me encontré con Laramie… ¡No pasó nada! Nada de lo que deba arrepentirme, al menos. Pero… conocí a otro chico.

Vale, técnicamente falso.

Pero no podía contar la verdad, aunque tampoco podía quedarse callado.

Mini dio un brinco, se acercó más a Beau y lo cogió con fuerza del brazo.

—¿Es alguien del pueblo? ¿Le conozco?

—No puedo decirte eso, todavía está en el armario y no voy a ser yo quien lo saque. Pero, para que te quedes más tranquila, no tiene novia, no está casado ni sigue en el armario por un rollo raro. Simplemente no se siente preparado —levantó los hombros.

—Creía que ya no querías eso. Hombres no disponibles…

—Pero por él pienso hacer una excepción. Mira, sé que es… una locura, pero lo que siento cuando estoy con él, la forma en la que conectamos, es… nuevo para mí. Y quiero sentirlo, vivirlo, ¿sabes? El sábado fue el día más maravilloso en mucho tiempo. Y no solo por el sexo… —arrugó la nariz—. Bueno, el sexo es un factor muy a favor, pero… —rio—. Es todo. Es… especial. Y repito, soy consciente de lo loco que suena, pero… estoy siendo honesto con lo que siento —bamboleó la cabeza—. Joder, me la he… jugado a pegarse una hostia por tíos que no merecían una mierda. Si me hostio con él… que así sea.

El menor de los Sinclair movió la cabeza; su mirada volvió a Reece, que corría bajo la atenta supervisión del entrenador Hunt. Sí, estaba seguro de la decisión que había tomado. Había detalles que no le había contado y que no contaría a nadie. La fecha de caducidad de su relación, para empezar. Pero daba igual, no había nada que pudiera escuchar en ese momento que cambiase su parecer.

Cuando notó el peso del mentón de Mini sobre su hombro, ladeó el rostro y besó su pelo, apoyando su cabeza contra la de ella.

—¿Puedo darte un consejo?

—Siempre.

—Fluye. Siento que, muchas veces, te has dado ese hostión del que hablas porque has pensado todo demasiado. Intentas vivir varios pasos por delante del presente, Beau, y eso nunca funciona. El futuro que imaginas nunca será tan terrible o maravilloso como el que de verdad te espera —Mini rodeó a su amigo con el brazo y lo achuchó un poco—. Si tanto te gusta ese chico misterioso… permítete un poco de, en fin, *misterio*.

Beau rio y miró a Mini de reojo.

—¿Te vale si te prometo que lo intentaré?

—Te conozco, sé que es lo máximo que voy a conseguir de ti —respondió, burlona—. Oye… ¿y tiene nombre o…?

—¡No voy a darte un nombre!

—¡Es porque lo conozco!

—¡Vivimos en Whitefish! Aquí se conoce todo el mundo.

Ambos rieron.

—*Vaaaaaaale*… ¿Y una inicial? ¡Por favor!

Beau puso los ojos en blanco.

—«S» —dijo, en referencia al apellido de Reece. No pensaba darle su nombre.

—El señor «S» —bromeó, achuchándolo un poco más—. «S» de sexy, parecías tonto cuando te compramos.

—«S» de superdotado —levantó ambas cejas.

Mini suspiró.

—Deseo más que nada que te vaya bien, Beau. Ojalá encuentres al fin ese tío que…

—Lo sé —respondió, acariciando una de sus manos—. Y sabes que es mutuo —presionó los labios, dudó un instante, pero no pudo contenerse—. ¿Con Kurt…?

—He quedado con él después del entrenamiento. No quería romper por teléfono. Le he estado dando muchas vueltas a lo que me dijiste la última vez que hablamos del tema. Yo… he sido muy estúpida. Y no, no me digas que no ha sido así. Cuando una persona es capaz de hablar de ese modo a otra, es imposible que sea buena persona y es… de ser muy imbécil pensar que, como no ha sido malo conmigo, entonces es buena gente.

Mini bajó la cabeza, pero Beau no tardó en cogerle del mentón para hacer que sus miradas volvieran a encontrarse.

—Hey, ¿qué te parece si esta noche duermes en mi casa? Podemos hacer piñas coladas, mascarillas y hablar durante horas sobre lo imbéciles que son todos los tíos.

—¿No tienes planes con el señor «S»?

—Lo entenderá. Más le vale hacerlo. Al fin y al cabo, cualquiera que quiera estar conmigo tiene que entender lo importante que eres

para mí.

Su amiga sonrió y asintió, recibiendo de inmediato un beso en la frente.

El mundo quedó en pausa durante un segundo. Abrazados, siendo acariciados por la brisa, con el sonido del silbato de Hunt de fondo. Muchos aman el invierno, el frío y el mal tiempo, pero Beau se quedaría a vivir en un instante así para siempre. Un dulce verano eterno.

—El miércoles es el cumpleaños de mi madre —dijo; de forma inconsciente, presionó una de las manos de Mini—. Y lo había olvidado por completo. Soy un hijo horrible…

—No digas eso…

—Pero es la verdad. No lo digo para que me consueles o me convenzas de lo contrario; merezco sentirme así —se mordió el labio inferior—. Les estoy olvidando poco a poco. No recuerdo fechas importantes, sus voces hace tiempo que suenan difusas en mi cabeza… Llegará un día en que solo serán una ausencia que duele. Lo bueno se habrá marchado.

—¿Qué hacéis normalmente en sus cumpleaños?

—Comer algo especial, a veces un pedazo de tarta en su honor…

—Quizás ese es el problema. El aniversario de su muerte es una fecha que jamás podréis ver que otra cosa que no sea tristeza, pero ¿sus cumpleaños? Vuestros padres querrían que los celebraseis con ellos, que sean días especiales. Deberías organizar algo especial para hacer con Emmet, que sea bonito, así nunca podrás olvidarlo —se acercó un poco más a él—. También sería una buena forma de pedirle perdón.

Algo especial para hacer con Emmet.

Celebrar el cumpleaños de su madre de una forma diferente.

Sí, eso sonaba bien.

33.



El sonido de una campanilla fue toda la señal que Beau necesitó para salir de la trastienda. El Cherry llevaba cerrado casi una hora, así que la única persona que podía estar entrenando era aquella a la que estaba esperando: Emmet.

El menor de los Sinclair había citado a su hermano en el local aquella misma mañana. No le había hecho partícipe de sus intenciones, simplemente le había dicho que ya sabía cómo celebrar el cumpleaños de su padre y que pasase por allí a la vuelta del trabajo.

—Hey.

—Hola.

Aunque ambos hermanos tenían su carácter, también coincidían en que, cuando se trataba de una discusión entre ellos, preferían poner distancia y volver a la normalidad días después, como si nada hubiera pasado. Ahora estaban en ese impás raro, cuando el problema seguía flotando en el aire pero no se quiere hablar de él así que solo quedaba el silencio.

—¿Has reservado en algún lado para cenar? —preguntó Emmet.

—No, he pensado en hacer algo diferente por mamá este año —ante el ceño fruncido de su hermano, Beau siguió hablando—. ¿Recuerdas el jarrón amarillo?

—Claro que lo recuerdo, te lo cargaste al lanzar una de tus vacas de juguete desde el pasillo hasta el salón. Tuve que cubrirte y me llevé una reprimenda de la leche.

—¡Te ofreciste a hacerlo!

—¿¡Qué iba a hacer si no!? Tenías seis años y te pusiste a llorar…

Y aunque en un principio temió que aquello fuera una reprimenda, al ver cómo la comisura de los labios de Emmet se elevaba ligeramente, Beau respiró tranquilo.

—El caso es que… he pensado que podríamos pintar juntos un jarrón para mamá. Lo podemos poner en la entrada de casa, tener flores frescas —suspiró—. Le habría gustado.

—Le habría encantado —aseguró—. Vale, un jarrón, pero sabes que yo no…

—Tranquilo, yo me encargaré de que quede bonito.

Un ademán con la cabeza, y ambos hermanos se adentraron en el local. Beau ya había dispuesto la sala para la actividad. En una mesa pequeña, tanto el jarrón como los pinceles, pinturas y plantillas que iban a necesitar se encontraban perfectamente dispuestos. Se sentaron el uno frente al otro, permitiendo así que Emmet investigara los materiales.

—¿Qué le gustaba a mamá? ¿Qué le habría hecho ilusión?

El mayor levantó la mirada de las plantillas, suspiró pesadamente.

—No recuerdas mucho de ella, ¿verdad? Digo… más allá de lo físico.

Beau dudó un instante, pero terminó por negar.

—Mamá… era de esas personas que llenaban todo con su luz. Le gustaban las cosas sencillas. Cocinar los domingos como si viniera media ciudad, aunque solo fuéramos nosotros. Siempre hacía de más

y luego decía que así sobraba para el lunes. Nunca era verdad, entre papá y yo nos lo comíamos todo —rio brevemente—. Ponía música mientras limpiaba. Canciones viejas, de esas que nadie escucha, pero que ella decía que tenían encanto. Y cantaba fatal… pero le daba igual. Supongo que eso es lo que más recuerdo: le daba igual hacer el ridículo, solo quería ser *ella* y disfrutar de las cosas que le hacían feliz. Como tú —apoyó los antebrazos sobre la mesa y observó el jarrón—. Le encantaba el amarillo. Y los limones. No sé por qué pero tenía un montón de cosas con dibujos de limones… ¿Sabrías dibujar algunos?

Beau asintió. Cogió el jarrón y un lápiz, acercándolo lo suficiente para poder acomodarlo bien y empezar a dibujar el patrón que iba a decorar la pieza.

—Es normal que no la recuerdes bien, eras demasiado pequeño cuando pasó.

Aunque entendía lo que su hermano quería decir, el menor de los Sinclair seguía sintiendo aquello como una puñalada. El universo había sido injusto con él tantas veces, ¿por qué no podía hacerle ese regalo? ¿Por qué no podía permitirle tener grabados a fuego a sus padres aun cuando no tenía sentido? Si las fotos se iban, el día que Emmet dejara de estar, ellos también lo harían para siempre y la sola idea lo rompía por completo.

Aun así, al mirar de reojo a su hermano, se esforzó en parecer tranquilo.

—Lo sé. Es una mierda, pero… así funcionan las cosas —respondió y devolvió la vista al jarrón, dibujando un limón más. Necesitaba cambiar de tema—. Así que… a mamá le encantaban los limones, a mí las vacas, a ti los caballos… ¿y a papá?

Una sonrisa cargada de tristeza apareció en el rostro de Emmet.

—El rugby. Le encantaban los Redford Rams; veíamos sus partidos siempre. En parte por eso me hizo tanta ilusión conocer a

Reece. O sea, lo admiro y eso, pero… su padre jugaba en los Rams, ¿sabes? A papá le habría vuelto loco conocerle.

—El toro Sargent —dijo Beau de forma inconsciente.

—¿Cómo sabes tú eso?

Beau levantó la mirada, titubeó e hizo un gesto exagerado con la mano.

—La señora Sargent me lo contó mientras le teñía el pelo. Me hizo gracia… —levantó los hombros y volvió al jarrón, sintiendo su corazón acelerarse.

«Joder, ten cuidado con lo que dices», se reprendió.

Dejó el lápiz sobre la mesa y levantó el jarrón, haciéndolo girar con cuidado, mientras observaba los limones. La verdad es que quedaban bonitos, ahora solo quedaba pintarlos. Colocó el jarrón en el centro de la mesa y empezó a preparar la pintura.

—Vale, con pincel fino y este tono de amarillo vamos a ir pintando los limones. Luego veremos cómo hacemos el fondo.

—Joder, Beau, son pequeños… ¿y si los pintas solo tú?

—¡No! La gracia es que hagamos algo los dos para mamá.

Emmet resopló, cogió el pincel y un poco de pintura.

—¿Qué pasa si me salgo?

—Nada, cogemos la lija y lo quitamos. Es lo bueno de esto, todo tiene solución.

Aquellas palabras surtieron efecto en su hermano, que, con confianzas renovadas, se puso manos a la obra. La forma en la que sujetaba el jarrón con torpeza, cómo se acercaba y fruncía el ceño esperando ver mejor así, la lentitud de sus movimientos… Beau no pudo evitar reír, cogiendo él también pincel y pintura para encargarse de otro de los limones.

—Siento la pelea y lo que te dije, Emmet. También haber desaparecido sin avisar.

Ambos se miraron, aunque no tardaron en volver a la pintura. De nuevo, en una de tantas cosas que asemejaban a dos hermanos tan

distintos, hablar de aquellas cosas resultaba mucho más sencillo cuando no se estaban mirando.

—Sé que ya no eres un niño, Beau. Tienes veinticinco años y, con razón, sientes que no me debes tantas explicaciones como antaño. Pero… llevo cuidando de ti desde que tenías siete años. Eres lo más importante para mí y pensar que te hubiera pasado algo, que estuvieras en algún lado tirado… joder, es mi mayor miedo. No te pido que me cuentes todo, pero…

—No. Tienes razón. Hiciste por mí algo que no todo el mundo habría hecho. Tenías diecisiete años cuando pasó, dieciocho cuando te convertiste en mi tutor. Podrías… haberme dejado con mi familia de acogida, haber puesto tu vida y tus sueños por delante… pero nunca lo hiciste. Y no te he dado las gracias como merecías por ello.

—No quiero que me des las gracias. Eres mi hermano y te quiero. Lo hice una vez y lo haría mil veces solo por eso.

Beau rio con tristeza.

—¿Incluso si he terminado siendo un puto desastre?

Emmet levantó la mirada del jarrón, su hermano lo hizo también.

—No eres un desastre.

—Veinticinco años, camarero, sin estudios, sin planes de futuro, sin… nada. Quizás te ciega lo mucho que me quieres pero, vamos, tampoco soy alguien de quien estar orgulloso.

Emmet dejó el pincel sobre la mesa, se puso en pie y recortó toda distancia con Beau. De cuclillas, a su lado, cogió sus manos y las sujetó con firmeza.

—Eres un buen hombre. Tienes un corazón enorme, cuidas de los demás, eres amable, cariñoso, llenas mi vida de luz… Eso es todo lo que siempre he querido para ti. Es para lo que te eduqué y lo has conseguido. El resto me da igual.

—¿Nunca me has sentido una carga?

Emmet enmarcó de inmediato el rostro de Beau. Lágrimas honestas se deslizaban por sus mejillas, las mismas que con los

pulgares intentaba borrar.

—No. Nunca. Este mundo ha sido cruel conmigo, pero me ha dado dos cosas tan bonitas… Y tú eres una de ellas.

—Quería hacerte sentir orgulloso… —farfulló todavía con la voz tomada—. Quería que vieras mis esculturas en la universidad y… sintieras que yo…

—Ya estoy orgulloso de ti, Beau.

El menor de los Sinclair se movió con rapidez, bajó de su silla para poder deshacerse de toda distancia entre Emmet y él, abrazándolo y aferrándose con fuerza a su espalda. Cerró los ojos y escondió el rostro contra su hombro. Quería llorar más; no sabría exactamente explicar por qué necesitaba llorar, solo sabía que en sus adentros algo le gritaba por hacerlo.

Fue sentir cómo los brazos de su hermano lo rodeaban y romperse como un niño.

—Hey, tranquilo… —le susurró—. Todo está bien, encontraremos una solución. Llevamos haciéndolo toda la vida; esto no va a acabar con nosotros.

«¿Y no estás cansado de que así sea? ¿No estás cansado de tener que luchar tanto y que las cosas nunca sean sencillas a la primera? Porque yo sí. Y empiezo a pensar que el mundo me está pidiendo que me rinda», pensó. Pero no lo dijo.

No podía decirle eso, no a Emmet.

Su hermano ladeó el rostro y le besó la sien despacio.

—Anda, enano, vamos a seguir pintando o no acabaremos el jarrón nunca —susurró, buscando hacerle sonreír.

Sí, ahora todo lo importante era acabar el regalo para su madre.

34.



De vuelta a casa, el peso del silencio cayó sobre los hombros de los hermanos Sinclair como una losa. Por mucho que hubieran intentado convertir el cumpleaños de su madre en un día especial, en el momento en que habían terminado el jarrón y salido de aquella burbuja, la realidad les había golpeado con la obviedad de que no podían ser felices.

Aunque Beau se sentía completamente derrotado y agradecía tener a Emmet a su lado, le resultaba mucho más importante asegurarse de que este estaba bien. Sentados en el sofá, viendo por millonésima vez *El gigante de hierro*, apartó la mirada de la pantalla y se perdió en el gesto ausente de su hermano. Con el corazón en un puño, habló.

—¿Por qué no llamas a Charlotte y te vas con ella a pasar la noche?

Emmet lo miró, confuso.

—No —respondió, presionando una de sus rodillas—. No te dejaré solo, no hoy.

—Estoy bien. De verdad. En nada voy a irme a dormir y… la necesitas.

Su hermano presionó los labios. Aunque dudó en un principio, terminó por hacerlo. Una llamada, una conversación corta en la cocina, y el mayor de los Sinclair cruzó el salón buscando las llaves de su camioneta. Tenía planes: iba a ir a buscar a su chica.

—¿De verdad estarás bien si me voy? —preguntó, de cuclillas frente a Beau.

—De verdad. Acabaré la película y me iré a dormir.

Un beso en la frente, el recordatorio de que estaba a una llamada de distancia, y Emmet se marchó, haciendo el silencio reinante todavía más pesado.

═══∘ ◦ ❁ ◦ ∘═══

Tumbado de lado sobre la cama desde hacía horas, los ojos de Beau seguían tan abiertos como lo habían estado todo el día. Su mirada se encontraba perdida en aquella foto, la misma que tenía en la mesilla, la que ahora había colocado a su lado sobre el colchón. Con el dedo extendido, repasó de nuevo las figuras que aparecían en ella.

Mamá. Papá. Emmet.

Mamá. Papá. Emmet.

Mamá. Papá. Emmet.

La voz distorsionada y lejana de su madre volvió a su cabeza para torturarlo.

Sus últimas palabras, aquel «¿Quieres que mami se siente detrás contigo, Beau?» resonaron con fuerza. La de su padre ni siquiera hizo acto de presencia. Esa ya se había borrado por completo; ni siquiera era capaz de recordar qué era lo último que le había dicho.

«¿Quieres que mami se siente detrás contigo, Beau?»

«¿Quieres que mami se siente detrás contigo, Beau?»

«¿Quieres que mami se siente detrás contigo, Beau?»

El menor de los Sinclair cerró los ojos con fuerza y se cubrió las orejas con las manos.

—Para. Para. Para. Para… —repitió, encogiéndose poco a poco sobre sí mismo. Curvó los dedos; las uñas se clavaron en sus sienes.

Necesitaba salir de ahí. Necesitaba huir.

Y solo había un lugar en el que quería estar.

═══∘ ◦ ❁ ◦ ∘═══

«La segunda lluvia es diferente, menos dulce. Cae fuerte, golpea los tejados, arrastra el polvo de las calles y revela lo que intentamos esconder. Hay quien la odia; otros comprenden que es necesaria. Sin esa lluvia, aquí nada cambiaría nunca. Ni la tierra, ni la gente».

Cuando Beau llegó a casa de la señora Sargent, el cielo de Whitefish había decidido romperse en un llanto que, para un corazón herido como el que tenía en aquel momento, resultaba hasta empático.

Corrió hasta la puerta, resguardándose como pudo, rebuscando en el bolsillo de sus pantalones para sacar el teléfono. Con dedos congelados y temblorosos llamó a Reece.

—Hey —respondió este con rapidez.

—Estoy en tu puerta.

—¿¡Qué!? ¿Con la que está cayendo? Dios, Beau… —acompañando sus palabras, el sonido de unos pasos acelerados y de la madera crujiendo llegó a él.

No tuvo que esperar mucho. La puerta se abrió de golpe y Reece apareció ante sus ojos con la preocupación pintada en el rostro. Aun así, estaba guapo, con las gafas ligeramente caídas sobre el puente de la nariz y una sudadera burdeos que seguramente valía tanto como todas las prendas del armario de Beau juntas.

No dijo nada. Con firmeza, lo cogió del brazo y tiró de él para que entrara. Beau se tensó, negó enérgicamente e impuso resistencia.

—¿Está tu abuela? No quiero que nos vea y que tengas que…

—Joder, olvídate de eso y pasa dentro —interrumpió, tirando de él de nuevo.

Esta vez, Beau sí se dejó llevar.

En cuanto estuvo dentro de la residencia de los Sargent, las manos de Reece no tardaron en recorrer su cuerpo de forma acelerada. Saltaban de un lado a otro, tocando su ropa húmeda, su cara, apartándole el pelo de ante sus ojos…

—Tendrías que haberme dicho que vendrías. Habría ido a buscarte o… —suspiró—. ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo? —se acercó más—. ¿Estás bien?

Por un instante, Beau se planteó seriamente mentir. Quiso decirle que estaba bien, que estaba allí solo porque se moría de ganas de verlo y lo echaba de menos. Sin embargo, cuando intentó hacerlo, antes de que ninguna palabra pudiera salir siquiera de sus labios, se derrumbó. Temblaba; sus ojos volvieron a humedecerse.

—No… —farfulló con voz rota.

Reece lo abrazó de inmediato, lo pegó contra su cuerpo y lo apretó con fuerza. Sus labios buscaron el cuello de Beau y dejaron varios besos lentos, cálidos, de esos capaces de calentar el alma.

—Hey, tranquilo, ¿qué pasa? Estoy aquí… —susurró cerca de su piel.

Beau se aferró con fuerza a la sudadera.

—Mi madre… es el cumpleaños de mi madre… —consiguió decir entre sollozos.

Reece lo apretó con más fuerza. Sus labios ascendieron hasta besar su mejilla, dando paso después a una caricia lenta con la punta de la nariz.

El menor de los Sinclair ladeó el rostro. Su mirada buscó la ajena; necesitaba saber que no lo miraba como a un loco, que su afecto no era fruto de las circunstancias. Fue sentir su mano en la mejilla y supo que aquel era un lugar seguro en el que romperse.

—Estaba solo, en casa, y… no podía dejar de pensar. Todo estaba tan silencioso y… Lo siento, no debería haber venido así. Yo…

Reece llevó la mano a la nuca de Beau, lo guió a acercarse y dejó un beso sobre su frente, uno que hizo que un agradable calor despertara en sus adentros.

—No digas eso. No hay nada que sentir —respondió, besando su nariz después—. ¿Por qué no vamos a algún sitio más tranquilo y hablamos?

Beau asintió.

═══∘ ◦ ❁ ◦ ∘═══

Al montar en el coche de Reece, Beau cerró la puerta con más cuidado del necesario, como si temiera que incluso el más mínimo golpe pudiera estropear algo allí dentro. Se acomodó en el asiento del copiloto y echó un vistazo rápido al interior, esperando encontrar algo que rompiera la perfección que lo rodeaba —una botella vacía, barro seco, cualquier cosa—, pero no había nada. Ni siquiera polvo.

Acorde con su estatus, Reece tenía un coche de lujo, uno que olía a cuero limpio y a ambientador caro, con asientos de cuero oscuro impecables y pantallas por todas partes. No pudo evitar sentirse fuera de lugar, especialmente al recordar lo húmeda que estaba su ropa y el barro que decoraba la puntera de sus Converse falsas.

Volvió a la realidad al escuchar un portazo. Su chico se había montado también en el coche y, sin cuidado alguno, se quitó la sudadera a tirones y se la tendió con una sonrisa.

—Ponte esto, anda. Debes de estar congelado —dijo, trasteando con las pantallas hasta conseguir que un agradable aire caliente llenara el interior del vehículo—. Sé que el coche no es… En fin, tu sitio favorito. Pero no se me ha ocurrido otro lugar —añadió, quitándose las gafas para limpiar los cristales con su camiseta interior.

—No pasa nada —farfulló Beau, ahora envuelto en el abrazo de aquella sudadera.

Con la cabeza agachada y la vista perdida en sus manos sobre las rodillas, Beau pudo ver cómo Reece colocaba una de sus manos sobre la propia. Hizo que la girara, pudiendo así entrelazar los dedos, presionándolos con firmeza como una muestra más de que seguía ahí.

—¿Quieres hablar?

—No.

Uno de los dedos de Reece le dio un toquecito en el mentón, haciéndole así levantar la cabeza.

—¿Estás seguro?

—Cada vez que hablo de este tema con alguien que me gusta… todo se va a la mierda. Es entonces cuando me vuelvo demasiado, cuando ya no compensa estar conmigo —el nudo en la garganta se volvió más intenso—. No quiero que eso pase contigo…

Reece presionó de nuevo la mano de Beau.

—No va a pasar. Beau, no eres demasiado y no… pienso en lo que siento por ti como algo que me compensa o no. Estás sufriendo, ni siquiera soy capaz de imaginar cuánto. Necesitas hablar y tener a alguien que te escuche… Deja que sea yo.

El menor de los Sinclair apartó la mirada de nuevo. Volvió a sus manos, a la forma perfecta en que sus dedos se entrelazaban, a la sutil caricia de su pulgar sobre la piel. No sabía por dónde empezar. Nunca lo hacía. Todas las palabras se agolpaban en la garganta y batallaban unas con las otras por ser las primeras en salir.

—Mi madre se llamaba Bonnie. Era enfermera, morena, muy guapa. Tenía una… peca en la mejilla izquierda y la manía de arrugar la nariz en las fotos. Le gustaba cantar, aunque lo hacía fatal, el color amarillo y los limones. Mi padre se llamaba Oliver. Era bombero, tenía el pelo más claro que mi madre y mucho complejo con sus entradas —rio con tristeza—. Le gustaba el rugby, era fan

del equipo de tu padre y les tenía un miedo irracional a las serpientes —ladeó el rostro para mirar a Reece de nuevo—. Eso es todo lo que sé de ellos. *Todo*. Y la mayoría de esas cosas ni siquiera las recuerdo. Son… fragmentos que mi hermano me ha contado. Son mis padres, los he perdido para siempre y no… los conozco —su voz tembló, las lágrimas empañaron su visión—. Mi parte racional comprende que era muy pequeño cuando pasó, qué tiene sentido no recordarlo. Pero a la emocional le duele de todos modos. Sé que solo recuerdo sus caras porque tenemos fotos. Sus voces ya no… n-no están, Reece. A mi padre ni siquiera lo recuerdo hablando. Siempre que pienso en él solo… lo veo en ese maldito coche, mirando hacia atrás, comprobando que estoy ahí. La voz de mi madre sigue ahí, pero ya… no parece ni siquiera la de una persona. Y solo recuerdo que me decía una y otra vez sus últimas palabras —bajó la cabeza, volvía a temblar, no podía evitarlo—. Este dolor me acompaña siempre. Y no es uno del que pueda deshacerme, porque no hay forma de sanar esto. No voy a recordar sus voces por mucho que lo intente. No voy a volver a vivir nada con ellos, por mucho que quiera. No están, nunca van a estar. Me gustaría poder pensar en ellos y que no duela, pero no puedo… no… sé cómo…

La mano libre de Reece se deslizó por el costado de Beau hasta la baja espalda. Poco a poco lo guio a moverse, a acercarse para poder abrazarlo de nuevo. Estar entre sus brazos fue como volver a encontrar refugio después de la tormenta. Su olor y su calidez lo envolvieron y se colaron en sus adentros, calmando su dolor. Seguía llorando. La congoja se aferraba a él con todas sus fuerzas, pero la sensación de soledad se diluía hasta no ser nada.

—Tranquilo, llora todo lo que necesites. No hay prisa.

Beau presionó con más fuerza la mano de Reece al escuchar aquellas palabras. Unas tan sencillas que llevaba deseando escuchar toda la vida. No podía creer que, al fin, alguien se las hubiera

regalado. Su mano libre se aferró a la ropa ajena, pidiéndole una vez más, sin palabras, que no se marchara. Le necesitaba.

—Quédate conmigo —añadió junto a su oído, como si sus deseos estuvieran conectados de un modo difícil de explicar—. Déjame cuidar de ti.

Beau no pudo responder con palabras. El llanto impedía darles paso, pero un asentimiento fue más que suficiente para ambos. Un nuevo beso en la sien y supo que todo estaba donde debía estar.

En el exterior, la lluvia seguía golpeando con fuerza el parabrisas.

35.



Cuando Beau abrió los ojos, la visión de aquella habitación de hotel envuelta en penumbra lo recibió. Necesitó unos segundos para ubicarse. Con la cabeza todavía revuelta, solo sentir el peso del brazo de Reece rodeando su cintura fue capaz de devolverlo a la realidad.

Había necesitado un buen rato para calmarse en el coche. Sin embargo, en cuanto el llanto se desvaneció, la propuesta de hacerse con un cuarto en cualquier lado y dormir hasta que el día hubiera terminado sonó de maravilla.

El rugido del motor fue el siguiente sonido que los envolvió a ambos. En aquel momento poco le importó no haber estado nunca antes en un coche conducido por Reece. Se sentía tan seguro a su lado que hasta aquel miedo tan primigenio moría.

Se movió un poco; los dedos ajenos se aferraron a él, anclándolo en el sitio. Todavía llevaba puesta la sudadera de su chico. Eso le pintó una media sonrisa que le nacía de lo más profundo. Su mano descendió y se acomodó sobre la ajena para acariciarla.

—Hey… —escuchó a Reece farfullar con voz pastosa y cansada.

—Hey —respondió, pudiendo ahora sí girarse hasta quedar de nuevo cara a cara.

Despertar junto a Reece Sargent era verdaderamente hermoso. Todo en él tenía un aura de paz que resultaba contagiosa. A Beau le resultaba de lo más tierno que un hombre tan grande e imponente pareciese tan frágil. Daban ganas de arroparlo, de besar su nariz y decirle que podía permitirse arañar cinco minutos más al reloj.

Embelesado como estaba, llevó un dedo hasta la nariz de Reece, dibujando la forma de esta, sintiendo un cosquilleo en sus adentros al verle sonreír aun con los ojos cerrados.

—Tienes una nariz preciosa. La más bonita que he visto en mi vida —susurró.

Su nariz trazaba una línea recta y segura, sin quiebros ni dudas, como si hubiera sido esculpida por un artesano en honor a su más preciado muso. Resultaba imposible no quedar prendado de ella, aunque, si sus manos entraban en competición, Beau ya no sabría qué elegir. Tan fuertes y varoniles, a la vez tan suaves y afectuosas, eran perfectas.

—Herencia de mi madre —farfulló Reece, frotándose la cara con una de las manos para poder así espabilar—. La de mi padre está más torcida y la tiene hecha polvo a base de golpes en el campo.

—Deberías tener cuidado en el campo, entonces. Sería una pena que te la jodieras.

Reece enarcó una ceja.

—¿Solo la nariz? ¿El resto sin problema?

Beau asintió.

—Ajá. Podría soportar estar contigo con cualquier lesión, pero sin esa nariz…

Ambos rieron.

La mano de Reece no tardó en encontrar acomodo sobre la nuca de Beau, guiándole así a acercarse y poder darse el primer beso de la mañana. Se tomaron su tiempo. Ambos ansiaban volver a sentirse de

ese modo. La noche anterior había sido demasiado, empañada por un aura de tristeza imposible de ignorar, así que los besos como aquel no habían tenido cabida. Ahora era el momento de recuperar el tiempo perdido.

Sin romper el beso, Beau se movió hasta colocarse sobre Reece, descendiendo las manos por su pecho y apresando el bajo de su camiseta para poder quitársela. No tardó en sucederle lo mismo a su sudadera. Las prendas acabaron tiradas en algún punto irrelevante de la habitación. Beau deslizó las manos por el torso de su chico. Su piel caliente y suave le hacía estremecerse, y el roce del vello corto le hacía cosquillas.

Sus labios empezaron a buscarse con más hambre. El descenso continuó hasta poder entrar en la ropa interior y apresar la erección de Reece, empezando así una masturbación lenta pero marcada que solo buscaba hacerle desear aquello todavía más.

—¿Me sientes? —preguntó Beau, jadeante.

—Te siento —correspondió Reece, guiando él también a uno de sus dedos para empezar a preparar a Beau para lo inminente—. Ni te imaginas cuánto te he echado de menos.

La ropa interior estorbaba. Con manos mucho más torpes, fruto del placer que aquel dedo le estaba dando, el menor de los Sinclair se deshizo de los boxers ajenos, ayudando también en la tarea de quitarse los propios después. Los roces entre sus pieles se volvieron más explícitos. Buscaban sentirse, fundirse, y los jadeos y gimoteos caldeaban el ambiente.

Una mirada. Un asentimiento.

El dedo de Reece abandonó el interior de Beau y no tardó en ser sustituido por su miembro. Entró despacio, palmo a palmo, quedando ambos quietos unos instantes al estar por completo dentro de él. Los dedos de Beau se curvaron, sus uñas arañaron el pecho de Reece de forma inconsciente y tomó aire por la boca.

No dolía. De hecho le encantaba.

El roce de las manos de Reece ascendiendo por sus piernas sacó a Beau de sus pensamientos y lo centró de nuevo en la realidad. Ambas manos se colocaron sobre sus caderas, presionó su carne. Con la vista puesta en él, la forma sensual en la que se mordió el labio inferior fue suficiente para terminar de provocar un incendio en sus adentros.

—Joder, Beau.

La respuesta a aquellas palabras, de nuevo, llegó por parte de su cuerpo. Su cadera empezó a moverse con un ritmo marcado, intenso, de compases cada vez más crecientes impulsados por un hambre de él que resultaba insaciable. El sonido de los muelles chirriando se mezclaba con el de sus gemidos y con el cabecero golpeando rítmicamente la pared cada vez con más rapidez y violencia.

—Reece —gimió, dejándose llevar.

Fue caótico, intenso. El calor subió de golpe desde sus entrañas y se deslizó por todo su cuerpo hasta llenarlo todo, hasta volverse asfixiante. Como en una montaña rusa, una vez el placer hubo alcanzado su cima, cayó en picado en un estallido tan intenso que arqueó la espalda de Beau y le hizo echar la cabeza hacia atrás, sacudido por la mezcla entre ese placer tan carnal y la pequeña pizca de dolor que suponían las uñas ajenas clavándose en su cadera.

Con la respiración entrecortada y la piel perlada de sudor, el menor de los Sinclair se dejó caer hacia un lado, quedando tumbado junto a Reece. Sus ojos seguían cerrados, pero su cabeza se movió hasta apoyar la frente contra la parte superior del brazo ajeno.

Contacto. Piel con piel. Daba igual lo que acababa de pasar; lo ansiaba.

Sus ojos volvieron a abrirse al sentir la mano de Reece ascendiendo por su pierna flexionada hasta alcanzar de nuevo la cadera. Bajó la mirada. Sus largos dedos acariciaban con mimo las marcas en forma de media luna que sus uñas habían dejado en él.

Un nuevo beso, uno mucho más tranquilo, de vuelta a la calma. Cuando se separaron, Reece buscó con la mirada su camiseta, recuperándola del suelo para poder limpiar los restos de aquel encuentro de encima de su piel y de la de Beau.

—¿Te he…? —El pulgar de Reece volvía a acariciar las rojeces en su cintura.

Beau negó apresuradamente.

—Ha estado bien, no te rayes. Me ha gustado que seas tan pasional.

—Me has puesto tanto que me he cegado un poco.

—No pasa nada, en serio.

—Ya, bueno, aun así…

Reece se movió hasta poder alcanzar con los labios la cadera de Beau. Besó despacio su piel, con cierto toque reverencial. El menor de los Sinclair sintió que el aire huía de sus pulmones de golpe, sorprendido una vez más por una ternura que jamás habría atribuido a alguien como él.

Guiado una vez más por las manos ajenas, Beau quedó tumbado boca arriba y Reece, de inmediato, acomodó la cabeza sobre su pecho, cerrando los ojos al sentir cómo el puente de su nariz volvía a ser trazado con el dedo. Ascendió por sus cejas, el filo de su rostro… quería memorizar en la yema cada palmo de este.

—Contigo nunca duele… —pronunció en voz alta un pensamiento.

Reece abrió los ojos y lo miró con el ceño fruncido.

—El sexo.

—¿A qué te refieres con doler? —El nieto de la señora Sargent ascendió hasta poder estar con su rostro a la misma altura que el ajeno—. ¿Físicamente? ¿Emocionalmente?

Beau levantó los hombros.

—Ambos.

—Beau… —Con mimo, Reece le apartó el pelo de la cara—. El sexo no debería doler nunca, de ninguna forma…

El menor de los Sinclair apartó la mirada. No es que aquello fuese una revelación o algo que no supiera; lo que provocaba aquella congoja en él era escucharlo en voz alta por primera vez. Cuando la experiencia te grita otra cosa, aunque en tu cabeza algo tenga lógica, empieza a perderla poco a poco. Escucharlo así, de voz de Reece, le hacía mirar a todas sus pasadas experiencias una vez más con una repulsión que le costaba gestionar.

Lo sintió una vez más. Esa masa viscosa bajo la piel, esa que se extendía e iba enganchándose por cada recoveco de su interior, que lo hacía sentirse sucio. No tardó en llevar una mano hasta el antebrazo y empezar a rascar con insistencia. Quería colar los dedos dentro, quería arrancarla, quería sentirse bien otra vez.

—Hey, ¿qué haces?

Reece agarró con fuerza la mano de Beau, deteniendo así aquel tic nervioso. Aunque el menor de los Sinclair intentó zafarse y seguir rascando, la forma en la que su chico presionó su mano fue suficiente para disuadirlo.

—Vas a hacerte daño… —añadió, con más suavidad.

—Estoy sucio, necesito limpiarme.

—¿De qué hablas? No lo estás.

—¡Sí lo estoy! Hay… algo dentro, algo repulsivo que se cuela en cada parte de mí y me hace… —sacudió la cabeza—. Estoy sucio, estoy… roto. Por eso el sexo duele. Pero eso nadie…

Se queda.

Me quiere.

Oh, había tantas opciones para terminar aquella frase.

Pero no pudo. Con un firme:

—Basta.

Reece hizo callar a Beau de golpe, con firmeza, pero sin perder su natural calidez.

—No estás roto. No estás sucio. Y que le jodan a quien te ha hecho creer que es así —le dio un toquecito en la frente con el dedo—. Incluso si ha sido esa cabecita tuya, no es verdad.

—Eso es fácil de decir para ti. Esto no es la gran ciudad. ¿Sabes cómo se siente uno cuando es la única persona abiertamente gay en un maldito pueblo enano? Quieres sentir, quieres vivir, quieres… hacer lo que hacen los demás. Y te encuentras con que solo hay… capullos que te usan para un polvo asqueroso en un baño. Sin cuidado, sin afecto, sin pensar por un instante si eso es siquiera lo que tú quieres. Pero es eso o nada. Y ansías tanto sentir algo, convencerte de que no eres repulsivo, que… lo aceptas.

—¿Quieres saber lo que ha sido el sexo para mí durante todos estos años? Llevo desde que me di cuenta de que me gustan los hombres teniendo que… empujar esa parte de mí dentro del armario y hacerla callar con todas mis fuerzas. Mi mundo es el rugby, es mi vida, y no… puedo aparecer con un novio de la mano en el campo. Con cada hombre con el que he estado ha sido… después de un riguroso y exhaustivo proceso con el que me he asegurado de que no van a salir corriendo a contárselo a nadie, que no… lo joderán todo —suspiró—. El sexo ha sido… un circo muchas veces para mí. Pero nunca ha dolido. Nunca —tiró de Beau y lo acercó lo suficiente para poder hablarle en un susurro—. Nunca va a volver a doler. Nunca vas a volver a sentirte de ese modo. Yo nunca… Te lo prometo, ¿vale? ¿Confías en mí?

No tuvo que pensarlo; asintió de inmediato. Confiaba en Reece, por eso había viajado en su coche, por eso se abría a él de ese modo, ansiando escuchar lo que pensaba.

Volvió a abrazarlo. A buscar en él ese lugar seguro en el que todo parecía estar bien. Cuando volvieron a mirarse, fue imposible no volver a fundirse en un beso tranquilo, de esos que no tienen más pretensiones que poder disfrutar de los labios del otro.

—¿Qué haces el sábado? —preguntó Reece, rozando la nariz de Beau con la propia.

—Nada…

—Vale, pues ahora tienes planes conmigo.

—¿Qué planes? —La ilusión era evidente en su voz.

Quiso preguntar si era una cita, pero no tuvo el valor suficiente para hacerlo.

—Pues hay algo que echo de menos hacer y… planeaba ir solo, pero… será más divertido contigo.

Beau rio.

—¿El qué?

Reece chasqueó la lengua con exagerada teatralidad.

—No te lo puedo contar hasta el sábado, lo siento.

—¡No! ¡Dímelo! —pidió, dando un suave brinquito, pegándose todavía más a él.

—Vas a tener que esperar, Sinclair.

Beau gruñó y puso los ojos en blanco.

—¡Está bien! Aunque más te vale no crearme expectativas y que luego sea… tomar ese asqueroso té vuestro. El que parece agua de fregar.

—¿¡Cómo te atreves!?

Las manos de Reece viajaron raudas hasta los costados de Beau, empezando así a hacerle cosquillas, llevando a sus cuerpos a enredarse de nuevo y a perderse el uno en el otro.

Quizás no sabía todavía qué planes les esperaban para el sábado, pero sí tenía clara una cosa. En aquel instante, el único plan que existía era disfrutar del tiempo juntos en aquella habitación todo lo posible. Y nada resultaba más apetecible.

36.



Reece: Vamos a tener que coger el coche hoy
Reece: ¿Te parece bien? Si no cambiamos de planes
Beau: Todo bien, no te rayes.
Beau: Tengo muchas ganas de verte, Sargent.
Reece: Y yo a ti, Sinclair.

Tras volver a leer aquellos mensajes por millonésima vez, Beau bloqueó el móvil y lo guardó en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Ante la ausencia de un plan concreto, había decidido ponerse unos vaqueros de esos que le hacían un culo increíble y una camiseta de tirantes, de cuello alto y color violeta. La camiseta era herencia de Mini. Según su amiga, le marcaba la figura de una forma que era ilegal que no estuviera en su armario.

Por supuesto aquel conjunto no había sido su primera elección, sino que había pasado las horas previas a encontrarse rebuscando hasta en el rincón más oscuro de su armario para encontrar el conjunto perfecto. Quería gustarle a Reece. No, *necesitaba* gustarle. No lo habían llamado de aquel modo concretamente pero, si aquello

era una cita, ¡su primera cita! Lo mínimo que ansiaba era volverlo loco.

Cuando el coche apareció doblando una esquina, la sonrisa tonta volvió a dibujarse en los labios de Beau, que levantó el brazo y lo saludó como si temiera no ser visto. Pero no fue así. El coche pronto paró ante él con Reece al volante. Estaba guapísimo, con una camisa verde desabrochada y una camisilla blanca debajo, además del colgante de la herradura.

Y sus gafas. Empezaría guerras por esas gafas y por la forma en que se acomodaban sobre su perfecta nariz.

—Hola —dijo, acercándose y colocando las manos en la ventanilla.

—Tenemos un problema —susurró Reece.

Beau frunció el ceño.

—¡Beau, tesoro!

En la parte de atrás del coche, la señora Sargent y dos de sus amigas lo miraban con una sonrisa amable en el rostro. El menor de los Sinclair devolvió el gesto y titubeó antes de devolver la vista hacia su chico.

—Mi abuela ha oído que íbamos al centro comercial y se ha acoplado con sus amigas.

La señora Sargent no tardó en darle una palmadita en el brazo a su nieto.

—¡Oye! ¿Tendrás morro? ¿Quién llena el depósito de este coche?

Reece puso los ojos en blanco y a Beau le costó contener una risita por lo tierna que le resultaba aquella escena. Rodeó el coche con paso acelerado y montó en el asiento del copiloto. En cuanto sus miradas se encontraron, Reece no tardó en dibujar un «lo siento» con los labios, al que el menor de los Sinclair respondió con un guiño que le restaba importancia.

—¿Cómo es que ibais al centro comercial? —preguntó la señora Sargent.

—Oh, ehm… —Beau llevó una mano hasta el brazo de Reece—. Al pobre lo ha obligado Hunt. Dice que necesito calzado adecuado para el campo de rugby.

La mujer asintió, sin necesitar nada más para convencerse.

Una mirada fugaz, una sonrisa compartida. El pulgar de Beau se deslizó sobre el brazo de Reece antes de volver a su regazo. Quería tocarlo, besarlo después de días sin nada más que mensajes y llamadas, pero aquel no era el momento.

═══◦ ◦ ❁ ◦ ◦═══

—Ten el teléfono con sonido, ¿de acuerdo? —dijo la señora Sargent a su nieto.

—De acuerdo.

—Nos encontraremos aquí mismo.

—*Vaaaaaaale*.

La anciana cogió la camisa de su nieto e intentó abrocharle varios botones, a lo que este respondió revolviéndose para evitarlo.

—Ay, abuela, basta —dijo, dando un paso atrás y arreglándose la camisa de nuevo.

—Vas muy guapo, Reece, pero seguro que así coges frío.

—¡Suficiente! Ve con tus amigas —instó, haciendo un gesto con la mano para indicarle el camino. Después giró sobre sus pies y, resoplando, cogió a Beau del brazo para tirar de él y echar a andar—. Dios santo, ni que fuese un adolescente.

El menor de los Sinclair rio.

—A mí me ha parecido muy tierno.

—Ya, claro, porque no te lo hace a ti.

Ambos se miraron. Una nueva sonrisa cómplice, una última caricia en el brazo y se distanciaron, caminando el uno a la par del otro, pero sin dar pie a interpretación alguna sobre qué eran. De nuevo, si por Beau fuera, caminarían de la mano. Pero sabía que no era posible.

—En serio, perdona de nuevo que se nos hayan acoplado y…

—Hey, da igual. Llevo días sin verte. Me habría servido ir con ella a dar una vuelta si con eso… en fin, hubiera tenido una excusa para pasar un rato juntos. Aunque… —frunció el ceño— he de decir que ir al centro comercial no era el plan que esperaba. Mucho menos cuando dijiste que era algo que echabas de menos de casa…

—¡Oh, no! Yo me refería a ir a jugar a los bolos —con uno de los dedos señaló hacia arriba—. Hay una bolera en la última planta y… me encantan. Suelo ir una vez a la semana cuando estoy en Birmingham. Además… venir aquí supone dejar Whitefish atrás y… no sé, pensé que eso también te gustaría —levantó los hombros.

—¿Bolos? La verdad es que no he jugado nunca.

—Espera, ¿lo dices en serio? —Reece se detuvo en seco.

Beau asintió y Reece, empujado por un impulso al que no pondría queja alguna, lo agarró con firmeza de la muñeca y tiró de él para guiarlo hacia las escaleras mecánicas.

—Eso cambia hoy —aseguró con ese tono que no dejaba espacio para las dudas.

═══∘ ◦ ❁ ◦ ∘═══

—Joder, esto pesa como un muerto —dijo Beau, cogiendo con firmeza la bola.

Reece rio divertido. Tras registrar los nombres de ambos en la pantalla, se incorporó para poder acercarse al menor de los Sinclair y observarlo de cerca con ternura en la mirada.

—Tienes que cogerla bien. Verás que no es para tanto.

—Ya, claro, Don Bíceps Tan Grandes Como Mi Cabeza, seguro que no es para tanto.

Reece sacudió la cabeza y, sin dudar apenas un segundo, guio a Beau a colocarse de cara a la pista. Se acercó más y pegó su pecho a la espalda ajena, reduciendo cualquier distancia entre ambos, como

si cada centímetro le estorbara. Sus manos se posaron sobre las de Beau, ajustándole los dedos a los agujeros de la bola.

—Así —murmuró, bajando la voz—. No la agarres tan fuerte.

El menor de los Sinclair entreabrió los labios para tomar aire. La cercanía, el contacto y el calor del cuerpo ajeno habían conseguido que sus mejillas se tiñeran ahora de un tono sonrosado intenso. El corazón también se le había acelerado. Necesitó tirar de su ingenio para salir de una situación que revolucionaba su interior de forma incontrolable.

—¿Siempre das estas clases tan de cerca? —preguntó, ladeando el rostro para mirarlo.

—Solo en casos especiales.

—¿Casos especiales?

Reece presionó los labios y tragó duro. Su pulgar se movió sobre la piel ajena.

—Bueno, a fin de cuentas es nuestra primera…

Guardó silencio y miró a su alrededor rápidamente. Un grupo de adolescentes riendo en la pista de al lado, una pareja discutiendo sobre la talla de sus zapatos… Nadie los miraba. Eso lo hizo seguir hablando.

—Nuestra primera cita. Eso es especial, ¿no?

Cita. La palabra quedó suspendida entre ambos.

Beau giró del todo para poder mirarlo, obligando a Reece a separarse un poco. Pero no del todo. No demasiado.

—¿Lo has llamado cita? —preguntó, con una sonrisa imposible de disimular.

—Bueno, estamos aquí. Juntos. Haciendo algo normal.

—¿Normal como que me estés sujetando las manos desde hace treinta segundos?

Sus manos se separaron tras aquellas palabras, Reece no tardó en esconderlas en los bolsillos de los pantalones.

—Si tanto te molesta no te toco más… —respondió burlón.

—Si tinti ti milisti —replicó irónico.

Ambos rieron al unísono. Reece también se había sonrojado; Beau se mordió el labio inferior, completamente encandilado ante tal visión.

—Me gusta —susurró Beau—. Que lo llames cita.

Silencio. Miradas conectadas durante quizás demasiado tiempo. Reece carraspeó al ser consciente de ello y, con la cabeza, señaló la pista antes de apartarse un poco más.

—Venga, lanza.

—A sus órdenes, mi capitán —bromeó Beau.

═══◦ ◦ ❁ ◦ ◦═══

—¿No hay ninguna posibilidad de que gane? —preguntó Beau mirando la pantalla.

—Sí, claro, un milagro —respondió burlón. Ante la mirada reprobatoria de su chico, Reece llevó una mano hasta su cintura y le dio un firme apretón—. Lo has hecho muy bien para ser tu primera vez, no te piques.

Y aunque se esforzó en fingir que aquel comentario le daba igual, la forma en la que las comisuras de sus labios se elevaron delataba todo lo contrario.

El menor de los Sinclair tiró una última vez, llevándose por delante los tres bolos de la izquierda y nada más. Resopló y encaró a su chico de nuevo que, ahora, le mostraba ambas palmas de las manos para poder chocarlas. Se acercó a él y chocó con fuerza, notando como este utilizaba la excusa para entrelazar los dedos.

—Bien jugado, Sinclair.

—Uy, sí, increíble —respondió con evidente sarcasmo.

—No te machaques, un poco de práctica y me pateas el culo.

—¿Significa eso que me darás la revancha?

Reece asintió. Otra cita. La verdad era que pocas cosas podían sonar mejor.

Aun sin muchas ganas, ambos se dejaron ir poco a poco. El menor de los Sinclair tomó asiento junto a su chico, levantó la mirada. En la pantalla del marcador aparecía el nombre de Reece rodeado de cohetes y la palabra «victoria» con letras brillantes.

—¿Te lo has pasado bien al menos?

—Sí, ha sido mucho más divertido de lo que esperaba. Y mil veces mejor que el rugby.

—Y una mierda, nada es mejor que el rugby.

—¿Nada? ¿Ni siquiera poder asistir a un concierto de Queen? ¡Y no digo un tributo ni nada por el estilo! Digo Queen, Queen, con Freddie y toda la pesca.

Reece resopló y echó el cuerpo hacia atrás, acomodándose mejor en la silla.

—Ahí me has pillado, no sabía qué elegir.

Beau rio; por un momento, el mundo dejó de importar y solo lo adorable que estaba Reece pareció importante. Tanto fue así que no dudó en abrazarlo, apoyando el mentón sobre su hombro y mirándolo con ese toque embelesado que no podía evitar con él. Volvían a estar cerca, su olor varonil lo embriagó de inmediato.

La idea de besarlo se dibujó clara en su cabeza. Fue ahí cuando se volvió consciente de lo que estaba haciendo, de lo cerca que estaban y, de una forma quizás demasiado exagerada, se apartó.

—Perdona, perdona… —farfulló, nervioso.

Reece le presionó el brazo con firmeza.

—Tranquilo, a mí también me cuesta contenerme cuando estoy contigo.

Y era una mierda enorme.

Pero también una condición que no tenía sentido alguno discutir.

Beau bajó la mirada. Sobre sus piernas pudo ver cómo sus dedos jugueteaban entre ellos de forma nerviosa. En su campo de visión apareció de repente la mano de Reece, la misma que cogió una de las

propias y la guio hasta esconderla entre ambos. Sus dedos volvieron a entrelazarse, acompañados de una presión firme.

Una mirada. Un nuevo secreto entre ambos.

—Pues creo que elegiría el rugby entre ambas opciones.

—¿Por encima de Queen? Wow, acabas de romper todos mis esquemas.

—No me malinterpretes, el concierto sería una pasada, la experiencia de mi vida. Pero solo sería una vez, el rugby… es una constante en mi vida. Siempre ha estado ahí, siempre está y siempre estará. Es mi vida —levantó los hombros.

—Dios, eres rugby adicto.

«Siempre ha estado ahí. Siempre está. Siempre estará. Es mi vida».

Sabía que aquellas palabras serían un problema en el futuro, que la importancia que aquel deporte tenía en el corazón de Reece iba a terminar por dañarlo tanto a él como a lo que tenían. Sin embargo, en aquel instante, escogió quedarse con lo adorable que estaba siempre que hablaba de algo que lo apasionaba tanto.

Preocuparse sería un problema del futuro Beau Sinclair.

37.



Aunque hacía un buen rato desde que Beau le indicase a Reece dónde dejarlo con el coche, ni el menor de los Sinclair había encontrado las fuerzas suficientes para bajar del vehículo ni el nieto de la señora Sargent para marcharse.

Envueltos en la penumbra de otra agradable noche en Whitefish, el sonido de los besos encadenados y la intensidad de las caricias caldeaban esa burbuja que se formaba a su alrededor cada vez que estaban juntos. El mundo se desvanecía, solo existían ellos.

Entre besos, con los labios bien cerca, Reece rasgó el silencio con sus palabras:

—Ven a Portia —susurró, con los ojos pegados a los ajenos y el pulgar sobre su mejilla—. Después del partido nos quedaremos a pasar la noche. Cenaremos donde quieras, veremos la ciudad… estaremos lejos de todo, podemos ser… —presionó los labios y se calló aquellas palabras—. Y, cuando nos cansemos, tendremos un cuarto en un hotel en el que dormiremos poco —rio y besó de nuevo los labios de Beau varias veces—. Ven a Portia…

El menor de los Sinclair llevó sus manos hasta los antebrazos de Reece y se aferró a ellos. Un nuevo beso, un roce de nariz y sus ojos volvieron a fijarse el uno en el otro.

—Sargent… —susurró su apellido con dulzura—. No sé… El plan suena increíble y me apetece tanto, pero… el coche, el viaje… Hoy ha estado muy bien, pero mi cerebro no…

Reece suspiró, ansiaba otra respuesta, pero asintió con una sonrisa de todos modos.

—Vale —dijo, regalándole un beso más, una muestra de que no estaba molesto.

Aun así, desde lo más profundo de su ser, Beau entonó un honesto:

—Lo siento…

—No, por favor, no… Sabía que lo más probable era que dijeras que no, pero… ¿puedes culparme por intentarlo una última vez? —rio—. No lo haré más, prometido.

—Gracias.

Sus rostros se acercaron hasta poder pegar por completo sus frentes.

—Te echaré de menos en el partido…

—Seguro… —respondió, sarcástico.

—Hey, no hemos perdido un partido desde que llegaste al equipo.

—¡Solo he estado en un partido!

—¿Ves? Eres un amuleto infalible, efectividad del cien por cien.

Ambos rieron.

Un nuevo beso lento, tranquilo, mucho más que los anteriores, acompañado de esas caricias que parecían querer memorizar el cuerpo del otro al tacto.

Y entonces, un chispazo: electricidad estática. Beau habría deseado que fuese de forma metafórica, pero no; un chispazo real hizo que diese un suave brinco y se alejara de Reece.

—¡Ay! —exclamó, moviendo la mano con insistencia.

Reece hacía lo mismo, aunque acompañaba su gesto con una pequeña risita.

—Perdona, es mi reloj, pasa a veces.

—Dios mío, ¡tienes que deshacerte de eso pero ya!

—¿Qué? ¡No! Lo necesito, es mi agenda personal, me ayuda con mis cosas…

El menor de los Sinclair enarcó una ceja.

—¿Tus cosas?

—Ya sabes: números de teléfono, planes importantes, cumpleaños… ¿Tú no tienes?

—Ehm, sí claro, lo llamo tener memoria, deberías intentarlo.

Reece hizo una mueca y, con los labios, dibujó un «mimimi» burlón. Su mirada volvió al reloj. La pantalla de este se iluminó cuando empezó a trastear con él.

—¿Qué haces?

—Voy a guardar tu cumpleaños, así verás lo importante que es que tenga mi reloj.

Beau puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—Eres increíble… —farfulló—. Dieciocho de noviembre. Apunta; espero un regalo.

—Sí, claro, ¿y qué más? Confórmate con estar en mi reloj.

El menor de los Sinclair no tardó en mostrarle el dedo corazón.

—El mío es el quince de mayo, por cierto.

—Ah, espera un momento… —Beau se llevó un dedo a la frente y frunció el ceño de forma exagerada—. Listo, registrado en mi memoria. No esperes regalos tú tampoco.

Ambos rieron. Reece ladeó el cuerpo; con una de las manos buscó a Beau de nuevo, cosa que este evitó echándose hacia atrás. Con un sonoro resoplido, levantó la muñeca y se quitó el reloj, guardándolo en el interior de la guantera, mostrando ambas muñecas desnudas después. El menor de los Sinclair asintió complacido; ahora era él

quien recortaba toda distancia entre ambos y fundía sus labios en un nuevo beso lento.

Las caricias no tardaron en llegar.

—¿Me sientes? —preguntó Beau en un susurro, como si fuese un secreto.

—Te siento —respondió Reece del mismo modo.

38.



Tras terminar de lavar la última de las tazas, Beau giró para encarar de nuevo el mostrador del Cherry, apareciendo la sorpresa de inmediato en su rostro al encontrarse cara a cara con el entrenador Hunt.

—¿Cuál es tu tarta favorita? —preguntó el hombre.

El menor de los Sinclair dudó un momento, miró el expositor para ver lo que tenían.

—De queso con mermelada de frambuesa, es cien por cien casera.

—Estupendo. Sírvenos un pedazo, un café solo y lo que sea que quieras tomar tú; yo invito. Te espero en esa mesa —y con la cabeza señaló una de las que quedaban vacías.

—Pero, entrenador…

Aunque Beau intentó comprender a qué venía aquella invitación repentina, Hunt ya había emprendido el paso, sin demasiado interés por lo que tuviese que decir al respecto. Tras un sonoro resoplido,

sirvió el pedazo de tarta en cuestión, hizo el café y cogió una botella de agua fría que llevó hasta la mesa en la que el hombre lo esperaba.

—Aquí tiene —dijo, colocando todo ante él antes de sentarse.

El entrenador no tardó en llevarse una buena cucharada de tarta a la boca. En su rostro apareció pronto una mueca que mostraba que había acertado con su elección.

—Dios, Roberta tiene unas manos divinas para la repostería…

—Entrenador, estoy en mi horario laboral. Agradezco mucho la invitación y estoy encantado de compartir este momento con usted, pero si quiere hablar de algo o… —hizo un gesto ambiguo con la mano—. ¿Puede decirme ya de qué se trata? ¿Ha cambiado de opinión con lo del taller para el equipo?

—No, no, nada de eso, tranquilo —comió otra porción de tarta.

—¿Usted también está preocupado por el armario ropero que tienen de siete los de Portia?

Hunt frunció el ceño.

—¿Cómo sabes tú eso? ¿Ahora investigas a nuestros rivales?

Beau levantó los hombros. ¿Se interesaba por los futuros rivales del equipo? No, pero la noche anterior había tenido a Reece frenético, hablando sobre el tema durante parte de su habitual charla nocturna. De cualquier otro le habría dado una pereza tremenda, pero ¿en él? Era la cosa más tierna del mundo.

—No, no es nada de eso… —aseguró Hunt—. ¿Qué sabes sobre Red River?

—¿Red River? ¿La universidad? —preguntó Beau con el ceño fruncido.

Hunt asintió.

—Fue una de mis opciones al principio, cuando buscaba dónde irme. Me gustaba porque está cerca, a menos de un par de horas, pero terminé por decantarme por otras.

—No sé si lo sabes, pero Teddy trabaja allí…

—¿Teddy?

—Mi pareja.

Beau dibujó un «oh» con los labios. La verdad es que no sabía mucho de la vida personal del entrenador, pero tenía un par de hijas, así que el hecho de que existiese una «Teddy» con la que las hubiera tenido tenía todo el sentido del mundo.

—El caso es que Teddy cree que deberías tomarte Red River en serio, no como tu último recurso, sino… bueno, *en serio*. Deberías escuchar esto antes de descartarla —el hombre cogió su mochila del suelo y la subió encima de la mesa. La abrió sin cuidado, empezando a sacar del interior un montón de folletos de diferentes tamaños y colores—. Como bien has dicho, está a una hora y media de Whitefish, hacia el oeste. Mi Teddy va y viene todos los días en coche sin problema. El campus no es enorme, pero tiene lo justo: edificios de ladrillo antiguo, talleres grandes, luz natural por todas partes… No es una universidad de élite, pero… —levantó los hombros—. Tampoco intenta serlo. Es un lugar humilde, con corazón; eso encaja bien contigo.

Hunt cogió dos folletos y los colocó frente a Beau.

—El programa de Bellas Artes es sorprendentemente bueno. Muy centrado en lo práctico: pintura, dibujo, cerámica… Teddy dice que los talleres de escultura y cerámica son impresionantes. La profesora Walsh es… ¡wow! Nada de obsesión con lo digital o lo comercial. Es más… oficio, ¿sabes? Ensuciarse las manos, pasar horas en el estudio… ¿Eso te gusta?

El menor de los Sinclair asintió.

—Y otra cosa importante, las clases son pequeñas. Los profesores conocen a los alumnos, no eres un número perdido en un auditorio gigante. Si trabajas, te ven y eso te da oportunidades para poder sacar tus obras del taller. Además… —ahora colocó un librito más grueso frente a él—. Red River tiene un programa de ayudas para estudiantes con pocos recursos: becas estatales, subvenciones internas… y dan prioridad a gente del estado. Bastante prioridad, de

hecho. Podrías cubrir una buena parte con ayudas, y el resto con trabajo en campus. Hay puestos en los talleres, en la biblioteca… cosas que, además, encajan con lo que estudias —Hunt sonrió—. Sé que, cuando uno se crea una idea en su cabeza, y más del tamaño que era irse a Prairie Ridge, un cambio así es complicado de encajar. Estoy seguro de que ahora mismo ves todo esto como que te tienes que conformar con algo que no querías. Pero yo no lo veo así. Es solo otro camino, uno distinto, pero no por ello peor.

Beau bajó la mirada a los folletos y cogió uno de ellos. Lo hizo girar entre los dedos. En la foto trasera podía verse a un grupo de estudiantes sentados en una sala amplia y luminosa, trabajando en un bloque de arcilla. Estaban haciendo una escultura que claramente estaba inspirada en la Venus de Milo. Suspiró.

—Tiene dos hijas, ¿verdad?

Hunt asintió.

—¿Enviaría a sus hijas a estudiar allí?

—Eli, la mayor, está en tercero de Educación Infantil y la pequeña, Becca, entrará en septiembre a hacer Química. Siempre fue su primera opción.

Un suspiro brotó de los labios del menor de los Sinclair, que volvió a mirar el folleto.

—Está cerca… —dijo.

—Mucho, puedes ir y venir en el mismo día.

—Ya, eso es parte de mi problema.

Hunt frunció el ceño.

—¿Irte a la universidad es una forma de escapar de aquí?

—No, no es eso —bajó la mirada—. ¿Usted sabe que mis padres…?

—El accidente. Sí, tengo buena relación con los Halpert y he hablado con tu hermano.

—Un accidente de coche. Si me quedo tan cerca, si voy y vuelvo todos los días, eso son… diez viajes a la semana. Quince horas a la

semana metido en un coche —una de sus piernas empezó a moverse, marcando un ritmo constante de golpecitos en el suelo—. No me gustan los coches, no me gusta… Y aunque así fuera, ¿tengo que fastidiar a mi hermano y hacer que me lleve y me traiga todos los días? No quiero ser una carga.

—Teddy y las chicas van todos los días. Hay espacio de sobra en su coche.

—No monto en coche de gente en la que no confío.

—Entonces tienes desde hoy hasta el día en que empiece el curso para conocernos. Puedes venir a casa cuando quieras. Los viernes cenamos tacos —Hunt recuperó la cuchara y cogió una buena porción de tarta de queso—. Me salen in-cre-í-bles. Te gustarán —añadió antes de llenarse la boca con esta.

Beau estaba confuso. Acostumbrado a que las cosas fueran complicadas y a que la vida se encargara siempre de darle bofetadas de realidad, recibir toda aquella información que sonaba tan bien, que tenía tanto sentido y encajaba a la perfección con sus planes de futuro era… Extraño. Esperaba un «pero», algo que lo rompiera todo.

Pero no. Y eso, para alguien acostumbrado a vivir bajo la premisa de que a todo lo bueno le seguía algo malo, era complicado de gestionar.

—¿Por qué hace esto? No… —se frotó la cara con una de las manos—. He metido la pata varias veces, no… he terminado de leer el dossier que me dio el primer día, doy pena organizando entrenamientos… ¿Por qué? ¿Por qué pierde su tiempo de este modo conmigo?

—Porque eres un buen chico. Y te mereces una oportunidad —el entrenador dejó la cucharilla sobre la mesa, con el pulgar se limpió los labios—. Cuando tenía tu edad, yo también estuve donde tú. Teniendo que sacrificar todo porque no salían las cuentas, porque no me podía permitir soñar con nada más que esto. Tuve que luchar

mucho por cambiar mi situación, por poder salir adelante, y cuando lo conseguí, me prometí a mí mismo que jamás dejaría solo a alguien que lo necesitase.

Beau bajó la mirada, volvió a observar los folletos y se permitió dibujar una media sonrisa. Cogió uno. En la foto principal, el chico que saludaba a la cámara llevaba una pulsera con los colores del arcoíris. Quizás una coincidencia, quizás una señal; le gustó pensar que era lo segundo.

—¿Me los puedo quedar y leer con calma?

Hunt asintió.

—Claro, Teddy los trajo el otro día para ti. Son tuyos.

—Así que… ¿Red River y viernes de tacos? No suena mal —y levantó la mirada, dejando que su sonrisa fuese la confirmación de que se tomaba aquella propuesta en serio.

—Suena muy bien. Aunque lo de los tacos, después de Portia. Este viernes quiero irme pronto a descansar y estar fresco como una rosa a primera hora. Hay mucho que hacer: nos enfrentamos al primero de la clasificación.

Beau cogió por primera vez la cuchara, dispuesto a probar la tarta, sin embargo, Hunt no dudó en darle toquecitos firmes con la suya para evitar que así fuera. Ambos intercambiaron una mirada divertida, cargada de complicidad. Charlotte tenía razón, Hunt era un hombre encantador.

—Sargent se va a poner contento cuando sepa que vas a pensarte lo de Red River.

—¿Reece? —frunció el ceño—. ¿Por qué?

—Fue él quien me dijo que hablara contigo. Cuando escuchó que mi Teddy trabaja allí, me preguntó qué tal era Red River y me comentó tu problema. Si sale bien le debes una.

Beau no supo qué responder a tales palabras.

Terminaron de compartir aquel pedazo de tarta, conversando un poco de todo y de nada. Hunt tenía una familia adorable. Además de

tacos, hacían noches de Scrabble y de cine de terror, cosa que al menor de los Sinclair le parecía envidiable.

Cuando el entrenador decidió marcharse, no dudó en dejar una buena propina para Beau aun cuando este insistió en que no era necesario. Un sencillo «te lo mereces» y un guiño de ojo fueron todo lo que Hunt concedió antes de marcharse acompañado del suave tintineo de la campanilla de siempre.

Observó la puerta unos segundos. Las palabras de Hunt seguían sonando en el fondo de su cabeza, no habían dejado de hacerlo ni un mísero instante.

Tras asegurarse de que había alguien atendiendo tras la barra, cruzó el local rumbo al almacén en el que guardaban las piezas de cerámica antes de ser mandadas al horno. Cerró la puerta y sacó su teléfono móvil. No tuvo que buscar demasiado para poder dar con el teléfono de Reece.

—¡Hey! —saludó, con ilusión en la voz—. ¿No deberías estar trabajando?

—¿Le has hablado a Hunt de mis problemas con la universidad?

—Ehm… sí. Escuché que su pareja trabaja en una universidad cerca de aquí. Me dijo que era un buen lugar y pensé… ¿Estás enfadado? ¿He metido las narices dónde no me llaman? Yo… solo quería ayudarte…

—No. Es que… es una de las cosas más bonitas que nadie ha hecho por mí…

Reece rio nervioso al otro lado de la línea.

—Gracias —añadió Beau.

—No tienes por qué darlas… ¿Te ha ayudado?

—Mucho. Es decir, tengo un montón de folletos que leer, he de investigar más sobre el programa de Bellas Artes, pero… la verdad es que suena bien.

—Me alegro. Podemos echarle un ojo juntos si… necesitas otra opinión. Aunque todo lo que me contó sonaba bastante bien, la

verdad.

Beau presionó los labios.

—Reece… —tomó aire por la nariz—. Voy a ir a Portia.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Joder, acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo.

El menor de los Sinclair rio y bamboleó la cabeza.

—Eres tan exagerado… Tú conduces, ¿recuerdas? Vamos en tu coche.

—Te lo prometo. Y… ¿te gusta la idea de quedarnos allí después de…?

—Claro, Sargent.

El estómago de Beau se encogía de puro nervio ante la idea del viaje en coche. No podía evitarlo, era imposible sentirse seguro del todo. Sin embargo, mentiría si dijera que no estaba emocionado ante la idea de tener su pequeña escapada con Reece.

—Vienes a Portia.

Su voz sonaba tan adorable que Beau creyó que iba a desfallecer.

—Voy a Portia.

39.



Cuando el pitido que marcaba el final del partido sonó, tanto Beau como Hunt se lanzaron el uno a los brazos del otro, celebrando una victoria que había estado en duda hasta el último momento. El menor de los Sinclair miró el marcador: 23 — 26. Portia los había recibido con los brazos bien abiertos.

—Recuerda, aunque hemos ganado…

—Caballerosidad: estrechamos la mano del rival y nos tomamos una cerveza con él.

Hunt sonrió y llevó una mano hasta el pelo de Beau para revolverlo.

—Chico listo —dijo, haciendo después un gesto con la cabeza para marcar el paso.

Mientras avanzaban por la hierba, los jugadores del otro equipo se acercaron a ambos para darles la enhorabuena, chocando las manos unos con los otros y comentando entre risas lo sucedido en el campo. Beau se detuvo de golpe al notar cómo alguien tiraba con firmeza de

su muñeca, quedando pronto rodeado por los fuertes brazos de Reece.

Lo observó con un toque de vergüenza. El toque perlado del sudor en su piel hacía que ninguno de los pensamientos en su cabeza fuese apropiado, mucho menos cuando este decidió acercarse a su oído para hablarle de cerca.

—Me muero de ganas de celebrarlo contigo —dijo. Una suave palmadita en la espalda y se apartó. Le guiñó el ojo y después sus pasos lo llevaron rumbo al vestuario—. ¡Te dije que eras un buen amuleto, Sinclair! —gritó.

Beau sintió que las mejillas se le encendían al escucharlo.

═══∘ ◦ ❁ ◦ ∘═══

—Tened cuidado en la carretera —dijo Hunt, montado ya en su coche, listo para irse.

—Lo tendremos, no te preocupes —Reece, con los brazos apoyados en la ventanilla, coló un brazo dentro del vehículo y le dio una palmada en el pecho al hombre antes de apartarse—. Conduce tú también con cuidado, avisa cuando llegues.

Un guiño, el motor rugió y Hunt desapareció envuelto en polvo.

Reece ladeó el rostro y miró a Beau. *Uno, dos, tres, cuatro, cinco…* Cinco segundos de prudencia antes de que el nieto de la señora Sargent riera y, en un impulso cargado de energía, se lanzase a coger a Beau y levantarlo a pulso, haciéndolo girar.

—Idiota —farfulló Beau cuando sus pies tocaron el suelo, dándole una palmadita.

—Vale, ehm… ¿qué quieres hacer? Estuve investigando sobre Portia y no es el tipo de ciudad que tenga… ¡ya sabes! *Diez lugares que tienes que visitar si estás aquí* ni nada de eso.

—¿Has estado investigando? Voy a empezar a pensar que te importo mucho.

Reece sonrió y le dio un suave empujoncito, sin responder a aquello.

—Va, en serio, ¿qué hacemos? Podemos ir a cenar, pasear por el centro, o… ¡Bueno! En internet decía que había una buena zona de fiesta, podemos tomar algo, bailar y cenar luego.

Beau presionó los labios, pensativo.

—Me gusta eso de ir a bailar. Aunque solo sea porque no me imagino cómo bailas.

—Pues increíble, como todo lo que hago.

El menor de los Sinclair puso los ojos en blanco fingiendo molestia, pero siempre embelesado por esos momentos en los que la confianza de Reece salía a relucir. Se acercó a él y colocó las manos en su pecho, se aferró a la camiseta y negó.

—No tienes remedio… —susurró, dispuesto a acercarse más para besarle.

Pero no lo hizo. Aunque los chicos del equipo ya se habían marchado, algunos de los jugadores del equipo local seguían por allí y, al ver que un par se acercaban hablando, Beau se apresuró en dejarle ir y recuperar una postura, en fin, menos *cercana*.
Intercambiaron un saludo con la cabeza los cuatro.

—Creo que deberíamos… ser un poco más discretos —dijo.

Reece suspiró.

—Lo siento. Que tengamos que pensar en estas cosas y…

—Hey, no pasa nada —le dio un suave empujoncito—. Pero tú pagas la copa… ¡Y cenar!

Reece rio, la tensión del momento se fue volando como si nunca hubiese existido.

—Qué morro tienes. Te aprovechas de mí porque sabes que me es jodido soltarte.

Beau se acercó más a Reece y extendió uno de sus dedos, dejando que este acariciase la mano de su chico. Los dos estaban en el mismo barco, resultaba asfixiante no poder tener las manos sobre él todo el

tiempo, perderse en sus labios… Pero la noche era larga, estaban lejos de todo… Quizás era un iluso, pero aquello sabía a libertad de un modo que nublaba el juicio y le hacía creer que iba a ser la noche perfecta.

═══∘ ◦ ❁ ◦ ∘═══

Portia era muy diferente a Whitefish.

Aunque Reece tenía razón y era una ciudad sencilla donde la vida de los locales importaba más que el divertimento de aquellos que estuvieran de paso, Beau no podía evitar observar fascinado cada edificio más alto de lo que estaba acostumbrado, la cantidad de gente que se cruzaban por la acera, el ruido de la bulliciosa vida… Se sentía también un poco avergonzado. No quería imaginar cuál sería su reacción el día que fuese capaz de viajar lejos.

Miró a Reece de reojo. ¿Le fascinaría Birmingham si llegaba a conocerla?

No, no podía permitirse pensar esas cosas.

—¿Seguro que vamos bien? —preguntó, aun andando junto al deportista.

—Según mi móvil, deberíamos llegar en nada. Tranquilo.

Puesto que ninguno conocía realmente la ciudad, habían decidido seguir el insistente consejo del entrenador Hunt y dirigir sus pasos hacia «El Gallinero» para tomarse esa copa y poder bailar un poco. Beau tenía pocas esperanzas en aquel plan, por mucho que Hunt hubiese insistido en que era un local increíble, ¿cuántos años habían pasado desde que hubiera estado allí? ¿De verdad iban a guiarse por su criterio?

El menor de los Sinclair podía ver claramente la imagen de un local cutre, con música desfasada, de esos en los que uno nota que antaño tuvieron su momento, pero ya ha pasado.

—Ese —Reece extendió el brazo y señaló el local del final de la calle.

El letrero de «El Gallinero» parpadeaba a medias, con dos bombillas fundidas que hacían que la «i» desapareciera por momentos. Paredes desconchadas, una puerta que parecía más propia de un almacén que de un bar…

—¿¡Ese!? —Beau miró a Reece, negó de inmediato.

—Oh, vamos. Yo quiero ver por qué Hunt dice que está tan bien.

Y no hubo forma de convencerlo de lo contrario.

Junto a la puerta del local, dos chicos compartían un cigarrillo a medias mientras hablaban de algo que la música del interior ahogaba. El menor de los Sinclair quiso coger a su chico de la camiseta, pero este ya había abierto la puerta y se adentraba sin pensarlo.

Un paso. Ya dentro del local, ambos se quedaron clavados en el sitio.

—Wow… —farfullaron a la vez.

Ante ellos apareció un estallido de colores. Neones rosa y violetas por las paredes, espejos altos, una barra llena y hombres gritando sus comandas. La pista de baile ocupaba el centro, allí también se agolpaba un buen grupo de gente que, envueltos en la burbuja que suponía aquel lugar, bailaban llenos de vida los unos con los otros.

—Vale… esto no me lo esperaba —Beau rio ilusionado y avanzó un poco más.

Dos chicos besándose junto a la barra, un grupo riendo a carcajadas en una mesa alta, una pareja bailando pegados en el centro… *Joder*, era un oasis gay en toda regla.

Cuando buscó a Reece con la mirada se percató de que se había quedado un paso atrás. Sus hombros estaban tensos, demasiado rectos, como si no supiera muy bien dónde meterse. Sus ojos saltaban de un lado a otro procesando todo.

—Hey… —volvió hasta él, acarició su brazo—. ¿Estás bien?

Reece quiso decir algo, sin embargo, antes de que pudiera, alguien pasó junto a ellos dejando una estela de perfume de algodón de

azúcar y purpurina. Una drag queen. Peluca rubia, plataformas imposibles, vestido rojo lleno de lentejuelas…

—Guapos, si os quedáis en la puerta vais a bloquear el tráfico —les dijo con una sonrisa amplia, guiñándoles un ojo antes de seguir su camino con una bandeja en la mano.

Beau miró de nuevo a Reece.

—¡Busquemos otro local! ¡Aquí hay demasiado ruido!

Pero su chico lo frenó de inmediato con una suave negación. De hecho, una de sus manos buscó la de Beau haciendo que sus dedos se entrelazasen.

—¡No! ¡Bebamos algo! —gritó y, sin dar lugar a discusiones, tiró de él para poder adentrarse en «El Gallinero» juntos.

Se movieron entre la gente en la pista de baile. Los ojos del menor de los Sinclair no pudieron evitar fijarse en una pareja que bailaba junta, completamente pegados, fundidos en un beso mientras las luces de colores les coloreaban la piel.

Sintió envidia. Eso era lo que quería con Reece.

No se detuvieron hasta llegar a la barra, su chico era un hombre grande de espalda ancha así que no le costó conseguir espacio para ambos en ella, colocándose Beau delante y Reece detrás pegado a su espalda. Tras la barra, otra drag queen, más mayor también vestía de rojo, pero llevaba una peluca azul y un maquillaje mucho más estridente y experimental.

—¿Qué te pongo, precioso? —le preguntó, mirando a Beau directamente.

—Dos chupitos.

La drag le guiñó el ojo y se fue. El menor de los Sinclair ladeó el rostro y miró a Reece por encima del hombro.

—¿Seguro que quieres estar aquí? —preguntó.

Reece se inclinó para hablar más cerca de su oído.

—No lo sé… —admitió—. Nunca he estado en un sitio así. Es… joder… —miró alrededor durante un segundo—. Me pone un poco

nervioso…

—¡Yo tampoco!

Ambos rieron.

—No es el local en sí, es que… me siento invisible. Y yo nunca he sido invisible. ¡Y no digo esto con arrogancia! Es… —suspiró—. Siempre estoy en el ojo del huracán, siempre opinan sobre mí, sobre cómo juego, sobre mi vida privada… Esa es una de las cosas que me da miedo de salir del armario. Todos van a tener algo que decir y no los quiero escuchar. Y ahora aquí es… Yo nunca había estado en un sitio donde… —presionó los labios.

—¿Dónde qué?

—Donde no tenga que pensar tanto antes de existir.

Beau giró hasta encarar a su chico de nuevo. Sus manos viajaron hasta sus hombros, que presionaron con firmeza antes de zarandearlo.

—¡Entonces existe, Reece! ¡Permítete ser tú!

Las manos de Reece se acomodaron sobre la cintura de Beau, echó la cabeza hacia delante y sus frentes quedaron pegadas.

—Ser yo… ¡Vale!

—¡Vale! —repitió Beau, visiblemente ilusionado—. ¡Baila conmigo!

—No sin un chupito antes.

Volvieron a reír a la vez. Cuando Beau giró, la camarera había vuelto con los vasos de chupito y lo servía frente a ambos.

—¿Primera vez?

—¡Sí! No somos de aquí, pero un amigo nos recomendó venir.

—¡Eso nos encanta por aquí! Carne fresca con carita de no haber roto un plato.

—¡Vengo de un lugar con muchos vaqueros, así que eso de no haber roto un plato…!

La drag rio sonoramente.

—¡Mira tú qué listillo! —movió la mirada hasta Reece—. ¡Tienes un novio monísimo!

Beau abrió la boca dispuesto a negar aquello, sin embargo, dos palabras lo callaron.

—¡Lo sé! —respondió Reece.

La camarera les deseó que disfrutaran de la noche y se marchó, pero para el menor de los Sinclair el mundo se había reducido de nuevo solo a ellos dos. *Novio*. Le encantaba.

No dijo nada, empujó aquella sensación hasta lo más hondo de su ser y cogió ambos vasos de chupito, dándole uno a Reece, brindando antes de beberlo de un solo trago. Arrugó la nariz. Dios, era fuerte de cojones, pero también era un empujoncito de valor necesario.

Quiso bromear al respecto, pero la canción que empezó a sonar hizo que los ojos de Beau se abrieran de par en par y diese un buen brinco. Agarró a Reece por los brazos.

—¡Adoro esta canción! ¡Baila conmigo! —gritó.

Y no tuvo que pedirlo dos veces.

Estar en la pista de baile junto a Reece pintó en los labios de Beau una sonrisa de esas que no se puede esconder. Su chico movió la cabeza, su mirada volvió a pasearse por la pista, observando a todos los presentes… Beau llevó las manos hasta sus hombros y los presionó.

—¡Nadie te está mirando! ¡No les importas! —exclamó.

El cuerpo de Reece se relajó poco a poco, casi a la vez que una media sonrisa apareció en sus labios. Su cabeza empezó a marcar el ritmo de la música, sus manos se deslizaron por la cintura ajena hasta encontrar acomodo. Beau suspiró. Pronto se estaban moviendo juntos y danzaban a un mismo compás.

Un tirón firme. Sus cuerpos quedaron completamente pegados, sus labios cerca. Reece no tardó en buscar la boca de Beau en un beso apasionado, uno que gritaba por ambos lo cada vez más complicado que era contener las ganas de adorarse cuando estaban juntos.

Las luces los golpearon. Ahora eran sus pieles las acariciadas por aquel brillo.

Beau sintió el corazón acelerado. La piel tan sensible al tacto que creía iba a estallar con un roce de los dedos de Reece. Un chispazo que recorrió su espina dorsal y lo hizo estremecerse de la cabeza a los pies.

Tenía la certeza de que podía volverse adicto a él de una forma peligrosa.

Y a la vez, estaba convencido de que no ansiaba nada más en este mundo.

40.



Los dedos de Beau se enredaron en la sábana, buscando un punto de apoyo dentro del caos que toda aquella escena era. El ambiente en la habitación estaba cargado y ardía del mismo modo que lo hacían sus pieles. El sonido de los muelles y del choque constante de sus cuerpos lo llenaba todo en un encuentro sexual caótico en compases, pero certero en intenciones.

Había sido cruzar la puerta de la habitación y sus cuerpos se habían visto atraídos el uno hacia el otro como imanes. Ropa por el suelo, besos acelerados, caricias inflamadas… Con fuerza clavó tanto las manos como las rodillas contra el colchón ante una nueva embestida. Gimió y arqueó la espalda, notando al mismo tiempo cómo los dedos de Reece volvían a apretar su cintura en una muestra de que estaba *cerca*.

Y así fue. Un orgasmo intenso, cálido, tras el que las piernas del menor de los Sinclair fallaron y cayó lánguido sobre el colchón. Sudado, con la respiración acelerada, pero con un cosquilleo en las entrañas que le hizo reír en cuanto así se lo permitió la respiración.

Reece se echó hacia delante, su frente se acomodó contra los omóplatos de Beau. Él también respiraba acelerado. Tan sensible como Beau tenía la piel en aquel momento, sentir el roce de su aliento le hacía cosquillas, pero no tardó en dejar que sus labios besaran la espalda ajena en un camino ascendente hasta la nuca. Mordió esta misma. Beau rio y ladeó el rostro. Cuando sus miradas se encontraron, no pudo evitar pensar que aquel hombre era lo más bonito que el viento había decidido dejar en Whitefish.

═══∘ ◦ ❁ ◦ ∘═══

—¿Por qué te rapaste la cabeza? —preguntó Beau. Deslizó los dedos por esta, sintiendo el roce del corto vello contra las yemas.

—Acababa de tener una conversación un poco rara con Penny, me agobié y… en fin, el resto es historia —levantó los hombros.

Todavía desnudo, tumbado de lado y completamente pegado a Reece, el menor de los Sinclair llevaba un buen rato encontrando el mayor entretenimiento del mundo en saltar con los dedos de un lado a otro de la anatomía de su chico. Tan perfecta, tan fascinante.

—¿Por qué lo preguntas? ¿No te gusta?

—¡No! ¡No es eso! —le dio una suave palmadita en el pecho—. Solo es curiosidad. Las veces que hablamos antes de que lo hicieras te tenía tanta manía que ni me fijé en cómo es…

—Oh, pues, tengo el pelo negro. Siempre lo llevo corto porque es más cómodo, aunque en verano lo dejo que sea más libre y… me salen los rizos.

—¿Tienes el pelo rizado?

Reece asintió y Beau se mordió el labio inferior.

—¿Podré verlo? —preguntó divertido.

—No sé si me quedaré tanto como para que crezca así —respondió divertido.

Pero a Beau no le hizo ninguna gracia. De hecho, con rapidez, apartó la mano que se paseaba sobre el cuerpo ajeno y la escondió

bajo su cabeza. Reece no tardó en darse cuenta, presionó los labios y giró hasta quedar mirándose ambos directamente.

—Perdona, no quería decir eso. Me refería a que el «Seis Naciones» es en febrero y… joder, quiero estar ahí. Deportivamente es el momento más importante del año.

—Ya, claro…

La mano de Reece ascendió hasta apartar con mimo el pelo de Beau de su rostro.

—Hey —llamó su atención—. Que me vaya no significa que no pueda volver. O que… no puedas venir tú. Podrías venir al «Seis Naciones». O a Birmingham.

Pero no podía. Aquello no era realista, era un castillo en el aire que necesitaban creer para no terminar con todo en aquel mismo instante. Había aceptado que su relación nacía con la fecha del final marcada, pero la incertidumbre de cuándo sería eso era terrible.

Quiso quejarse, explicarle todo lo que bullía en su interior, pero no lo hizo.

—No hay forma humana de que puedas convencerme de ir a ver rugby,

—¿Ah, no? —preguntó Reece, juguetón, recortando toda distancia, dejando sus labios cerca de los de Beau—. Yo creo que sí, soy muy convincente cuando quiero…

—¿Ah, sí?

Sus labios se fundieron en un nuevo beso, uno intenso y que parecía buscar que ambos olvidaran el amargo regusto en la garganta que la realidad había dejado.

═══◦ ◦ ❁ ◦ ◦═══

A horcajadas sobre el regazo de Reece, con los pechos pegados y sus dedos aferrados a la piel del otro, Beau empezó a moverse, marcando con la cadera un ritmo lento que no tardó en acelerarse a medida que el calor lo consumía por dentro.

Besos, caricias, jadeos, mordiscos… Los dedos del menor de los Sinclair arañaron la nuca de Reece en un impulso caprichoso por dejar marca en él. Quería quedar grabado a fuego en él, que lo recordase incluso cuando sus caminos los llevasen lejos.

El ritmo bajó despacio, hasta que sus frentes quedaron pegadas.

—¿Me sientes?

Reece asintió y los dedos en su espalda presionaron con firmeza la piel de Beau.

—Te siento.



El orgasmo llegó de golpe, desbordante, haciendo que la garganta de Beau se rajara en un sonoro gemido. De lado, con la mano de Reece agarrada a su cadera y su cuerpo pegado por completo al propio, podía sentir que le temblaban las piernas como si estuvieran hechas de gelatina.

Seguía con los ojos cerrados cuando su chico lo guio con la mano a girar y quedar tumbado boca arriba. También le acarició las piernas, hasta que las abrió, colocándose entre ellas y encajando con una perfección que parecía irreal.

—Frena, semental, necesito aire —susurró.

Un nuevo beso, lento, arrancó un pesado suspiro de los labios de Beau.

—No puedo. Mi plan es hacerlo contigo hasta que veas el sol salir por esa ventana…

El menor de los Sinclair ladeó el rostro. Al otro lado de la ventana de la habitación, la ciudad de Portia seguía envuelta en el manto oscuro de la noche, siendo el cartel de neón de un bar la única luz constante que se reflejaba en el cristal.

—Eso supone muchas veces más —respondió juguetón, volviendo a mirarle.

—Lo sé —susurró, besando su cuello despacio y subiendo hasta morderle la mejilla.

Beau rio y le dio varias palmaditas firmes en el brazo.

—No es en darme besitos en lo que has de usar la boca, Sargent.

En cuanto Reece volvió a mirarle, Beau señaló con el dedo hacia abajo. No tuvo que ser más específico. Los labios del deportista volvieron a recorrer la senda de su cuello, pasando por su clavícula, descendiendo por el pecho con rumbo fijo a su miembro.

═══∘ ◦ ❁ ◦ ∘═══

Había algo reconfortante en sentir el peso de Reece sobre el propio. Le encantaba tener su cabeza sobre el pecho, poder deslizar los dedos por la parte superior de su espalda, notar, de vuelta, cómo él dibujaba sus costados… Podría quedarse allí eternamente.

—Tienes muchas pecas… —dijo, acariciando con mimo la parte alta de su espalda.

—Serán del sol… —farfulló.

Beau le dio un toquecito en la punta de la nariz.

—Que te duermes, Sargent —canturreó, burlón.

—¡No me duermo! —respondió, abriendo los ojos.

El menor de los Sinclair se inclinó y le besó la cabeza varias veces.

—Me meto contigo, idiota. Duerme si quieres.

—No, no, quiero aguantar contigo. Vamos a hablar de algo, anda —le palmeó el muslo.

—¿De lo que yo quiera?

Reece asintió.

—¿Habías estado con otros hombres antes?

—¿Pensabas que era virgen? —respondió visiblemente divertido.

Beau le dio una palmadita en el brazo.

—¡No! Me refiero así, a… cómo estás conmigo…

—Oh… —Reece se revolvió, ascendió un poco hasta poder esconder el rostro contra el cuello de Beau, moviendo la cabeza

despacio para rozar la piel ajena—. No, nunca. Tienes que entender que ese tema es muy complicado dadas mis circunstancias. Creo que lo hemos hablado alguna vez: siempre que quiero estar con alguien tengo que estar… seguro de que no va a acabar conmigo en portada. «La doble vida de Reece Sargent» —suspiró—. Eso ya lo hace todo jodido de narices. Pero es que las pocas veces que ha llegado un poco más allá de un mero calentón… siempre se acaba por lo mismo. Al principio, piensan que es excitante. El secretismo, las noches de hotel… Pero dura poco. Pronto se cansan y… lo dejan. No puedo culparlos por ello, pero eso no hace que duela menos.

—¿Y no… sientes que esa doble vida te hace más daño que otra cosa?

La mano de Reece se movió hasta encontrar acomodo en el costado de Beau. Se aferró a él, como quien se aferra a un salvavidas, necesitando algo que lo mantuviera a flote.

—Claro que lo hace. Muchas veces desearía que todo saliese a la luz y… se acabase.

—¿Y por qué no lo haces? Con tus propias condiciones, en lugar de dejar que otros…

—No hasta que me retire. No puedo, no… Penny y yo creamos este matrimonio con ese objetivo. Ella quería una relación con la que acallar rumores y poder vender una imagen idílica para sus fans en redes. Yo quería algo que me hiciera parecer… bueno, lo que toda la gente esperaba de mí. Hace unos años hablamos de romperlo, pero… le pedí que esperase hasta entonces. Hasta que me retire. Supongo que pedía demasiado…

—¿Cuándo se retira un jugador de rugby?

—Si la cosa va bien, todavía me quedan cinco años buenos. ¿Por qué? ¿Crees que…? —su voz tembló; no fue capaz de acabar la pregunta.

Al notar su nerviosismo, Beau volvió a besar la cabeza despacio.

—¿Crees que será demasiado tarde entonces?

—Nunca es tarde para eso, te lo prometo.

═══∘ ◦ ❁ ◦ ∘═══

Acurrucado contra el cuerpo de Reece, Beau observaba en silencio a través de la ventana. El sol todavía no había salido, quedaba poco, pero sus rayos aun no se colaban en la habitación.

Bostezó y cerró los ojos, sintiendo de inmediato la caricia ajena en el pelo.

—No dejes que me duerma… —farfulló.

—Claro que no.

Pero Beau cayó rendido antes de poder ver salir el sol.

41.



Tras cargar la última de las bolsas de la compra en la parte trasera de la camioneta, Beau miró a Emmet y empujó el carrito en su dirección. Su hermano frunció el ceño y, sin pensarlo dos veces, se lo lanzó de vuelta.

—Te toca devolverlo —aseguró Emmet.

—¡Pero serás falso! —exclamó indignado—. ¡Yo lo hice la última vez!

—¡Qué va! La última vez me dejaste tirado y tuve que hacer la compra del mes solo.

—¡Entonces esa vez no cuenta, Emmet!

Su hermano puso los ojos en blanco. Dejó el carro y se acercó a él, con una mano extendida y la otra formando un puño sobre ella. No tuvo que explicar qué quería.

—Un, dos, tres, piedra, papel, tijera —cantaron al unísono.

Emmet sacó piedra. Beau, papel.

Con una sonrisa burlona pintada en la cara, el menor de los Sinclair llevó su papel a envolver la piedra de su hermano como

celebración. Emmet no dijo nada, solo mostró ambas manos y cogió el carro para arrastrarlo rumbo a donde se encontraba el resto.

Beau cerró el maletero del coche con fuerza y dio un paso atrás, sacando del bolsillo trasero de su pantalón el móvil. Buscó su conversación con Reece. Si antes los mensajes fluían de un lado a otro con pasmosa rapidez, desde el regreso del viajecito a Portia resultaba imposible dejar de pensar en él. Dios, odiaba no poder verle tanto como quería.

Reece: Dos días para el taller en el Cherry.
Reece: ¿Nervioso?
Beau: Ni te imaginas.
Beau: No paro de darle vueltas y lo he revisado todo ochenta veces.
Reece: Va a ir bien.
Reece: O sea, las tazas van a ser un puto desastre.
Reece: Pero tú lo harás bien.
Beau: Podrías venir un ratito antes del taller al Cherry.
Beau: Así me haces compañía y me ayudas a templar los nervios.

Bajo el nombre de Reece apareció un «escribiendo...» de inmediato, pero si llegó a enviar el mensaje, Beau no pudo verlo.

Fue repentino: notó cómo alguien lo agarraba del hombro y tiraba de él con todas sus fuerzas hasta hacer que cayese contra el suelo del párking. Le costó un momento conectar lo que había pasado. La respiración se le había cortado, todo a su alrededor parecía volverse borroso… y entonces: Kurt.

El ex de Mini descendió hasta quedar de cuclillas frente a él, con fuerza lo cogió de la camiseta y, cuando intentó incorporarse un poco, lo empujó de nuevo contra el suelo, haciendo que un gimoteo brotara de sus labios.

—¡Eres un cabrón! —le gritó.

Beau observaba confuso y asustado.

—¡Mini ha roto conmigo por tu culpa! ¡Le has metido mierda sobre mí porque eres un cabrón que no puede soportar que nadie

esté tan solo como él!

Volvió a empujarlo con fuerza contra el suelo. Beau gimoteó de dolor una vez más.

Kurt iba a añadir algo más; sin embargo, alguien lo agarró con fuerza y lo apartó. Emmet había vuelto; en su rostro podía verse la confusión plasmada pero también ese enfado que solo nacía en él cuando alguien tocaba a uno de sus seres queridos.

—¡Quita las manos de encima de mi hermano! —gritó, apuntándole con el dedo. Después ayudó a Beau a ponerse en pie—. ¿Estás bien?

—¡Dile que no se meta en mi puta relación si no quiere problemas! —respondió Kurt.

El ex de Mini quiso acercarse. Emmet no dudó en ponerse frente a Beau, pero aquello no llegó a nada. Uno de los amigos de Kurt apareció también en escena y lo agarró con fuerza, gritándole por su arrebato violento y diciéndole que aquello no estaba bien.

—Perdona, Sinclair —añadió, mirando a ambos.

—¡Perdona y una mierda! —espetó Kurt, intentando zafarse del agarre de su amigo—. ¡Es un puto amargado que, como Sargent no deja que se la coma, se ha propuesto jodernos a todos! —añadió.

—¡Tío, para, joder! —gritó su amigo, empujándolo de nuevo.

Emmet agarró a Beau y, sin dejarse arrastrar por la situación, lo guio hacia la puerta del copiloto, asegurándose de que montaba en la camioneta. Aun con la puerta cerrada, Beau podía seguir escuchando a Kurt gritar improperios. El corazón le iba a mil por hora, todo estaba ligeramente borroso y le dolía la espalda sobremanera. Aquella no era la primera vez que tenía un problema con alguien, pero nunca había sido tan… *físico*.

En cuanto su hermano subió al coche, ambos abandonaron el lugar sin mirar atrás.

—¿Qué cojones ha sido eso, Beau?

—Kurt… —necesitó tomar aire; un nudo en la garganta le hacía complicado hablar—. Hizo un comentario de mierda sobre mí durante… el partido de rugby. Mini lo escuchó, se rayó, me pidió consejo y yo… ¡Joder, pues le dije lo que pensaba! Que rompiese con él…

Emmet se frotó la cara con una de las manos.

—Vale. Vamos a la policía y…

—¡No, Emmet! No… quiero hacer esto más grande de lo que es…

—¡Ese capullo acaba de agredirte, Beau!

—¡Lo sé! Pero no… Emmet, quiero ir a casa, darme una ducha y no… pensar en ello…

Ambos se miraron de reojo. El mayor de los Sinclair soltó un gruñido, pero asintió.

—Vale… —su dedo repiqueteó contra el volante—. ¿A qué se refería con lo de Reece?

—¿Qué quieres decir?

—Kurt ha dicho que… Te gusta Reece, vamos a decirlo de ese modo.

—¡No! ¡Emmet, no te tomes en serio las palabras de ese capullo!

—¿Y por qué lo ha dicho?

—Porque nos llevamos bien y me defendió del comentario. Ya está, Reece y yo no… —se esforzó en reír de forma desenfadada—. Emmet, si tuviese algo con Reece Sargent, estaría dándole como a cajón que no cierra, no… teniendo esta estúpida conversación.

Una vez más intentó usar el humor tosco como una forma de escudarse, sin embargo, conocía demasiado bien a Emmet como para creer que había colado. La expresión en la cara de su hermano era clara y no dudó en hacérselo saber.

—¡Beau, por Dios! Creía que lo tenías claro, que estas tonterías se habían acabado, que ahora que te ibas a la universidad no pensabas…

—¡No tengo nada con Reece Sargent!

—No me mientas…

—¡No…! —Beau gruñó—. ¿Y si me gustara qué? ¿Es un delito ahora?

—Reece Sargent es un tío hetero que vive en la otra punta del mundo y que… ¿Qué piensas hacer? ¿Colgarte de un tío que no te va a corresponder nunca y que, en cuanto pueda, volverá a Inglaterra y no pensará en ti ni un segundo más? ¿Es que eres masoquista o a ti qué te pasa? Estás jugando con fuego.

Beau se cruzó de brazos y desvió la mirada hacia la ventanilla.

—Lo que tú digas.

Emmet suspiró.

—Lo que yo diga… —repitió, incrédulo—. Vale, pero cuando te quemes a mí no me vengas llorando. Estoy encantado de cuidar de ti, pero no cuando haces estas tonterías.

Beau no dijo nada.

Ni en un millón de vidas habría sabido qué responder a eso.

42.



Por millonésima vez desde que llegara al Cherry aquella tarde, Beau volvió a comprobar que, sobre las mesas, estaban dispuestas todas las cosas necesarias para el taller. Contó los pinceles, revisó que tenían todos los colores, platitos, botes con agua…

—Está todo. Todo está bien… —susurró para sí mismo, atusándose el pelo después.

La cabeza le iba a mil por hora. Sabía que era un taller tonto; si salía mal, Hunt no iba a quejarse a Roberta y él no se iba a meter en problemas, pero aun así quería que todo fuese perfecto. No, quería no: lo necesitaba. Después del varapalo con la universidad, el menor de los Sinclair necesitaba algo que lo convenciera de que su plan de futuro tenía sentido.

Levantó la mirada y buscó el reloj de pared. En quince minutos estarían todos allí.

No pudo evitar dibujar en el rostro una mueca de decepción. Reece no había acudido antes, tal y como habían hablado, y eso no le

era indiferente. Buscó su teléfono y abrió el chat con él, releyó los mensajes por si lo había entendido mal.

Beau: Podrías venir un ratito antes del taller al Cherry.

Beau: Así me haces compañía y me ayudas a templar los nervios.

Reece: ¡Claro!

Reece: Voy pronto y te echo una mano.

Reece: Y después del taller puedes venir a cenar a casa de mi abuela.

Reece: Lleva días diciendo que tiene ganas de verte.

Pero no. ¿Y si le había pasado algo? No, no podía pensar esas cosas ni ponerse en lo peor siempre; seguramente le había surgido algo de lo que no podía escaquearse.

De repente, el sonido de una campanilla lo sacó de sus pensamientos. Ahí estaba. Se había preocupado por nada. Beau no pudo evitar dibujar una sonrisa amplia en los labios, una que se borró cuando vio que, quien entraba en el local, era Willis Hunt.

—Entrenador, ha llegado pronto.

—Sí, quería hablar contigo un poco antes de… —hizo un gesto ambiguo con la mano.

Beau frunció el ceño. Aun sin llegar a comprender, se hizo a un lado y le indicó con el brazo a Hunt que podía pasar. El hombre tomó asiento, gesto que Beau no tardó en imitar.

—Sé que… empezaste en esto del rugby por todo lo que te pasó con Sargent, pero… me gustaría pedirte que siguieras siendo mi ayudante durante todo el verano.

—Ehm… sí, claro, hasta que Sargent diga lo contrario yo seguiré en el equipo.

—Por eso mismo lo digo. Ahora que Reece se va, me gustaría que tú no nos…

Aquellas palabras resonaron en la cabeza de Beau, clavándose en sus adentros como un millar de pequeños puñales. ¿Cómo que se iba? ¿Cuándo? ¿Ya no pensaba volver? El corazón empezó a latir acelerado, el nudo en la garganta se tensó hasta ser angustioso.

—¿Reece se va?

—Lo ha comunicado esta mañana. Tiene que volver a Inglaterra por algo personal.

—Pero… ¿piensa volver? ¿Qué va a ser del equipo sin él?

—Ehm, pues no lo sé. Cuando dijo que era por algo personal y que no quería hablar de ello, sentí que no debía hacer preguntas —Hunt extendió el brazo y le dio una firme palmada a Beau en el suyo —. ¡Y no te preocupes por el equipo! Nos irá bien. Reestructuraremos la plantilla, Kurt también se ha ido… ¡Pero nos irá bien! —insistió.

Pero no iba a ir bien. Nada podía ir bien.

La campanilla sonó de nuevo. Voces que reconoció de inmediato empezaron a llenar el local. Los chicos habían llegado; estaban ilusionados por el taller y, aunque en cualquier otro momento eso habría llenado a Beau de felicidad, ahora le era imposible disfrutarlo.

«Reece se va».

«Reece se va».

Reece fue el último en llegar. En cuanto sus compañeros lo vieron entrar en el local, todos se acercaron a él para darle abrazos y asegurar lo mucho que iban a echar de menos su presencia en el equipo y el campo. El nieto de la señora Sargent parecía desconectado. Algo en su gesto era diferente, nervioso de una forma que Beau solo había visto en él una vez.

La noche en su casa. Sentado en las escaleras de la casa de su abuela.

Algo había pasado, pero no era capaz de imaginar qué exactamente.

═══∘ ◦ ❁ ◦ ∘═══

—Lo que vais a hacer es pintar vuestra propia taza, así que elegid una de las que tenéis sobre la mesa. Mi recomendación es que, primero, penséis el diseño y hagáis un boceto ligero con lápiz. Así

luego os será más fácil conseguir que el resultado se parezca a lo que tenéis en mente. La lija junto a los lápices es para borrar errores, por cierto. Y, ehm… Ah, hay dos tipos de pinceles: finos para detalles y más gruesos para rellenar espacios. Intentad no cargarlos demasiado para evitar manchas. Es mejor aplicar varias capas finas que una muy gruesa. Y… —dio una suave palmada—. Nada más. Tomaos vuestro tiempo y disfrutad del proceso, ¿de acuerdo? Estaré paseando por aquí para echaros una mano.

El sonido de las voces de los chicos del equipo se entremezcló con el de los lápices, las lijas y el suave tintineo del choque de los pinceles contra los botecitos de cristal.

La verdad es que Beau no había imaginado tanta preparación por su parte. Algunos de los jugadores habían buscado diseños en sus teléfonos y los tenían expuestos encima de la mesa. Otros tenían dibujos hechos por algún ser querido para intentar plasmarlos. Hunt, por su parte, intentaba dibujar con cierta maña unos croissants.

—Se la quiero regalar a Teddy. Iremos a París por nuestro próximo aniversario —dijo.

A Beau le pareció una idea adorable.

Aunque intentó parecer casual y pasear por todo el espacio como si ninguno de sus alumnos le resultase más importante que los demás, aquello era una burda mentira. En cuanto pudo, dirigió sus pasos hacia la mesa en la que se encontraba Reece pintando en silencio, completamente solo.

—Hey… —saludó, tomando asiento frente a él—. ¿Quieres que te eche una mano?

—No, tranquilo, tengo claro lo que quiero hacer.

El menor de los Sinclair miró la taza en la que Reece estaba trabajando. Estaba haciendo un patrón de estampado de vaca. A una parte de sí mismo le gustó pensar que aquello era para él.

—Hunt me ha dicho que te vas… Mentiría si dijera que no me ha sorprendido.

—Sí, ehm, en unos días —respondió sin levantar la mirada de la taza.

—Oh… Qué… precipitado, ¿no? ¿Ha pasado algo?

—Es un asunto familiar, no me apetece entrar en detalles.

Beau presionó los labios, intentó contener aquellas palabras, pero no pudo evitarlo. Se echó ligeramente hacia delante y bajó la voz para poder hablar de forma más íntima.

—Si es porque Kurt dijo que me gustas, me he encargado de negarlo. Nadie lo cree.

Reece levantó la mirada por vez primera y frunció el ceño.

—¿Kurt? No, me la suda ese tío —volvió a la taza—. Es un asunto familiar, punto.

—Estás raro. ¿De verdad que no pasa nada entre nosotros? ¿La he cagado de alguna…?

Reece levantó la mirada de nuevo.

—Beau, no todo lo que me pasa tiene que ver contigo o con nosotros —respondió, directo, seco, de una forma que recordaba demasiado al Reece del principio.

—¿Vas a volver?

—Supongo. Es el plan.

—Entonces… ¿Nosotros no…?

Reece se frotó la cara con una de las manos.

—¿Podemos hablar de esto en otro momento, por favor? Estoy pintando.

—Lo sé, sé que te gusta el silencio, pero… siento que te estás callando algo importante y… joder, quiero ayudarte, ¿de verdad no puedo…?

—¡Por Dios, Beau! ¿Podrías ser menos intenso por una vez en tu vida? —exclamó, más alto de lo que debería.

Ambos se miraron, algunos de los presentes también dirigieron la mirada hacia su mesa observando con curiosidad. Reece se mordió el labio inferior e intentó alcanzar la mano de Beau pero este la retiró rápidamente.

—Como quieras —dijo, poniéndose en pie, buscando otra persona a la que ayudar.

Fingió que todo estaba bien, pero algo en su interior acababa de romperse.

43.



—En unos quince días estarán listas. Pero no os preocupéis por eso, en cuanto las tengamos de vuelta del horno yo os las hago llegar —respondió, esforzándose en mantener la sonrisa.

Aunque el taller había ido de maravilla y los chicos estaban encantados con la experiencia, la cabeza de Beau estaba en cualquier lugar menos allí. No había vuelto a hablar con Reece en toda la tarde. De hecho, había hecho todo lo humanamente posible por no mirarle siquiera.

¿No quería que lo dejara en paz? Pues deseo concedido.

Cuando los chicos se marcharon, el menor de los Sinclair cargó la caja con las tazas hasta el almacén y las colocó en su lugar para poder mandarlas al día siguiente al horno. Habría que prepararlas primero, pero tenía la moral por los suelos, así que ese sería un problema de su yo del día siguiente.

Repasó aun así que estaban todas, asegurándose de que habían anotado bien de quién era cada una. No pudo evitar quedarse mirando la del patrón de vaca. ¿Cómo era posible que hubiese sido

así de borde y, a la vez, le hubiera hecho un detalle tan mono? Suspiró, buscó el teléfono en su bolsillo y pulsó el lateral, pero solo se encontró con la decepción de una pantalla vacía. Ni un mensaje de Reece.

Idiota.

Con intención de llevarse uno de los dulces que habían sobrado de la mañana y poner rumbo a casa, Beau salió del almacén, pero se detuvo al ver a Reece de pie en mitad de la sala. En realidad, desde que lo conocía, no había tardado en quedarle claro que era un hombre más de hablar las cosas a la cara que por mensaje.

—Hey.

—¿«Hey»? —puso los ojos en blanco y se movió por la sala, centrándose en recoger, buscando algo que pudiera ayudarle a contener su cabreo—. ¿Qué haces aquí?

—Quería… disculparme. Siento haberte hablado así antes.

—Disculpas aceptadas. ¿Eso es todo?

Y lo miró, esperando leer algo, descifrar qué le estaba pasando. Pero nada, era como si el Reece que tenía delante fuese una versión diferente a la de siempre, desconectada de lo que estaba pasando. De hecho, tras asentir como única respuesta, se llevó las manos a los bolsillos y se dispuso a irse.

No pudo contenerse. Beau lanzó contra el suelo los pinceles que tenía en la mano.

—¿¡En serio!? ¿¡Te vas!? —exclamó.

—Ya te he dicho antes que no quería hablar del tema.

—¡Ah! ¡De locos! Pues nada, ha sido genial este tiempo contigo. Que te vaya bien.

Reece frunció el ceño, titubeó y se frotó la cara con una de las manos.

—¿E-estás rompiendo conmigo?

—¿Tú no? —preguntó Beau sin ser capaz de entender qué estaba pasando.

—No, yo… quiero que me esperes.

El menor de los Sinclair rio sarcásticamente.

—¿Pretendes que te espere cuando no me cuentas por qué te vas ni cuánto tiempo? Joder, si ni siquiera estás seguro de que vayas a volver…

—He dicho que volver es el plan.

—Eso no me tranquiliza —Beau se frotó la cara con ambas manos —. Es que… ni siquiera lo nuestro es lo que tengo ahora en la cabeza. Eres tú, es lo preocupado que estoy por ti. Ayer, cuando hablamos, estabas bien… Y ahora de repente te vas, no me quieres decir nada, estás como… ausente, como… ¡Raro! Y… y… y pretendes que no me importe. ¡Pues me importa, joder! ¡Me importa mucho! No… puedes irte así…

Reece se movió por la sala hasta encontrar un taburete donde poder sentarse. Se echó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas, tomando después una profunda inspiración. Bajó la cabeza también; sus ojos observaban fijamente sus dedos, esos que hacía que se encogieran y extendieran una y otra vez.

—No sé qué me pasa. N-no sé explicar qué me pasa. Me pasa y… me pasa… N-no… Tengo que ir a casa, tengo… M-mi madre y… En casa… me arreglan, me… —las palabras salían atropelladas, sin un sentido real—. Todo está… extraño. Todo es… lejos… borroso… todo… —cerró los ojos con fuerza y se encogió todavía más, con las mano se cubrió por completo el rostro—. No puedo… no soy yo... N-no… no… no…

Aún sin comprender, asustado, Beau se acercó hasta donde Reece estaba. Descendió y se puso de rodillas frente a él, aferrándose a sus brazos con firmeza, deslizando el pulgar sobre su piel en ese gesto que sabía que le era agradable.

—Mírame… —pidió en un susurro, tirando de sus brazos para que pudiera mirarle de nuevo—. Creo que te está dando un ataque de ansiedad o… —presionó su piel y se esforzó en parecer lo más

tranquilo posible, incluso en sonreír—. Respira, ¿vale? Estás conmigo. Yo nunca dejaré que te pase nada malo. Los dos estamos muy nerviosos… ¿Quieres un granizado? De sandía, ¿eh? Y podemos ir al campo de rugby… hablemos con calma…

Reece lo observaba en silencio. No, realmente no a él. Beau no tardó en darse cuenta de que lo que su chico estaba mirando era cómo sus manos lo tenían agarrado. Aquello no le resultaba importante; él era el primero que evitaba mirar a la cara en situaciones así, pero ver algo similar al miedo en su rostro sí empezó a preocuparlo.

Se deslizó despacio, recortando la distancia entre ambos, envolviéndolo en un abrazo totalmente honesto, pero lo suficientemente lento para que él pudiera romperlo si no lo quería. Pero no lo hizo. De hecho, notó sus manos caer contra su espalda de golpe.

Esperó un llanto. Unas nuevas palabras desordenadas, tal vez.

Pero no las que escuchó.

—No te siento —susurró Reece en un hilo de voz.

Beau echó la cabeza hacia atrás y lo buscó con la mirada.

—¿Qué?

—No te siento… No te siento… No te siento… —repitió, roto.

Reece se revolvió de forma exagerada, huyó del contacto de Beau y se puso de pie con tanto ímpetu que el taburete salió despedido. Tomó varias bocanadas de aire de forma exagerada y, tras una mirada rápida a Beau, salió de la sala con paso acelerado.

—¡Espera! —gritó el menor de los Sinclair, poniéndose de pie, corriendo hasta él.

Reece ya había abierto la puerta del Cherry. De hecho ya tenía un pie fuera cuando Beau lo cogió del brazo y tiró de él. Cuando volvió a mirarlo, negó con insistencia.

—No te vayas, no así… ¿Cómo que no me sientes? Me estás asustando…

Reece observó el brazo que Beau tenía cogido. Despacio, lo movió, haciendo que lo soltara. Elevó la mano hasta el rostro ajeno y deslizó uno de los dedos sobre la cicatriz que cruzaba el puente de su nariz.

—¿Me sientes? —preguntó Beau con desesperación en la voz.

Para su sorpresa, los ojos de Reece se empañaron.

—No… —respondió con voz rota.

El menor de los Sinclair volvió a cogerlo del brazo, pero Reece negó.

—Déjame… por favor…

—No, no así…

—Por favor… Necesito… por favor…

Beau presionó los labios, sus dedos se curvaron y apretaron con más fuerza el brazo de Reece. No quería dejarle ir. No podía pensar en nada peor que dejarle marchar solo, tan roto. ¿Qué sería de él? ¿A dónde iría? ¿Y si le pasaba algo en ese estado?

Bajó la mirada y observó la forma en la que sus dedos se aferraban a él. Después volvió a mirarlo con la vista ya empañada.

—Beau, por favor… —insistió Reece.

Tuvo que dejarlo ir.

Verle marchar fue como recibir una puñalada en el corazón.

44.



Sentado en el suelo del salón, con la mirada fija en la pantalla del ordenador, Reece buscaba vuelos a Londres lo más pronto posible. Sin el dinero como excusa, las opciones para viajar parecían inagotables. Sin embargo, había algo en sus adentros que lo llevaba a no escoger ninguno en concreto.

No quería irse, no quería alejarse de Beau y eso pesaba de una forma inesperada.

Pero debía hacerlo. Desde que llegara a Whitefish, en cada una de sus crisis, Beau Sinclair había sido el único capaz de anclar a Reece a la realidad. A él podía sentirlo. Desde una caricia sutil hasta un pellizco, él siempre estaba ahí con su calor y tacto suave. Darse cuenta de que hasta él había desaparecido destrozaba sus esquemas. Estaba jodido.

Abrió una pestaña nueva en su buscador y tecleó algo:

«¿Por qué no puedo sentir nada?»

La misma búsqueda que había querido hacer miles de veces y a la que nunca se había atrevido. Su dedo planeó sobre el *Enter*, releyó

las palabras una y otra vez, pero finalmente cerró la pestaña y se dejó caer contra el suelo acompañado de un resoplido.

Reece miró el techo. Formas extrañas y sin sentido aparecieron ante sus ojos. Todo lo sucedido el día anterior se agolpó en su cabeza, creando una maraña de pensamientos que se enredaban unos con los otros hasta formar un zumbido desagradable. Se cubrió las orejas y cerró los ojos. Sus dedos se curvaron, sus uñas se clavaron con fuerza contra la piel.

Un maullido lo devolvió a la realidad borrosa en la que existía. Sardina se frotaba contra él buscando atención, y Reece decidió dársela. Le rascó la cabeza y le acarició el lomo, ansiando sentir algo: quizás las cosquillas del roce de su pelaje… Pero no.

Suspiró y apartó la mano mientras el animal se acomodaba contra su costado.

Reece cogió su móvil. El seleccionador Williams le había mandado un nuevo mensaje.

Williams: Dame unos días para pensarlo.

Williams: Podemos hablar cuando estés de vuelta.

Como toda respuesta, envió una mano con el pulgar levantado.

El seleccionador le había hablado la noche anterior para hacerle saber que seguía en duda para el «Seis Naciones». Su talento era indudable, pero estaba inestable, tanto mental como emocionalmente, así que no sabía si era apropiado convocarle o no.

Aquella noticia había dolido. Sin embargo, no era la que lo había roto. Por alguna razón, después de lo sucedido en Portia, no sentirse obligado a volver a Inglaterra tan pronto no parecía algo tan malo como antes.

Bajó un poco más por las conversaciones hasta encontrar el chat que compartía con Isaac y Rowan, dos compañeros de equipo a los que consideraba algo cercano a amigos.

Rowan: Ni te rayes, tío.

Rowan: Ya los han eliminado.

Como toda respuesta, mandó una mano con el pulgar levantado.

La tarde anterior habían aparecido varios comentarios de «nenaza» y «maricón» tras colgarse la noticia de que no había vuelto a entrenar con el resto del equipo. Rowan y Isaac se lo habían hecho saber con buenas palabras, asegurando que los Cavaliers ya habían borrado y bloqueado las cuentas en cuestión. Estaban de su parte.

Aquellas palabras habían dolido. Sin embargo, no eran las que lo habían roto. Por alguna razón, después de lo sucedido en Portia, aunque dolieran por su naturaleza, aquellas malas palabras afectaban menos a su equilibrio mental.

Descendió un poco más por las conversaciones hasta llegar al chat con su madre. Le había mandado un mensaje nuevo, un audio. Se acercó el teléfono a la oreja. Al escuchar su voz, esperó sentir de nuevo esa calidez y ese amparo que con ella siempre sentía.

«—Mi vida, sabes lo que significa para mí oír que quieres venir y estar a mi lado. De verdad. Pero escúchame bien, ¿vale? No quiero que tomes esta decisión desde el miedo. Quiero que vengas si estás seguro de que no va a suponerte problemas con esos carroñeros, ¿sí? No quiero que te vuelvan a hacer daño. No sabemos nada, lo que han visto los médicos podría ser cualquier cosa, incluso una tontería. Además, papá estará conmigo todo el tiempo… —suspiró—. No quiero que sientas que tienes que venir a «salvarme», porque no es así. Piénsalo bien, por favor. Te quiero mucho».

Pero no fue así.

No sintió nada, solo el vacío horrible que aquella noticia había traído consigo.

Aquello era lo que lo había roto por completo. Ni el rugby, ni lo que otros pudieran pensar, ni siquiera ese supuesto comentario de Kurt que Beau había mencionado antes. No. Todas aquellas cosas habían perdido su importancia. Los médicos habían visto algo, no sabían el qué, no sabían si era grave, no sabían nada. Aquello

suponía pruebas, tiempo en el hospital, volver a ese miedo que, incluso siendo tan pequeño, había asolado sus adentros.

La primera vez que Reece dejó de sentir el mundo que lo rodeaba fue al saber que su madre estaba enferma. Y una vez más, esa misma noticia había roto su mundo.

Aun en el estado extraño que estaba, se acercó el teléfono a la boca.

—Penny está mirando vuelos. En cuanto sepa algo te digo —grabó; corto, directo. Su mente no estaba lo suficientemente ordenada como para decir otra cosa.

Daba igual cuál fuese el motivo detrás de aquel viaje. Si su madre lo necesitaba allí, Reece estaría el primero, como todas y cada una de las veces que había sido necesario. Durante la operación de rodilla de su padre había vuelto desde Australia a toda prisa; ¿cómo no iba a hacerlo ahora por ella?

Salió del chat. Iba a lanzar su teléfono lejos para no seguir pensando, pero vio algo.

Ver la foto de perfil de Beau hizo que todo se detuviera unos segundos. En la foto estaba sentado en el suelo, con Sardina en sus brazos y esa sonrisa tan encantadora de la que era dueño. Lo observó en silencio, haciendo zoom para poder perderse en todos sus detalles.

No pudo evitar pensar en aquel abrazo. Ser consciente de que lo estaba rodeando con sus brazos, pero no sentía nada, había sido horrible. Ni su calor, ni su tacto. Nada. La persona a la que ansiaba sentir todo el tiempo se había diluido en la nada como todo lo demás.

«Pretendes que no me importe. ¡Pues me importa, joder! ¡Me importa mucho!».

Aquellas palabras resonaron en su cabeza. ¿Le seguiría importando si sabía la verdad? ¿Y si nunca más volvía a sentir?

¿Podría Beau estar con alguien que vivía en un mundo borroso? Uno en el que nada lo afectaba, en el que las cosas perdían su sentido.

Reece se incorporó, dobló las piernas y escondió el rostro contra estas, soltando un sonoro grito que le rajó la garganta. Sardina salió corriendo. Despacio, llevó la mano libre hasta la pierna, buscó una porción de carne que pudiera agarrar con fuerza y clavó las uñas varias veces intentando sentir algo.

Algo. Lo que sea. Por favor.

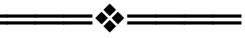
Pero no sintió nada.

—Joder, joder, joder… —farfulló.

Al levantar la cabeza y observar el exterior, vio como la lluvia golpeaba con fuerza los cristales de la casa de su abuela. Observó en silencio la oscuridad que abrazaba Whitefish, las gotas que se deslizaban por la ventana hasta morir contra la madera del alféizar.

En un impulso se puso en pie, metió el teléfono en el bolsillo y fue hasta la puerta. La abrió y, sin calzarse siquiera, salió a la calle y levantó el rostro, dejando que la lluvia le golpease con toda su fuerza. Las gotas caían contra su piel, húmedas y frías, como debía ser. Pero Reece no sintió nada, y eso le agitó el pecho todavía más.

Dudó un instante, pero, tras cerrar la puerta, salió corriendo sin mirar atrás.



El cuerpo de Reece cayó como un peso muerto contra el suelo. La lluvia seguía precipitándose sobre él. Estaba empapado de la cabeza a los pies, el frío calaba sus huesos, se clavaba como un puñal… Pero no lo sentía.

Extendió las piernas y los brazos, formando una cruz con estos últimos. Ladeó el rostro, observó el suelo sobre el que estaba tumbado y movió primero los dedos y después las manos con ahínco. Levantó una de ellas, esa que sus ojos podían observar. El

barro lo había ensuciado todo, pringaba sus falanges… Pero no lo sentía.

Sin saber demasiado bien por qué, le dio un ataque de risa.

Su mirada volvió al cielo. ¿Y si se quedaba ahí toda la noche? ¿Sentiría algo entonces? No lo sabía, pero ¿qué era lo peor que podía pasar? Quizás morir de frío. ¿Pero no era todo aquello ya como estar muerto en vida?

Una de sus manos volvió hasta el pantalón y sacó el teléfono. Tras marcar, se lo llevó a la oreja. Si aquella noche le pasaba algo, quería al menos poder despedirse de alguien.

—Hola —dijo al escuchar que descolgaba.

—Hola… —respondió Beau—. ¿Dónde estás? Oigo mucho ruido…

—¿Estás viendo cómo llueve?

—Sí… estoy en mi cuarto, desde la ventana puedo ver la lluvia. ¿Tú también?

—Sí… la veo, pero no… —rio, roto—. La siento.

Silencio.

—No siento nada, Beau. Nada. No… siento la lluvia, ni el barro, ni… a ti…

—Estás volviendo a asustarme, ¿dónde estás?

—No sentir nada es… una pasada, ¿sabes? Porque tampoco siento tristeza, ni miedo… Desde aquí veo… los coches pasar por la carretera. Ahora mismo podría salir corriendo con los ojos cerrados y no… tendría miedo de cruzar. Quizás ni siquiera sentiría dolor si…

—No digas eso. Por Dios, no… Por favor, dime dónde estás…

—¿Para qué?

—Para ir a buscarte. Para traerte a casa conmigo.

Reece rio de nuevo de forma amarga.

—¿Y por qué harías eso? Beau… no siento nada. No te siento. ¿Por qué ibas a querer…? Es como si estuviera muerto. Nada me importa…

—¿Yo no te importo?

Silencio.

—Tú siempre me importas… —respondió con honestidad.

—Entonces dime dónde estás. Déjame cuidarte…

Reece rompió a llorar, con el brazo libre se cubrió la cara.

—¿Por qué querrías estar conmigo? No siento nada. Ni siquiera cuando estoy contigo.

—Porque yo sí lo hago y sé que sentimos lo mismo. Eso que llevamos sintiendo desde que nos besamos en el campo de rugby, que ha ido creciendo y colándose en nuestro sistema hasta existir siempre con nosotros. Todo lo que sentimos en Portia. Sé lo que siento por ti, lo que tú sientes por mí y, aunque ahora creas que se ha marchado para siempre, yo sé que es tan fuerte que… nada puede borrarlo. Solo se ha escondido. Podemos encontrarlo, juntos.

—¿Y si nunca vuelvo a sentirte, Beau? ¿Y si estoy así siempre?

—No importa. Me da igual cuánto tenga que esperar a que vuelva, estaré aquí.

Reece soltó un sollozo ahogado.

—Dime dónde estás. No tienes que pasar por esto solo… Por favor…

—En el campo de rugby.

Beau dijo algo más, pero Reece no lo escuchó. El brazo con el que sujetaba el teléfono cayó contra el suelo y el móvil quedó hundido en el barro. Sus ojos se abrieron, observó el cielo de Whitefish, llorando de un modo que parecía indicar que estaba a punto de romperse.

Cerró los ojos.

Pareció un segundo, pero ni siquiera el tiempo tenía ya sentido.

—¡Reece!

Al escuchar su nombre, abrió los ojos de nuevo.

Iluminado por un pequeño haz de luz, Beau apareció rasgando aquella negrura y cayó de rodillas contra el suelo a su lado. La luz venía de su teléfono, ese mismo que no dudó en lanzar a cualquier

lado para poder cogerlo a él. Le temblaban las manos; podía ver, de hecho, cómo todo él temblaba. Estaba escondido bajo un chubasquero amarillo que le quedaba demasiado grande para ser suyo.

—Reece, por Dios, Reece… —repitió, lloroso.

Lo ayudó a incorporarse, a quedar sentado en mitad del campo. De nuevo vio sus manos viajar de un lado a otro, cómo se deslizaban por su cuerpo hasta terminar por enmarcarle el rostro. Pero no lo sentía, y eso le despertaba un dolor tan intenso que ni siquiera las palabras podían hacerle justicia.

—Estás congelado… —añadió y, sin dudar, recortó cualquier distancia para abrazarlo, tirando de él hasta hacer que se colocara contra su cuerpo—. Ya está, ya está, estoy aquí… —susurró, acunándolo despacio—. No estás solo, he llegado… ¿Estás bien? Por Dios, Reece dime algo, lo que sea…

La mano de Reece subió hasta agarrarse al chubasquero y su cabeza se movió hasta encontrar acomodo sobre el hombro de Beau. No lo sentía pero, de poder hacerlo, sabía que habría deseado esconder el rostro en su cuello y perderse en su aroma.

—Reece… —susurró—. Me has llamado Reece… tú nunca me llamas Reece…

Beau rio, una de esas risas nerviosas que uno no sabe de dónde salen.

—Es que me gustas mucho, ¿sabes? Pero no quería que te lo creyeras demasiado.

Reece sonrió, cansado, pero una sonrisa al fin y al cabo.

—No te siento… quiero sentirte…

—Hey, no pienses en eso ahora, solo respira. Nos vamos a casa, ¿vale?

Un asentimiento fue toda respuesta que se vio capaz de dar.

Reece movió la cabeza para poder mirar sobre el hombro de Beau. A no mucha distancia, dos haces de luz más intensos rompían

también la oscuridad. Eran los faros de una camioneta. Ccubiertos por un paraguas, Emmet y Charlotte observaban aquella escena.

Habían venido a buscarle. Iban a llevarle a casa.

Reece cerró los ojos.

45.



En cuanto entraron en casa, Beau ayudó a Reece a subir a la planta de arriba, llevándolo hasta el cuarto de baño y encargándose de que pudiera ducharse y deshacerse de todo resto de suciedad. Aunque no respondía apenas a sus palabras, el menor de los Sinclair no dudó en seguir hablándole, en narrar todo el proceso, en decirle lo feliz que lo hacía estar juntos de nuevo… Reece no podía sentirle, pero iba a hacer todo cuanto estuviese en sus manos para que supiera que aquello era todo lo que importaba y estaba bien.

Lo ayudó a vestirse con un pijama viejo de Emmet, le secó el pelo y lo llevó hasta el cuarto, haciendo que se metiera en la cama y arropándolo con mimo. De cuclillas a su lado, deslizó una mano por su brazo de forma ascendente y descendente, sin prisa alguna.

—Descansa, ¿vale? —susurró.

Reece asintió.

—¿Te quedas conmigo hasta que me duerma? Me… gustaría que me abrazaras, aunque no pueda…

No tuvo que acabar la frase. Beau se puso en pie y fue hasta los pies de la cama. Subió, deslizándose hasta poder tumbarse de lado completamente pegado a él, rodeando su cuerpo con firmeza con uno de los brazos. Besó la parte alta de su espalda, notando cómo este se movía. Levantó la mirada. Había sacado el brazo de debajo de la sábana y colocado su mano sobre la de Beau, entrelazando los dedos.

No dijo nada. No hubo nada que decir.

Durante un buen rato, solo el silencio llenó la habitación. Beau no cerró los ojos en ningún momento; se mantuvo abrazado a Reece, controlando su respiración, la tensión de sus músculos… Solo lo dejó ir al estar seguro de que había caído rendido. Se incorporó y lo observó en la penumbra. Su corazón se encogía al verlo así, tan roto. Se inclinó y besó su sien despacio, abandonando la cama, saliendo del cuarto sin hacer ruido alguno.

De vuelta al cuarto de baño, recogió la ropa del suelo e hizo un ovillo que lanzó dentro de la pila. Peinó el lugar con la mirada. Sobre la pila se encontraba también el teléfono de Reece, ese que todavía estaba mojado y sucio por el barro. *Su teléfono*. Quizás podría llamar a alguien que supiese cómo… Cogió el móvil y papel; con ahínco, lo limpió, pulsando el lateral para comprobar que seguía funcionando.

Por suerte, así era.

En el fondo de pantalla podía verse una foto de Sardina durmiendo al sol. En otro momento, una imagen así de mona le habría pintado una sonrisa, pero ahora tenía otras cosas que hacer. La más importante: averiguar el código.

«1505» tecleó, en referencia al cumpleaños de su dueño. Pero no.

Resopló. «2112» tecleó, en referencia al cumpleaños de la señora Sargent. Pero no.

Beau sacó el teléfono del bolsillo y, rápidamente, buscó el cumpleaños de Penny. «1302» tecleó el número que le indicaba Google. Pero no.

Se mordió el labio inferior. «1811» tecleó, aun cuando sabía que su cumpleaños no iba a ser la respuesta. Por supuesto, no lo fue.

Guardó ambos teléfonos en el bolsillo y cogió el ovillo de ropa. Tenía la cabeza demasiado revuelta como para pensar con claridad. Salió del baño y fue hasta las escaleras. Bajó; en la cocina la luz seguía encendida y la voz de Charlotte decía algo que, hasta no estar lo suficientemente cerca, no pudo entender.

—¿Deberíamos decirle algo a la señora Sargent? Emmet, es su nieto…

—No —interrumpió Beau—. Va a preocuparse, va a querer venir y… Cuando consiga desbloquear el teléfono de Reece, le pondré un mensaje y… me inventaré algo. Mañana le contaremos todo, con calma.

Emmet asintió mostrando que estaba de acuerdo.

—Beau, ¿qué acaba de pasar? —preguntó su cuñada.

—N-no lo sé —respondió con voz temblorosa—. Dice que no siente nada, que… ¿Por qué no siente nada? ¿A quién le pasan esas cosas? —se frotó la cara con una de las manos—.Estoy perdido, necesito ayuda, necesito… por favor, quiero que esté bien… —presionó los labios y miró a Emmet—. Sé que dijiste que no viniera a buscarte cuando me quemara, pero…

El menor de los Sinclair no pudo acabar siquiera la frase. Su hermano extendió el brazo y lo cogió de la muñeca, tirando de él para poder abrazarlo y besarle la cabeza.

—Yo siempre estoy aquí, ¿vale? No debería haberte dicho aquello…

Charlotte también llevó una mano hasta la espalda de Beau y la acarició, dedicándole una sonrisa cuando sus miradas se encontraron.

—Vamos a encontrar qué le pasa y… todo tiene respuesta, ¿vale? Tranquilo —le dijo, cogiendo el manojo de ropa para poder llevarlo hasta la lavadora—. No queréis decirle nada todavía a la señora

Sargent, me parece bien, ¿pero con quién hablamos? ¿Tiene Reece amigos o alguien con quien podamos hablar?

—Su exmujer. Han estado diez años juntos y él siempre dice que es su mejor amiga.

—Pues la llamamos, ¿no? —Emmet se encogió de hombros.

Beau sacó el teléfono de Reece de su bolsillo y pulsó el lateral, mostrando la pantalla después a ambos.

—Si se os ocurre cómo sacar el código, lo hago encantado.

Emmet y Charlotte se miraron.

—¿Has probado su cumpleaños? —preguntó su hermano.

—Sí, también el de su ex mujer y el de su abuela. Nada.

—¿Has probado el tuyo? —inquirió Charlotte.

Ambos lo miraron.

—¿Qué? ¿Vamos a fingir que no son novios? ¡Tu código es mi cumpleaños! —exclamó, señalando a Emmet con el dedo.

—También lo he intentado. Nada.

Los tres quedaron en silencio, pensativos.

—¿Algo relacionado con el rugby? —propuso su hermano.

—Joder, espero que no, no tengo ni idea de eso…

—¿Hay algo que le guste mucho? Aparte del rugby —dijo Charlotte—. Una película, una canción, un…

—Es muy fan de Queen. Le encanta Freddie Mercury.

Lottie sacó su teléfono y tecleó algo rápidamente.

—Freddie nació el cinco de septiembre de 1946.

Beau probó con «0509». Nada. Negó al volver a mirar a su cuñada.

—Vale, espera… —tecleó algo de nuevo—. «Queen se formó en Londres en 1970, con Freddie Mercury, Brian May y Roger Taylor, tras la disolución de la banda Smile. Aunque comenzaron a tocar juntos ese año, la formación clásica definitiva, con la incorporación del bajista John Deacon, se consolidó en 1971. Su primer álbum homónimo fue lanzado en 1973». Prueba eso: 70, 71 y 73 —apremió.

Beau obedeció. Probó con «1970», «1971» y «1973». Nada.

—¿Cuál es su canción favorita de Queen? —preguntó Emmet.

—No me lo ha dicho —una media sonrisa se pintó en sus labios—. Le gusta mucho asignar canciones de Queen a las personas que le importan. Me dijo que… —de golpe, algo hizo *clic*—. ¿En qué año salió la canción «Good Old-Fashioned Lover Boy»?

Charlotte tecleó de nuevo.

—1976.

«1976». El teléfono se desbloqueó ante los ojos de Beau. Levantó el móvil y lo mostró.

—Bingo.

—¡Bien! ¿Cómo has caído en eso?

—Reece me dijo que era mi canción de Queen —se encogió de hombros.

Encontrar el número de Penny fue sencillo. Reece la tenía guardada en su agenda la primera, como ese contacto para emergencias que uno siempre tiene. Ese detalle hizo que el menor de los Sinclair se sintiese más seguro de su decisión de hablar con ella.

Abandonó la cocina; necesitaba privacidad para tener una conversación así. Cogió su chaqueta de detrás de la puerta y salió al porche, abrigándose mientras observaba unos segundos la lluvia caer todavía con fuerza contra la hierba. Cuando el primer pitido alcanzó su oído, ya había tomado asiento en una de las mecedoras que allí tenían.

—Dios, Reece, buenos días a ti también…

Mierda, la diferencia horaria. No había pensado en eso. El corazón de Beau dio un brinco; su voz tembló al intentar decir una frase con sentido.

—L-lo siento mucho, Penny. No soy Reece, soy… Beau.

—¿Beau? ¿Beau Sinclair? ¿El chico al que le encantan las vacas?

El menor de los Sinclair rio nervioso.

—S-supongo… sí, ese.

—Oh, vaya, no esperaba esto. Aunque me hace ilusión hablar contigo. Reece no para de contarme cosas de ti y de lo que hacéis juntos, y yo siempre le digo que tiene que dejar que nos conozcamos de una vez —rio—. ¿Al fin se ha animado?

Beau suspiró.

—No…

—Espera, Reece está bien, ¿verdad?

—No…

Un pesado suspiro se escuchó al otro lado de la línea. Otra voz femenina se sumó a la conversación preguntando qué estaba pasando.

—Algo le pasa a Reece… —respondió Penny—. ¿Ha dejado de sentir otra vez?

—Sí…

—Mierda. Alex, a Reece le ha dado otra crisis…

Alex soltó un improperio, pero Beau no le prestó atención.

—¿Crisis? ¿Otra? Penny, no sé con quién estás, pero necesito que te centres en mí.

—Sí, lo siento, lo siento… —suspiró de nuevo—. Vale… escucha. No es fácil de explicar, pero… a veces Reece siente como si no estuviera dentro de sí mismo. Es como… como si se desconectara. Como si su cuerpo siguiera ahí, hablando, moviéndose, pero él lo viera todo desde fuera, ¿entiendes?

—Más o menos…

—Puede oírte, puede responder… pero por dentro se siente raro, vacío, como si nada fuera del todo real. Le pasa desde que era pequeño; son como… crisis. Más intensas, menos. Hay veces que está bien, pero otras… le vienen así, de golpe. Y cuando pasan, se asusta mucho, porque siente que pierde el control, que deja de ser él por un momento… Sé que es algo muy difícil de entender, a mí misma me cuesta y he estado ahí muchas veces para ayudarle,

pero… Dios, ¿puedes imaginar el miedo que debe dar no sentir nada? Ver que te están tocando pero tú… no lo notas…

—¿Y… eso le dura mucho? ¿Cuándo le pasa?

—Depende… —admitió—. A veces son unos minutos. Otras… puede estar así más rato: una hora, incluso más si está muy mal. La peor que yo recuerde fueron unos días. Y… le pasa cuando le pasa. Puede pasar cuando está estresado, cuando algo le supera… pero también le ha pasado sin motivo. Es como si su cabeza se desconectara para protegerse.

Beau sintió cómo su cuerpo se ponía a temblar. No quería, pero la angustia y el miedo se apoderaron de sus adentros e hicieron que el llanto lo sacudiera por completo. Intentó tomar aire, calmarse, pero estaba demasiado sobrepasado como para conseguirlo.

—Beau… —Penny pronunció su nombre dulcemente—. Lo importante es que va a pasar, ¿vale? Siempre lo hace. Sé que ahora es raro e intenso, pero Reece está ahí, solo… necesita tiempo y a alguien que esté ahí con él.

—¿Crees que puedo ayudarle?

—Claro. Tienes que estar ahí, háblale con calma, recuérdale dónde está, que no está solo… cosas sencillas.

—¿Y si ha sido por mi culpa? ¿Y si yo le he…?

—No. Beau, no —dijo con firmeza—. No funciona así. No es algo que tú provoques por decir una cosa u otra. Es… la forma en la que reacciona su cerebro cuando algo le supera, aunque a veces ni siquiera sepamos qué ha sido exactamente —suspiró—. Entiendo que lo pienses, de verdad, pero no es culpa tuya… Me pidió ayer que le ayudase a buscar billetes para volver, algo ha pasado con su madre. Seguramente ha sido eso.

—¿S-su madre? ¿Qué le pasa a su madre?

—No lo sé. Beau, los Sargent son cerrados como puños. Las cosas que les pasan las gestionan entre ellos y te piden que dejes distancia.

Es una de las pocas cosas malas que tienen. En su pequeña piña de tres no tienes lugar. No te comas la cabeza con eso, por favor.

El menor de los Sinclair se frotó la cara, limpiándose así las lágrimas.

—¿Irse a casa le ayudará a estar mejor?

—Quizás…

—Pues entonces consíguele un vuelo cuanto antes, por favor. Yo… no quiero que se vaya, pero… por encima de todas las cosas quiero que esté bien. Si lo necesita…

—Eres una buena persona, Beau.

Bajó la cabeza. Quizás Penny tenía razón, pero el dolor que suponía saber que tenía que dejarle ir lo mataba lentamente. La fecha de caducidad de lo suyo había llegado tan rápido que ni siquiera habían podido disfrutar de verdad de lo que eran.

—Gracias, Penny. De verdad…

—De nada. Háblame cuando despierte, ¿sí? Manténme al día de lo que sea…

—Lo haré. Tú avísame cuando tengas los billetes.

Y colgó. Con el corazón destrozado miró de nuevo la lluvia.

«Y luego está la tercera. Cuando llega, el aire se enfría de golpe y, antes de que puedas hacer nada para cambiarlo, ya la tienes encima. No es solo agua. Es un frío que se te cala en los huesos y no se va. Esa lluvia rompe cosas. Cosas de verdad. Importantes. A veces son ramas, a veces son casas… y a veces son cosas muy difíciles de reparar».

46.



Beau llevaba un buen rato despierto cuando Reece abrió los ojos.

Realmente no estaba seguro de haber dormido demasiado en toda la noche. En cuanto colgó el teléfono, a su cabeza le resultó imposible desconectar de toda la información que acababa de recibir, necesitando de inmediato sumergirse en una búsqueda completa sobre qué era lo que le pasaba.

En internet lo llamaban «trastorno de despersonalización» y, aunque resultaba todo un alivio leer una y otra vez que era algo que podía superarse, el menor de los Sinclair no sentía que informarse sobre el tema le estuviese ayudando a entender aquello. Era todo demasiado abstracto; parecía una de esas cosas que no se entienden si no se viven.

Ahora daba igual. Reece estaba despierto, eso era lo importante.

—Hey, buenos días… —dijo, esbozando una sonrisa cuando este ladeó el rostro para mirarlo. Lo cogió con firmeza del costado y, tirando de su ropa, lo hizo girar hasta quedar ambos cara a cara—. ¿Has dormido bien? Puedes descansar todo lo que necesites.

—No, siento que he dormido demasiado. No podría seguir ni aunque quisiera.

Beau deslizó la mano por el costado de Reece, subió poco a poco hasta llevarla a su mejilla y acariciarla despacio.

—¿Me sientes?

—No…

El menor de los Sinclair suspiró. Era una mierda, pero aun así mantuvo la sonrisa y la templanza para hacer parecer que aquello no le removía nada por dentro.

—Ya lo harás, no pasa nada —guio la mano hasta colocarla entre ambos y movió los dedos—. Cógeme de la mano, no importa si no lo sientes.

Reece dudó un momento, pero terminó por obedecer. Su mirada se perdió en sus manos unidas, en la forma en la que sus dedos se entrelazaban. No fue una sonrisa lo que apareció en sus labios, pero sí un leve conato de esta que supo a suficiente.

—Me gusta ver como encajan nuestras manos juntas… —susurró, volviendo a mirar a Beau después—. Lo siento. Ayer no te traté como debía, te asusté y… soy una mierda.

—No digas eso, tonto. Todo está bien, no te preocupes, nada de eso importa. Estás aquí, estás bien, estás conmigo… a lo demás que le den.

—Que le den… —repitió.

Silencio. Reece se acercó más a Beau y este correspondió de inmediato. Sus frentes quedaron pegadas, sus narices se rozaron. Quizás no lo sentía, pero el deseo y el ansia de contacto y afecto entre ambos seguían latiendo con fuerza.

—Creo que te debo una explicación…

—Bueno, en realidad he estado investigando por mi cuenta. No te enfades conmigo, ¿vale? Pero, después de que te durmieras, cogí tu teléfono para poder hablar con Penny. ¡No quería decirle

nada a tu abuela y que se preocupara! Estaba lloviendo mucho, querría venir…

—Beau…

—¡Y yo necesitaba respuestas! ¡Saber cómo ayudarte! Y y y…

—¡Beau! —Reece elevó ligeramente la voz a la vez que apretaba su mano—. No pasa nada. Has hecho bien. De haber estado en tu lugar yo habría hecho lo mismo, tranquilo.

Los hombros del menor de los Sinclair se relajaron poco a poco, saber que no había metido la pata era suficiente para poder seguir con la conversación.

—¿Qué te ha contado Penny?

—Me ha dicho que esto te ha pasado más veces. Que a veces pasa por estrés, que otras solo pasa… También que puede durar horas o días. Que es como si… estuvieras fuera de tu cuerpo y que te sientes raro y… La verdad es que la… cosa en sí no la entiendo, pero saber que es algo temporal y que puedes volver de ello me tranquiliza.

Reece suspiró antes de hablar.

—A veces es como… ¿Sabes en las películas cuando enfocan la cara del protagonista pero todo a su alrededor está borroso? Y la música suena distorsionada, lejana… como si todos tus sentidos se sobrecargaran y pegasen un petardazo… Otras veces… literalmente me veo desde fuera, como si estuviese flotando y mi cuerpo ya no fuera mío. Esas veces son las que más me angustian. Como ayer. Hasta que no te vi, no… volví a estar… dentro, ¿entiendes?

Beau asintió.

—Gracias por venir a buscarme.

—No tienes que darme las gracias por eso. Lo haré las veces que haga falta.

—No… quiero que tengas que hacerlo más veces, Beau.

—Ni yo tampoco, Reece. Solo digo que, si vuelve a pasar, estaré a tu lado —deslizó el pulgar sobre el dorso de su mano—. Has salido

más veces de esto, ¿no? ¿Qué… tienes que hacer ahora para que pase?

—Necesito tranquilidad. Cuando estoy en casa suelo… ir a ver a mis padres. Estar con ellos me da mucha calma, hacer cosas cotidianas, rutinarias incluso. En casa también está la que ha sido mi terapeuta durante toda la vida; ella me… reconduce —levantó los hombros—. Hacía mucho que no me pasaba esto. Pero desde el divorcio, la pelea, la mudanza… ha vuelto. Y me da vergüenza. Siento que he fallado…

—No lo has hecho. Cuando alguien tiene un problema de salud mental, es como si el mundo esperara que lo superase y punto. Y no es así. Estas cosas no solo te pueden pasar una vez; al contrario. Uno puede recaer muchas veces; es humano, de hecho. Si no culpamos a una persona por volver a resfriarse tras un catarro, ¿por qué a ti sí?

Reece movió la cabeza, despacio acarició la nariz de Beau con la suya, dejando un beso en el puente de esta después.

—Ojalá pudiera sentirte… —susurró.

—Lo harás pronto, estoy seguro —respondió.

—¿Podemos esperar a besarnos cuando todo vuelva a la normalidad? No quiero… que me beses y no…

Beau asintió, no necesitó que terminase la frase, lo comprendía. Extendió uno de los dedos de la mano que todavía permanecía entrelazada y lo llevó hasta los labios de Reece. Lo movió despacio, con mimo, dejando una caricia suave en ellos que nacía del amor que sentía por una boca capaz de hacer que todo lo malo se fuese con un beso.

Reece besó el dedo de Beau. Ambos sonrieron tras el gesto.

—Entonces, tienes que irte —dijo, volviendo a doblar el dedo—. Penny va a buscarte un billete cuanto antes, lo hemos hablado. No… quiero ocultarte nada. Me dijo que había pasado algo con tu madre, que seguramente por eso estabas… No me lo tienes que contar, pero…

—El doctor le ha visto algo extraño durante una revisión. En el pecho. Y ya sabes que ella… —presionó los labios y tragó duro—. Tengo que ir, tengo que estar a su lado…

Beau no había esperado aquellas palabras. Ni su naturaleza ni que fuesen dichas siquiera. Creía que los Sargent eran herméticos, que no contaban sus problemas, y, sin embargo, tenía enfrente a un hombre que le confiaba hasta lo más vulnerable de su ser.

—Por supuesto. Seguro que no es nada, pero tienes que estar ahí. Lo entiendo y…

Beau no pudo acabar la frase, Reece tiró con firmeza de su mano, haciendo que ambos quedaran más cerca, si es que eso era posible.

—Voy a volver. Por favor, necesito que me creas. Voy a volver… No quiero que lo nuestro termine, no… Beau, voy a volver. Todavía no sé cuándo, pero… necesito que sigas creyendo en nosotros. Necesito que me esperes.

Había una pizca de miedo que Beau no podía ignorar, esa pequeña voz en su interior que le decía que no debía confiar, que, estando tan lejos, a Reece no le iba a ser complicado olvidar todo lo que se quedaba en un pueblo perdido en Estados Unidos.

Pero también habitaba en él la certeza de que, a todo el mundo, al menos una vez en la vida, la suerte tenía que estarle de cara. A Beau eso no le había pasado nunca, pero, cuando miraba a Reece a los ojos, se convencía de que él era eso que había estado ansiando.

—Vas a volver —repitió, buscando en parte convencerse a sí mismo.

«Necesito que sigas creyendo en nosotros».

«Necesito que me esperes».

Ese era su papel ahora. Tenía que aferrarse a la esperanza de que todo iría bien.

47.



Aunque, si por Reece fuera, se habría quedado en casa de Beau hasta no poder evitar más su marcha, la ausencia de ropa que ponerse —ni siquiera zapatos— y la posibilidad de estar preocupando a su abuela pesaban lo suficiente como para que tomara la decisión de regresar con ella.

Tras una larga mañana en la cama, conversando de todo y de nada, un desayuno contundente con Emmet presente y una ducha, se vistió con ropa de su cuñado y abandonó el hogar de los Sinclair con un extraño peso sobre los hombros, pero también con la certeza de que todo iría bien. Estaba aún atrapado en ese agujero, buscando desesperadamente una forma de sentir que el mundo era real, pero, cuando tenía a Beau a su lado, la espera se volvía menos angosta.

Montados en la parte de atrás de la camioneta, con la mano de Beau sobre su regazo, Reece se perdió en la forma en la que sus dedos se entrelazaban a la perfección, como si hubiesen sido creados para estar siempre así. Los hermanos Sinclair discutían sobre la música: Beau pedía canciones de Dolly, Emmet se negaba en redondo a escucharlas otra vez.

Echaría de menos aquel ruido. Echaría de menos Whitefish. Su ser se había dividido en dos: una parte sentía que volvía a casa; la otra, que la estaba abandonando.

—Gracias por traerme —dijo, llevando la mano hasta el brazo de Emmet para darle un firme apretón.

—No me las des. Cualquier cosa que necesites…

—Ahora que lo dices, ¿le echarías un ojo a mi coche mientras no estoy?

Su cuñado ladeó el rostro, buscó el coche con la mirada y abrió bien los ojos cuando al fin lo encontró.

—Jo-der, qué cochazo… ¿Cuidarlo supone que pueda usarlo cuando quiera?

—Claro, pásame lo que te cueste la gasolina, corre de mi cuenta.

—Trato hecho —respondió divertido.

—Gracias. Tengo unas llaves de repuesto en la guantera. Te las traigo en un segundo… ¿Me acompañas, Beau?

Su chico asintió. Bajaron del coche y recorrieron el espacio que los distanciaba de la casa de su abuela, acercándose al vehículo aparcado frente a esta. Reece acercó la mano; el sensor detectó su huella y no tardó en abrir la puerta para él.

—Me sigue flipando que tengas una nave espacial. ¿Seguro que quieres que Emmet…?

Reece sonrió y bamboleó la cabeza.

—Era solo una excusa para que bajaras conmigo y despedirnos en privado.

—Oh… Pues te va a salir cara en gasolina la despedida.

Ambos rieron.

Reece terminó de abrir la puerta, metió parte del cuerpo dentro y rebuscó en la guantera hasta sacar la llave de repuesto y su reloj. *Dios*, se había olvidado de él por completo. ¿Cuánto hacía que lo tenía ahí dentro? ¿Habían ido siquiera a Portia entonces?

Se lo puso con prisa. Después, le tendió la llave a Beau

—Toma —dijo, observando cómo este mostraba su mano extendida. Colocó la llave encima, usando la excusa para poder volver a coger esta durante unos segundos—. Hoy pasaré el día con mi abuela. Creo que lo necesito. Pero nos vemos mañana, ¿verdad?

—Claro. Solo mantenme informado, ¿vale? De cómo te sientes, qué haces… Bueno, más bien de si vuelves a sentir algo y eso… —arrugó la nariz—. También cuando Penny…

—En cuanto sepa algo del vuelo serás el primero en saberlo.

Ambos se miraron en silencio. Sus cuerpos pedían un beso, un abrazo… Pero no quería besarlo sin sentirlo y, dado dónde estaban, un abrazo tampoco le parecía algo apropiado. Así que solo asintió, cerró la puerta del coche y caminó junto a él hasta la camioneta.

Reece se quedó en la acera. No se marchó hasta ver a los hermanos Sinclair irse por donde habían venido. *Dios*, si dejarlo marchar estando tan cerca resultaba tan complicado, ¿qué iba a hacer cuando tuviese que coger el maldito vuelo?

Prefirió no pensarlo. En su estado necesitaba comerse menos la cabeza con esas cosas y centrarse más en lo positivo, en lo que le hiciera sentir paz. Tomó aire por la nariz y decidió que era el momento de volver con su abuela.

En cuanto cruzó la puerta, el sonido de la tele demasiado alta lo recibió.

—¿¡Hola!?

—¿Reece? ¿Eres tú? ¡Ven, corre!

Al escuchar aquellas dos últimas palabras, a paso acelerado recorrió la distancia que lo separaba del salón, esperando encontrar algún desastre… Pero no. Con Sardina hecho un ovillo a su lado, su abuela tejía algo mientras veía uno de tantos concursos de media tarde que le encantaban.

Su abuela lo miró y con la cabeza señaló la televisión.

—Con esas letras, tres animales marinos. Hay uno que no consigo descifrar.

Reece resopló y se frotó la cara con una de las manos.

—Dios, pensaba que te había pasado algo —dijo, acercándose al sofá y mirando la pantalla unos segundos—. Cangrejo, medusa y estrella de mar.

Margery sonrió orgullosa.

—Qué listo eres, cielo.

—Solo es un panel bobo de la tele, abuela…

Reece se acercó un poco más y tomó asiento en el suelo frente a ella.

—¿Puedes apagar eso un momento? Me gustaría hablar de algo…

Margaery frunció el ceño y miró a su nieto directamente. No tardó en buscar el mando sobre el sofá y acceder a su petición, dejando también a un lado las agujas y la lana con las que estaba trabajando. Se echó hacia delante y le acarició el rostro, cogiendo con mimo su mentón para que la mirara directamente.

—Tienes mala cara… —dijo, dejándolo ir—. ¿Ha hecho Emmet la cena? Seguro que no te ha sentado bien. Ese muchacho siempre cocina con demasiada mantequilla…

Esa era la excusa que Beau había usado al hablar con su abuela por teléfono. Emmet lo había invitado a ver un partido de rugby por televisión. Dada la diferencia horaria, iban a verlo de madrugada, así que el plan era cenar y quedarse a hacer noche.

No le gustaba mentirle.

Quizás por eso le quemaban tanto en sus adentros las ganas de contar la verdad.

—No, no es nada de eso, no te preocupes —negó—. Tengo que volver a casa.

—¿Tan pronto? ¿Por qué? —Margaery buscó la mano de su nieto.

—Una de las revisiones de mamá no ha ido como esperábamos. Van a hacerle más pruebas y… tengo que estar ahí.

El rostro de su abuela se descompuso al escuchar aquellas palabras. Con la mano libre se cubrió la cara y sacudió la cabeza

varias veces.

—Dios mío, ¿por qué pasan estas cosas? —farfulló para sí misma.

—Hey, tranquila. Por ahora no sabemos nada. Es pura precaución y… no va a ser nada. Mamá es fuerte, dura como ninguna. Todo va a ir bien —le acarició el dorso de la mano, consiguiendo así que volviera a mirarlo—. Pero no puedo estar aquí mientras…

—No, no, por supuesto que no. Debes ir… Es solo que hacía tanto que no te tenía conmigo que había deseado con todas mis fuerzas que tuviéramos más tiempo.

Reece se movió y se acercó todavía más.

—Me voy un tiempo, hasta que mamá no me necesite. Pero voy a volver.

Su abuela sonrió con un toque de tristeza.

—No vas a volver. Solo dices esas cosas para no ponerme triste. Tu padre también las dijo la última vez que vino por aquí y… todavía sigo esperándolo.

—A papá le atormenta no haber estado aquí para el abuelo, no por ti. A ti te añora.

Margery apartó la mirada de su nieto y la bajó hasta el sofá, hasta esas manos que mantenían unidas.

—¿De verdad crees que vas a volver?

—No lo creo, lo sé. Todo lo que hay en Whitefish para mí… Abuela, me marché de Birmingham siendo un hombre completamente destrozado y… aquí he empezado a volver a ser yo. Esto solo va a ser una pausa en el camino, ¿vale? Volveré. Y tanto tú como Sardina os vais a cansar de tener que aguantarme.

La anciana rio.

—Todo lo que hay en Whitefish para ti… —repitió, levantando la mirada después—. ¿Como Beau?

La espalda de Reece se tensó de golpe. La sorpresa de aquellas palabras se reflejó de inmediato en él, resultando imposible de

esconder. Tanto que, cuando así lo intentó, solo un titubeo nervioso abandonó sus labios.

—¿C-cómo?

—Oh, vamos, no me tomes por estúpida. Si alguna vez quieres ocultarme algo deberías aprender a ser más discreto. Lo supe desde que te vi con él el Cuatro de Julio. Por la forma en la que lo mirabas, sabía que te gustaba. Y, bueno, cuando hace nada estuvisteis por aquí dándoos abrazos y carantoñas, también fue una buena pista.

Las mejillas de Reece se tiñeron de rojo intenso; las sentía arder. Que su abuela lo supiera lo ponía nervioso, pero que además los hubiera pillado era información capaz de romperle. No dijo nada más. Fue incapaz. Solo se movió hasta acomodar la cabeza sobre el regazo de su abuela e intentar anclarse a él como si fuera un punto fijo.

Seguro que ahora le estaba acariciando la cabeza. Odió no ser capaz de sentirlo.

—Me gusta Beau para ti —dijo en un susurro, cerca de su oído—. Es un buen chico, eso es todo lo que he querido que encontraras. Un buen chico, que se preocupe por ti, te cuide y te haga feliz. Uno como el abuelo.

Reece movió la cabeza y buscó la mirada de su abuela de nuevo.

—¿Cuidarás de él mientras yo no esté? Sé que se hace el fuerte, pero estoy seguro de que mi marcha le pesa demasiado. No quiero que esté triste, quiero que siga con su vida y que… lidie con la espera normal, sin…

—Por supuesto, cuenta con ello.

Y con aquellas cinco palabras, Reece se quedó más tranquilo.

Pensó en decirle cómo estaba, pero prefirió no hacerlo. Su abuela era cálida y buena por naturaleza, intentaba siempre entenderle, pero cada vez que había intentado explicarle como su cabeza lo saboteaba ambos terminaban en un callejón sin salida.

Ella convencida de que se la pasaría con un abrazo y una sopa caliente.

Él frustrado de narices.

Así que se guardó aquello para sí. Permaneció con la cabeza sobre el regazo de su abuela y dejó salir de sus labios un comentario sencillo para cambiar de tema:

—Pon el concurso otra vez. Quiero ver si se llevan el bote.

El sonido de la televisión no tardó en llenarlo todo.

48.



Terminado su turno en el Cherry, Beau fue directo a casa con intención de comer algo rápido y prepararse para encontrarse con Reece. Aunque se habían visto el día anterior y habían hablado esa misma noche antes de dormir, mentiría si dijera que no seguía sintiendo esa punzada de preocupación que le hacía querer estar con él ya mismo.

Quería asegurarse de que estaba bien, saber si ya sentía algo… También lo echaba de menos como al respirar. Pero ese no era un detalle nuevo en su día a día.

Al entrar en la cocina, se encontró a Emmet trasteando con su portátil.

—¿Tú con un ordenador? Si buscas porno, lo tengo en la carpeta de la universidad.

—Ja ja, muy gracioso.

Su hermano no era del tipo de personas a las que les gustara la tecnología. De hecho, no había sido hasta que retomó su relación con Charlotte cuando se hizo con un móvil que no fuese una maldita

antigualla. Emmet, que siempre decía que estar pegado a uno de esos cacharros era una pérdida de tiempo, estaba dispuesto a romper todas y cada una de sus normas por hacer feliz a su chica.

—Toma, restos de tartas del Cherry —dijo, dejando la bolsa de papel sobre la mesa antes de ir hasta la nevera para buscar algo decente que llevarse a la boca—. ¿Qué tal tu día?

—Bien, mucho curro. En un rato tengo que volver… —respondió, abriendo la bolsa, cogiendo el pedazo de tarta de chocolate sin pensárselo—. He visto a tu novio, por cierto.

—Uuuuh, ¿y estaba haciendo algo sexy?

—Acompañar a su abuela a llevar flores a la tumba de su abuelo. No sé cómo clasifica eso en tu escala sexy, pero…

Beau hizo una mueca. Emmet rio antes de volver a centrar su atención en la pantalla. Durante un rato, el sonido de sus dedos golpeando el teclado y el del viejo ventilador pidiendo auxilio llenaron la cocina mientras Beau intentaba hacerse un sándwich con el que llenarse el estómago. Algo sencillo, algo rápido. Tenía prisa.

Con la comida lista, cogió un pedazo de servilleta y se dispuso a subir a su cuarto para ducharse y decidir qué iba a ponerse para verse con Reece. Sin embargo, la voz de su hermano lo detuvo.

—¡Listo! —exclamó, arrastrando la silla y palmeando el asiento después.

—¿Es importante? Tengo cosas que hacer.

—Siéntate, Beau.

Tras un gesto exagerado de hastío, Beau obedeció y rodeó a su hermano hasta tomar asiento, dando un buen bocado al sándwich tras hacerlo. Al menos adelantaría esa tarea mientras perdía el tiempo en lo que fuera que Emmet quería enseñarle.

—Como te he dicho antes, he visto a Reece y a la señora Sargent en el cementerio. Hemos estado hablando un rato y, como era casi mi hora de salir, hemos ido también a comer juntos. Reece me ha contado algo y… bueno, voy a dejar que esta cosa hable por mí,

¿vale? Sabes que no soy muy… —hizo un movimiento ambiguo con la mano.

Con el dedo, pulsó la tecla de enter del portátil.

Un vídeo empezó a reproducirse en la pantalla. Un vídeo casero, antiguo. En él podía verse el pasillo de un hospital; se escuchaban voces y pasos resonando con fuerza.

—¿Estás nervioso? —preguntó el hombre tras la cámara.

La cámara se movió. Junto al hombre, caminando de su mano, un niño de unos diez años daba brincos ilusionado, con una sonrisa a la que le faltaban varios dientes. A Beau no le costó reconocer quién era. A aquel pequeño niño lo había visto muchas veces. Era Emmet.

Y si ese era su hermano…

—¿Es papá? —preguntó Beau.

Su hermano asintió.

Su padre y Emmet terminaron de recorrer el pasillo y llegaron a una puerta con el número 13 pintado, por la que entraron intentando hacer el menor ruido posible.

—Holaaaa, mira quién traigo conmigo —dijo su padre.

Emmet salió corriendo hacia la cama. Sobre esta, cansada, con el pelo recogido y la bata de hospital puesta, se encontraba su madre. Bonnie no tardó en llevarse un dedo a los labios, pidiendo a ambos que bajaran la voz.

—Acaba de dormirse —susurró.

Cuando la cámara se acercó lo suficiente, Beau pudo ver al bebé que su madre sostenía entre sus brazos. Tan pequeño, con el gorrito de lana azul en la cabeza y esa aura de vulnerabilidad que los niños tan pequeños siempre traen consigo. Verse a sí mismo de ese modo le encogió el estómago.

—Dile hola a Beau —instó su madre.

Emmet, ya subido a la cama, observaba curioso a su hermano.

—Es muy pequeño, ¿cuándo podrá jugar al rugby?

Sus padres rieron a la vez. Su padre se acercó para grabar la escena más de cerca.

—Sí que lo es… —dijo su madre, mientras con una mano acariciaba la cabecita del bebé—. Pero tiene mucha suerte porque tiene un hermano mayor que lo va a cuidar mucho, ¿verdad? Ni un monstruo va a poder mirarlo antes de que lo apartes de una patada.

Emmet sonrió y se acercó un poco más para mirar al bebé de cerca.

—Hola Beau.

El pequeño soltó un suave gorgoteo.

—Creo que le gustas, Emmet. Igual eres su favorito.

El vídeo paró de golpe. Había terminado.

La pantalla se volvió negra y Beau pudo ver entonces su reflejo en ella. Lloraba; ni siquiera se había dado cuenta de ello. Con el dorso de la mano se limpió, necesitando tomar varias bocanadas de aire antes de ser capaz de decir una mísera palabra.

—¿Qué…?

—Son vídeos de cuando éramos pequeños. Los tenía en una caja. Cuando Charlotte se enteró, se los llevó y los pasó a… bueno, lo que sea que… en fin, que ahora están aquí —golpeteó con el dedo la memoria encima de la mesa—. No hay muchos, faltan momentos importantes, pero puedes verlos cuando quieras solo tienes que pedirla.

El menor de los Sinclair ladeó el rostro y buscó la mirada de su hermano.

—¿Por qué no me habías dicho antes que los tenías?

Emmet suspiró.

—Porque pensaba que tenías suerte por no recordarlos. Pensaba que… haber sido tan pequeño cuando todo paso, te protegía de parte del dolor que fue perderlos. Pero no. Cuando Reece me ha dicho lo mucho que estás sufriendo por no recordar sus voces, por no… —presionó los labios—. Lo siento. Pensaba que te estaba

protegiendo con esto, pero ahora me doy cuenta de que quizás te he hecho daño…

Beau volvió a mirar la pantalla.

Sus caras, sus voces. Una sonrisa se dibujó en sus labios lentamente.

—Yo también tengo que pedirte perdón —dijo, ladeando el rostro para volver a mirar a Emmet—. Nunca crecí lo suficiente como para jugar al rugby juntos.

Su hermano rio y llevó la mano hasta su cabeza, guiándolo a acercarse, dejando un beso sobre su pelo.

—¿Quieres ver otro? ¿O tienes mucha prisa?

—Otro, por favor.

Perder el tiempo escogiendo qué ropa ponerse carecía de toda importancia en aquel momento.

El vídeo empezó. El interior del antiguo piso de sus padres apareció ante sus ojos, decorado con globos y banderitas con vacas dibujadas. De nuevo, su padre, cámara en mano, se encargaba de grabar a todos los presentes, la mesa con los regalos…

Estaba en brazos de su madre; pudo verse cuando su padre giró la cámara una vez más. Emmet también estaba con ellos, levantaba los brazos pidiendo un bocado de la galleta que su madre sostenía en una de sus manos.

—Y ahí están los amores de mi vida —se escuchó decir a su padre.

Beau sintió ganas de llorar de nuevo, pero no lo hizo. Con cuidado, acomodó la cabeza sobre el hombro de su hermano para poder disfrutar de aquella escena.

49.



Al llegar al campo de rugby, Beau vio a Reece sentado en el centro, bebiendo agua. Tenía la piel sonrojada, brillaba bañada en perlado sudor bajo la caricia del sol… La lluvia se había llevado consigo todas las nubes. Si la leyenda era cierta, a Whitefish le esperaba ahora un verano acompañado por un radiante sol y días propicios.

Se acercó a él intentando hacer el menor ruido posible, esperando a que terminara de beber para lanzarse sobre su espalda y rodear su cuello con ambos brazos.

—¡Boo! —exclamó, riendo divertido ante su sobresalto.

—Idiota —farfulló Reece, llevando una mano hasta uno de sus brazos para darle un par de suaves palmaditas.

Cuando ladeó el rostro y pudieron mirarse, las sonrisas en los labios de ambos eran iguales. Aun con el poco tiempo que había pasado desde la última vez que habían estado juntos, ambos se echaban de menos como locos. Impulsado por esto, Beau se acercó un poco buscando un beso, pero recordó la petición de Reece al

respecto y cambió la trayectoria hasta poder dejar dicho beso contra su cuello.

—Uhm, sabes saladito —dijo, bromista.

Reece movió la cabeza. Sus narices se rozaron, después la elevó un poco más hasta poder depositar varios besos encadenados sobre el entrecejo de Beau.

—¿Me sientes? —preguntó el menor de los Sinclair.

Pero su chico negó.

—Ojalá —susurró, acompañado por un último beso mucho más pausado.

—Lo harás —respondió Beau, dándole una palmadita en el pecho y dejándolo ir. Se incorporó y rodeó el cuerpo de Reece, tomando asiento en el césped frente a él—. ¿En serio hemos quedado para que te vea entrenar?

—Me queda solo estirar, tranquilo.

—Eres un rarito. Te marchas en nada, deberías estar… ¡De cervezas! O… no sé, despidiéndote de Whitefish, no… con el dichoso rugby.

La verdad era que le estaba echando cierta teatralidad a aquellas palabras. No, Hunt no tenía razón, no se había vuelto un enamorado del rugby ni mucho menos, pero la forma en la que hacía feliz a Reece y lo mono que estaba cuando hablaba de él habían sido más que suficientes para hacer que Beau Sinclair le viera el encanto.

Aunque también lo odiaba un poco. A fin de cuentas, era la razón por la que no podían tener lo que tenían todos los demás y, en un futuro quién sabía cuán cercano, seguramente sería la razón que se llevara a Reece de allí para siempre.

Porque iba a volver. Pero solo esta vez. De eso estaba seguro.

—Ya te lo dije, para volver en mí necesito hacer cosas que me ayuden a tener la cabeza en su sitio, que me den esa sensación de paz. Y una de ellas es el deporte. Y el rugby, por supuesto. Tienes que dejar que un día te lleve a ver un partido de verdad, en serio.

—Y una mierda.

—¡Oh, vamos! Si los de amateurs te vuelven loco, un partido en un estadio con… ¡Ugh! Te encantaría, pero eres un maldito cabezón.

Beau rio.

—Vaaale, algún día iré a uno de tus dichosos partidos *de verdad* —exageró aquellas dos últimas palabras—. Pero con una condición. Quiero una camiseta con un «Sargent» enorme escrito en la espalda, como las novias de los deportistas de la tele.

—Ah, no, ni de coña. No le doy mi camiseta a falsos fans. El día que seas capaz de decirme el nombre de tres jugadores, te regalaré mi camiseta.

—Pues listo, conozco a dos, para que lo sepas.

—¿Ah, sí?

—Ajá, conozco a Lee «el Toro» Sargent, toda una leyenda si me preguntas. Y a otro don nadie al que el siete del equipo de Portia le pateó el culo. ¿Cómo se llama? ¡Ah! —lo apuntó con el dedo—. Reece Sargent, ¿te suena?

—No me pateó el culo.

—Hunt y yo no opinamos lo mismo… —canturreó.

—¿El entrenador ha dicho eso? —preguntó Reece con honesta preocupación.

A Beau le costó contener la risa; de hecho, no tardó en estallar en una sonora risotada que hizo a su chico poner los ojos en blanco. Pronto lo cogió de las muñecas y tiró de él, haciendo que quedasen más cerca, prácticamente pegados.

—A mí nadie me patea el culo. Soy el mejor.

—Vale, *Freddie*, te creo.

Sus narices volvieron a rozarse. Cerca, muy cerca, Beau observó a Reece en silencio, perdido una vez más en su belleza, en esa perfecta nariz que lo volvía loco.

—Mi hermano me ha contado lo que habéis hablado hoy. No tenías por qué…

—Pero quería hacerlo. Me destrozó ver lo triste que estabas, necesitaba hacer algo para ayudarte y… —levantó los hombros—. ¿Lo habéis hablado entonces?

—Me ha enseñado unos vídeos caseros de cuando éramos pequeños. Ha sido… no sé, me ha dejado a la vez un nudo en el estómago y una… sensación cálida en el pecho. Raro, tal vez, pero… lo necesitaba —suspiró—. Primero lo de la universidad con Hunt; ahora esto. Eres demasiado bueno conmigo, Reece.

—Creo que eres tú quien no es lo suficientemente bueno contigo, Beau.

«Por favor, no te vayas» quiso decir.

«Por favor, llévame contigo» pensó también.

Pero no dijo nada. Intentando fingir que aquellas palabras no tenían tanto efecto como el que sentía, Beau le dio un suave empujoncito a Reece y se puso en pie, tendiéndole la mano después.

—Anda, venga. Estira de una vez, tengo ganas de salir de aquí.

Reece asintió y cogió la mano de Beau.

Ambos tuvieron que soltarse rápidamente.

Al sentir aquel chispazo de nuevo, el menor de los Sinclair dio un brinco y sacudió la mano con fuerza, soltando a la vez un sonoro gruñidito. Buscó la mano de su chico. Ver que volvía a llevar puesto el dichoso reloj hizo que pusiera los ojos en blanco.

—¡No puedo creer que todavía tengas esa cosa! ¡Reece, deshazte de ese reloj ya!

Su chico rio; con fuerza, también sacudía su mano, la misma que atrapó con la otra y masajeó buscando aliviar el dolor.

—Me ha dado calambre mil veces y, aun así, me sigue sorprendiendo cada vez que…

Los ojos de Beau se abrieron como platos.

—¿Lo has sentido? ¡El calambre! ¿Lo has…?

Reece se miró la mano. La risa se volvió más intensa, cargada de un nerviosismo ausente hacía solo unos segundos. Su mirada saltó

varias veces de su mano a Beau, como si aquello fuese una especie de milagro que no podía terminar de creerse.

—Lo he sentido —dijo, poniéndose en pie con rapidez—. ¡Lo he sentido! —exclamó, enmarcando el rostro ajeno con ambas manos—. Lo he sentido…

El corazón de Beau iba a mil por hora; sus manos se aferraron a los brazos de Reece con fuerza, presionando su piel cálida.

—¿Me sientes? —preguntó.

Y con todo su ser deseó que solo existiera una respuesta posible.

—Te siento. No del todo, es como… sutil, todavía un poco lejano, pero… Te siento.

Los pulgares de Reece se movieron despacio sobre las mejillas de Beau. Su risa volvió a resonar en el campo de rugby, tan contagiosa que la ajena se unió de inmediato. Su mirada brillaba, estaba emocionado de una forma tan genuina y honesta que enamoraba.

Cuando uno presencia lluvia después de una larga sequía, no se para a pensar en nada más que no sea en disfrutarla, en salir fuera y dejar que el agua le bañe la piel hasta sentir que le cala los huesos por completo. Eso mismo les pasó a ambos. No importó dónde estaban, ni todas esas condiciones que habían puesto a su relación; sus labios se buscaron con rapidez para fundirse en un beso tan intenso y ansiado que cualquiera creería que llevaban años sin poder sentirse de ese modo.

—Nunca te deshagas de ese maldito reloj —susurró Beau contra sus labios.

—Jamás… —respondió Reece, volviendo a besarlo.

Sus cuerpos se buscaron hasta quedar el uno pegado al otro. Las manos de Reece se movían lentas, dibujando el cuerpo ajeno con calma, permitiéndose sentir sus formas, el roce de su ropa contra las palmas… Pero quería más.

Una mirada rápida.

Beau se mordió el labio inferior.

Cuando llegaron al vestuario, la intensidad de los besos había subido a un nivel que solo anticipaba un estallido incontrolable. Beau le quitó la camiseta a Reece, lanzándola al suelo sin cuidado alguno, acariciando su torso después con ambas manos.

—He echado de menos sentirte —dijo, perdiendo la camiseta él también.

—Yo también te he echado de menos.

¿Cómo iba a sobrevivir el tiempo que fuese sin él? No lo sabía.

Sus pasos los llevaron hasta la zona de las duchas, ahí donde duchas enmarcadas por mamparas translúcidas y avejentadas dividían cada una de ellas. Entre besos y jadeos, toda la ropa fue abandonando sus pieles hasta quedar desnudos, sintiendo Beau de inmediato las manos ajenas en su trasero, tirando de él hasta levantarlo a pulso.

Su cuerpo quedó arrinconado contra una de las mamparas. Sus rodillas presionaron con firmeza los costados de Reece y gimoteó ante el roce explícito de una erección que ya se marcaba plena.

—Hazlo —pidió, asintiendo como muestra de que no lo decía por complacer.

Pronto pudo sentir el miembro de Reece en su entrada, cómo lo guiaba hasta su interior con movimientos fluidos de cadera. Temblaba entero, sacudido por un calor tan intenso que resultaba asfixiante, teniendo que llevar una mano hasta la parte superior de la mampara para poder aferrarse a algo que resultara sólido.

Al estar por completo dentro de él, Reece le besó el centro del pecho antes de volver a mirarlo. Sus manos apretaban con fuerza su carne, del mismo modo que las rodillas de Beau lo hacían. Nada importaba más allá de aquel momento.

—No te contengas —susurró.

Un nuevo beso acelerado.

Los dedos de Beau se curvaron y se agarraron con más fuerza a la mampara.

Por primera vez desde que fueron construidos años atrás, los vestuarios del campo municipal de Whitefish se llenaron con el sonido de los gemidos de dos de sus vecinos.

50.



Con las manos pegadas contra los húmedos azulejos y el agua caliente cayendo sobre su cuerpo, Beau se deshizo en un orgasmo caliente e intenso que le cortó la respiración por un momento. La cercanía de Reece solo prendía más el ardor en sus adentros, casi tanto como aquella intensa sensación que era sentir sus dedos apretando sus piernas con todas sus fuerzas al llegar él también a correrse.

Aun con la respiración agitada, el menor de los Sinclair recibió un beso en la nuca que le hizo reír de forma entrecortada. Después de una primera ronda apresurada, ambos se habían propuesto darse una ducha, limpiarse y poner rumbo hacia esa cita que se habían planeado tener el día anterior. Pero no fue así.

Reece sentía de nuevo. Estaban desnudos, húmedos.

Era una batalla que la cordura no podía ganar.

Los labios de su chico descendieron por su espalda, dejando varios besos entre sus omóplatos antes de salir de él. Reece suspiró.

Cuando Beau ladeó el rostro para mirarle, vio cómo se frotaba la cara e intentaba recuperar el aliento torpemente.

Giró hasta poder encararle. Ambos sonreían del mismo modo, se miraban del mismo modo. Pronto sintió cómo sus manos enmarcaban de nuevo su rostro, cómo sus labios se perdían en otra cadena de besos que no auguraba nada decente.

—Para… —susurró, sin total convicción.

—¿No quieres más? —preguntó juguetón.

—No es eso. Pero, puestos a seguir, prefiero que lo hagamos en otro lado. Uno en el que pueda sentirme más seguro con nuestra privacidad y en el que mis manos dejen de parecer dos uvas pasas.

Reece rio, le dio un nuevo beso y rozó su nariz.

—Ya, en tu privacidad estabas pensando ahora mismo —bromeó, dándole una firme palmada en el trasero—. Pero vale, vayamos a otro lado —tomó aire profundamente una vez más—. Espera aquí, tengo un par de toallas en la bolsa con las que puedes…

—¡Tranquilo, tomad estas! —exclamó una voz desde fuera de la ducha. Por encima de la puerta aparecieron dos toallas grandes que quedaron allí colgadas—. Personalmente, prefiero que salgáis lo menos desnudos posible.

Esa voz.

Willis Hunt. El entrenador Hunt.

Mierda, mierda, mierda.

Beau se acercó a Reece y deslizó una mano por su espalda. La mueca en su rostro era de puro pavor; hasta parecía haber olvidado la forma en la que uno respira normalmente.

—Hey, tranquilo —susurró.

—¿Tranquilo? No puedo estar tranquilo —respondió en el mismo tono.

—Bueno, tampoco podemos quedarnos aquí eternamente esperando a que se vaya.

—¿Y qué hacemos? ¿Decir que nos duchamos juntos porque nos preocupa el planeta?

Beau presionó los labios conteniendo una risita.

—No tiene gracia, Beau —Reece se pasó una mano por el pelo; le temblaban los dedos.

—Vale, no lo tiene. Pero, por favor… —lo cogió del mentón e hizo que lo mirase otra vez—. No dejes que esto te aleje otra vez. No quiero que vuelvas a ese hoyo, ¿vale?

Reece asintió.

Compartieron un beso breve, Beau cogió ambas toallas y le tendió una a Reece. Tras tener la suya bien atada a la cintura, salió el primero, decidiendo tomar el papel de escudo si llegaba a ser necesario.

A unos pies de distancia, con su chándal característico, los brazos cruzados y una sonrisa burlona pintada en los labios, Hunt los esperaba.

—Hola —saludó.

—Hola —respondió Beau.

Reece no fue capaz de articular palabra alguna, muerto de la vergüenza.

—¿Algo que contar?

Ambos se miraron. Hubo algún resoplido, titubeos, incluso gestos exagerados con las manos y los brazos. Pero no palabras, tampoco excusas. ¿Qué excusa podía uno inventar en un momento así? Los había pillado a ambos desnudos en la ducha; seguramente había oído los ruidos que salían de esta. Cualquier mentira perdía su sentido.

Una sonora palmada los hizo a ambos dar un brinco.

—Viernes de tacos en mi casa, a las siete. Traed postre. Os veo allí —y tras apuntarlos a los dos con los dedos, Hunt abandonó el vestuario como si nada.

—¿Qué cojones ha sido eso? —preguntó Reece.

Beau levantó los hombros.

—No lo sé, pero nos acaba de dejar sin cita.

═══∘ ◦ ❁ ◦ ∘═══

La casa en la que vivían los Hunt era de esos lugares dignos de aparecer en una película navideña sobre una mujer que hace cupcakes y un viudo guapo con perro incluido.

De pie frente a su puerta, Beau observaba curioso cada detalle. El jardín impoluto, con la hierba recién cortada, la valla de color blanco alrededor, la hamaca a rayas azules y blancas colgada entre dos árboles… La verdad es que era una monada, podría verse viviendo en un sitio así si alguna vez tenía la suerte de salir de la precariedad que suponía vivir con un sueldo de camarero.

Con la mirada buscó a Reece. De pie a su lado, sujetando la caja de cartón con la tarta que habían comprado en el Cherry, seguía con ese toque ligeramente desconectado que toda la escena le había lanzado encima horas antes.

Tras un suspiro, Beau se inclinó hasta besar el brazo de Reece y llamar su atención.

—Respira, si te atascas deja que hable yo.

Reece asintió.

Una melodía personalizada sonó cuando llamó al timbre. Desde el interior de la casa se pudo escuchar la voz de Hunt y también sus pasos acelerados antes de abrir la puerta.

El hombre que los recibió era diferente del de los entrenamientos. Para empezar, no llevaba chándal: una camisa a cuadros morados y unos vaqueros oscuros eran su atuendo. Tampoco llevaba su gorra de siempre. Beau estaba convencido de que aquella era la primera vez que le veía el pelo, tan rojizo y con entradas marcadas fruto de la edad.

—¡Qué puntuales! Pasad —dijo, haciéndose a un lado y acompañando sus palabras con un gesto enérgico de la mano.

Una vez dentro, Beau se percató de las zapatillas de estar por casa del entrenador. Eran marrones e imitaban las zarpas de un oso.

—Bonitos zapatos —dijo.

El hombre rio.

—¡Uh, tarta! —dijo, cogiéndola de las manos de Reece—. Vamos a la cocina y la pongo en la nevera. ¡Teddy os quiere conocer!

A medida que avanzaba por el pasillo rumbo a la cocina, la sensación de que parecía una casa de película se volvió más intensa. Todo en ella tenía un equilibrio entre lo rural y lo elegante que resultaba encantador. Había muchas fotos de sus hijas en las paredes, flores, una estantería con libros y algunos trofeos…

Beau dejó de cotillear al sentir la mano de Reece en su espalda.

—¿Tú conoces a su mujer?

—Qué va —susurró. Sonrió después con picardía—. ¿Cómo crees que es?

—No sé, viendo a Hunt solo puedo imaginarla como la típica que hace cupcakes, con voz cantarina, cardado y que acaba todas las frases con un *tesoro*.

—Y que llama a Hunt *su terroncito.*

Ambos rieron.

Al entrar en la cocina, lo acompañó el sonido de Hunt cerrando la nevera.

—Reece, Beau, os presento a Teddy.

Junto a él, vistiendo un delantal con la frase «besa al entrenador» escrita, un hombre los saludó a ambos. No era demasiado alto; Hunt le sacaba la cabeza. Tenía un bigote recortado a la perfección y el pelo oscuro echado hacia atrás, con algunas canas evidentes en los laterales. Su sonrisa resultaba encantadora, de esas que gritan honestidad y que tras ella hay una persona con alma dulce.

—Oh, vaya, mi Willis habla tanto de vosotros que me moría de ganas de conoceros —dijo, acercándose y dándole un abrazo a cada

uno—. ¡Tú eres Beau! —lo apuntó con el dedo—. Tenemos mucho que hablar sobre la universidad.

El menor de los Sinclair titubeó.

—P-perdona… ¿Tú eres Teddy?

El hombre asintió.

—¿Teddy, la pareja de Hunt? —preguntó Reece.

—Sí, su marido… ¿Por qué?

—Por nada, solo… supongo que esperaba algo diferente —respondió Beau.

Teddy rio.

—¡Espero no haber decepcionado!

El entrenador Hunt y su marido eran una de esas parejas que parecían haber nacido para estar juntas. La forma en la que ambos se movían en la cocina, complementandose, capaces de anticipar las peticiones del otro antes de ser formuladas… Sentado en un taburete junto a la isleta, Beau solo podía mirar con atención y responder a las preguntas que le iban lanzando con la mayor elocuencia posible.

«Sí, he leído ya los folletos de la universidad».

«No, llegué a Whitefish siendo un niño».

«No lo sé, supongo que dar clases de arte sería un buen futuro».

En cuanto los tacos estuvieron listos, el menor de los Sinclair se acabó el último trago de la limonada casera que le habían servido y bajó de un salto del taburete.

—Voy a lavarme las manos —anunció.

—Al fondo, a la izquierda —respondió Teddy.

Reece conversaba con Hunt sobre un partido de rugby mientras ambos terminaban de poner la mesa. Al pasar por su lado, le acarició la baja espalda, intercambiando una mirada y una sonrisa cómplice. Estaba bien. Seguía sintiendo, eso era lo importante.

Beau recorrió el pasillo, moviendo la cabeza de un lado a otro, curioseando las estancias por las que iba pasando. Cuando llegó al salón, aunque no era su destino, decidió tomarse un momento para

saciar su curiosidad. Se adentró en él, moviéndose con cuidado, como si tuviera miedo de que una alarma pudiera saltar en cualquier momento.

Lo primero que llamó su atención fue un sillón reclinable con una lata de cerveza en el reposabrazos. Gritaba Hunt por todos lados. Junto a este, otro sillón más sencillo, con un libro policíaco encima y el marcapáginas bastante avanzado. Podía imaginarlos a ambos, tan diferentes, pero compartiendo su tiempo en aquel equilibrio perfecto que eran.

Suspiró y avanzó un poco más por el salón, atrapando su atención una pared llena de fotos colgadas. La familia, amigos, sus hijas… Y en el centro: ellos.

Había fotos de diferentes etapas de sus vidas. En la que se los veía más jóvenes debían de tener cerca de los treinta; la más reciente no debía tener más de un par de años. Sonrió. No pudo evitarlo. Aquella muestra de amor le despertó un calor nuevo en el pecho. Por primera vez en toda su existencia en Whitefish, Beau sintió que él también podía tener lo que tanto tiempo llevaba ansiando.

Amor.

Una vida como los demás.

—¿Te gustan? —la voz de Hunt llamó su atención.

—Lo siento… —arrugó la nariz—. No he podido evitar echar un vistazo.

El entrenador se acercó a él, ambos observaron juntos las fotografías.

—¿Cómo se conocieron?

Hunt levantó la mano y señaló una de las fotos antiguas. En ella podía verse a Hunt sentado en una silla, con Teddy sobre su regazo llevando un vestido de lentejuelas.

—Conocí a Teddy en «El Gallinero». Trabajó allí de drag queen para pagarse la universidad. Cuando era joven, mis amigos y yo solíamos ir a Portia a conocer chicas. A mí nunca me gustaron, pero,

en fin, quería encajar con los demás, así que ahí iba cada fin de semana. Una noche le vi, con su vestido, su maquillaje… Pensé: «wow, es la mujer más bonita que he visto en mi vida» —rio—. Te imaginarás que por aquel entonces todo el tema del drag se me escapaba. El caso es que lo seguí, llegué al bar, le conocí y… desde entonces estamos juntos. Veinticinco años.

—Wow… ¿Por eso se van a París? ¿Para celebrarlo?

Hunt asintió.

—Además, Teddy adora *Moulin Rouge*, así que…

—Creo que lo que Teddy adora son los pelirrojos.

La mirada de Beau volvió a las fotografías. No tardó en encontrar la foto de bodas de la pareja, ni tampoco las que tenían en brazos a sus hijas.

—A Eli la adoptamos con doce y a Becca con siete. Son nuestro mayor regalo.

—Parece una vida increíble.

—Lo es —Hunt suspiró—. Durante muchos años yo también pensé que era el único chico gay atrapado en un pueblo pequeño. Creía que estaba destinado a estar solo, o peor, a vivir una vida falsa que no quería. Pero la vida me ha demostrado que, si uno está dispuesto a jugársela, pueden pasar cosas maravillosas —extendió el brazo y presionó el hombro de Beau—. Así que Sargent… Y parecías tonto cuando te conocí.

El menor de los Sinclair rio sonoramente.

—Reece, sí. Es guapísimo, eso es innegable, pero también es atento, cariñoso, dulce, divertido y, cuando estoy con él, siento que puedo ser yo. Sin vergüenza, sin tener que pedir perdón todo el tiempo. Me hace sentir libre, me cuida y… consigue que las cosas importen. Antes de conocerle estaba listo para tirar la toalla, aceptar que mi destino era esto y nada más. Pero él me hace desear ser mejor, ser… *yo*. Solo espero que él sienta lo mismo.

—Lo hace. Sé desde que discutiste con él en el campo de rugby que le gustas y, cuando me dijo lo de tus problemas con la universidad, supe que lo tenías pillado —lo miró—. Volverá. Lo sabes, ¿verdad?

Beau asintió.

—Volverá. Pero, mientras no esté, en fin, tengo muchas cosas en las que pensar. Red River y su maravilloso programa de arte… Teddy va a tener que echarme una mano con todo el tema de la matrícula y esas cosas, por cierto. Los viernes de tacos… —ambos se miraron—. Seguir entrenando el equipo con usted.

Hunt sonrió.

—Conmigo.

—Contigo.

El entrenador mostró el puño a Beau, gesto que este no tardó en corresponder haciendo que ambos chocaran.

Desde la cocina, el marido de Hunt les avisó de que la cena se estaba enfriando.

51.



Durante la vuelta a casa tras la cena con los Hunt, un mensaje llegó al teléfono de Reece. Lo moderno de su coche hizo que, con solo pedírselo, desde los altavoces de este una voz robótica leyera lo que Penny acababa de mandarle.

«Te he conseguido vuelo. El domingo a las diez. Necesitarás que alguien te lleve al aeropuerto. Whitefish está un poco desconectado del mundo. Te mando el billete para que puedas mirarlo bien. Te quiero».

Las palabras cayeron sobre Beau como un jarro de agua fría. En aquel momento, quedaban apenas unas horas para la llegada del sábado. Les quedaba poco más de un día juntos, y eso resultaba terriblemente angustioso.

Aun así, intentó parecer fuerte. Cuando buscó con la mirada a Reece, dibujó la sonrisa más honesta que sus sentimientos le permitieron.

—Le pondré un mensaje a Emmet. Él puede llevarnos, no trabaja los domingos.

Su chico no dijo nada, prefirió que los gestos hablaran por él. Buscó la mano de Beau y entrelazó los dedos, acercándosela a la boca para dejar un beso contra sus nudillos. Aquella noticia los había dejado a ambos con una sensación amarga que iba a la par.

—¿Puedo quedarme contigo hasta que te vayas…?

—Nada me haría más feliz, Beau.

Como si sus pieles estuvieran hechas para estar juntas, no hubo forma alguna de que se separaran desde entonces. Dormir, ducharse, comer, ayudar a la señora Sargent en sus tareas, jugar a las cartas, abrazarse sin hacer nada más que perder el tiempo…

Cuando Reece sujetó su rostro entre las manos y le dio un beso delante de su abuela, Beau sintió con todavía más fuerza la convicción de que aquello solo era un punto y seguido en una larga historia.

Sin embargo, una daga pendía sobre sus cabezas.

Al despertar aquella misma mañana, tras hacer la cama, habían colocado sobre esta la maleta abierta de Reece. Tenían que hacerla, llenarla con todas las cosas necesarias para que pudiera irse y no echara nada en falta. Tras hacer juntos una lista de todo lo necesario, ambos se miraron y decidieron que aquella tarea podía esperar a otro momento.

—Después de desayunar, me rugen las tripas —dijo Reece.

Pero no la hicieron tras desayunar.

Tampoco después de ayudar a su abuela con la piscina del jardín, ni tras jugar un rato con Sardina, mucho menos después de comer —el estómago de Reece estaba demasiado lleno para hacerlo entonces —. Después vinieron la partida de cartas, estar tirados en el sofá, discutir sobre si Dolly Parton era mejor que Freddie Mercury…

Llegada la tarde, con el olor de la cena flotando en el ambiente, Beau tuvo que poner un poco de orden en todo aquello: coger a Reece de la muñeca, tirar de él y hacerlo subir hasta la habitación para hacer la maleta. Él tampoco quería que se fuera, pero se negaba

a tener que sacrificar tiempo con él a la mañana siguiente por hacerla.

Cuando entraron en el cuarto, Sardina se encontraba durmiendo estirado dentro de la maleta. Al verlos se estiró como si nada, ocupando más espacio.

—Pero, *gordito* —dijo Beau con voz melosa, cogiéndolo en brazos y besando su cabeza. Con el dedo señaló la maleta—. Empieza a hacerla, Sargent.

Reece resopló, pero también obedeció.

—¿Y es largo el viaje? —preguntó, tomando asiento en el borde de la cama con Sardina en el regazo—. ¿Cuándo estarás con tus padres?

—Largo es… —dijo mientras doblaba la primera prenda de ropa —. Primero tengo que salir de aquí, hacer escala en Seattle y, de ahí, cruzar el Atlántico hasta Londres. Solo ese tramo ya son casi nueve horas.

—Jo-der, ¿y luego?

—Después otro vuelo más corto hasta Edimburgo. El último tramo hasta Peebles lo haré en coche. Entre aeropuertos, esperas y cambios de hora… —quedó pensativo un momento—. Calcula fácilmente más de quince horas en total.

—Dios, vas a llegar muerto…

—Sí, pero con el cambio horario se hace un poco raro. Si todo va bien, saliendo por la mañana de aquí, debería estar en casa de mis padres al día siguiente por la tarde.

—Llámame idiota, pero todo el tema de los cambios de horarios me lía un poco.

Ambos rieron.

—¿Por qué me lo preguntas?

Beau dudó un segundo, como si la respuesta fuese más complicada de lo que quería admitir. Se encogió de hombros, pero no apartó la mirada.

—No sé. Supongo que, como yo nunca he ido tan lejos, intentaba… imaginar lo lejos que vas a estar realmente, ¿sabes?

—¿Y qué te parece?

Beau suspiró.

—Una mierda. Voy a empezar a echarte de menos antes de que aterrices…

Reece se acercó, con mimo lo cogió del mentón y dejó un beso lento en sus labios.

—Y yo a ti. Nada más pasar el control en el aeropuerto ya te estaré echando de menos —y lo dejó ir, volviendo a la ropa.

El menor de los Sinclair se mordió el labio inferior. Bajó la mirada y observó a Sardina, rascándole la cabecita con mimo cuando el animal le devolvió la mirada.

—Si nosotros voláramos desde aquí hasta Birmingham, ¿también sería tanto tiempo?

—Si saliéramos de aquí… también sería un buen viaje, sí, pero un poco más directo. Seguramente tendríamos que hacer escala en alguna ciudad grande, como Madrid o incluso Londres, y de ahí ya a Birmingham.

—¿Y en tiempo?

—Pues… entre una cosa y otra, yo diría que unas diez o doce horas, más o menos —Reece colocó una prenda más dentro de la maleta. Paró entonces, se acercó hasta donde estaba Beau y se colocó de cuclillas, mirándolo directamente—. ¿Por qué?

—Volverás. Lo sé… ¿Pero hasta cuándo? Tú mismo lo has dicho, el rugby es tu vida, quieres ir al «Seis Naciones»… Eso supone volver allí, quedarte mucho más tiempo del que nos atrevemos a decir. Al final, Whitefish es un lugar de paso para ti. Birmingham es tu hogar —suspiró—. Y yo no quiero una relación eterna a distancia contigo. Tener que verte unas semanas cada equis meses hasta que te retires.

—¿Estás diciendo que estarías dispuesto a venir a Birmingham si…?

—Si te convocan para el «Seis Naciones», sí.

—¿Y la universidad?

—La gente pide eso de estudiar fuera, ¿no? Yo también podría. Seguro que por allí hay alguna universidad que…

No pudo terminar la frase. La emoción invadió a Reece, haciendo que, de un brinco, se lanzara a darle un fuerte abrazo a Beau, uno que hizo huir a Sardina y, a la vez, los llevó a ambos a caer sobre la cama. Beau se revolvió y le dio varias palmadas en el brazo.

—¡Me aplastaaaaaas! —exclamó entre risas.

Su chico se movió un poco, lo suficiente para acomodarse mejor y poder mirarse directamente. Se besaron, un beso lento, uno que pretendía mostrar sin palabra alguna lo que aquellas palabras suponían para su futuro.

—Te encantará Birmingham, te lo juro.

—Vaya, pareces muy seguro de eso, Sargent.

—Tiene su encanto. No es el típico sitio del que todo el mundo se enamora a primera vista, pero… —bamboleó la cabeza—. Cuando le pillas el punto, ya no quieres irte. En ese aspecto me recuerda a Whitefish, ¿sabes?

—¿No te irías de Whitefish si pudieras?

—Jamás.

Beau elevó la mano y, despacio, acarició el filo del rostro de Reece.

—¿Has comido gyozas alguna vez?

El menor de los Sinclair negó.

—¡Oh! Pues cuando estemos en Birmingham te llevaré a un lugar que hace las mejores que vas a probar en tu vida. También te llevaré al canal, al atardecer. ¡Y hay una librería! Es pequeñita, medio escondida, en la que podríamos perdernos horas. Tienen también vinilos y… es una pasada. Ah, y al mercado. Hay un puesto de

comida callejera increíble. Y, por supuesto, has de venir a verme jugar, y…

—Echa el freno, vaquero. Todavía no te han convocado para nada…

—Pero lo harán, soy Freddie Mercury, ¿recuerdas? —levantó ambas cejas.

Beau echó la cabeza hacia atrás y puso los ojos en blanco; sin embargo, esconder la sonrisa boba que le nacía cada vez que escuchaba a Reece decir esos estúpidos comentarios fue imposible. Volvió a mirarle, resultaba difícil creer que ese era el mismo hombre al que había tenido que aconsejar que se sacase el palo del culo.

Los dedos de Reece le dieron un bocado en el costado, uno que lo hizo dar un suave brinco y buscarle rápidamente con la mirada.

—¡Venga, dilo! Próxima parada: Birmingham.

—No.

—Tú mismo —levantó los hombros.

Los dedos de su otra mano alcanzaron el costado que tenía libre y, todos juntos, se encargaron de empezar a hacerle unas cosquillas terriblemente efectivas. Beau se revolvió entre sonoras carcajadas, intentando zafarse, empujándolo con una firmeza tan dudosa que hacía poco creíble que de verdad quisiera apartarlo.

Con la respiración tomada, en cuanto Reece paró, tuvo que rendirse.

—Próxima parada: Birmingham.

Quizás estaban locos; quizás estaban tomando decisiones demasiado impulsivas, pero, por primera vez en mucho tiempo, Beau Sinclair sentía que estaba haciendo lo correcto.

52.



—Creo que os voy a tener que dejar aquí y buscar aparcamiento yo solo…

Sentado en la parte de atrás del coche de Reece, con este a su lado y cogidos de la mano, Beau asintió ante las palabras de su hermano. Habían llegado. El aeropuerto, ese momento que llevaba temiendo desde que la noche anterior viese a Reece caer dormido entre sus brazos, estaba ahí, mirándole a la cara.

—Gracias por todo, Emmet —dijo Reece, echándose hacia delante para darle un apretón en el brazo a su cuñado—. Cuida bien de mi coche.

—Descuida, lo haré.

Beau bajó primero, rodeó el vehículo hasta el maletero, esperando a su chico para poder abrirlo. Maleta grande, mochila de cabina. Reece cargó con todo, negándose a que Beau llevase nada de nada.

Avanzaron juntos. El aeropuerto estaba lleno de gente yendo y viniendo de un lado a otro. Resultaba intimidante. La verdad es que Beau nunca había cogido un vuelo y, las pocas veces que había

estado en un lugar así, siempre se había quedado en la puerta esperando a quien iba a recoger. Era sobreestimulante, intimidante también, demasiado incluso.

¿Sería así la gran ciudad? ¿Sería así Birmingham?

Su atención volvió al presente al notar el roce de los dedos de Reece contra sus nudillos. Caminaban cerca, pero con la suficiente distancia como para que nadie pudiese leer en ellos la relación que tenían. Tenía que admitir que le resultaba una precaución odiosa, pero necesaria de todos modos.

—¿Todo bien? —preguntó.

—No. Con cada paso que damos estoy más cerca de tener que verte ir.

—Hey, pero voy a volver. Además, estaremos en contacto todo el tiempo. Serás el primero al que hable cuando llegue a Seattle, también en Londres y Edimburgo. Y en cuanto haya hablado con mis padres también serás mi primera videollamada.

Beau asintió. No podía ser egoísta, no en aquel momento, Reece necesitaba irse con la cabeza despejada y la tranquilidad de que allí todo se quedaba bien.

Al ver el cartel del control de seguridad, su corazón se encogió.

—A partir de aquí sigo solo —dijo Reece, moviéndose hasta colocarse frente a Beau. Su mano ascendió hasta poder acariciarle la mejilla fugazmente—. Te siento.

Y eso reconfortó un poco su dolor.

Reece se descolgó la mochila de la espalda, la dejó frente a sus pies y la abrió, sacando del interior algo envuelto en un papel con estrellas brillantes.

—Esto es para ti —dijo y se lo ofreció.

—¿Me has comprado un regalo de despedida?

Beau lo cogió de inmediato. Era algo delgado, que no pesaba apenas ni ocupaba un espacio considerable. Frunció ligeramente el

ceño y, sin cuidado alguno, rasgó la parte de arriba del papel para poder ver qué era.

La sonrisa volvió a sus labios.

En el interior estaba la camiseta de los Cavaliers de Reece.

La sacó con cuidado y la extendió. Leer en la espalda aquel enorme «Sargent», con el número trece debajo y saber lo especial que era para él hizo que se sintiera importante. No pudo evitarlo. Llevó la camiseta hasta su pecho y la abrazó como lo haría de poder ser él a quien le regalase tal gesto.

—Vuelve. Por favor —dijo, intentando que su voz no se viera afectada por el torbellino de emociones que lo asolaba por dentro.

—Lo haré. Mientras tanto, más te vale cuidarla.

Reece recuperó la mochila del suelo y se la cargó de nuevo a la espalda. Quiso decir algo más, pero ambos sabían que alargar aquel momento sólo iba a hacerlo más doloroso. Dio un paso atrás, una última mirada, una última sonrisa y giró para emprender el rumbo hacia la cola para acceder al control.

Beau apretó la camiseta con más fuerza contra su pecho.

—¡Reece! —llamó su nombre aun cuando sabía que quizás no debía.

Él, de inmediato, volvió a mirarlo desde la distancia.

—Rowan Avery, Howard Campbell y Isaac Palmer. Tres jugadores de los Cavaliers.

—¿Los has buscado?

—Hace tiempo, cuando empezaste a gustarme, leí todo lo que pillé sobre el equipo. Me sé toda la dichosa alineación. Neville, Douglas, Gallagher… —resopló—. Pero, según la prensa deportiva, con Rowan e Isaac es con quien mejor te llevas y con Campbell con quien te cuesta conectar así que… —levantó los hombros—. Te importa el rugby. Te importan los Cavaliers. Y si a ti te importa a mí también.

Beau pudo ver en el rostro de Reece algo cambiar, no supo leerlo del todo, era ese *algo* en el rostro que solo cambia cuando uno decide mandar a la mierda todo. Y así lo hizo. Dio igual dónde estaban, dio igual quién pudiera verles, dio igual todo. Con paso acelerado, Reece recorrió la distancia que los separaba y apresó a Beau para fundirse en un beso.

Un beso que no sabía a despedida, sino a promesa. Uno en el que sus labios se devoraron como si fuesen conscientes de verdad del tiempo que iban a estar sin verse.

Se distanciaron despacio, Beau movió la cabeza y rozó su nariz con la de Reece. Las manos de su chico, ahora sobre la cintura, se aferraron a él con esa fuerza que gritaba que no quería dejarle ir.

—Ve. Todo aquí estará bien, esperándote —susurró y le acarició la mejilla.

Una última mirada. Una última sonrisa.

Esta vez sí, Beau Sinclair tuvo que ver a Reece desaparecer tras pasar el control.

Cuando volvió al coche junto a su hermano, Emmet no tardó en notar cómo la tristeza lo estaba carcomiendo. No dijo nada, lo cogió de la cabeza y lo acercó para poder besarle la sien varias veces, quedándose cerca cuando rompió en un amargo llanto. Ahora ya podía llorar, ahora ya podía permitirse sentir esa tristeza.

—Por favor, vamos a casa —pidió.

Y Emmet se lo concedió.

Beau se acomodó contra el asiento, ladeó el rostro y dejó que su vista se perdiera en el exterior, en el movimiento y el paisaje cambiante. Necesitaba no pensar, necesitaba…

Algo vibró entonces en su bolsillo. Su móvil.

Al sacarlo y desbloquear la pantalla, vio que se trataba de un audio de Reece.

«Hola. Dios, debes de pensar que es patético que ya te esté mandando mensajes cuando hace nada que nos hemos separado, pero… estoy aquí sentado, frente a la puerta de embarque y… te echo de menos. Así que quería decirte algo antes de que el ruido y la distancia lo vuelvan más difícil.

Tú sabes por qué vine a Whitefish. Sabes que estaba huyendo de todo. De mi cabeza, de mi cuerpo, de la gente… Sentía que… que ya no quedaba nada dentro de mí. Como si todo lo que era se hubiera apagado, ¿sabes? Solo… funcionaba, como una máquina. Jugaba, entrenaba, respiraba. Pero no sentía…

Y entonces apareciste tú.

Y volví a sentir. Todo volvió a tener sentido para mí.

Sé que te he dicho esto un millón de veces y también sé que me has dicho que me crees, pero también sé que tener esto para escucharlo cada vez que te sientas débil es el único regalo que puedo darte. Voy a volver. Voy a volver a ti. Porque esto… tú y yo… es lo único real que he tenido en mi vida.

Quiero estar contigo. No solo ahora, no solo cuando todo es fácil, sino también en lo que venga después. Créelo, aunque esa cabecita tuya te diga lo contrario, eres lo más precioso que tiene Whitefish.

Tú y tus cicatrices. Os adoro tanto.

Quiero estar contigo.

Quiero un futuro contigo.

No sé cuánto tiempo me llevará arreglar todo lo que hay en casa, pero… espérame. Como yo voy a esperarte a ti.

Aunque estás lejos, te siento. Y espero que tú también a mí».

53.



La primera vez que Reece Sargent volvió a Whitefish fue para la final de la liga amateur de rugby. Llegó ese mismo día y se quedó hasta que pudo acompañar a Beau al campus las suficientes veces para sentirse seguro. En el banquillo, junto a Hunt, gritó más fuerte que nadie cuando el equipo de Whitefish ganó, convirtiéndose en campeón. El resto del tiempo lo pasó junto a Beau, sin pensar de nuevo en que tendría que marcharse.

Beau le preguntó por su madre. Por teléfono siempre solía evitar ese tema; quería disfrutar del poco tiempo que tenían juntos. Había algo otra vez. Pequeño, localizado, detectado a tiempo. Todas esas expresiones sonaban tranquilizadoras, pero, juntas, abrían una puerta que creía cerrada desde hacía años.

Los médicos habían dicho que no era grave; tampoco era como antes. Bastaría con una cirugía, quizá radioterapia después, y todo sería un mal recuerdo.

El pronóstico era bueno. Muy bueno, incluso.

La segunda vez que Reece Sargent volvió a Whitefish fue después de una pelea con su padre. Se quedó solo cinco días; su madre tenía una prueba importante y no podía fallar. Beau lo reprendió por hacer un viaje tan largo para tan poco tiempo, pero a Reece solo le importó que estaban juntos de nuevo.

El tratamiento de su madre avanzaba bien: despacio, pero bien. Entre Reece y su padre intentaban encargarse de todo de la mejor forma posible, aunque el carácter de ambos chocaba de un modo que hacía asfixiante estar bajo el mismo techo demasiado tiempo.

Reece necesitaba ese pequeño *impasse*. La prensa había estado dando por saco más que de costumbre desde que se habían enterado de su regreso. Algunos no entendían —o no querían entender— por qué, si estaba de vuelta en Inglaterra, no entrenaba con su equipo.

La tercera vez que Reece Sargent volvió a Whitefish fue para Halloween. Llegó el 31 y se quedó hasta el día después del cumpleaños de su chico. Beau se había hecho desde cero un disfraz de Freddie Mercury, y eso no iba a perdérselo, mucho menos tras la promesa de una sesión de «besos y sobeteo» que le había confesado por teléfono con unas cervezas de más. El resto del tiempo lo pasó con él, sin pensar de nuevo en que tendría que marcharse.

El dieciocho de noviembre, tras la celebración con todos aquellos que importaban, Reece y Beau contaron con toda la intimidad que Emmet decidió cederles al no dejarse caer por la residencia familiar en toda la noche.

Tumbados en la cama de Beau, mientras recorría despacio su espalda desnuda entre besos lentos y dejaba que recuperase la respiración tras un encuentro fogoso y ligeramente caótico, Reece alcanzó su oreja y habló cerca de ella.

—Cuando estoy contigo es como si el cielo tuviese el doble de estrellas que de costumbre —susurró. Beau movió ligeramente la cabeza y sus ojos se encontraron. Despacio, Reece le apartó el pelo de la cara—. Te quiero. Mucho.

Por el cumpleaños de Beau, Reece le había regalado un montón de cosas con vacas como tema principal. Una mochila con estampado vacuno, una lámina para la pared de su habitación, un peluche de una vaca de los highland… Sin embargo, tras perderse en el brillo que ahora llenaba su mirada, no le costó comprender que el regalo que más le había importado era escuchar aquellas palabras.

Notó cómo arrugaba la nariz, como intentaba contener algo que resultó ser inevitable. Lágrimas. Las mismas que se deslizaron por sus mejillas y que Reece se esforzó por limpiar con los pulgares y besos lentos. No le pidió que no llorase, no hizo nada por evitarlo, aquel no era uno de esos llantos que deben pararse, sino que han de sentirse para sanar.

—¿Puedes decirlo otra vez? —preguntó con la voz aún temblorosa.

Reece se acercó de nuevo a su oído y susurró las mismas palabras.

—Te quiero. Mucho.

Las confesiones de amor, y más aún esas que son tan reales como aquella, uno pensaría que deben gritarse para que todo el mundo las escuche. Pero, para Reece Sargent, Beau Sinclair era su mundo y solo su precioso ser merecía escucharlas.

—Yo también te quiero —le oyó farfullar.

Sus labios se buscaron en un beso lento, uno tras el que sus cuerpos se enredaron por la pura necesidad de creer que podían fundirse en un solo ser.

Aquella noche, el cielo de Whitefish volvió a llenarse del doble de estrellas que de costumbre.

La última vez que Reece Sargent volvió a Whitefish fue en navidades.

Llegó el 23 y se marcharía el 3 de vuelta, esta vez sí, a Birmingham. Hacía tan solo unos días había tenido una reunión con Conrad Williams.

54.



La fiesta de Navidad aquel año se celebraba en casa de los Halpert. Aunque la tradición era hacerlo donde la señora Sargent, los invitados extra y un pequeño problema con los fogones de la cocina habían sido razones más que suficientes para cambiar de planes.

Realmente, a Beau le daba igual. No le importaba el dónde, no le importaba el cómo, tampoco el menú ni los juegos preparados para la velada. Todo lo que le resultaba relevante era que Reece estaba allí y que iba a quedarse hasta después de Año Nuevo.

Dios. Hacía poco más de un mes desde la última vez que se habían visto en persona, volver a tenerlo cerca y poder tocarlo y besarlo resultaba irreal. De hecho, eso había sido lo que ahora los hacía andar con prisa por las calles de Whitefish.

Estaban solos. En casa de los Sinclair.

Perder la ropa había resultado la única respuesta viable a tal situación.

Aunque Beau se habría quedado mil horas más entre las sábanas con él, una llamada de la abuela de Reece preguntando dónde

estaban fue más que suficiente para hacerlos ponerse en marcha. Su chico seguía siendo el niñito de su abuela a fin de cuentas, le resultaba prácticamente imposible pensar siquiera en no estar en Navidad con ella.

Caminaban de la mano. Dado que iban rumbo a una fiesta llena de personas que los querían y sabían de su relación, regalarse aquellas pequeñas concesiones era una de esas cosas que el tiempo les había otorgado a ambos.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Reece.

—¡Quejarme! O sea, ¿mi proyecto aparece roto en el estudio y la única respuesta que me das es que lo vuelva a hacer? Y una mierda. La profesora Walsh se puso de mi parte, aunque dice que debo entregar otra obra dentro de plazo sin importar las circunstancias.

—Eso no me parece muy justo…

—¡Lo sé! —Beau acomodó un momento la cabeza contra el brazo de su chico—. Sabía que tú lo entenderías. El idiota de mi hermano dice que me tengo que poner a trabajar y quejarme menos —puso los ojos en blanco.

Reece rio y tiró de su mano, pudiendo así acercarlo de nuevo y besarle la sien.

La universidad estaba yendo bien. Para sorpresa de Beau, el rumbo que aquella aventura había tomado resultaba ser todo lo que había soñado. Los compañeros, las clases, los proyectos… Estaba rodeado de arte todos los días, se estaba formando para algo que le encantaba… Sí, definitivamente Red River era un gran lugar.

—Pero hablemos de ti, ¿cómo está tu madre?

—Muy bien, le han dado el alta. Es decir, hay que seguir echándole un ojo, pero…

Beau dio un brinco y abrazó el brazo de Reece con los suyos.

—¡Pero eso es genial, Reece! Me alegro tantísimo —pero él no parecía tan animado y eso, de inmediato, le hizo fruncir el ceño y detener el paso—. ¿Qué sucede? Estás raro…

Un suspiro, un suave bamboleo con la cabeza.

—El otro día me reuní con el seleccionador Williams, Beau. Me… ha convocado como suplente. Dice que, con todo lo que ha pasado este año, teme que no esté listo para tanta presión, para lo que supone, pero… también dice que sería un error no contar conmigo, así que… —levantó los hombros—. Voy al «Seis Naciones».

Al menor de los Sinclair le costó unos segundos procesar aquella información; sin embargo, cuando todas las piezas tuvieron sentido en su cabeza, la reacción fue inmediata. Dejó ir la mano de Reece y, de forma torpe por lo apresurado, se lanzó a sus brazos para darle un sentido abrazo.

—¡Dios mío! ¡Pero eso es maravilloso! —exclamó, echando la cabeza hacia atrás y enmarcando su rostro con ambas manos—. Estoy tan orgulloso de ti… ¿Es que tú no…?

—¡No, no! No es eso… Estoy en una nube, pensaba que con toda la mierda que llevo encima el seleccionador ni me miraría. Es que… ¿recuerdas lo que hablamos?

—¿Birmingham? Sí, claro que lo recuerdo.

Reece suspiró.

—¿Estás seguro de que es lo que quieres? Ahora mismo… estás tan feliz. Estás en una universidad que te gusta, rodeado de tu gente, en tu pueblo y… una parte de mí se pregunta si no te estoy jodiendo algo importante haciéndote venir conmigo.

—Tú no haces que vaya a ningún lado, yo elijo hacerlo.

—¡Es que…! No puedo evitar pensar que quizás te estoy forzando a vivir una vida que no quieres, por mí, por el rugby. Y eso no es justo. Yo quiero que seas feliz, quiero… —presionó los labios—. Cuando me dijiste que vendrías, las circunstancias eran diferentes, entiendo perfectamente si…

Beau cubrió la boca de Reece con la mano y lo silenció.

—Escúchame. Ni tú ni nadie tenéis derecho a poner en mí cosas que no siento. Me gusta la universidad, me gusta estar aquí, pero

todavía me gusta más mi vida contigo. Cada vez que vienes a verme… joder, todo es mil veces mejor. Lo arreglaremos para estudiar a distancia, ¿qué importa eso? —le descubrió los labios, sus manos se aferraron a su chaqueta acolchada—. Quiero irme contigo. Quiero ir a Birmingham, ¿te enteras?

Una media sonrisa se dibujó en los labios de Reece.

—Nos vamos a Birmingham, dilo.

—Nos vamos a Birmingham.

Sus labios se buscaron en un beso, uno que selló aquellas palabras y marcó el que iba a ser su destino. Inglaterra. Birmingham. Una ciudad nueva, gente nueva, el rugby tomando de nuevo una posición privilegiada en su vida. *Dios*, aquello era emocionante.

Sus narices se rozaron.

—Te quiero —susurró Beau.

—Yo también te quiero, mucho —respondió—. ¿Y qué hacemos? ¿Se lo contamos a…?

Beau negó.

—No, hoy no. Es Nochebuena, dejemos que eso sea lo importante.

Un nuevo beso, sus dedos volvieron a entrelazarse y a retomar el camino a casa de los Halpert. Todos les esperaban allí: Mini, su cuñada, su hermano y la señora Sargent. También estaban los Hunt con sus hijas y algunos otros vecinos de Whitefish.

Cuando Beau se deshizo de la chaqueta, notó de inmediato un abrazo por la espalda. Charlotte lo achuchó, acomodando el mentón contra su hombro.

—Qué bien tienes el cutis desde que ha vuelto Reece —bromeó, haciendo a Beau reír—. ¿Va a quedarse mucho tiempo?

—Hasta después de Fin de Año.

—Oh… Bueno, estáis llevando bien la distancia, ¿no?

El menor de los Sinclair asintió.

Caminaron juntos por la fiesta hasta llegar a donde se encontraba Emmet. Su hermano estaba hablando con su suegro, al parecer había

unas reformas que hacer en el granero de la casa familiar y quería de todas las manos posibles para hacer aquel apaño.

—¿Me echarás una mano? —preguntó Emmet, mirándolo directamente—. No será hasta después de las fiestas, no te robaré tiempo con tu novio.

Después de las fiestas. Para entonces ya habría volado lejos.

Su mirada buscó a Reece entre la gente. Junto a una mesa con platos cargados de abundante comida, su chico conversaba con Willis Hunt. Debía ser algo animado, la forma en la que movía las manos y el hombre respondía no parecía indicar otra cosa.

Birmingham. El vértigo le mordió el estómago; sin embargo, unas palabras dichas por alguien importante volvieron a su cabeza.

«Durante muchos años yo también pensé que era el único chico gay atrapado en un pueblo pequeño. Creía que estaba destinado a estar solo, o peor, a vivir una vida falsa que no quería. Pero el tiempo me ha demostrado que, si uno está dispuesto a jugársela, pueden pasar cosas maravillosas».

Por primera vez en su vida, Beau Sinclair iba a jugársela sin pensarlo.

Acerca de la autora

Lidia Gavara (1994), psicóloga y titulada en magisterio, ha sido siempre una gran enamorada de la literatura. Su pasión por la escritura empezó a temprana edad, inspirada por grandes referentes como Jane Austen, Sally Rooney o E. M. Foster.

Escritora de novela romántica, *El deseo de ser perfectos* fue su novela debut. Una historia cargada de la mirada íntima de su autora. Después llegaría *Templanza*, una bilogía cargada de romanticismo, secretos y seducción.

Otros títulos de Lidia Gavara



